

Se lo merecen

Nicolás de Paula

SE LO MERECEN

NICOLÁS DE PAULA

Serie

-No tengas miedo-

Contenido

SE LO MERECEN
Serie
PRIMERA PARTE
0 — EL MANIFIESTO: capítulo I
1 — Primera víctima
2 — Sánchez - Día 1 (9:44h)
3 — Sánchez - Día 2 (12:16h)
4 — Sánchez - Día 3 (10:33h)
5 – EL MANIFIESTO: capítulo II
6 – Segunda víctima
7 — Vi y Pirática - Día 4 (11:27h)
8 — Sánchez - Día 4 (13:05h)
9 — Sánchez - Día 5 (10:08h)
10 — Sánchez - Día 6 (4:47h)
11 — EL MANIFIESTO: capítulo III
12 — Sánchez - Día 6 (11:34 am)
13 — Sánchez - Día 6 (12:15 am)
14 — María Sapientia - Hace 8 años
15 — Sánchez - Día 6 (13:47h)
16 — Sánchez - Día 6 (14:58h)
17 - Vi y Pirática - Día 7 (10:12h)
18 - Vi y Pirática - Día 7 (10:52h)
19 - Sánchez - Día 7 (14:28h)
20 — EL MANIFIESTO: capítulo IV
21 — Vi y Pirática - Día 8 (11:20h)
22 — Helena - Día 8 (16:18h)
23 — Helena - Día 8 (19:47h)
24 — Sapi - Día 8 (23:12h)
25 — Helena - Hace 17 años
26 – Helena - Día 9 (8:12h)

27 — Sapi - Día 9 (9:07h)
28 — Sapi - Día 9 (12:49h)
29 — EL MANIFIESTO: capítulo V
30 – Cuarta víctima
31 – Helena - Dia 11 (10:22h)
32 – Helena - Día 11 (11:14h)
33 – Sánchez - Día 11 (12:54h)
34 – Sánchez - Día 12 (10:17h)
35 – Vi y Pirática - Día 12 (17:52h)
36 – Vi - Día 12 (20:39h)
37 – Pirática - Día 12 (21:14)
38 – Pirática - Día 13 (11:05h)
39 – EL MANIFIESTO: capítulo VI
40 – Vi y Pirática - Día 13 (13:24h)
41 – Pirática - Día 13 (14:48h)
42 – Helena - Día 14 (10:16h)
43 – Diana - Día 14 (12:02h)
44 – Helena - Día 15 (12:28h)
45 – Diana - Día 15 (13:44h)
46 – Sapi - Día 15 (16:12h)
47 – Sapi - Día 15 (17:50h)
48 – EL MANIFIESTO: capítulo VII
49 – Sapi - Día 15 (19:11h)
50 – Sapi - Día 15 (20:48h)
51 – EL MANIFIESTO: capítulo VIII
52 – Sapi - Día 15 (22:04h)
53 – Helena - Día 16 (9:27h)
54 – Diana - Día 16 (13:52h)
55 – Pirática - Día 19 (18:03h)
56 – Sánchez - Día 20 (10:00h)
57 – EL MANIFIESTO: capítulo IX
58 – Sánchez - Día 20 (11:41h)
59 – Helena - Día 20 (14:08h)
60 – Helena - Día 20 (18:47h)
61 – Carlota - Día 20
SEGUNDA PARTE

1 – Eric Dilmaz- HACE AÑO Y MEDIO
2 – Dr. Henky - HACE AÑO Y MEDIO
3 – Dr. Henky - HACE AÑO Y MEDIO
4 – Carlota - HACE AÑO Y MEDIO
5 – Sapi - Día 20 (21:50h)
6 – Helena - Día 21 (9:18h)
7 – Helena - Día 21 (11:59h)
8 – Pirática - Día 21 (10:49h)
9 – Sapi - Día 21 (10:03h)
10 – Sapi - Día 21 (13:07h)
11 – EL MANIFIESTO: capítulo X
12 – Diana - HACE AÑO Y MEDIO
13 – Diana - HACE AÑO Y MEDIO
14 – Sapi - Día 21 (18:47h)
15 – Sapi - Día 21 (20:06h)
16 – Sapi - Día 21 (20:34h)
17 – Helena - Día 21 (13:22h)
18 – Diana - Día 21 (21:58h)
19 – EL MANIFIESTO: capítulo XI
20 – Sapi - Día 22 (11:24h)
21 – Helena - Día 22 (18:31h)
22 – Diana - Día 22 (18:44h)
23 – Carlota - Día 22 (19:12h)
24 – Sapi - Día 22 (19:38h)
25 – Carlota - Día 22 (20:06h)
26 – Diana - Día 22 (20:23h)
27 – Sapi - Día 23 (16:38h)
28 – Sapi
29 – Vence y Solid - HACE AÑO Y MEDIO
EPÍLOGO
NOTA DEL AUTOR
Agradecimientos

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© 2025 NICOLÁS DE PAULA.
Todos los derechos reservados.
Edición abril 2025.

Instagram: nicodepaula
X: nicodepaula
Correo: nicodepaula@outlook.es
Web: nicolasdepaula.com

Serie

No tengas miedo



La vida no es justa
No tengas miedo nº1



Se lo merecen
No tengas miedo nº2

«Todo lo que sabéis sobre asesinos en serie proviene únicamente de los que habéis atrapado»

Edmund Kemper

PRIMERA PARTE
La investigación

0 — EL MANIFIESTO: capítulo I

Dicen que la muerte no es un destino merecido para nadie.

Puesto que parece una regla autoimpuesta, es mi deber cambiar ese punto de vista: quien pierde la vida no siempre es considerada una víctima inocente.

Yo no soy un asesino, o al menos no en los términos convencionales. No mato por alevosía, ensañamiento ni por recompensa; simplemente soy una persona que valora la verdadera justicia, pero si hablamos de matar a alguien, sí, soy un matador. No soy un asesino en serie que corre apresurado a coger un puesto de reconocimiento para que le teman o producto de algún trastorno mental, pareciendo haberse olvidado de lo que es justo.

No es mi caso; no deseo que me conozcan ni ser famoso en las noticias. Mi objetivo es luchar por lo que debe ser corregido. Creo que el verdadero asesino evita dejarse atrapar por la notoriedad de sus actos y la autoadoración. Y, aunque este manifiesto no es más que un gesto de egocentrismo, ha llegado el momento de entregarme sin contemplación al impulso del que soy esclavo: castigar a quien lo merece.

El verdadero asesino no busca demostrar nada, solo desea disfrutar de la filosofía que ha escogido.

No hay otro camino y nunca lo hubo.

1 — Primera víctima

Es el segundo mensaje que recibo de mi mujer: «No llegues tarde, cariño».

Guardo el móvil y noto que mi cigarro ha llegado a su fin. Lo lanzo y golpea a un pakistaní que pasa vendiendo claveles rojos. Me mira, exigiendo una disculpa.

—Jódete, puto pobre —le suelto con desprecio.

Mantengo la mirada, desafiante. El pakistaní duda, pero finalmente abandona el enfrentamiento. Agacha la cabeza y pasa por mi lado, resignado. Su derrota es evidente.

—¡Qué peste hueles a sudor! ¡Dúchate, piel sucia! —le grito mientras le arrojo un billete de diez euros.

Un hombre que está a mi lado, también fumando, se ríe con complicidad.

—Estos extranjeros no traen nada bueno al país —comenta con sorna.

—Exacto, pienso igual que tú. Esos desgraciados solo traen enfermedades y andan mendigando que les demos una paga sin mover un puto dedo.

Entro de nuevo al pub y me acerco a la barra para pedir otra copa. Miro el reloj: las tres de la madrugada, el mejor momento de la noche. Sostengo un billete de cincuenta euros entre los dedos y le chiflo a la camarera para llamar su atención.

—Si me sirves rápido, te quedas con la vuelta, guapa. Con este trabajo de mierda seguro que te hace falta.

Ella se gira sin decir nada.

Al cabo de unos minutos, deja una copa con ron y una Coca-Cola sobre la barra. Le entrego los cincuenta euros y añado, guiñándole un ojo:

—Quédate con el cambio.

Por un instante, noto el leve resoplido que acompaña su expresión de asco. Sin mirarme, se da la vuelta y se aleja para atender a otros clientes. Esa actitud me hierve la sangre.

—Vaya zorra que eres —grito mientras vierto la Coca-Cola en el ron.

Aunque ya está lejos, continúo increpándola, como si pudiera oírme.

—No te creas que por tener las tetas y el culo aún en su sitio puedes mirarme por encima del hombro. Luego os quejáis de que os violen por la noche… Y con razón. Os lo merecéis por ser así, malditas guarras.

Apuro la bebida y me adentro en el tumulto de gente que baila al ritmo de la música; a ver si consigo meterle mano a alguna. La noche ha llegado al punto en que todas llevan al menos tres o cuatro copas encima, el ambiente está cargado de calor e inconsciencia.

Me tomo mi tiempo analizando a varias mujeres hasta que visualizo a mi objetivo: una rubia bajita, de unos treinta y pocos años, con los ojos perdidos, el claro signo de haberse pasado con el alcohol.

Antes de que encuentre a sus amigas, me acerco y le sonrío. Ella me devuelve el gesto con un leve encogimiento de hombros; parece que no termina de ubicarse. Sin esperar más, la beso directamente y no pone resistencia, incluso se deja llevar. Bailamos juntos mientras nuestros labios se buscan. Está receptiva y yo no pierdo tiempo. Meto mi mano bajo su camiseta, deslizándola lentamente desde su ombligo hasta llegar a la costura de su ropa interior. No me detiene. Continúo, confirmando mi instinto: está depilada para la ocasión.

Mi mano llega hasta su vagina, húmeda al contacto, y percibo un quejido que escapa de sus labios, un gesto que interpreto como placer. Sin embargo, el aliento denso de alcohol que emana de su boca me repele por un instante. A pesar de ello, sigo explorando con mis dedos, ahora también acariciando sus pechos, mientras ella parece entregarse por completo al momento.

Después de un rato aprovechándome de ella en una zona más apartada, siento los niveles de dopamina disparados, pero no es suficiente. Necesito más estímulos y ella ya no me sirve. La empujo de malas maneras y le exijo que desaparezca de mi vista.

Me dirijo al baño, no para orinar, sino para mantener este estado de exaltación. Saco a mi inseparable amiga y aliada del bolsillo: la cocaína. Con la tarjeta de crédito, preparo una línea casi perfecta en el lavabo. Esnifo el polvo blanco y espero a que amplifique mi estado de éxtasis. Arrugo el improvisado tubo, un billete de cincuenta euros, y lo lanzo al suelo sin miramientos antes de regresar a la barra. Necesito más alcohol en mis venas; no puedo quedarme sin combustible.

A mi lado, reconozco al hombre que antes fumaba conmigo en la puerta. Me saluda y, en un arrebato de complacencia, lo abrazo. Nos enfrascamos en una conversación que se alarga más de lo previsto, entre risas y varias copas. Me empieza a caer sorprendentemente bien. Le vuelvo a abrazar, esta vez más efusivo. Entonces se inclina hacia mí y me susurra algo al oído. Su proximidad me resulta incómoda; no soporto que un hombre se acerque tanto. Siento su mano intentando tocarme.

—No tengas miedo, Carlos —dice con voz suave.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. No recuerdo haberle dicho mi nombre, así que me aparto ligeramente, alarmado.

—¿Cómo sabes mi nombre?

El silencio es su única respuesta y una sensación extraña comienza a invadirme. Todo a mi alrededor se tambalea. Las luces giran en círculos, el suelo parece ceder bajo mis pies. Una mano firme me sujeta por el hombro para evitar que me caiga.

—Vamos, necesitas tomar el aire.

Esa frase es lo último que logro captar antes de que todo se oscurezca.

2 — Sánchez - Día 1 (9:44h)

¿Qué lleva a alguien a suicidarse? ¿Qué pasa por la mente de una persona para aceptar esa rendición? Entiendo que, a veces, el sentido de la vida puede parecer un chiste cruel, un juego absurdo en el que simplemente nos mantenemos ocupados hasta que llega el final, pero decidir adelantar ese momento... no debería ser una opción. Jamás.

Frente a mí, en la pantalla del ordenador, las imágenes de la Científica no ayudan a apaciguar mis pensamientos. Un hombre de 44 años ha saltado desde un puente peatonal directo al asfalto, justo a tiempo para ser arrollado por un camión que iba a más de 100 km/h. Sin identificación. Sin móvil. El impacto le ha desfigurado la cara hasta dejarlo irreconocible, el hueso frontal y el maxilar hundidos como si el cerebro se hubiese colapsado sobre sí mismo, es grotesco. Me niego a seguir mirando, pero las imágenes parecen aferrarse a mi memoria.

El equipo aún no ha podido identificarlo, nadie sabe quién es. Solo nos queda esperar a que la Científica encuentre alguna coincidencia con huellas o ADN. Se avecinan largas horas.

Giro un bolígrafo Bic dorado entre mis dedos, buscando respuestas que no llegan. Justo entonces, la puerta de la comisaría se abre. Aparece una mujer con el pelo corto rizado: es Helena, mi compañera de la UFAM, y no viene sola. La acompaña una mujer bajita y rubia. Con el bolígrafo en la boca, las observo mientras mi mente sigue atrapada entre el misterio de este caso y las preguntas que me carcomen por dentro.

—Siéntate ahí, Verónica. En unos minutos comenzaremos con la denuncia —dice Helena mientras guía a la mujer hacia un asiento.

Yo sigo jugueteando con el bolígrafo en mi mano, cuando mi compañera se acerca y me golpea ligeramente en la nuca con la yema de los dedos. El boli termina cayéndose al suelo.

—¿Estás aquí, Sánchez? ¿O te has teletransportado a una nueva dimensión?

—Ojalá, Helena —respondo, recogiendo el bolígrafo—. Estoy con este tío que ha decidido comprobar las leyes de Newton al más puro empirismo personal.

—Uff, qué mal suena eso. ¿Y qué hace un suicidio en la UDEV?

—La jueza cree que hay relación con una serie de amenazas de muerte que había recibido el fallecido. Cerró su empresa hace poco, echó a todos los trabajadores y se quedó con todo el dinero. Al parecer, no todo el mundo se lo tomó bien. ¿Y tú? ¿Con qué estás ahora?

—Agresión sexual en una discoteca, posible violación. Fue anoche. La mujer, Verónica, viene del hospital; le han hecho pruebas y le han administrado anticonceptivos por precaución.

—Mal asunto también. ¿Lo habéis cogido?

—¿Al agresor? Todavía no. Iba a revisar las grabaciones de la discoteca. ¿Quieres verlas?

—Gracias, pero creo que tengo suficiente drama con lo mío por ahora. Los problemas de uno en uno, por favor.

Helena sonríe levemente y regresa junto a Verónica para comenzar la denuncia. Yo vuelvo a concentrarme en las imágenes del hombre aplastado en la carretera. Muerdo el bolígrafo mientras paso de una foto a otra. Me quedo observando una en particular, una toma cenital del cuerpo desfigurado. Ladeo la cabeza, como si así pudiera ver algo más allá de lo que la imagen muestra.

Entonces, las preguntas de Helena a Verónica empiezan a resonar con más claridad de lo que quisiera. Intento ignorarlas, pero algo en el tono de la conversación me desconcentra. No puedo evitar escuchar:

—¿Verónica, recuerdas cómo iba vestido el hombre?

—Tengo leves recuerdos, pero creo que llevaba una camisa azul marino con una pequeña insignia roja en el pecho —responde Verónica, insegura.

—¿Pantalones, zapatos o algún tatuaje?

—No lo sé… —contesta, apenada—. Bebí demasiado alcohol y me cuesta recordar.

—No te preocupes, Verónica. Tómate el tiempo que necesites.

Helena, con su paciencia característica, reproduce una de las grabaciones de la discoteca mientras espera a que Verónica recupere el ánimo. Aunque he dicho que no quería ver esos videos, la curiosidad me traiciona y miro de reojo la pantalla.

Cuando Helena confirma la vestimenta del agresor a través de las grabaciones, continúa con el cuestionario, pero Verónica la interrumpe antes de seguir.

—Vaqueros claros. Y tenía un tatuaje… un sol en el reverso de uno de sus brazos. Lo sé porque cuando me metió la mano en…

Se detiene, tragándose las palabras. Helena le pone una mano en el hombro.

—Tranquila, Verónica. No hace falta que sigas. Camisa azul marino con insignia roja, vaqueros claros y un tatuaje de un sol en el brazo derecho. Lo vamos a encontrar.

Desde mi asiento, no puedo evitar reconocer el tono firme pero empático de Helena. Nadie diría que tiene solo 33 años. No debe de ser nada fácil tratar con víctimas de este tipo de violencia sexual.

Intento volver a centrarme en mi caso. Observo de nuevo las fotos del hombre aplastado, algo en ellas me hace detenerme. Camisa azul marino, insignia roja desgarrada, vaqueros claros agujereados... y un tatuaje de un sol en el brazo derecho.

Un escalofrío me recorre la espalda.

3 — Sánchez - Día 2 (12:16h)

El Comisario General de la Policía Judicial, José Hernández, y la Comisaria General de la Policía Científica, Concepción Hitos, nos han citado en el despacho del primero tras descubrir la conexión entre Verónica, la mujer agredida sexualmente, y Carlos, el hombre que ha muerto al tirarse por el puente.

Helena y yo nos miramos antes de tocar la puerta del despacho. La gravedad de la situación es evidente: en mis casi quince años en el cuerpo, nunca había visto a dos comisarios generales reunirse así, de manera tan urgente.

—Adelante —se escucha desde el interior.

Al entrar, el comisario Hernández está sentado en su silla de cuero negra, con el índice de su mano apoyado en los labios, pensativo. Frente a él, la comisaria Hitos, cruzada de piernas, sostiene una carpeta en el brazo, como si esta fuera el epicentro de toda la reunión.

—Siéntense, por favor —nos indica el Comisario con un leve gesto.

La Comisaria mira su reloj.

—Buenas tardes a ambos. Como ya sabréis, soy Concepción Hitos, de la Científica. Estoy aquí porque vuestro comisario me ha solicitado. Nos encontramos ante un caso, si me permitís la expresión, jodido e inquietante, que se ha reabierto gracias a vuestro hallazgo. Por eso queremos que forméis parte de la investigación.

Helena permanece en silencio, pero yo no puedo esperar más para aclarar las dudas que me acechan.

—Con el debido respeto, Comisarios, ¿qué nos estamos perdiendo? La jueza nos dijo que el suicidio estaba relacionado con las amenazas que recibió el fallecido. ¿Qué tiene esto de especial?

El Comisario inspira profundamente antes de responder.

—Sánchez, creemos que vuestros casos están conectados con una investigación no resuelta que llevó a cabo la Guardia Civil hace año y medio. La jueza lo ha enviado a la UDEV como último recurso.

Yo me cruzo de brazos, exigiendo más contexto.

—¿Qué investigación no resuelta?

La Comisaria interviene con tono grave.

—Tenemos pruebas de que el supuesto suicidio de Carlos no fue realmente un suicidio. Fue un homicidio.

Me cuesta procesar lo que acaba de decir. Por los datos que ya tenemos del caso no creo en su afirmación.

—¿Un homicidio? Es improbable, ¿no? Una cámara de la autovía grabó al hombre tirándose. No había nadie más presente.

La Comisaria endurece el gesto y se dirige a mí en tercera persona.

—Tiene razón en parte, Sánchez, pero el informe médico forense preliminar indica que la víctima no estaba completamente consciente de sus actos.

—¿Estaba borracho?

—Alcohol, cannabis, cocaína y… polvo de mono.

—¿Polvo de mono? ¿Qué es eso?

—Una droga sintética —explica—. También conocida como droga zombie o caníbal. Provoca paranoia extrema, alucinaciones e insensibilidad al dolor. Ha habido casos de personas que, bajo sus efectos, han saltado de edificios o se han lanzado al tráfico. ¿Te resulta familiar?

—Demasiado —respondo, recordando la escena en el puente—, pero ¿cómo están seguros de que alguien lo mató? Él mismo pudo provocarse ese estado.

El Comisario se levanta de su silla y, tras un gesto, la Comisaria le pasa la carpeta que sostiene. La abre y esparce varias fotos sobre la mesa.

—Carlos estaba amenazado de muerte tras quedarse con el dinero de su empresa y dejar a muchas familias en la ruina. Todo apuntaba a un suicidio por presión, pero Científica encontró esto.

Helena y yo nos inclinamos para observar las imágenes.

—¿Qué tienen de especial? —pregunta Helena.

—El mensaje en el pecho de la víctima —responde el Comisario, señalando una de las fotos.

Entre hematomas y cortes, se distingue un texto: «No tengas miedo».

—¿Se lo hizo alguien?

La Comisaria asiente y explica:

—Esto conecta el caso con una investigación de la Guardia Civil de hace año y medio. ¿Os acordáis del escándalo de la universidad con una organización llamada La Gran Unidad?

—Claro —digo—. Era una organización secreta de científicos que abusaban de estudiantes. Incluso mataron a varias personas.

—Exacto. Mataron a dos estudiantes, pero el caso no se cerró.

—¿Qué ocurrió?

—Los líderes de la organización eran Avid Le Fried y Luis Tarrant. Avid mató a Luis por discrepancias y se dio a la fuga junto a otros implicados. Semanas después, todos ellos aparecieron muertos, drogados con polvo de mono.

—La madre que me parió —exclamo—. ¿No supieron quién los mató?

—La Guardia Civil se dio por vencida. Aunque el médico forense que ayudó a destapar el caso, el Dr. Henky, afirmó que todos fueron torturados antes de aparecer muertos, pero no se siguió con la investigación. Alguien por cuenta propia castigó a esos lunáticos.

—Y ¿por qué no le habéis preguntado al Dr. Henky ahora?

Los dos comisarios cruzan miradas.

—El Dr. Henky también murió a las pocas semanas de que acabase todo —sentencia la Comisaria.

Helena arquea las cejas; yo no puedo cerrar la boca del asombro.

—No me digan que anda suelto un degenerado mental que cree tener el don de la justicia —digo con una mano en la frente— ¿A qué nos tenemos que atener, Comisarios?

—Para resumiros un poco: los integrantes de esa organización, llamada La Gran Unidad, aparecieron muertos con el mismo mensaje grabado a sangre en el pecho: «No tengas miedo»; menos el doctor, él no tenía ese mensaje. Por lo que creemos que la persona que los

mató, es la misma que ahora ha provocado que nuestro hombre se haya tirado por un puente. Hay varios patrones que coinciden: la droga utilizada, el mensaje en el pecho…

El silencio se apodera de la sala hasta que Helena lo rompe con una explosión inesperada.

—No voy a sentir pena por un violador cocainómano. Ojalá ese asesino lo haya matado de verdad. ¡Que se joda! Bien merecido que lo atropellara un camión.

Todos giramos hacia ella. Suspira aliviada, como si hubiera soltado una carga que no podía seguir llevando.

4 — Sánchez - Día 3 (10:33h)

Un día después de nuestra reunión con los comisarios, nos informan de que tenemos un equipo completo asignado al caso: Helena y yo lideramos, acompañados por Vicente «Vi», un hombre fuerte y alto de 42 años, agente del Grupo Especial de Operaciones; María Sapientia «Sapi», de 34 años, con trenzas y un rapado en un lado, científica forense; y Ana Bon «Pirática», pelirroja, de ojos claros y 38 años, una chica de Inteligencia.

Dada la prioridad de la investigación, nos trasladan a un bloque de pisos propiedad de la Policía Nacional, libre de distracciones. El primer piso es exclusivamente para nosotros. Los demás se destinan a actividades administrativas.

Helena y yo somos los últimos en llegar. Al entrar, nos encontramos un piso doméstico transformado en un centro de operaciones: escritorios con ordenadores, una mesa central enorme, varios tablones móviles esperando ser llenados con datos… y lo más llamativo: dos personas jugando a la PlayStation, reconozco a Vi y Pirática. En el suelo, en posición de meditación, está Sapi, con los ojos cerrados.

Intento procesar la escena, pero antes de decir algo, Pirática me interrumpe.

—Yo no haría eso.

—¿Qué coño está haciendo? —pregunto, incrédulo.

—Cuando nosotros llegamos ya estaba sentada en el suelo. Nos ha dicho que «solo trabaja con la mente», antes de que nos lanzase un abrecartas que ahora está clavado al lado de esa ventana —dice Vi señalando un espacio donde ahora hay clavado un utensilio en forma de daga.

Miro a Helena, indignado, y susurro.

—¿Qué clase de equipo de lunáticos nos han asignado?

La acústica de la habitación me traiciona.

—No estamos locos, jefe —responde Pirática sin despegar los ojos de la pantalla—. Tal vez tengas aquí al mejor equipo que conocerás en tu vida.

—Lo dudo mucho si dos miembros están jugando como críos y otra está tirada en el suelo haciendo… no sé qué.

Sapi abre los ojos y nos mira sin moverse.

—El asesino solo mata a quienes lo merecen —dice, con una calma inquietante—. Busca a personas que han abusado injustamente de otras. La organización «La Gran Unidad» secuestraba y torturaba a estudiantes universitarios. Ahora, todos sus miembros están muertos. El último fallecido, Carlos, violó a la chica que Helena atendió. Además, cerró su empresa llevándose el dinero de familias que quedaron en la calle. Este asesino mata por justicia… salvo en un caso: el Dr. Henky. Él descubrió los abusos de «La Gran Unidad», pero murió porque seguramente sabía quién era el asesino. Hay que empezar por ahí.

Vi y Pirática pausan el juego y se giran hacia nosotros. Pirática sonríe.

—Jefe, ya lo ves: Sapi trabaja con la mente.

Sin más presentaciones que lo presenciado, me quedo analizando qué primer paso dar. Sapi tiene iniciativa, pero si miro a mi alrededor, salvo Helena, siento que estoy al cuidado de una guardería. Ignorando las excentricidades de cada uno, espero que los comisarios hayan elegido bien.

Helena se sienta al lado de Sapi y la mira de frente, esperando que reaccione. Yo reviso los alrededores para evitar un nuevo lanzamiento de arma arrojadiza. Sapi abre los ojos.

—Quiero preguntarte algo —le dice, mirándola de frente—. Confío en tu criterio.

Sapi responde con su silencio.

—¿Por qué crees que debemos detener a alguien que nos está protegiendo? Tú eres mujer como yo —Helena se gira y mira hacia Pirática— y tú también. Ese asesino ha matado a un hombre que ha destrozado la vida de una mujer y de las que no sabemos. He visto la mirada de esa chica mientras rellenaba la denuncia. Estaba

avergonzada y se sentía culpable. ¿Culpable de qué? ¿Crees que esa mujer volverá a ser como antes? No puedes olvidar un recuerdo así con tanta facilidad. Te sientes sucia y no hay gel que limpie esa mancha.

Sapi abre los ojos lentamente, se levanta y, sin decir una palabra, se sienta en uno de los escritorios. Helena la observa, esperando un apoyo que no llega. No hemos empezado la investigación y ya tengo al grupo descontrolado.

Esto me incomoda lo suficiente como para salir del edificio a despejarme, pero antes de dirigirme hacia la puerta, Sapi alza la voz.

—¿Crees que el supuesto asesino está haciendo lo correcto?

Helena piensa la respuesta.

—El problema es que no lo sé.

—Entonces, no deberías estar aquí.

5 – EL MANIFIESTO: capítulo II

Hay más culpables en la calle que en la cárcel. ¿Es este el sistema que merecemos? Vivimos en una sociedad que parece resignada, atrapada en un sentimiento de inferioridad, pero incapaz de reaccionar ante las injusticias. Esperamos, con una paciencia inexplicable, que «el sistema» las resuelva por nosotros.

¿Y qué hacen los llamados defensores de los derechos de las minorías? Prohibir palabras: «no digas negro», «no digas maricón», «no digas sexo débil». Dedican su energía a señalar lo que no debemos decir, mientras los problemas reales persisten. Una mujer sigue siendo violada un sábado por la noche. Un niño continúa sufriendo abusos en silencio. Un homosexual enfrenta miradas de desprecio al caminar de la mano con su pareja. ¿Muchas medidas? Sí. ¿Resultados? No.

Hay algo más preocupante: muchos de estos «defensores» se identifican con las causas porque, desde su posición de privilegio, ven a esos grupos como inferiores. Es decir, su activismo nace de un sentido de superioridad disfrazado de empatía, pero ¿quién es más perjudicial? ¿El que no hace nada o el que ofrece un apoyo falso, condescendiente?

Las personas no son etiquetas. Ser mujer, negro, homosexual, o cualquier otra identidad no significa cargar con una discapacidad que despierte lástima. No se puede seguir reforzando la idea de que necesiten compasión por «el simple hecho de ser quienes son». Esa actitud, lejos de promover igualdad, perpetúa la desigualdad. ¿Alguien les ha preguntado cómo se sienten al ser tratados con caridad en lugar de respeto? ¿Qué tan igualitarios somos si seguimos señalándolos con un invisible pero evidente cartel de «persona inferior»?

Las reglas sociales no deben ser un marco pasivo que solo reaccione cuando sea demasiado tarde. Deben ser firmes, claras y

actuar con letalidad contra quienes perpetúan el daño, sin importar el contexto o la situación de la víctima.

Solo un cambio verdaderamente radical podrá alterar una tendencia social y, con ello, transformar la sociedad en su conjunto.

6 – Segunda víctima

Abro los ojos y todo está sumido en la oscuridad. Intento mover los brazos y las piernas, pero algo me lo impide, son como cadenas. Siento el metal frío de una mesa bajo mi espalda y el aire tiene un olor a humedad, a encierro. Quizás estoy en un sótano. Comienzo a gritar, a pedir ayuda, pero nadie responde. Mis pupilas no logran captar ni un atisbo de luz, solo la densa oscuridad que lo invade todo. De repente, escucho una voz cerca, tan cercana que me eriza la piel.

—No tengas miedo, Jimmy.

La persona que me ha traído aquí me conoce. Si sabe quién soy, estoy jodido.

—¿Quién eres? ¡Suéltame, por favor! ¿Qué hago aquí? —le exijo.

—¿Sabes por qué estás aquí, Jimmy?

—Dímelo tú, maldito loco.

—¿Yo soy el loco? Locos son los que han permitido que estés en la calle y no en la cárcel para siempre.

Es un familiar, eso tiene que ser. Algún resentido que ha decidido vengarse. Si no tuviera las manos atadas, le arrancaría la garganta con los dientes. Me consume la desesperación.

—¡He cumplido mi condena! ¡Ya pagué por lo que hice! ¡Suéltame, cabrón!

—Cálmate. Te voy a leer una noticia, ¿vale? «La primera víctima de Jimmy Carvalho cayó en sus garras el 27 de enero de 1987», hace 36 años; «Jimmy, quien entonces tenía 21 años, secuestró a una menor de 13 años, que vivía en su mismo bloque de pisos, cuando estaba yendo al colegio. La engañó diciéndole que su madre se había caído y que debía acompañarlo. La adolescente accedió y terminó entrando a la casa del acusado pensando que su madre estaba allí. Jimmy Carvalho la ató a una silla y se masturbó mientras la asfixiaba con una cuerda al cuello. No la mató. Condenado a 5 años de cárcel». ¿Voy bien por ahora, Jimmy?

—¡Ya pagué por eso! —grito, interrumpiéndolo—. ¡Cumplí mi condena!

—No he terminado todavía: «A poco de recobrar la libertad, en mayo de 1993, completó su primer homicidio. En aquel tiempo, Jimmy estaba en libertad condicional y decidió visitar una inmobiliaria para ver propiedades en venta. Carmen Rodríguez Sáez, una joven de 28 años que trabajaba como agente inmobiliaria, fue la encargada de mostrarle las viviendas. En una de ellas, estando los dos solos, Jimmy la empujó contra una cama y la inmovilizó boca abajo. Este sacó un punzón y le hizo 47 cortes por todo el cuerpo. Una vez sometida, le quitó la ropa interior y comenzó a penetrarla violentamente. En un último esfuerzo agónico, Carmen quiso zafarse de él y le mordió un dedo. Como reacción, Jimmy decidió terminar lo que había empezado: le clavó el punzón en un ojo llegando hasta el cerebro. Murió en el acto».

«Jimmy Carvalho fue condenado a 20 años por asesinato y 10 años por agresión sexual».

Y ahora, déjame preguntarte algo, Jimmy: ¿por qué crees que estás en la calle y no pudriéndote en una cárcel?

La intensidad en los ojos de la persona que me tiene atado no deja lugar a dudas: va en serio. Entonces, decido cambiar de táctica.

—Pero… ya cumplí mi condena. No me hagas esto, por favor —digo, fingiendo un sollozo, tratando de parecer arrepentido, de mostrar algo de clemencia.

—Cuando cumpliste 29 años en la cárcel, saliste en libertad condicional, Jimmy. Hace ya un año. Alquilaste un piso cerca de un colegio y un parque, lugares donde los niños suelen ir a jugar. Una empresa de carpintería, con un programa de reinserción social, te dio una oportunidad. Una nueva vida, ¿cierto?

La rabia me consume por dentro al escuchar sus palabras, pero lucho por contener la furia que amenaza con estallar.

—Te juro que no he vuelto a hacer nada desde que salí de la cárcel.

—No has hecho nada porque aún no has tenido la oportunidad, pero tu impulso sigue ahí, hambriento. He visto cómo, durante

semanas, has intentado hablar con niñas pequeñas en el parque que está al lado de tu casa.

No puedo aguantar más.

—Mira, cabrón de mierda, te juro que como salga de aquí, te voy a agujerear el cuerpo tanto como pueda. Me vas a suplicar que pare hasta que escupas sangre. ¡Suéltame, joder!

—No tengas miedo, Jimmy. ¿Sabes una cosa?

Mi orgullo ya no tiene fuerzas para seguir pidiendo piedad. Ignoro su pregunta, decidido a no ceder. Él permanece en silencio por unos segundos, pero al final me sentencia.

—Esas niñas no se preocuparán más por ti.

Supongo que quien me tiene atado entiende que, eliminando el origen del problema, desaparece el problema mismo. O, en otras palabras: muerto el perro, se acabó la rabia.

Mi impulso se desvanece.

7 — Vi y Pirática - Día 4 (11:27h)

El camello al que seguimos se ha dado cuenta de nuestra presencia y, en la mejor idea de todas, ha decidido echar a correr. Salgo del coche, me estiro el cuello con un crujido seco y tenso los músculos de brazos y piernas. Pirática me grita desde el interior del vehículo.

—¡Espera, Vi! ¡No vayas solo!

Demasiado tarde. Estoy calle abajo tras ese maldito escurridizo. Giro en una esquina de edificios de ladrillos caravista y lo veo cruzar una plazoleta. Los que fuman y beben litronas en los bancos esconden cualquier cosa ilegal a mi paso. Saben que no soy del barrio. Y, peor aún, ahora todos deben saber que soy policía, me han visto solo y persiguiendo a uno de los suyos.

El chico desaparece de mi vista, pero sé que tiene que estar cerca. La plaza se paraliza: soy el centro de atención. Las miradas inquietas de los presentes me atraviesan y más ojos curiosos se asoman desde las ventanas de los edificios. Un ruido me alerta: en los contenedores alguien pisa un trozo de cristal roto, ahí está. Cruzamos nuestras miradas y vuelve a correr, reanudando la persecución.

Entramos en una calle estrecha y desierta, donde las casas muestran su cara más fea. No sé hacia dónde ha girado, pero al final de la calle tengo dos opciones: izquierda o derecha. Elijo la izquierda, pero un golpe seco me tira al suelo.

Si sigo en esta posición, estoy acabado. El chico lo sabe. Se me echa encima y siento el frío de una navaja en el cuello, me toca rendirme.

—¿Qué quieres de mí, puto monillo? —me espeta, con una voz cargada de odio y apenas veinte años en el rostro.

—Tranquilo, solo quiero hablar contigo.

—¡Y una mierda! ¿Qué haces aquí? Habla o te rajo el cuello ahora mismo.

El filo se hunde apenas un milímetro más, y siento una gota de sangre deslizarse por mi piel. Mi camiseta la absorbe, fría. Entonces, escucho unos pasos familiares. Ya no estoy solo.

—Igual deberías preguntárselo a ella —digo, señalando a un lado con un leve movimiento de cabeza.

El chico, desconfiado, gira la vista. Aprovecho el momento para golpearle el pecho con las palmas de las manos abiertas. Lo desestabilizo y tomamos posiciones inversas: ahora estoy sobre él, con la navaja fuera de su alcance.

Pirática está a unos metros, apuntándonos con su pistola reglamentaria. Sin perder tiempo, levanto al chaval de un tirón, lo arrastro hacia una verja y le pongo las esposas en una muñeca, sujetándola a los barrotes. Uso su propia navaja para intimidarlo.

—El polvo de mono. ¿Quién lo vende aquí?

—Nosotros no vendemos esa mierda.

—¡Me estás mintiendo! —insisto, apretando más.

—¡Vi! —grita Pirática.

El grito me saca de mis intenciones. Un desconocido de gran tamaño la tiene agarrada por el cuello. Con su propia pistola, apunta directamente a su sien.

—Suelta al chico —exige la nueva aparición.

—Suelta tú a mi compañera.

—La mato ahora mismo si no me haces caso.

Estoy acostumbrado a este tipo de situaciones y no pienso ceder. Sin soltar al chico, miro al hombre corpulento.

—¿Quieres matarla? Hazlo, vamos. A ver si tienes cojones. En cuanto lo hagas, este desgraciado se queda sin garganta. Una acción, una reacción. Ponme a prueba.

El hombre duda, nervioso. No esperaba esa respuesta. Mantiene el arma apuntando a Pirática, pero intenta razonar.

—¿Qué quieres del chico?

—Le he preguntado quién vende polvo de mono y necesito que me diga la verdad.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no lo vendéis, pero necesito una excusa mejor para no hundirle esta navaja.

—Te ha dicho la verdad. Aquí no se vende eso.

—Pues necesito otra respuesta si quieres que aquí no haya al menos dos muertos —sigo en mis trece, desafiándolo.

El hombre suspira, su barriga se mueve al soltar a Pirática. Ella recupera su pistola mientras él responde.

—Si quieres saber sobre el polvo de mono, habla con el clan de los Balcanes. Nosotros no metemos esa mierda en el país, mata a la gente.

Aunque no es la información que buscábamos, me fío de sus palabras y dejo al otro chico libre. Me pongo a su lado y lo miro de reojo, Pirática se sitúa a mi altura.

—Tienes muchos huevos viniendo a mi barrio por una mierda de información.

—Y tú tienes muchos huevos si lo que me has dicho no es verdad, porque volveré de nuevo si hace falta.

Pirática y yo salimos del barrio marginal, sintiendo las miradas clavadas en nosotros hasta que nos subimos al coche y nos alejamos de allí.

—¿En serio le has dicho a ese hijo de puta que me disparase?

—No lo iba a hacer.

—¿Cómo estás tan seguro?

—En estas situaciones, casi siempre hay un 50% de que no lo hagan.

—Mira, Vi, yo me voy a cagar en tus muertos.

8 — Sánchez - Día 4 (13:05h)

Mi teléfono suena, es la Comisaria de la Científica.

—Dígame, Comisaria.

—Ordena el corral que tiene montado ahora mismo en la unidad. Si quiere que no relevemos a su compañera Helena del caso, convénzala de que buscamos a un asesino, no a un superhéroe que lucha contra el mal. Entre el comentario que nos soltó en el despacho del Comisario y lo que me ha contado Sapi, no me faltan razones para devolverla a la UFAM.

—Con el debido respeto, Comisaria: ¿tiene conversaciones con mi equipo sin que lo sepa? ¿Qué tiene de especial Sapi? Si es una loca que se tumba en el suelo a meditar sin decir nada.

—Cuide sus palabras, Sánchez. Les hemos mandado a los mejores policías de cada unidad, incluida Sapi. No la infravalore... Es una orden.

Sin tiempo para quejarme, acato mentalmente sus directrices.

—De acuerdo, Comisaria. Aclaro las cosas con el equipo y nos centramos en lo importante.

—La próxima vez que hablemos quiero buenas noticias. ¿Lo ha entendido?

—Si, Comi…

Pero antes de terminar mi frase, la Comisaria cuelga.

Entro de nuevo al piso y pillo a Pirática y a Vi apontocados en el marco de la puerta, estaban escuchando mi conversación.

—De verdad que parecéis niños chicos… —les confieso.

—¿Te ha dicho ya la jefa que somos los mejores? —levanto las cejas; mi silencio resuelve la pregunta a Pirática—. ¡Lo sabía! —exclama.

Sin perder el paso hacia mi escritorio, les cuestiono los avances.

—¿Qué tenemos?

Ambos me siguen.

—Los del clan de los Melenas no trafican con polvo de mono. O eso nos han dicho, con total amabilidad.

—¿Es ironía? ¿Ha pasado algo?

—No, nada relevante… Vi le ha dicho a un gitano con un arma que me pegue un tiro, pero por lo demás, bien.

Y mientras enciende de nuevo la PlayStation para ponerse a jugar, me aclara el descubrimiento que han hecho.

—Ah, y se me olvidaba, creen que los que trafican con polvo de mono son los del clan de los Balcanes.

—Mmmm… Los albanos. Seguid tirando del hilo. Hacedle una visita a nuestros amigos de Europa del este, a ver qué nos dicen. Y por favor —les suplico—, no quiero que os metan un tiro.

—Ha sido mi culpa, jefe —confiesa Vi—. No se volverá a repetir.

Es el turno de Sapi. Está sentada en su silla mirando su ordenador. Parece hasta una persona normal. No sé cómo lo hace, pero sin verme sabe que le voy a preguntar por sus avances.

—Jefe, tengo algo importante del caso antiguo de los estudiantes. El Dr. Henky fue el que interpuso una denuncia en la Guardia Civil aportando todo tipo de pruebas para desarticular las actividades que se estaban llevando a cabo y también para descubrir a todos los integrantes, pero pasó algo antes de esa denuncia. La Guardia Civil me ha enviado esta carpeta con toda la información que recabaron. No me preguntes por qué, pero al caso le llamaron «La vida no es justa». Aquí podéis consultar cualquier información que desconozcáis de lo ocurrido —dice mientras alza al aire dicha carpeta—.

—Ok, pásale toda la documentación a Helena —miro hacia ella—. Me fijé en cómo trataste a la chica agredida sexualmente, se te da bien entender a las personas. Quiero que investigues a todo hombre o mujer que salga en esos documentos por si tenemos que interrogarlo.

—No me has dejado contar lo importante, jefe—dice Sapi.

La miramos con expectación.

—¿De qué se trata?

—Unos días antes de la denuncia del Dr. Henky, pasó algo en una discoteca. Un chico italiano fue llevado a un hospital afirmando que

La Gran Unidad lo había intentando drogar para secuestrarlo. Otra chica, española, también ingresó en el mismo hospital con los mismo síntomas, pero esta última no alegó nada.

—¿Por qué no? ¿Quién es la chica?

Sapi se da la vuelta, se cruza de brazos y nos sonríe sin enseñar los dientes.

—Carlota Le Fried, la hija de Avid Le Fried, uno de los jefes de la organización clandestina. Exactamente, el jefe que mató al otro jefe de La Gran Unidad, Luis Tarrant. Muertos los dos actualmente. El padre de Carlota es una de las primeras víctimas de nuestro asesino.

—La quiero aquí, ya —sentencio.

9 — Sánchez - Día 5 (10:08h)

Carlota Le Fried entra al piso. La colocamos en una improvisada sala de interrogatorios: una mesa metálica, dos sillas enfrentadas y una ventana de visión unilateral. Ella se sienta, tranquila. No ha puesto resistencia para venir.

La observo desde el otro lado del cristal. Es morena, con ojos oscuros y emana una confianza que irrita. Su atuendo es casual, pero hay algo en su manera de comportarse que sugiere que no es la primera vez que enfrenta algo así. Apenas ha hablado. Apenas ha sonreído.

—¿Es cosa mía, o parecía saber que iba a venir aquí desde hace un tiempo? —le pregunto a Helena, que ya está ajustándose el pelo, lista para entrar.

—Es posible. Quizá ya había ensayado esta situación. Aunque... —Se detiene, pensativa—. El exceso de calma en alguien que va a ser interrogado nunca juega a nuestro favor.

—Pues toda tuya y ánimo, Helena. Confío en que le saques algo.

—Gracias, Sánchez. Haré que hable.

La puerta se cierra tras ella. Sapi y yo nos quedamos como meros espectadores.

—Buenos días, Carlota. Soy Helena, de la UFAM.

—Buenos días, Helena. Estoy aquí para lo que necesites.

Carlota lanza una mirada breve, casi automática, hacia el cristal. Sabe que la estamos observando.

—En primer lugar, quisiera aclararte que no estás aquí en calidad de detenida, sino que has venido de forma voluntaria a responder unas preguntas.

—Lo sé. Aunque ya conté todo lo que sabía a la Guardia Civil en su momento. ¿Qué queréis saber ahora?

—¿Sabes quién mató a tu padre?

Directa al grano, Helena no quiere andarse con rodeos.

—No lo sé. Han pasado casi dos años y sigo sin respuestas. ¿Por eso me habéis llamado? ¿Es para dar con el asesino? Porque, si no lo sabéis, os informo: la Guardia Civil tampoco consiguió nada.

—Lo sabemos, Carlota. Por eso hemos retomado el caso. Háblame de aquella noche en la discoteca. ¿Por qué terminaste en un hospital drogada junto a un estudiante italiano? ¿Por qué no denunciaste?

Carlota ladea la cabeza, como si no creyera lo que está oyendo.

—¿Sabéis lo que hacían en La Gran Unidad?

—Sí, Carlota. Tenemos una idea clara.

—¿Una idea clara? —se burla con un tono helado—. Se aprovechaban de estudiantes Erasmus. Los torturaban para extraer un compuesto de su sangre excitada. Adrenocromo, lo llamaban. Lo usaban en tratamientos experimentales con pacientes que podían pagarlo. Aquella noche en la discoteca intentaron secuestrar al chico italiano. Quise ayudarlo, pero me drogaron también.

Siendo su padre uno de los principales responsables, Carlota parece dolida por lo que hacían. Algo no me está cuadrando. ¿Se llevaba bien con su padre? Helena continua.

—Por lo que dices, entiendo que no estabas de acuerdo con lo que hacían.

—Claro que no. ¿Quién en su sano juicio lo estaría?

—Entonces, ¿por qué no denunciaste cuando saliste del hospital? El chico italiano sí lo hizo.

Carlota se queda callada. Sus ojos vacilan, y una tímida lágrima le cruza el pómulo.

—Antes de morir, mi padre me confesó todo. La organización empezó con mi madre y conmigo. Yo fui la primera víctima. Mi madre, la primera paciente en recibir la sangre excitada. Cuando supo lo que me hacía mi padre, dejó el tratamiento. Murió poco después. Él... él se arrepintió, ¿sabes? Quería redimirse. Me dijo que el Dr. Henky tenía pruebas para destruir a La Gran Unidad, por eso no lo denuncié. Quería protegerlo, pero no me dio tiempo. Lo mataron antes.

Helena escucha sin pestañear, absorbiendo cada palabra como quien descifra un enigma.

—Carlota, lo siento mucho. De verdad. Tu padre hizo cosas horribles, pero al menos intentó cambiar. Ahora quiero que me mires —Helena se inclina un poco hacia adelante—. Alguien decidió que él tenía que morir. Lo sabemos, pero ¿por qué Henky? ¿Por qué él también?

—No sé por qué lo mataron. Lo conocí antes, cuando me convenció de enfrentarme a mi padre. Tenía pruebas, pruebas claras. Después de que asesinaran a mi padre y al resto de La Gran Unidad, desapareció. Supe de su muerte por internet.

Helena asiente.

—Vale, Carlota. Vuelvo a sentir mucho por lo que has tenido que pasar, pero creo que me has aclarado todas mis dudas. Gracias.

—No hay de qué. ¿Ya está? ¿Puedo irme?

—Claro. Si necesitamos algo más, te contactaremos.

—De acuerdo.

Helena abre la puerta de la sala de interrogatorios y escolta a Carlota hacia la salida. Desde el pasillo, la veo alejarse, su figura erguida y pasos medidos.

Cuando alcanza el portal, nos asomamos a las ventanas que dan a la calle para verla salir, excepto Sapi, que está sentada en el suelo, inmersa en su habitual meditación.

—Podrías haberle preguntado más cosas. La has tenido muy poco tiempo. —Intento no sonar crítico, pero no puedo evitarlo.

Helena suspira y se cruza de brazos.

—No era necesario retenerla más. Si la presionamos, podríamos perder cualquier oportunidad de que colabore en el futuro. Prefiero que se vaya con un buen recuerdo de este encuentro. —Me mira de reojo—. Es sincera, Sánchez. Si ha mentido, lo ha hecho con mucha habilidad. Lo que siente por su padre es genuino, pero…

—¿Pero?

—Lo del Dr. Henky. Me ha parecido menos auténtico, como si no lo conociera realmente.

Antes de que pueda responder, Pirática señala hacia la calle.

—¿Quién es?

Seguimos su dedo, Carlota ya no está sola. Un chico, probablemente de su misma edad, camina junto a ella.

—¿Su novio? —sugiere Vi desde el fondo.

—Es posible —confirmo.

—¡Henky! —grita Sapi de repente, en su posición habitual en el suelo.

Nos giramos hacia ella, sorprendidos.

—¿Qué te pasa, Sapi?

—Carlota dijo que Henky realizó las autopsias de los muertos, incluida la de su padre. Si Henky era una buena persona, como parece, y no había razón para que lo mataran, entonces el asesino lo hizo por lo que descubrió en esas autopsias. Eso es lo que necesitamos saber.

Terminamos la tarde sumidos en papeles y redactando los informes del interrogatorio. Helena decide quedarse en el piso para lidiar con la burocracia mientras yo vuelvo a casa. El día no ha sido malo, pero todavía queda mucho por resolver. Demasiado.

El tiempo pasa lento hasta que llega la noche. Me dejo caer en la cama y cierro los ojos, buscando un descanso que no llega.

Son las 4 am y el vibrar del móvil corta el silencio, acompañado por el tenue brillo de la pantalla. Tanteo a ciegas hasta alcanzarlo y veo el nombre que menos esperaba a estas horas.

—¿Comisaria? —mi voz es apenas un susurro, todavía somnolienta—. ¿No es un poco tarde para...?

—Sánchez, tenemos otro muerto. Nos vemos en media hora.

Y así, el descanso se convierte en una idea tan lejana como el asesino que perseguimos.

10 — Sánchez - Día 6 (4:47h)

Reuno al equipo lo más rápido posible en el piso. No ha sido fácil despertarlos uno a uno; los insultos que me han dedicado podrían llenar un repertorio entero, pero ya están aquí, y la nueva información nos golpea como un cubo de agua fría.

Entre bostezos y los ojos semicerrados, ajusto mis pertenencias en los bolsillos mientras organizo los siguientes movimientos.

—Vi y Pirática, quiero que peinéis la zona donde se ha encontrado el cuerpo. Por lo menos en un radio de 200 o 300 metros. Buscad cámaras de seguridad y cualquier cosa que os parezca relevante.

—Helena, conmigo. Vamos a ver al muerto. Sapi, tú también vienes; eres de la Científica y sabrás analizar el cuerpo mejor que nosotros.

Sapi niega con un tono tajante.

—Yo no voy.

—¿Cómo que no vienes? —pregunto, extrañado—. Nadie lo haría mejor que tú antes de que lo lleven a la morgue.

Pirática interfiere.

—Jefe, hay un pequeño detalle que… desconoces sobre Sapi.

—¿Qué pasa ahora? ¿Otra de sus rarezas?

—¿Se lo cuentas tú o sigo yo?

Sapi ignora a Pirática.

—Jefe, cuando te dije que Sapi trabajaba sólo con la mente, era literal. Ella nunca va a ningún sitio.

—¿Cómo que nunca va a ningún sitio? Es policía.

—Traedme toda la información que podáis. Yo haré el resto del trabajo —dice Sapi, restando importancia a mis palabras.

La paciencia se me agota.

—¿Alguien me va a explicar qué coño pasa aquí?

Pirática suspira.

—Sapi… sufre agorafobia, jefe. La Comisaria es consciente de ello.

—¿Qué es agorafobia? ¿Miedo a las arañas?

—No, jefe —responde Pirática, ignorando mi torpeza—. No le gusta ir a sitios nuevos ni estar rodeada de gente. Evita lugares donde pueda sentirse atrapada o agobiada. Le produce ansiedad y ataques de pánico.

Quiero despotricar, soltar todo lo que me pasa por la cabeza, pero antes de hacerlo, Helena me sujeta por el codo y niega con la cabeza. Su gesto me calma. Me trago el enfado y opto por lo práctico.

—Cambio de planes: Sapi, te quedas aquí. Avísanos con cualquier información.

—Lo haré, jefe. Gracias —responde con una leve sonrisa.

El fallecido está en un paso de peatones que atraviesa la incorporación a la circunvalación de Alicante. Las luces amarillentas de las farolas iluminan la escena. Varios agentes de la Guardia Civil protegen el área, y al fondo, la Comisaria charla con quien parece ser el jefe del operativo.

Helena y yo esperamos a que termine. Cuando se acerca, le damos los buenos días, aunque son más bien buenas noches.

—No son horas ni para morir. ¿Qué tenemos? —pregunto.

—Marca en el pecho: «No tengas miedo». Ya saben lo que significa. Un repartidor lo arrolló en lo que parece un atropello-suicidio. Según él, el hombre se lanzó contra el vehículo.

—¿Pruebas de drogas en el cuerpo?

—Lo sabremos pronto, pero las probabilidades apuntan a polvo de mono. Nuestro asesino no se pone en riesgo: sabe que sometiendo a sus víctimas a ese tipo de droga, ellas solas se van a matar.

—¿Cómo puede estar tan seguro de que las víctimas se van a matar por sí solas?

—No le hace falta saberlo… Si no se matan, mueren de sobredosis. Es una droga muy fuerte. De todas formas, Sánchez,

mírese un par de videos en Youtube de los efectos del polvo de mono o la droga caníbal. Se sorprenderá.

—Lo haré. ¿Se sabe ya quién es?

—Si, pero no les va a gustar.

—¿Por?

—Es otro indeseable como el que se tiró por el puente. Jimmy Carvalho, un conocido violador que mató a una mujer tras violarla. Se ha pasado 30 años en la cárcel y llevaba poco más de 1 año en la calle.

Helena, que ha estado escuchando en silencio, no puede contenerse.

—No entiendo por qué tenemos que atrapar a alguien que elimina la escoria de la sociedad.

La Comisaria suspira.

—Es nuestro trabajo, Helena. Entiendo como te sientes, pero no sigas por ahí. No es el camino.

Antes de que Helena diga algo más, esta vez soy yo quien le pone la mano en el codo para contenerla. Ella baja la mirada, aunque sé que no está convencida.

—Una cosa más, Comisaria —cambio de tema—. ¿Sobre Sapi… sabe que no quiere salir del edificio?

—Sí, lo sé, pero Sapi no os hace falta aquí. La Científica ya le habrá enviado las fotos para que las analice. Os aseguró que, aunque se cague literalmente si sale de su casa o de su lugar de trabajo, tiene un cerebro que funciona de una forma diferente a la nuestra. Tened paciencia con ella y os lo demostrará. Echadle un vistazo al cuerpo si lo necesitáis, yo ya he gestionado todo aquí. Estamos en contacto.

La Comisaria se marcha, dejándonos a solas con el equipo de Científica que está obteniendo pruebas.

Helena observa el cadáver, que yace rígido por el rigor mortis. Su expresión es de pura impotencia.

—Siempre son hombres.

—Por ahora.

—¿Crees que seguirá con mujeres?

—Si el objetivo del asesino es matar a aquellas personas que han agredido sexualmente a alguien, no creo. Las mujeres pocas veces matan por impulso sexual o por sometimiento. Lo hacen por otros motivos: trastornos mentales, dinero, venganza, amor… pero ese impulso de dominación, de tener a alguien sometido por placer, es característico de los hombres.

Helena se ríe con ironía.

—Psss… El hombre lleva obsesionado con dicha dominación desde que el mundo es mundo. Hasta en una relación sexual sana, el hombre desea ser dominante. ¿Cuál crees que será el motivo del asesino? ¿Amor o dominación?

—¿Me estás preguntando si el asesino es hombre o mujer? —le insinúo.

—Algo así.

—No lo sé, pero esto no es dominación —miro el cadáver un instante antes de continuar—. El asesino no actúa por impulso; es meticuloso y lo peor es que ni siquiera mata directamente. Obliga a sus víctimas a suicidarse como una forma de expiar sus pecados.

—Sigo pensando que lo que hace está bien. Hace lo que la justicia no quiere. ¿Cuántas mujeres más tienen que soportar agresiones?

—¿Confías en el criterio del asesino? —le pregunto con seriedad —. Nadie puede asegurarnos que mañana no empiece a matar inocentes.

Helena no responde. Su silencio lo dice todo.

11 — EL MANIFIESTO: capítulo III

¿Cuán desesperada puede estar una persona para confiar en que un desconocido haga justicia?

El sistema no debería permitir que alguien llegue al punto de desear que personas como yo se encarguen de castigar a sus agresores.

Las plataformas de redes sociales están llenas de información: noticias, anécdotas, buena gente, mala gente, haters, influencers, productos en venta… y un tipo especial de personas: las que piden ayuda.

Todo empezó en Twitter, o quizá antes: todo empezó con La Gran Unidad, pero esta organización fue algo personal; fui yo quien presenció la injusticia. Avid Le Fried y todos los que murieron, lo merecían, salvo uno: el doctor.

Pero volvamos al tema principal. Lo ocurrido con La Gran Unidad me cambió, no solo mi forma de pensar, sino también mi destino. Fue entonces cuando apareció Olivia Nuero, una mujer marcada por un trauma inimaginable.

A Olivia la violaron en un festival de música. Una manada de hombres la arrinconó en una zona apartada y convirtió su vida en un infierno. Nos conocimos por casualidad, a través de Twitter, donde volcaba su dolor con mensajes desgarradores: «Es una de las peores experiencias que se pueden sufrir en la vida, algo que lo cambia todo». «No puedes encajar lo que ha pasado, porque simplemente no puedes creer que te haya ocurrido». «Rabia, tristeza, miedo, desesperanza, impotencia, vergüenza, culpa… eso es el abuso sexual». «¿Qué pasa después de una violación? Pesadillas, ansiedad, depresión». «Temor a estar sola, a las multitudes, a que alguien te esté persiguiendo, a mantener relaciones sexuales».

Esos fueron sus últimos tuits antes de quitarse la vida. Sin embargo, hubo uno que resonó en mi mente como un grito de auxilio: «Ojalá alguien fuese capaz de hacer verdadera justicia frente

a este tipo de agresores». Ese mensaje fue el origen de lo que soy hoy. Olivia nunca me pidió ayuda directamente, pero yo investigué… y encontré a los hombres que la violaron.

Los torturé hasta que no pudieron soportarlo más. Aprendí de las técnicas que usaban en La Gran Unidad con los estudiantes secuestrados. Les arranqué las uñas, los electrocuté, los sometí a ahogamientos simulados, les vertí agua hirviendo. Sus cuerpos reventaban por dentro o sus corazones simplemente dejaban de latir. No dejé a nadie vivo, los convertí en cenizas.

El grabado a sangre en el pecho de cada culpable ahora es un mensaje de esperanza para cada víctima:

«No tengas miedo».

Porque sus agresores ya pagaron por sus crímenes y nunca volverán a cometerlos. No en esta vida.

No sé cuánto tiempo más podré seguir haciendo justicia. Tampoco sé hasta cuándo podré llenar de serenidad a las innumerables víctimas que hoy sufren en silencio, pero si llega el día en que me capturen, solo quiero ser recordado como alguien que hizo lo que debía hacerse. Que por cada muerte que haya concedido, haya una buena persona que piense: esa muerte fue justa y merecida.

No soy un asesino.

12 — Sánchez - Día 6 (11:34 am)

Una madrugada en vela cobra su precio: la primera parte de la mañana siguiente se convierte en un sacrificio inevitable al sueño. Hay horas que son sagradas, momentos que ni los muertos deberían profanar. Entre el reconocimiento de la víctima —si es que se le puede llamar así— y las horas posteriores reuniendo pruebas, el reloj marcó las 7 de la mañana. Apenas hemos logrado encadenar cuatro horas de sueño antes de regresar a la «Planta», como hemos bautizado al lugar donde nos han destinado.

Son las 11:34 cuando coincido con Helena en el portal. El silencio en la Planta es casi tangible, Vi y Pirática aún no han llegado; Sapi está desplomada sobre su silla de escritorio, con los brazos cruzados sobre la mesa. Parece que ha pasado la noche entera despierta.

El centro de la sala está abarrotado de papeles y carpetas. La mayoría están marcadas con un título que flota como una sombra en la portada: La vida no es justa. Un caso que ahora, de algún modo, se cruza con el nuestro. Me dejo caer en la silla y tomo uno de los informes, pero un aroma familiar me distrae antes de que pueda leer siquiera el primer párrafo.

Café.

Levanto la cabeza justo a tiempo para ver a Vi y Pirática entrando con una torre de vasos de cartón humeantes y una bolsa de bollería variada. El olor parece reanimar a Sapi, que se sacude el letargo y carraspea, afinando la voz como si se preparara para un discurso importante.

—Nada concluyente en las muertes del padre de Carlota Le Fried y los miembros de La Gran Unidad —empieza, sin preámbulos—. Los encontraron sin vida en una fábrica abandonada, drogados con polvo de mono y con la ya conocida firma en el pecho. Cero restos de ADN. Cero pistas. Ni un hilo del que tirar.

—¿Y el Dr. Henky? —pregunto.

—Murió semanas después, pero sin mensaje en el pecho. Mismo resultado: cero pruebas.

—Sin mensaje en el pecho… —repito, masticando las palabras. Una idea empieza a formarse—. Eso confirma tu hipótesis: el asesino no lo mató por castigo. Lo hizo porque no tuvo otra opción. ¿Algún culpable? ¿Testigos?

Sapi niega lentamente.

—La Guardia Civil investigó a Carlota Le Fried, a su novio y a Piero, el Erasmus al que intentaron secuestrar en la discoteca, pero no encontraron nada que los vinculara con las muertes.

—Es rarísimo que no dieran con nada más —murmura Helena.

Sapi arquea una ceja y deja caer una sorpresa con una sonrisa pícara.

—Por ese mismo motivo me he tomado la libertad de citar dentro de 30 minutos a alguien que nos va a sacar de dudas.

—¿A quién?

—Eric Dilmaz, capitán de la Guardia Civil que llevó el caso. Está de camino.

—¿Se lo ha tomado bien? En teoría le hemos quitado el caso por incompetencia. Eso no suele ser un golpe fácil para el ego.

—Lo llamé hace un par de horas, antes de quedarme dormida. No parecía molesto. Nos ha deseado suerte, eso sí.

Aprovechamos el tiempo restante para desayunar en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Hasta que un golpe seco y rítmico rompe la calma.

La puerta se abre y, con ella, entra el capitán Dilmaz.

13 — Sánchez - Día 6 (12:15 am)

Eric Dilmaz entra con paso firme, nos saluda brevemente y toma asiento. Es un hombre alto, alrededor de 1.85, con unos cuarenta años encima, aunque su postura y mirada parecen cargar décadas más de experiencia. No está enfadado, o al menos no lo aparenta. Antes de que podamos bombardearlo con preguntas, toma la iniciativa, cruzando las piernas con una calma estudiada.

—La jueza ha tardado año y medio en reabrir el caso, no me sorprende —dice, con una sonrisa cargada de ironía—. Aunque me fastidia que no nos lo haya devuelto a nosotros. Sabía que ese cabrón volvería a matar. Es imposible hacer un trabajo tan limpio y no querer repetirlo.

—¿De verdad no encontrasteis nada? —me atrevo a preguntarle, aunque sé que es una herida abierta.

Eric suspira, encendiéndose un cigarro antes de responder.

—Ese hijo de puta es más listo que todos nosotros juntos. Si os sorprende que no encontráramos nada, es porque no había nada. Removimos cielo y tierra. Y os juro por lo que más quiero que no fue por falta de esfuerzo. De hecho… —respira profundamente, su mirada perdida—, le tengo hasta cierto respeto. Todos los que murieron merecían ese final, salvo el Dr. Henky. Le tuvo que causar problemas, seguro.

—¿Elaborásteis un perfil del asesino?

—Hombre, casi con total seguridad. Me costaría creer que una mujer arrastrase a varios hombres hasta esa fábrica. Es inteligente, metódico, no actúa por impulso. En su momento pensamos que era una venganza por lo que La Gran Unidad hizo a esos chavales. No tiene trastornos mentales y, en teoría, pasa desapercibido. Nada en su aspecto lo delata.

—¿Y con ese perfil no encontrasteis a nadie? —insisto.

—Por supuesto que sí, Sánchez. Ese perfil lo cumplía cualquier hombre afectado directa o indirectamente por La Gran Unidad,

pero… ¿cómo acusas a alguien sin pruebas? Padres, hermanos, amigos, hombres con antecedentes… Pasamos seis meses investigando y cuando las muertes cesaron, todo se enfrió. No pude atraparlo. Aunque, os seré sincero, sentí que lo tenía cerca. Me obsesioné con un video. Lo llevé incluso en mi móvil personal, repasándolo en casa como si me hablara.

—¿Qué video? Nosotros no tenemos constancia de eso.

—¿No os han enviado el vídeo de cuando Carlota Le Fried llegó al hospital, después de lo de la discoteca?

Miro de reojo a Sapi, que me niega con la cabeza.

—Parece ser que no.

—Igual no le han dado importancia, pero yo sí. Deben de tenerlo en el servidor, solicitadlo.

—¿Por qué crees que es relevante?

La sala es pura expectación.

—La Gran Unidad planeaba drogar a Piero, el Erasmus, en la discoteca. Iban a torturarlo y extraerle la sangre excitada, pero algo pasó ahí dentro. No lo supimos porque, casualmente, las cámaras no grabaron esa noche. Lo único que tuvimos fue un video de Carlota y Piero llegando a Urgencias en una ambulancia escoltada por un coche.

—¿Y qué tenía de especial? —pregunto, sin comprender aún la conexión.

—Muchas cosas. Era de noche, no se veía bien, pero los dos auxiliares médicos salieron de la ambulancia y dejaron que el conductor y los ocupantes del coche llevaran a Carlota y a Piero al interior.

—¿No es algo normal? —digo, pero Sapi se adelanta con una explicación que me obliga a recapacitar.

—Es contra el protocolo. Solo personal médico especializado puede mover a un herido desde una ambulancia.

—Exacto, pero los dos auxiliares se desentendieron.

—¿El hospital explicó algo? —interviene Helena.

—Dijeron que tenían una urgencia más grave y necesitaban a la ambulancia operativa de inmediato.

—¿Y los ocupantes del coche?

—El novio de Carlota, dos amigas suyas y el Dr. Henky.

—Carlota nos dijo ayer que lo conoció mucho antes —confirmo.

—No te ha mentido, se conocían.

—Entonces, ¿por qué crees que el video es clave?

—No lo sé. Quizá me obsesioné porque no había nada más a lo que aferrarme.

—¿Crees que el asesino salía en ese video? Por lo que has dicho, si obviamos al personal médico de la ambulancia, solo había dos hombres más. Uno era el doctor y el otro el novio de Carlota. Podemos descartar al doctor, pero…

El capitán resopla echando el humo del cigarro por una pequeña rendija de su boca.

—¿El novio de Carlota culpable? Claro que pensé en él, daba el perfil. Lo interrogué a él, a Carlota y a sus amigas. Todos con coartadas y desde un principio, todos dispuestos a colaborar. ¿Qué creéis que hubiera podido hacer más? ¿Qué hubieseis hecho en mi lugar sin una mísera prueba? Varios muertos, drogados, con un mensaje a sangre, menos el Dr. Henky, y sin una sola pista del autor. Hasta estuvimos analizando con un grafólogo los mensajes en el pecho, pero no encontramos ningún patrón reconocible. En resumen, el video fue lo único que tuvimos para avanzar, pero no le pudimos sacar más de lo que os he contado ya.

Un manotazo contra la mesa hace resonar toda la habitación.

—¡Otra vez no! —grita Sapi, con una desesperación que congela la sala.

Sapi se levanta de su silla y, tambaleándose, llega a duras penas hasta una de las ventanas. En los últimos pasos antes de asomarse, tropieza a mi lado y me da tiempo a cogerla antes de que se estampe contra el suelo. Una de mis manos la sujeta por debajo de sus pechos; el suficiente contacto para notar que su corazón va a más de 180 pulsaciones por minuto, como mínimo. Me resulta imposible creer que un corazón vaya a ese ritmo estando en reposo. Ella se recompone y saca la cabeza por la ventana, como intentando coger aire.

—Sapi… —murmuro, pero ella no responde. Se apoya contra la pared, jadeando como si el aire no bastara.

Cuando finalmente se deja caer al suelo, se abraza las rodillas, escondiendo el rostro entre los brazos. Un sollozo suave escapa de ella, apenas audible.

—Seguid con lo vuestro —ordena Pirática, sentándose a su lado.

14 — María Sapientia - Hace 8 años

La sala de espera del doctor parece cualquier cosa menos un lugar de calma. Frente a mí, una mujer murmura algo sobre un trastorno raro que padece su hijo. A mi lado, un hombre suspira, diciendo que lleva semanas sin dormir. Otra mujer, con la mirada fija en la pantalla de la televisión, juega nerviosa con un test que sostiene en las manos. Y yo…

¿Qué se supone que voy a decirle? ¿Qué tengo yo? ¿Cómo le explico que me desvelo con un miedo irracional que me paraliza y que, cada vez que ocurre, salgo corriendo con el riesgo de caerme por las escaleras. ¿Me tomará en serio?

—¿María Sapientia? —llama una mujer que parece ser la ayudante del doctor.

—Soy yo.

—El doctor le está esperando.

Pasan un par de minutos antes de que el doctor tome asiento. Me mira por encima de sus gafas, cruzando los dedos sobre la mesa, con esa mirada que invita a hablar, pero que también pesa.

—Cuéntame, Sapi. ¿Qué te ocurre?

Dudo, pero sé que no he venido para quedarme callada. Respiro hondo.

—Doctor… creo que me estoy volviendo loca.

El doctor sonríe levemente, como si hubiese escuchado esa frase mil veces antes.

—Es poco probable que lo estés si eres consciente de ello. ¿Por qué lo dices?

—Me pasa algo… No sé explicarlo bien. Me despierto por las noches con un miedo terrible. Mi corazón late como si estuviera a punto de explotar. Al principio pensaba que me iba a morir, pero ahora solo me siento en la cama, cierro los ojos y espero a que pase.

—¿Tomas algún tipo de excitante? ¿Café, Coca-Cola, drogas?

—No, bueno… a veces Coca-Cola, pero muy de vez en cuando.

—Entendido. ¿Te preocupa algo? ¿A qué te dedicas?

—Estoy estudiando para policía científica.

—Puede ser eso. De todas formas, te voy a hacer un electrocardiograma.

—¿Cree que tengo algo grave?

—Si descarto cualquier problema cardíaco, dependerá de ti que sea grave o no. Lo que describes son crisis de angustia, un síntoma típico de una ansiedad desproporcionada.

—Yo no estoy nerviosa, doctor. No creo que sea por el estudio.

—Un desajuste de ansiedad puede manifestarse de muchas maneras. No siempre se trata de estar nerviosa o temblorosa. En tu caso, esas crisis de angustia aparecen por las noches, pero otras personas desarrollan erupciones en la piel, cambios hormonales o incluso problemas digestivos. Las causas pueden ser variadas: acumulación de malas experiencias, infelicidad, hábitos poco saludables o, en ocasiones, factores hereditarios, es decir, que simplemente estés predispuesta a padecerlo.

—Entonces… ¿se puede curar? Porque estoy harta, doctor. No quiero seguir despertándome con esa sensación de que voy a morir.

—Para estos casos, se suelen plantear dos alternativas.

—¿Cuáles?

—Tomar medicación para mitigar los síntomas y/o iniciar un tratamiento psicológico.

—No puedo tomar medicación. Si lo hago, no pasaré las pruebas de la policía. Y tampoco quiero que me tachen de loca.

—Si no haces algo, esos síntomas podrían evolucionar hacia un trastorno de ansiedad generalizada. Y eso son palabras mayores: síntomas más graves y difíciles de controlar.

—Doctor, no puedo. Hasta que no apruebe el examen, no puede figurar en mi expediente que tengo un trastorno mental. Tiene que haber otra solución.

—Puedes tomar manzanilla, tila, valeriana, hacer meditación, ejercicio físico, una buena alimentación… Pero te aseguro que si no lo afrontas a tiempo, esos síntomas serán más frecuentes y terminarán afectando tu día a día.

—Creo que por ahora me valdrá con valerianas. Aguantaré.

El doctor me mira con una mezcla de compasión y resignación, como si supiera que estoy eligiendo un camino lleno de baches.

—Tenlo en cuenta, Sapi. A veces, el cuerpo nos avisa antes de que sea demasiado tarde.

15 — Sánchez - Día 6 (13:47h)

El capitán de la Guardia Civil ha abandonado nuestras instalaciones tras dejarnos el resto de la información sobre el caso. Al cerrar la puerta, sigo rememorando el espectáculo que hemos presenciado.

Sapi está sentada junto a la mesa central, arropada por el brazo de Pirática. Su rostro refleja una vergüenza palpable. Sé que debo hacer algo para cambiar el rumbo de esta situación, para poder descubrir al asesino. Me siento junto a ella y, sin pensarlo, coloco mi mano sobre la suya como muestra de apoyo.

—Sapi, quiero saber qué está pasando realmente. No estoy enfadado, no necesitas darme explicaciones. Solo quiero ayudarte.

Ella reacciona a mi voz, apretando los labios como si quisiera retener una verdad que le pesa demasiado.

—Hace ocho años, sin razón aparente, comencé a experimentar síntomas leves de ansiedad: palpitaciones, insomnio, malestar… Estaba preparando mi examen para la Científica. El médico me recomendó tratamiento psicológico o medicación, pero sabía que si seguía su consejo, mi carrera en la policía se desplomaría antes de comenzar. Así que ignoré su recomendación y aprobé el examen, pero los síntomas empeoraron. Con cada año que pasaba, mis miedos crecían hasta que dejé de llevar una vida normal. Esa maldita ansiedad llegó para quedarse y yo, creyendo que era algo que podía manejar, la dejé crecer, sin tratarla a tiempo. He aprendido a vivir con ella.

—¿Y por qué no tomas medicación ahora? Ya eres policía, podrías pedir una baja y curarte.

—No quiero depender de fármacos. Los medicamentos solo aliviarían los síntomas, pero me crearían una dependencia horrible. El problema no está en los síntomas, sino en esto —dice, señalándose la sien—. Cuando toqué fondo, opté por un tratamiento

psicológico. Medito, intento controlar mis pensamientos, pero hay veces que la ansiedad llega cuando menos te lo esperas.

—¿Como lo de hoy?

—Exacto. Soy esclava de ese miedo irracional de no saber cuándo, ni dónde, me va a sorprender. Siempre estoy en alerta, eso es lo que me ha dado la agorafobia. Y hay más síntomas, pero no hace falta que los mencione, mi mente es un caos. El psicólogo que me trató me hizo una batería de pruebas y descubrió que tengo una capacidad de razonamiento lógico y visión espacial por encima de la media, por eso la Comisaria no me ha echado aún del cuerpo. No soy superdotada, pero sí estoy por encima del promedio. Ya he ayudado en varios casos que otras brigadas no podían resolver. Para que lo entiendas, me mandan lo que nadie quiere tocar.

—Joder, Sapi, no sabía nada de esto. Si te sirve de consuelo, ahora te entiendo un poco mejor. Y me gustaría disculparme por el trato que te he dado.

—No tienes que disculparte, jefe. Aprecio que tengas la paciencia de tratar de entenderme. Aunque, ahora que lo pienso, sería mejor que nos centremos en el caso. No hace falta que yo sea el centro de atención.

16 — Sánchez - Día 6 (14:58h)

Helena y yo nos hemos quedado actualizando la información del caso. Los demás han aprovechado para ir a almorzar. El silencio se vuelve un aliado mientras me sumerjo en los folios y las anotaciones clavadas en la pizarra:

Víctimas nº 0: integrantes de la organización La Gran Unidad. Entre ellos, uno de los jefes: Avid Le Fried. Motivo de las muertes: secuestro y tortura de estudiantes universitarios. Además, la muerte del Dr. Henky, probablemente por intentar delatar al asesino.

Víctima nº 1: Carlos Mengol. Posible motivo de la muerte: agresor sexual en discotecas, denunciado por la violación de una mujer. Además, cerró su empresa y se quedó con el dinero de sus empleados.

Víctima nº 2: Jimmy Carvalho. Posible motivo de la muerte: abusó de una menor y mató a otra mujer tras violarla.

Patrones en las muertes: El asesino secuestra y tortura a las víctimas 1 y 2, obligándolas a suicidarse bajo los efectos de la droga polvo de mono. Todas las víctimas, excepto el Dr. Henky, tienen un mensaje grabado en sangre en el pecho: «No tengas miedo».

Seguimos el rastro de la droga utilizada por el asesino, tratando de encontrar quién se la vende. Creemos que el clan de los Melenas no trafica con polvo de mono. Hablamos con su cabecilla. Es posible que el clan de los Balcanes sí esté involucrado.

El capitán de la Guardia Civil menciona un video inédito en un hospital. Tiene el presentimiento de que es clave.

¿Sospechosos? Carlota Le Fried (hija de Avid Le Fried), Piero y novio de Carlota.

SIGUIENTES PASOS: visitar al clan de los Balcanes, investigar al novio de Carlota Le Fried.

17 - Vi y Pirática - Día 7 (10:12h)

El barrio del clan de los Balcanes se muestra tranquilo a los ojos de quienes lo visitan por primera vez. Hay una clara diferencia con la zona del clan de los Melenas: aquí no hacen ningún esfuerzo para que sepas que es un lugar prohibido. No hay gente apostada en las esquinas ni grupos vigilando las calles. Sin embargo, desde que nos bajamos del coche, tenemos la sensación de que nos están observando. Aunque sigue siendo un territorio marginal, se nota que el liderazgo pertenece a otro clan. Serbios, croatas y montenegrinos conforman este grupo de crimen organizado, que utiliza estos lugares como base de operaciones.

Camino junto a Vi por una de las principales calles del barrio, sin saber con quién hablar. Necesitamos encontrar a alguien que nos dé información sobre el polvo de mono y quién lo vende, pero presentarnos aquí a pedirla no parece una buena idea, aunque vayamos disfrazados de paisanos. ¿Quién en su sano juicio hablaría con nosotros? Con todas las dudas que me rondan, veo a Vi demasiado confiado, como si ya hubiera pasado por esto un centenar de veces y supiera exactamente qué hacer.

Un niño, que debería estar en el colegio a estas horas de un miércoles, atraviesa un cruce frente a nosotros montado en su bicicleta. Ni se ha inmutado al vernos. Llega hasta la puerta de una casa adosada, toca el timbre y se sienta en el bordillo de la acera, mientras disfruta de una palmera de chocolate.

Vi se acerca a mi oído y me susurra su plan.

—Ese niño es nuestra oportunidad. La mejor manera de obtener información. Si interrogamos a algún adulto, sabrá que somos policías y se pondrá a la defensiva, pero un niño no. Lo voy a intentar.

No me parece una mala idea. Sin decir palabra, asiento con la cabeza.

Nos acercamos al niño y Vi se sienta a su lado en el mismo bordillo.

—Hola, tío. ¿Cómo te llamas? Yo soy Vi.

El crío lo mira con desconfianza, sin dejar de masticar el chocolate. Tarda unos segundos en responder.

—Me llamo Darko.

—Un placer, Darko. Bonito nombre. Por cierto, tienes una bicicleta muy guapa.

—Sí, la utilizo para pasear. ¿Y tú por qué te llamas Vi?

—Bueno, en realidad no es mi nombre, es un mote que me pusieron.

—¿Por qué?

—Es una palabra latina, significa «fuerza». Y yo estoy muy fuerte, fíjate en los músculos que tengo.

Darko se ríe al ver el bíceps de Vi.

—Yo también quiero tener un mote como tú.

—¿Sabes algo, Darko? Creo que tengo el mote perfecto para ti, pero antes necesito que me digas algo.

—Vale, ¿qué quieres saber?

—Es una pregunta sencilla; si no te apetece responder, no lo hagas. ¿Por qué no estás en el colegio?

—Ah, bueno. Yo siempre voy al cole, menos hoy. Ha pasado algo. Mi papá me ha dicho que no podía ir hoy al cole y también me ha dicho que venga a jugar a la casa de mi amigo.

—Claro, haces bien Darko. A los padres siempre hay que hacerles caso. ¿Tú amigo tampoco ha ido al colegio?

—No, él tampoco ha ido. Su papá está en la casa roja con el mio.

—¿Qué casa roja, Darko?

—La que tiene…

Antes de que pueda seguir, una voz femenina interrumpe nuestra conversación.

—Darko, Luka está esperándote dentro de casa, ya puedes ir a jugar con él.

—¡Vale!

Darko se levanta, agarra su bicicleta y se dirige hacia la casa, pero antes de entrar, se detiene y se vuelve hacia nosotros.

—¡Vi! Me tienes que decir mi mote.

La naturalidad de ese chaval nos fascina.

—Te presto el mío, Darko. Puedes llamarte «Vi». Eres un chico fuerte, ¿no? Pues todo tuyo.

—¿Sí? ¡Muchas gracias! ¡Lo demostraré!

La mujer, con una expresión seria, se planta ante nosotros.

—¿Qué estáis buscando?

Vi no pierde tiempo. Sin pensarlo demasiado, le suelta una parte de la verdad. Quizás para intimidarla, o tal vez solo por costumbre.

—Hay un asesino en serie suelto por la ciudad y creemos que visita este barrio de vez en cuando. Pueden estar en peligro —Vi señala con la cabeza hacia el interior de la casa—, incluso los niños. ¿Quién nos podría ayudar con eso?

—Creo que se han equivocado de barrio. Este lugar es seguro y tranquilo, con gente trabajadora.

—Si es tan seguro, ¿por qué los niños no están yendo al colegio?

—Lo siento, pero deben irse.

La mujer señala con un gesto firme hacia un Land Rover negro que aparece al final de la calle. Es una advertencia clara: es hora de marcharnos. No hemos venido a desafiar al clan y no es el momento para hacerlo.

—De acuerdo, señora. Si necesitan ayuda o pasa algo, no dude en llamarnos. Aquí tiene mi tarjeta —le digo con calma.

—No hará falta, se lo aseguro.

Regresamos al coche con la sensación de que algo no encaja. Vi no tarda en confirmar mis sospechas:

—El único motivo por el que un clan no deje salir a sus críos de su territorio es porque saben que están en peligro, pero ¿de quién? Es difícil imaginar que esta gente le tenga miedo a alguien.

—La casa roja —murmuro en voz alta, sin darme cuenta de que lo he dicho.

—Súbete, Pirática. Vamos a hacer un poco de turismo por el barrio.

18 - Vi y Pirática - Día 7 (10:52h)

Hemos dado varias vueltas en coche por el barrio, pero no hay rastro de una casa roja. Algo se cuece en ese supuesto lugar. Seguimos en el coche, atravesando calles sin rumbo fijo.

—¿Y si el niño se ha equivocado o nos ha engañado?

—No creo que nos haya mentido, ha sido sincero.

—¿Cuántas veces hemos pasado ya por aquí, Vi? No hay ninguna casa roja.

—Tenemos que prestar más atención a los detalles. Si no es una casa, tiene que ser algo rojo a la vista: la puerta, la cancela, el tejado… Voy a dar otra vuelta.

—En otros países utilizan las zapatillas colgadas en los cables de electricidad para indicar dónde se vende droga, igual hay alguna zapatilla roja colgada.

—Nah, esta gente no trapichea así, juegan en otra liga. Te aseguro que es algo más sutil.

—Pues la sutileza parece que no es lo nuestro, esta es la quinta vez que pasamos por esta calle. Me sé hasta la matrícula de ese maldito coche blanco.

—Mmm… los coches…

—¿Se te ha encendido la bombilla?

—Creo que tengo una intuición, Pirática. Lo hemos tenido delante todo el tiempo.

—Ilumíname.

—Cuando estuve destinado en Reino Unido, muchas bandas tenían lugares llamados «toperas» en sus territorios. Estos lugares cambiaban constantemente. Los usaban para almacenar droga y como puntos de encuentro, pero, al moverlos, casi nunca se podía llegar a tiempo para incautar nada ni detenerlos. Incluso muchos de los miembros de las bandas no sabían dónde estaban exactamente.

—¿Crees que el clan de los Balcanes utiliza también «toperas»?

—Sí; y creo que Darko nos lo ha dicho de manera inconsciente.

—Pero si no hay casa roja, ¿cómo la vamos a encontrar?

—Estoy convencido de que la casa roja no es fija, cambia. Un día puede ser esta de aquí, otro día la de enfrente. El niño ha debido escuchar sin querer que su padre iba a una casa roja. Son términos que utilizan para evitar que cualquier persona externa los localice, ni por WhatsApp, ni por llamadas… Solo las personas que conozcan el código saben cómo interpretarlo.

—¿Y crees que el color rojo es la clave? Porque, si es por eso, puede significar cualquier cosa —le pregunto, confundida.

—Es posible, pero es algo que hemos escuchado por casualidad, no es algo que se haga público. Nadie fuera de la organización debería saberlo.

—No sé… Creo que te estás montando una película con esa teoría.

—Estoy echando en falta algo. En las 20 vueltas que llevamos por el barrio, ¿cuántos coches has visto aparcados en la calle?

—Muchos.

—¿Recuerdas los colores? Mira esta calle y dime qué colores ves.

—No sé a dónde quieres llegar. Blanco, azul, gris, negro… yo qué sé…

—¿Qué color dirías que falta?

Centro mi atención en los coches a cada lado de la calle. Los repaso: blanco, verde, negro, gris; al otro lado: negro, azul, blanco, gris y gris. Pasamos por otra calle: los mismos colores, en diferente orden. Otra nueva calle: el mismo resultado.

—Falta el color rojo, Vi. No puede ser, ¿cómo coño lo has sabido? Da una vuelta más por el barrio, voy a revisarlos uno por uno.

Quince minutos más tarde, y después de varias discusiones con Vi insistiendo en que su hipótesis era posible, nos encontramos frente a un Volkswagen Golf rojo estacionado frente a una casa individual, rodeada por muros de ladrillo. No hemos visto otro coche rojo por todo el barrio. Mi mente sigue poniendo en duda la teoría de Vi, pero ahí está la prueba ante nuestros ojos.

—Joder, Vi, si tienes razón, eres el puto amo.

—No es tan difícil si sabes cómo funcionan estos clanes. Hay que darle las gracias a Darko, pero si no entramos en esa casa, nunca sabremos si estaba en lo cierto.

—¿Así sin más? ¿Tocamos a la puerta y entramos como si fuéramos amigos? No tenemos ninguna orden.

—¿Orden? No hay tiempo para eso, no pueden saber que estamos aquí. Voy a aparcar fuera del barrio y venimos andando.

Dejamos el coche a unos 400 metros de distancia y nos acercamos a la casa a pie. Entre los enormes pinos que rodean la propiedad, podemos escuchar una conversación acalorada entre varias personas. Hay un grupo de hombres en la entrada, pero no conseguimos entender todo lo que dicen. Nos mantenemos lo más ocultos posible, sin que nos vean. Una frase destaca por encima de las demás: «No podemos dejarlo ahí dentro». Nos miramos, la sorpresa se refleja en nuestros ojos. Es suficiente para alimentar nuestra intención de colarnos.

—Tienes que entrar en la casa, Pirática.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Soy más grande y torpe en espacios pequeños, además, es más fácil que me vean. Si la cosa se tuerce, yo me ocupo de los de afuera. Sube por la tapia y prueba a abrir cualquier ventana. Cuélate, descubre qué es lo que no pueden dejar ahí dentro.

—Joder, Vi. ¿Sabes lo que me estás pidiendo?

—Pirática, si no los pillamos por sorpresa, nunca sabremos de qué hablan.

—¡Qué mierda! —en el fondo, sé que tiene razón—. ¿Puedo confiar en ti o me vas a hacer la del otro día con el gitano? Sabes que esto es allanamiento de morada…

—¿Te has identificado como policía en este barrio?

—Aún no.

—Pues entonces no pueden presentar denuncia, porque no saben quién eres. Dame tus credenciales, te prometo que no te va a pasar nada, como el otro día.

—Eso no me tranquiliza.

—Va, Pirática, no podemos perder más tiempo.

No soy una persona miedosa, en realidad no tengo problema en colarme en la casa. Lo que no me gusta es que me apunten con una pistola en la cabeza, digamos que es una manía que tengo.

Vi me ayuda a superar la tapia que separa la casa de la calle. Salto y caigo al césped, en la parte trasera, donde los pinos crecen altos. Estoy en el lado opuesto mientras el grupo de personas —aún sin identificar— permanece en la parte delantera. Inspecciono rápidamente la casa: hay una ventana abierta por la que podría entrar, pero el problema es que está a una altura superior a la mía. Sin pensarlo demasiado, empiezo a escalar la pared. Me agarro al filo de la ventana, pero en el intento algo cae al césped: mi móvil. Estoy jodida, seguro que han oído el golpe. Si bajo para recogerlo, puedo estar en peligro. Lo doy por perdido y sigo adelante, entrando en la casa. Mi única súplica es que no haya nadie dentro.

El lugar mantiene el mismo silencio que caracteriza a este barrio. Nada parece alterar la paz autoimpuesta. La planta baja está vacía, sin nada que llame la atención. Salón, cuarto de baño, cocina… Lo normal. ¿Qué tengo que buscar? No debe ser complicado. La frase de antes resuena en mi cabeza: «no podemos dejarlo ahí dentro». Tiene que haber algo que destaque, algo que no encaje. Empiezo a pensar en lo obvio: droga, mucha droga, visible a simple vista, pero aquí no hay nada. La tensión empieza a apoderarse de mí; tengo que pensar rápido.

Estoy en la cocina, observando con nerviosismo. En una de las paredes, una puerta está entreabierta y una bajada lleva a lo que solo puede ser el sótano. Abro la puerta con sigilo, bajo peldaño tras peldaño, intentando no hacer ruido. Sé que no es buena idea, pero no tengo otra alternativa. Agacho la cabeza y, por las rendijas de la baranda, veo a alguien dormido en una mesa. Subir de nuevo no es una opción, así que me la juego a que no se despierte.

Delante de la mesa, un coche está estacionado. La droga podría estar dentro. Avanzo agachada, rodeo el vehículo y, una vez en la parte trasera, abro el maletero con delicadeza.

Pero me olvido de algo: las luces del coche se encienden de repente, iluminando todo el interior del sótano. Algo de plástico cae al suelo, el sonido viaja por toda la habitación. Me quedo paralizada.

Es posible que el hombre se haya despertado, no me atrevo a girarme. En el maletero, hay una caja con lo que parecen ser bolsitas de droga. Sin pensarlo, guardo una de ellas en el bolsillo.

Suspiro, me muerdo el labio inferior y echo una mano a mi pistola. Cuento hasta tres mentalmente. Me giro y le apunto con el arma, pero sigue durmiendo. ¿Sueño profundo? Ni de coña. Me acerco a él, está sentado con la cabeza caída sobre la mesa y un brazo cubriéndose la cara. Le toco con la punta de la pistola en el costado, pero no reacciona. ¿Está muerto? Necesito ver su rostro, tomarle el pulso. Guardo la pistola y muevo su cabeza para ponerlo en una posición normal. Lo que descubro escapa a cualquier pensamiento macabro.

Cada ojo, ensangrentado, cuelga de un pómulo distinto. Las venas, arterias y nervios ópticos se encargan de mantenerlos en su sitio, desafiando toda lógica. Es una imagen tan perturbadora que me cuesta procesarla. Veo las cuencas vacías, las órbitas oculares desnudas. Nunca había visto algo así.

A pesar de la brutalidad de su estado, sigo observando su cuerpo. Está sin camiseta. Un escalofrío recorre mi espalda cuando veo su pecho. «No tengas miedo» está escrito con cortes de cuchillo. Mi frustración crece: maldigo haber dejado el móvil tirado en el suelo. No voy a poder salir de aquí con alguna prueba que respalde lo que estoy viendo.

Una arcada se instala en mi esófago, avisándome de lo que viene. Me aparto rápidamente del cadáver y vomito en el suelo.

Al recomponerme, siento la fría y dura punta de una pistola en mi espalda. Alguien más se ha unido a la escena y no es el muerto.

—Me has pillado —digo, resignada—. Gracias por darme al menos el tiempo para vomitar.

—Andando.

De todas las situaciones que he imaginado mientras salimos de la casa, ninguna encaja con la realidad. El hombre me lleva a punta de pistola al jardín. ¿Estoy muerta? Si ya habíamos eludido la muerte el otro día, hoy no tiene pinta de ser igual. Para mi sorpresa, Vi está

afuera, agarrando a uno de los del grupo por el cuello y apuntándole a la cabeza.

—Pirática, ese hombre te va a soltar y te va a dejar venir aquí. Si no lo hace, le vuelo la cabeza a este hijo de puta.

Sigo las instrucciones de Vi, sin dudar. Salgo por la puerta principal y él me sigue, usando al otro como escudo. Una vez afuera, Vi lo golpea con brutalidad, dejándolo tirado en el suelo, noqueado.

—Me van a parecer largos los 400 metros hasta el coche.

Nos toca correr.

19 - Sánchez - Día 7 (14:28h)

Estoy apoyado en la mesa, golpeando los dedos contra la superficie, mientras esperamos a que lleguen Vi y Pirática.

Después de treinta minutos insufribles, finalmente cruzan la puerta. Ambos se desploman en las sillas, jadeando, como si acabaran de correr una maratón. Sus rostros reflejan cansancio y tensión. Nos miran en silencio, pidiendo un respiro antes de soltar lo que sea que han descubierto.

—Dejadme adivinar —digo—: ¿os han intentado matar otra vez?

—La muerte es una fiel compañera que ya nos acompaña allá donde vayamos —ironiza Pirática, con una sonrisa amarga.

—¿Otra vez os habéis enganchado con alguien? —hago un gesto de desaprobación—. Perfecto; y ¿qué es eso tan importante que os ha pasado y que no podíais contar por teléfono?

Vi y Pirática intercambian miradas. Hay algo más que cansancio en sus ojos, algo más profundo y oscuro.

—Bueno… es difícil de explicar.

Sapi, queriendo evitar que el drama se alargue más de lo necesario, decide intervenir.

—No os pongáis pesados; si tenéis buenas y malas noticias, empezad por las buenas, por favor.

—Gracias, Sapi, has destrozado el halo de misterio —bromea Vi, con un intento poco convincente de relajarnos—. Yendo al grano: sabemos que nuestro asesino compra polvo de mono al clan de los Balcanes. Y no solo eso… ha matado a uno de ellos.

—Le ha desencajado los globos oculares, literalmente —interviene Pirática, haciendo un gesto gráfico de sacarse los ojos con las manos, como si no fuera suficientemente perturbador ya de por sí.

Siento que mi estómago se revuelve mientras intento asimilar la nueva información.

—Madre mía… Pero un momento —les miro fijamente, buscando respuestas—. Si esa es la buena noticia, ¿cuál es la mala? ¿Qué habéis hecho para descubrir eso? No me jodáis.

El silencio en la sala confirma mi vaticinio.

—No podemos demostrar nada de forma legal —confiesa Vi.

—¿Por qué?

—Nos hemos colado en una casa sin permiso y allí es donde he encontrado al muerto con los ojos desencajados y la firma de nuestro asesino grabada en el pecho —hace una pausa y saca una bolsita con un polvo blanco, dejándola sobre la mesa—. También había un coche con droga en el interior. La científica puede analizar esto, pero ya te digo que es polvo de mono.

Vi añade, casi como si fuera un detalle menor:

—Ah, y noqueé a uno de ellos. Lo dejé tirado en el suelo, pero iban armados. Dudo que estén muy hospitalarios si volvemos.

Me llevo una mano a la frente, intentando procesar la cantidad de infracciones que acaban de soltarme de golpe.

—En resumen —digo, haciendo un esfuerzo consciente por ocultar mi enfado—, creéis que nuestro asesino ha matado a esa persona porque has visto —miro a Pirática— que tiene su firma grabada en el pecho, pero no tenéis pruebas físicas que lo relacionen y tampoco podemos admitir que habéis estado allí. Y eso sin mencionar que será imposible identificar a la nueva víctima.

—Yo no lo vería con tanto pesimismo, jefe. No podemos usar nada de esto como prueba, pero ahora sabemos que el asesino ha estado allí antes que nosotros por algo importante. Puede haber sido porque esa persona abusó de alguien, o porque peligraba su identidad. Si le compraba droga al clan, puede que el muerto supiera quién es.

—Tiene sentido, Pirática, pero ponte en mi lugar. No os puedo mandar allí de nuevo, al menos no oficialmente. Si los del clan os reconocen y los superiores se enteran de lo que habéis hecho, nos mandarán a poner multas, a todos. Y no olvidemos que ya no habrá ni cuerpo ni droga ni rastro de cualquier pista que nos ayude a avanzar. Los del clan no son tontos; habrán limpiado todo.

—Tengo una duda —Sapi se gira—. ¿Cómo habéis dado con la casa? No creo que haya sido por casualidad.

—No lo es —responde Vi—. Muchas mafias usan casas como almacenes de droga y puntos de encuentro. Las llaman «toperas». Cambian de ubicación cada cierto tiempo para no ser descubiertos. Las señalan con advertencias visuales muy sutiles, nada de móviles ni nada rastreable. Y este clan en particular, ha utilizado un coche rojo aparcado en la puerta de una vivienda para indicar la localización.

—Entiendo… pero ¿cómo habéis llegado a esa conclusión? —pregunta Sapi—. No parece fácil deducirlo sin contexto. El asesino también tuvo que averiguarlo para dar con esa casa.

—Hemos tenido la suerte de hablar con un niño del barrio de unos 10 años. Nadie en ese lugar hubiera hablado con nosotros, solo un crío inocente. Nos dijo que su padre estaba reunido en una casa roja. Eso nos llamó la atención. La buscamos, pero no había ninguna de ese color y estuvimos pensando qué podría significar; no se nos ocurrió demasiado y, después de estar dando varias vueltas por el barrio, nos dimos cuenta de que no había coches rojos aparcados, salvo en un lugar: la casa donde nos colamos.

—¿Y cada cuánto tiempo cambian la localización de una «topera»?

—Según mi experiencia, lo suelen hacer cada semana.

—Entonces tenemos que averiguar si el asesino ha hablado con algún niño en estos días —añado, seguro de mi razonamiento.

—Exacto —dice Sapi, pero su tono me pone alerta—. Aunque hay otro problema: puede que el asesino no quisiera matar a nadie, solo conseguir la droga.

—¿Cómo dices?

—Es posible que solo estuviera buscando la droga.

—¿Y eso qué cambia?

Sapi me mira fijamente, seria.

—¿Para qué crees que querría la droga?

—No me jodas… ¿Otra muerte más?

20 — EL MANIFIESTO: capítulo IV

Me reafirmo en mis convicciones: un pequeño cambio que afecte a una tendencia ya instaurada en la sociedad no tendrá un impacto duradero. Será como una gota de agua en un incendio: insignificante, incapaz de marcar la diferencia.

Soy consciente de que mis esfuerzos por hacer justicia pueden desaparecer con el tiempo. Algún día me atraparán, lo sé. Cometeré un fallo y solo habrá una forma de remediarlo. Este manifiesto es la prueba de mi legado. Cuando llegue ese día, alguien podrá comprenderme leyendo esto, pero esa posibilidad no me inquieta; acepto el castigo por mis actos. No hacerlo sería actuar como un hipócrita.

Sin embargo, hay un problema mayor en mi causa: mis esfuerzos no serán suficientes para que la sociedad entienda, de manera permanente, que los malos actos deben ser castigados con el mismo dolor con el que fueron cometidos. Pensemos en una pandemia: al principio, todo el mundo temerá su letalidad, pero con el tiempo, la amenaza perderá fuerza en la mente colectiva, excepto si vuelve a manifestarse. De la misma forma, los culpables dejarán de temerme cuando yo ya no esté y el sistema no apoye una revolución como la mía.

Entonces, sabiendo que mis acciones tienen efectos limitados a medio y largo plazo, me surge una pregunta inevitable: ¿por qué lo hago? ¿Merece la pena?

Es una cuestión difícil de responder desde mi perspectiva, porque mi destino ya está escrito, pero ¿y desde la perspectiva de las personas inocentes? Aquellas que quizá el destino arrastre a ser violadas, agredidas, asesinadas, o que, incapaces de soportarlo, acaben suicidándose. Personas que hoy se levantan sin saber que alguien abusará de ellas antes de que termine el día. ¿Merece la pena?

Puede que mis palabras suenen sensatas, incluso razonables. Puede que aparenten un sentido común que inspire empatía, pero no son más que un falso reflejo. La ferocidad con la que seguiré actuando contra este tipo de personas no es digna de admiración. Es justa, pero no merece elogios.

21 — Vi y Pirática - Día 8 (11:20h)

Pasado el día en el que casi vuelvo a morir, Sánchez insiste en que regresemos al barrio del clan de los Balcanes. Nos ha suplicado, y ordenado, que no entremos ni nos enfrentemos a nadie. Solo quiere que nos mantengamos cerca, vigilando, atentos por si volvemos a ver al niño de la bicicleta. Su plan es interrogarlo en cuanto tengamos la oportunidad, aunque todos sabemos que eso es casi imposible después de lo ocurrido.

Sapi, sin embargo, está convencida de que Darko sabe quién es el asesino. Cree que puede ser capaz de identificarlo; y tiene sentido. Si eres el asesino y no perteneces al clan, pero necesitas saber dónde está una topera, harías lo mismo que hicimos nosotros: buscar pistas y seguir los indicios. Aunque, claro, también es posible que haya más niños implicados, o que el asesino simplemente haya seguido a alguien del clan hasta ese lugar. No lo sabemos.

Es tirar del único hilo que tenemos, aunque no sepamos adónde nos llevará.

Las horas estacionados en el coche, a las afueras del barrio, empiezan a sentirse como una eternidad. Ya no sé ni de qué hablar. Vi está en silencio, no sé si concentrado o a punto de entrar en la fase no REM del sueño. Yo pierdo la paciencia: no soy de esperar quieta, prefiero estar en movimiento. Me pasa incluso cuando voy al médico; lo que menos me gusta es quedarme sentada hasta que llegue mi turno.

Toco el muslo exterior de Vi. Él reacciona al instante, abriendo los ojos con desconcierto. Mi intuición no falla: estaba a punto de dormirse.

—¿Qué ocurre? ¿Has visto algo? —me pregunta, con el susto aún en la voz.

—Nada, solo que te estabas quedando dormido.

—Joder, Pirática, no seas cabrona. Déjame al menos echar un sueño de 20 minutos, que llevamos sin dormir bien una semana.

—Lo siento, tío, pero es que me desespero. ¿Por qué no damos una vuelta por los alrededores?

—No vamos a encontrar nada, por más vueltas que demos. Esta gente ya debe estar blindada. A ese niño no lo veremos hasta dentro de un tiempo.

—¿Y qué quieres que hagamos entonces?

—Ahora mismo, nada. Prefiero estar en la Planta jugando a la consola, hasta que tengamos algo que realmente valga la pena investigar.

—Buena idea. Vamos a la Planta y se lo explicas a Sánchez. Así, tal cual me lo has dicho a mí.

—Prefiero estar dando vueltas como un tonto, la verdad. ¿A dónde quieres que te lleve?

—Vamos a por un café para que te espabiles, pero no nos alejemos mucho del barrio.

Paramos en doble fila y me bajo cerca de una panadería que tiene café para llevar. Dentro, espero mis cinco minutos reglamentarios hasta que me sirven dos vasos de plástico humeantes. Con ellos en la mano pago a la encargada y, antes de darme la vuelta, me ofrece un par de azucarillos que había olvidado pedir. Los miro con curiosidad y me encuentro con una frase inspiradora impresa: «Lo que empieza dulce, al final se amarga; y lo que al principio es amargo, se endulza». Típica frase que habría puesto hace quince años en mi estado del Messenger.

Salgo del establecimiento con una media sonrisa por lo absurdo de la situación y veo que Vi me hace un leve gesto con el pulgar hacia atrás. Giro la cabeza en esa dirección y descubro un coche azul oscuro, en doble fila, a unos veinte metros de nosotros. Supongo que se refiere a eso. Entro con la curiosidad de saber qué ocurre.

—¿Qué le pasa a ese coche?

—No estoy seguro. Desde que arrancamos antes, lo hemos tenido detrás y se ha parado cuando nosotros. Me parece sospechoso.

—¿Nos sigue alguien del clan? ¿Por qué?

—Creo que ahora sí merece la pena un poco de acción. Sujeta el café.

—¿Qué vas a hacer?

Vi acelera tanto que la aguja de las revoluciones rebota en el límite físico del panel. Hacemos varios giros, cambiamos de dirección. El coche azul oscuro parece querer seguirnos el ritmo. Vi sigue su plan de despistarlo, pero un semáforo rojo a cien metros se interpone en su camino. La velocidad cae de golpe y nos paramos frente al semáforo. Sin embargo, el coche que va detrás no reacciona. Por el retrovisor, vemos que no reduce velocidad.

No me lo puedo creer. Viene directo hacia nosotros.

Con un instinto aprendido, suelto los vasos en la alfombrilla, aprieto el cinturón y coloco los pies contra el salpicadero, preparándome para el impacto. Vi acelera un poco hacia adelante, intentando mitigar el choque, pero no se mete en el cruce para evitar un accidente múltiple. El golpe es inmediato.

Sin pensarlo, ambos sabemos lo que hacer. Salimos del coche rápido, tomando posición. Apuntamos con nuestras USP compact a la luna del coche que nos sigue. Dentro, una mujer tiene las manos levantadas, apoyadas en el volante, como si se rindiera. Al acercarnos, la reconocemos. Es la misma mujer que ayer nos advirtió que nos largáramos del barrio cuando estábamos con el niño, Darko.

—¿De qué vas, pedazo de gilipollas? ¡Sal del coche con las manos arriba! —le grito.

—Lo siento, ha sido un accidente.

—No me jodas, tía. Nos has estado siguiendo desde hace rato y encima nos has visto frenar. ¡Eres imbécil!

La mujer sale del coche y empiezo a cachearla. Registro sus piernas, subo por su torso, pero de repente noto un impulso en su cuerpo. Me empuja con fuerza, me agarra de la camiseta y me suelta un guantazo. Con la amenaza de una posible agresión posterior, Vi y yo la inmovilizamos contra su propio coche.

—Hoy te vienes con nosotros, fíjate tú. ¿Es lo que querías, no? Pues ya lo has conseguido —le digo, con tono firme.

Ella no responde, pero acepta sin condiciones.

Después de arreglar el estropicio que se ha formado en la calle y llamar a la grúa para que se lleve el coche de la mujer —que tiene la parte delantera hecha un acordeón—, nos la llevamos para comisaría.

—¡Parad, por favor! —nos dice a mitad de camino.

—¿Cómo que paremos? Hoy duermes en el calabozo. Ya te lo aseguro yo —le respondo, sin darle opción.

—Si me lleváis a comisaría no os voy a contar nada.

—¿Ya te has arrepentido del espectáculo que has montado? La llevas clara si es así. No hace falta que cuentes nada.

—No podía hacerlo de otra manera. Tenéis que parar. No puedo declarar en comisaría si quiero volver a mi barrio. Nada de lo que queréis saber puede constar en ningún sitio.

Miro el nombre en su DNI.

—¿Te llamas Slava, verdad?

—Sí, me llamo Slava.

—¿Qué esta pasando, Slava? Nos has embestido con tu puto coche y luego me has dado un guantazo en la cara.

—Tienes que creerme. Quería que me detuvieseis para hablar con vosotros sin levantar sospechas. Si voy a comisaría y digo algo, no me espera un buen destino, pero si lo hacemos a mi manera, todos creerán que me he enfrentado a vosotros por estar merodeando en el barrio otra vez. Os quieren matar por lo de ayer. ¿Lo sabíais?

—Párate a un lado, Vi.

Giro mi cuerpo al completo y miro a Slava, que está esposada en la parte trasera del coche.

—¿Cómo sabías que estábamos vigilando?

—Sabemos los modelos de coche que usáis cuando vais de incógnito en la policía. En cuanto ven uno por el barrio, nos dan el aviso. El coche que usasteis ayer debió ser alguno de vuestros

personales porque no nos avisaron. He salido antes de que os asaltara alguien más, para evitar el enfrentamiento.

—¿Por eso nos has chocado? ¿Para salvarnos de los matones de tu clan? Supongo que habrá que darte las gracias. ¿Algo más antes de que sigamos?

—No me llevéis allí. Quiero que sepáis algo, pero no puede enterarse nadie, por favor. Mi vida será un infierno si saben que he hablado con la policía.

—No te lo diré una vez más, habla.

Slava respira resignada.

—Verás, en el barrio nos hemos peleado miles de veces con otros clanes y grupos, pero cuando ayer dijisteis que había un asesino suelto y que hasta nuestros hijos podrían estar en peligro, me dio que pensar. Nunca nadie había sido capaz de colarse en nuestro territorio y sembrar el miedo de esa forma. Hay que tener muchos huevos o estar completamente loco. Por eso estoy aquí. Muchas madres hemos pedido que los niños no vayan al colegio durante unos días. A mi hijo no le dejo salir ni a la puerta.

—Entonces, ¿por qué Darko sí estaba en la calle? ¿Qué nos puedes contar de él?

—Darko es amigo de mi hijo Luka, pero su padre le deja salir por el barrio. Tenemos las calles vigiladas por si pasa algo raro.

—Es un alivio saber que habéis extremado la seguridad en el barrio —ironizo—; y entiendo que quieras proteger a tu hijo Luka de un asesino, pero sigo sin tener un motivo para no llevarte ahora mismo a comisaría. ¿Vas a contarnos algo por lo que merezca la pena quitarte las esposas?

—Prometedme que no vais a usar mi testimonio nunca, si queréis que siga viva, por favor. Lo negaré todo y ni siquiera sé si eso será suficiente para seguir con vida. No me echéis a los leones, por Dios.

Que una mujer de un clan se haya entregado a la policía no es algo que se estile. Mucho menos jugársela a que la tachen de chivata.

—Vale —digo, sopesando las palabras—, te propongo algo: ni Vi ni yo presentaremos cargos por lo ocurrido. Será solo un choque. Nadie sabrá que has contado algo, ni siquiera en comisaría. Te

llevaremos allí y rellenaremos un parte de accidente para que tengas una excusa creíble, pero cuéntanos algo que nos sirva.

—Sí, por favor. Solo quiero que pilléis cuanto antes a ese asesino. Lo que le ha hecho a ese muchacho es una barbaridad. Y nuestros hijos… ¿Cómo los protegemos?

—Un momento. ¿Sabes quién es la víctima? ¿La de los ojos desencajados?

—Claro que lo sé. Se llamaba Roko y era uno de nuestros…

Slava nos mira desconfiada.

—¿De nuestros que?

—Nuestros… trabajadores.

—Vaya, qué sorpresa… ¿Y dónde está el cuerpo de Roko ahora, Slava? Lo necesitamos.

—Simplemente… ya no está.

—Joder… ¿te das cuenta de la gravedad de la situación? Estás contándole a una policía que habéis hecho desaparecer un cuerpo asesinado.

—Yo no he afirmado eso, pero pensad que soy una madre desesperada que quiere proteger a su hijo y a su familia. ¿Lo entiendes?

Es difícil seguir con la conversación sin dejar de pensar en lo que nos ha revelado. En otras circunstancias, la hubiésemos detenido ipso facto.

—Vamos a ver —digo, mirando a Vi de reojo—, no puedo soltarte así como así después de lo que me has contado.

—Tampoco es muy legal hacer lo que hicisteis ayer y lo hicisteis. ¿Colarse en una casa sin orden? Todos en este coche queremos lo mismo: pillar a ese trastornado. Valorad lo que estoy haciendo, no vais a encontrar a alguien como yo en otra ocasión.

—Ese perturbado no mata a niños inocentes, para tu tranquilidad.

—¿Acaso os lo ha contado él? Roko tenía los ojos colgando por la cara y el pecho despellejado, como si fuera un animal. ¿Cómo estás tan segura de lo que dices?

—Su principal objetivo es matar a agresores sexuales o personas que lo hayan reconocido.

Mi comentario parece pillarla por sorpresa.

—¿En serio?

—Sí.

Slava mira al suelo, avergonzada.

—Puede que tenga sentido…

—¿A qué te refieres?

—No tengo claro si Roko pudo reconocerlo. Nadie en este barrio sabe quién es aún. Si vino a pillar droga, es posible que coincidieran, pero lo de ser un agresor, eso sí es seguro.

—¿Roko era un agresor?

—Estuvo en la cárcel por haber echado ácido en la cara a su antigua pareja. Salió hace poco.

—Por eso le descolgó los ojos —deduce Vi en voz alta.

—La antigua pareja de Roko tiene una ceguera parcial desde lo ocurrido.

—Es muy probable que el asesino lo haya hecho por eso, si lo supiera.

—¿Y qué hay del arrepentimiento? Algunas personas cambian, después de todo…

—Habría que preguntarle a la chica con ceguera si está de acuerdo con esa afirmación. De cualquier forma, no podemos meternos en la cabeza del asesino, por mucho que nos gustase hacerlo, pero hay algo que sí nos podría ayudar a pillarlo: vuestros hijos.

—¿Nuestros hijos?

—El asesino descubrió, de alguna manera, vuestro almacén de droga, es decir, donde estaba Roko. Nosotros también, pero gracias a Darko, que nos habló de una «casa roja». Creemos que el asesino pudo hablar con algún niño para averiguarlo. O que siguiera a alguien de la banda hasta esa casa.

—Diría que es imposible seguir a alguien de los nuestros o hablar con un crío sin que lo sepamos. Os aseguro que para saber que esa era la casa, ha tenido que entrar al barrio como lo hicisteis vosotros. Y si lo hizo, sabríamos quién es, pero no sabemos nada, o ya lo hubiéramos…

—¿Matado? ¿Eso es lo que ibas a decir?

—Bueno, él ya se ha cargado a uno de los nuestros. ¿Qué esperabas?

—No os toméis la justicia por vuestra mano, eso lo primero. Sobre lo demás, tienes que hablar con tu hijo, con su amigo Darko, con cualquier niño que salga a la calle por el barrio. Si alguno ha hablado con un extraño, queremos saberlo. Los críos son las únicas personas que pueden revelar algo sin darse cuenta.

—Lo puedo intentar, pero… ¿qué va a pasar conmigo? ¿Con mi familia?

—Consígueme esa información y ya hablaremos de lo demás. Por ahora vas a quedar en libertad, pero ve pensando dónde tenéis enterrado a Roko. Es un delito que no vamos a poder dejar pasar y si comprobamos que ha sido el asesino quien lo ha matado, no tenéis de qué temer.

—Por favor, no me exijas eso. Es una debilidad que la gente sepa que alguien de los nuestros ha muerto. ¿Por qué crees que se escondería un cuerpo? Si no es el asesino, será el propio clan quien me mate. ¿De quién creéis que sospecharán cuando la policía encuentre el cuerpo justo después de haber hablado con vosotros?

—No podemos ignorar eso, Slava. ¿Sabes lo que nos estás pidiendo?

—Sí, igualmente os pido que penséis en lo que me estáis pidiendo a mí. Haced lo que queráis, pero no hagáis que me maten.

22 — Helena - Día 8 (16:18h)

Sánchez espera en su silla, con interés dirigido a lo que tiene enfrente. Sapi mantiene cara de póker y yo sigo atrapada en la crisis anímica que me está generando este maldito caso. Pirática y Vi se presentan delante de una pizarra magnética con ruedas, que ajustan para que todos podamos verla antes de empezar a hablar.

—Esta vez no nos vamos a andar con rodeos —advierte Pirática —. Esta es Slava —adhiriendo una fotocopia del rostro de la mujer a la pizarra—. Una mujer que pertenece al clan de los Balcanes. Este es Darko —fotocopia de la cara de un niño—, el amigo del hijo de Slava que nos dijo lo de la casa roja. Y por último, tenemos a Roko —fotocopia sin rostro—, la supuesta nueva víctima de nuestro asesino. Aún no sabemos su identidad real ni dónde está enterrado.

Vi destapa un rotulador azul y dibuja dos flechas debajo de la imagen sin rostro de Roko.

—Slava nos ha confesado que la víctima echó ácido en los ojos a su antigua pareja, dejándola prácticamente ciega. Por eso creemos que nuestro asesino lo mató por dos motivos —repasa las flechas con el rotulador—: lo reconoció o lo castigó por lo que hizo; ambas cosas pueden ser ciertas. Le hemos dicho a Slava que pregunte a todos los niños del barrio, por si han tratado con algún desconocido.

—Está bien —reconoce Sánchez—. Buen trabajo. ¿Tenemos más información forense del último cuerpo, Sapi?

—Nada que no sepamos ya, jefe, pero tengo algo que os va a gustar.

Sapi se levanta y solicita su hueco en la pizarra de la manera que le caracteriza: aparta a Pirática y Vi con aspavientos, le quita el rotulador a Vi y traza una línea recta en mitad de la pizarra. A la izquierda queda toda la información recabada del clan de los Balcanes, mientras que el lado derecho permanece en blanco.

—Tras largas horas de investigación, hablando con unos y con otros, he identificado a las personas que acompañaron a Carlota Le

Fried al hospital.

—¿No sabía eso ya la Guardia Civil? —cuestiona Sánchez.

—Sí. Como dijo el capitán de la Guardia Civil, se les dio poca importancia al comprobar sus coartadas, pero hay algo que pasaron por alto.

—¿Y entiendo que tú lo has descubierto?

—Dejadme mostrar quiénes son y luego vamos al detalle.

Sapi empieza a pegar rostros en la parte libre de la pizarra.

—En el video del capitán de la Guardia Civil se puede ver una ambulancia y un coche. En la ambulancia iban el conductor, dos auxiliares, Carlota Le Fried y Piero, el chico al que intentaron secuestrar los de La Gran Unidad, pero en el coche, la cosa se pone interesante: cuatro individuos que llaman la atención. Duke Vencedor, actual novio de Carlota, Diana Álvarez, que dice ser amiga de ella, Nubia Rodríguez, otra amiga de Carlota, y, por supuesto, el Dr. Henky.

—El capitán nos dijo que todos fueron interrogados y tenían coartadas sólidas.

—Y no hay nada que lo refute, pero lo que realmente me ha sorprendido no es eso. Mirad esto —Sapi añade rápidamente una nueva información a la pizarra—: en el informe «La vida no es justa» de la Guardia Civil sobre el caso, encontré los antecedentes de cada uno de los ocupantes del vehículo. Duke Vencedor, el novio de Carlota, en ese momento sin empleo y viviendo en Granada. Avid Le Fried, su profesor en la universidad. Nubia Rodríguez, investigadora en la Universidad de Granada, también alumna de Avid Le Fried. El Dr. Henky, médico forense en Granada, fue quien destapó el caso. Y luego está Diana Álvarez, agente inmobiliaria en Granada, sin ningún vínculo con Avid Le Fried.

En resumen: Duke Vencedor, Nubia Rodríguez y el Dr. Henky están directamente conectados con el padre de Carlota, Avid Le Fried, pero Diana Álvarez, curiosamente, no.

—¿Y qué prueba eso?

—Creo que la conexión de cada uno con Avid Le Fried es crucial. Tenemos el testimonio —cedido por la Guardia Civil— de que Carlota y su novio planeaban salvar a Piero, después de que el Dr. Henky les

contara todo lo que estaba pasando en La Gran Unidad. Lo que quiero decir es que esas cuatro personas estaban en el coche porque debían estarlo, ¿me entendéis? Todos ellos tienen algo en común: fueron afectados por Avid. Ahora, Diana... no sé qué hacía allí, pero si Avid les hizo daño a cada uno de ellos, eso puede ser motivo suficiente para querer matarlo.

—Sapi, entiendo tu deseo de encajar las piezas, pero estás sacando conclusiones solo porque cuatro personas viajaron juntas en un coche junto a una ambulancia. Tú mejor que nadie sabes que lo que estás diciendo es solo circunstancial —matiza Sánchez—. Ya habrás leído el informe completo de la Guardia Civil, ¿no? Está lleno de pruebas que no sirven para incriminar a ninguno de ellos.

—Jefe, no te estoy pidiendo que vayas corriendo al Comisario para que convenza a la jueza de que tenemos pruebas para arrestar a alguien. Lo que quiero que veas es que las probabilidades de que uno de ellos sea nuestro asesino son altas, muy altas.

—Entonces estamos en el mismo punto que el capitán de la Guardia Civil. ¿Qué ha cambiado, según tú? No es buena idea presentar los mismos resultados después de un año y medio.

—En ese momento, el asesino mató a los integrantes de La Gran Unidad y luego cesaron los crímenes. Es cierto que no tenemos nada definitivo sobre ese caso, pero ahora está matando a un grupo específico de personas. El asesino ha evolucionado, ha cambiado su patrón. La Guardia Civil investigaba un asesinato múltiple aislado; nosotros estamos lidiando con un asesino en serie. Si seguimos el rastro de las muertes actuales, estoy segura de que podremos conectar algún comportamiento, alguna pista, con los antecedentes de al menos uno de los que iban en ese coche.

—No tengo problema en centrarnos en las cuatro personas que iban en el coche... bueno, tres, ya que el Dr. Henky está muerto, pero si nos equivocamos, Sapi, podríamos perder demasiado tiempo. Y sabes que los de arriba no quieren avances, quieren resultados.

23 — Helena - Día 8 (19:47h)

Después de la sesión informativa en la Planta, sigo alimentando mi pequeña crisis ética. No quiero engañar a nadie: estoy de acuerdo con lo que está haciendo el asesino. ¿Y si es un desequilibrado que cambia de opinión y decide matar a gente inocente? ¿Y si…? Basta de suposiciones.

Sapi, Pirática, Vi, Sánchez... ninguno sabe lo que yo he presenciado en la UFAM. No tienen ni idea de cuántas mujeres han llegado allí sin alternativas, sin esperanza, destrozadas emocional y físicamente. Y ni hablar de las que no sobreviven. Quieren atrapar a alguien que, de alguna manera, es más justo con las víctimas que el sistema que se supone debe protegerlas. ¿Quién puede juzgarme si, en el fondo, pienso como el asesino?

Me consume cada nueva información que llega sobre el caso. Me cuesta levantarme cada mañana con la convicción de que lo que hago aquí tiene algún sentido. Esa mujer, la del clan de los Balcanes… Un hombre le arrojó ácido en la cara, dejándola parcialmente ciega y destrozándole el rostro. ¿Cómo puedes reparar eso? ¿Con una pena de cárcel de unos pocos años? ¿Eso es todo? ¿Solucionado? Eso no es hacer justicia por una vida destrozada. Me da igual lo que digan, a la mierda con ser políticamente correcta. Ojalá pudiera encontrar al asesino para explicarle que lo que está haciendo merece la pena.

24 — Sapi - Día 8 (23:12h)

—¿Cómo te va hoy? —Me escribe Luis Edu por Whatsapp.

Tardo un momento en responder. Él es mi refugio cuando paso por una crisis nerviosa. No quiero que parezca que sigo afectada por el ataque de pánico que sufrí delante de todo el equipo hace unos días, pero lo estoy.

—Hola, Luis Edu… Si te soy sincera, sigo dándole vueltas a lo que me pasó. No entiendo por qué. Estaba bien y de repente, ¡pum! Mi corazón a 200 por hora, los brazos adormecidos, esa sensación de desmayo a punto de arrastrarme. Es como si fuera a desconectarme de la realidad… como si fuera a perder la consciencia. ¿Por qué me sigue pasando después de tanto tiempo?

—Siempre hay algo, un pensamiento, un recuerdo o hasta algo que pasa a tu alrededor, que hace que te sientas así. Te lo he dicho mil veces: aunque parezca un pedo, en realidad es solo tu mente defendiéndose. No le busques más, no te claves encontrando culpables, enfermedades o explicaciones científicas. No te estés sobreanalizando tanto. Es una reacción normal de tu cuerpo, y pues ni modo, tienes que aprender a vivir con eso. Así es como tu mente se protege. Míralo en el chat de WhatsApp, cada vez que te pasa te digo lo mismo. Suena irónico, pero el día que te deje de importar lo que haga tu cuerpo, eso se va a ir.

—Lo dices como si fuera fácil…

—Mira, Sapi. Soy tu amigo, llevamos hablando casi dos años. No se me olvida el día en que te conocí en ese foro de internet, cuando escribiste un post pidiendo ayuda, creyendo que estabas loca. Nada ha cambiado desde entonces. Tu cuerpo está en constante interacción con su entorno, incluso cuando duermes. Recibe estímulos, los procesa y genera respuestas. El problema es que tú misma has hecho un desmadre en tu cabeza al ver todo esto como algo raro y trágico, pero no corres peligro, no te vas a morir por eso. Lo que te pasa no es mortal.

—Pero… ¿por qué soy así? No conozco a nadie como yo, aparte de ti. No es normal.

—Ya te lo he explicado un chingo de veces. Imagínate dos carros diferentes. Cuando tocas uno, no pasa nada, pero cuando tocas el otro, salta la alarma. Es el mismo estímulo, pero la reacción es distinta. ¿Por qué pasa esto? Pues porque no son el mismo modelo. A ti te tocó ser el carro que tiene la alarma bien sensible, tu mecanismo de defensa está a todo lo que da. Lo de que no puedas salir a la calle es porque estás evitando a toda costa sentir esa reacción de tu mente bien asustada. Y créeme, esto no se cura con pastillas ni con ungüentos milagrosos, no. Esto se cura con práctica. Sé que suena fácil decirlo, pero la única manera de vencer el miedo es enseñándole a tu mente que ya no te importa. ¿Te dan taquicardias? Pues lánzate a correr. ¿Te falta el aire? Échate un bailecito. ¿Crees que te vas a desmayar o se te nubla la vista? Haz como que te estás fumando un verde imaginario y ya. En pocas palabras, hazle normal a tu cuerpo. Yo lo hice y tú también lo vas a lograr, solo es cuestión de un clic.

—Me resulta sorprendente que pudieras curarte tú.

—Uno no se cura de esto, Sapi. Se aprende a vivir con ello. Ya sea por genética o por herencia, estabas destinada a sufrirlo. Solo hacía falta un montón de malas experiencias o cosas incómodas para que lo sintieras en carne propia. Así de sencillo. Cuando te pase otra vez, escúchame bien: ríete, baila, o hasta da saltitos. Hazle saber a tu mente que no te importa cómo reaccione. No te va a pasar nada.

—Lo sé… Créeme que interiorizo cada palabra que me escribes. Aunque no te conozca en persona, eres como un hermano para mí. Me calmas cada vez que paso por esto, me entiendes mejor que nadie. A veces siento que mi psicólogo ya está aburrido de tratarme y el psiquiatra solo quiere atiborrarme a benzodiacepinas. La lleva clara si me quiere convertir en una adicta al diazepam.

—Es bien difícil hasta para un especialista tratar a alguien como nosotros si no ha pasado por esto. No te lo tomes a mal. Yo también me alegro mucho de haberte conocido, Sapi. No lo olvides. Aunque estemos a casi diez mil kilómetros de distancia, tú en España y yo en México, siempre que pueda, voy a estar contigo. Cuando yo pasé por

lo mismo que tú, hubiera dado todo por tener a alguien que me entendiera en esos momentos tan cabrones.

—No sé ni cómo agradecértelo.

—Yo sí lo sé: ríete la próxima vez. Porque va a pasar y va a seguir pasándote, ¡créeme!

—Ya… Lo intento cada vez que ocurre, pero soy consciente de que no paro de aburrirte siempre con la misma historia. Ya sabes cómo soy.

—No me aburres, Sapi. Nadie me obliga a ayudarte, lo hago porque creo que eres una persona increíble e inteligente que simplemente necesita un empujoncito. Nada más. El mundo no puede perderse de lo que eres capaz.

—Muchas gracias, Luis Edu. Eres un milagro del cielo.

—Bueno, también quiero que resuelvas ese rollo del que me has hablado estos días. La única persona capaz de solucionar algo tan complejo eres tú. ¿Cómo lo vas llevando?

—Aún estamos muy verdes con la investigación. Varios sospechosos, pero ninguna pista clara sobre el asesino. La Guardia Civil estaba centrada en un asesinato múltiple aislado, pero ahora se ha convertido en un asesino en serie. Ha evolucionado.

—Mmm…

—No me gusta cuando escribes eso y no dices nada más. Estás pensando algo y no quieres decírmelo.

—Puede ser.

—Suéltalo ya, por favor.

—¿Por qué dices que el asesino se ha transformado? O sea, me importa cuándo ocurrió esa transformación.

—Cuando se volvió un asesino en serie.

—Sí, pero ya lo era cuando mató a su primera víctima, ¿no?

—El asesino mata a quien lo merece, pero la causa de su primera víctima, el profesor Avid Le Fried, es diferente a las causas de las víctimas posteriores. Podríamos asumir que esa primera vez fue por venganza. Las siguientes no.

—Y según tú, ¿cuáles son las causas?

—Avid Le Fried secuestraba estudiantes para torturarlos. Las siguientes víctimas, todas, han sido agresores sexuales. Es una gran

diferencia.

—De alguna manera, el asesino encontró sentido a lo que hizo después de la primera muerte. Con Avid Le Fried terminó su venganza, pero no se conforma. Necesita más; aliviar lo que siente. ¿Ira, pena, impotencia? Qué más da. Me atrevería a decir que no ha escogido a sus víctimas al azar. Todos tenemos una razón para hacer lo que hacemos, hasta los asesinos. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Puedo intuir a dónde quieres llegar. La causa de las muertes es parte de su identidad.

—Exacto. Es posible que tu asesino haya sufrido o presenciado una agresión sexual o violación en su pasado.

—Sí; y hay algo más. Suponiendo que tu teoría sea correcta, estaríamos ante una persona que ha sufrido dos tipos de traumas diferentes: primero, las torturas de Avid Le Fried, ya sea como víctima directa o espectador, y luego lo que tú propones. Doble trauma.

—Doble experiencia. No creo que haya muchas personas en el mundo que hayan pasado por esas dos situaciones tan específicas. Es algo bien raro y tal vez eso lo hace aún más peligroso.

—Estoy segura de que todos los sospechosos que tenemos han sufrido de alguna forma lo que hizo Avid Le Fried. Ahora solo me falta descubrir quién ha soportado una agresión sexual.

—Pues ya tienes trabajo, Sapi. Deja de entretenerte conmigo. ¡Órale!

—El día que me quieras cobrar las horas de terapia de todo este tiempo, voy a tener que hipotecarme. Me ayudas en lo personal y, encima, en lo profesional.

—Como no me hagas caso en lo personal, me voy a pensar lo de cobrarte, ¿eh? Ja ja.

25 — Helena - Hace 17 años

El golpe retumba en la casa como un trueno seco. Me encojo en la esquina del pasillo, las rodillas pegadas al pecho, sintiendo cómo el corazón me martillea las costillas. No necesito ver para saber lo que ocurre; el sonido es suficiente. El impacto de un puño contra la carne. El jadeo entrecortado de mi madre. El gruñido de mi padre, furioso, como un animal enjaulado.

No es la primera vez.

El olor a cerveza y sudor rancio se filtra por el umbral de la puerta del salón, mezclándose con el de la sangre. Mi madre apenas alcanza a murmurar un «por favor» antes de que otro golpe la haga caer contra el mueble. Un jarrón de cerámica se hace añicos contra el suelo. Todo mi cuerpo tiembla, pero mis piernas no responden. Quiero moverme, quiero correr hacia ella, pero el terror me tiene anclada al suelo.

—¡Eres una zorra! —grita mi padre.

No lo pienso más. Me pongo de pie y corro al teléfono de la cocina. Estoy tiritando tanto que casi se me cae el auricular, hago demasiado ruido.

Marco con torpeza el número de emergencias y, antes de que pueda decir nada, siento la fuerza brutal de un tirón en el pelo. Me ha encontrado.

—¿Qué estás haciendo? —escupe entre dientes.

Me suelta con un empujón y caigo de rodillas. Mi madre, sangrando por la ceja, aprovecha la distracción para arrastrarse hasta mí y abrazarme con todas sus fuerzas.

Ella nunca llama a la policía, nunca se queja. Siempre encuentra una excusa para justificar los golpes: «Está cansado», «No quería hacerlo», «Fue mi culpa». Se aferra a esas mentiras como un náufrago a un trozo de madera. Yo la oigo llorar por las noches cuando él no está, escondida bajo las sábanas, pensando que así me engaña, pero yo lo sé. Siempre lo sé.

Dos días después, me planto en la comisaría. Mis manos sudan, pero las aprieto con fuerza. Camino hasta el mostrador, donde un agente con cara de aburrimiento revisa unos papeles.

—Quiero denunciar a mi padre. Pega a mi madre constantemente —digo con voz firme, a pesar del nudo en la garganta.

El policía apenas me mira, me toma por una adolescente malcriada. Se pasa una mano por el cabello y suspira.

—¿Tu madre ha puesto la denuncia?

—No. Tiene miedo, pero yo… yo he visto todo. Puedo decir lo que pasa —insisto, sintiendo la rabia hervir dentro de mí.

—Lo siento, pero sin una denuncia de ella, no podemos hacer mucho —dice con indiferencia.

Quiero gritar. Quiero sacudirlo y hacerle entender que si no hacen nada, mi madre va a terminar muerta, pero sé que es inútil. Salgo de allí con los ojos nublados de frustración.

Las semanas pasan. Cada madrugada me quedo despierta, esperando el próximo grito, el próximo golpe. Hasta que una noche, el sonido que rompe el silencio no es un golpe.

Es mi madre gritando aliviada.

Corro hacia el salón y lo veo. Mi padre está tendido en el suelo, un charco oscuro expandiéndose bajo su espalda. Mi madre sostiene un cuchillo con las manos temblorosas, la mirada perdida, vacía.

Cuando la policía llega, ella no se resiste. Se deja esposar en silencio, como si toda su voluntad se hubiera evaporado junto con el último aliento de mi padre.

La declaran culpable de homicidio y la condenan a prisión.

Voy a verla siempre que puedo. La encuentro delgada, con la mirada ausente. No sé si se siente culpable o aliviada. Tal vez ambas cosas.

Me siento frente a ella, observando lo poco que queda de esa dulce mujer que me crió.

—Voy a ser policía —le digo de repente.

Ella parpadea, sorprendida.

—¿Por qué?

Aprieto los labios. Respiro hondo.

—Porque nadie me escuchó cuando fui a pedir ayuda. Porque no quiero que otra persona pase por lo que nosotras pasamos. Porque alguien tiene que hacer algo.

Ella me mira durante un largo instante y, por primera vez en mucho tiempo, una sombra de orgullo cruza su rostro. No dice nada, pero no hace falta.

26 – Helena - Día 9 (8:12h)

Abro la puerta de la Planta. El sonido de mis pasos resuena en la sala central; no hay un solo ruido, salvo el mío. Estoy sola. Miro el móvil: 8:12. Ni un alma ha llegado.

A través de las ventanas, observo el exterior del edificio. Un día cualquiera para todos los demás, pero no para mí. Mi mente no deja de procesar, estoy inquieta. Con la yema de los dedos, acaricio el borde de la mesa, sintiendo la textura fría hasta toparme con el respaldo de una silla. Está perfectamente alineada, apuntando hacia la pizarra blanca.

Me siento.

Los nombres están ahí, frente a mí, trazados en un negro hiriente: Carlos Mengol, Jimmy Carvalho, Roko. Las víctimas de nuestro asesino. Los recito en voz baja, como un mantra oscuro que me perfora la cabeza. Repaso lo que hicieron, lo que les convirtió en objetivos: agresión, violación, asesinato. Reiterativo, casi mecánico. Agresión, violación, agresión…

Esas palabras rebotan en mi mente como una bala perdida, recuerdo a mi padre. El calor sube por mi columna, una presión incontrolable que acaba estallando en forma de rabia. Aprieto los labios, las manos. Cada músculo de mi cuerpo está en tensión. Entonces, un pensamiento se apodera de mí.

Me levanto y voy al escritorio de Sapi. Abro el informe de la Guardia Civil del caso y busco una información exacta: la dirección de la casa de Carlota Le Fried. Mis ojos recorren las líneas impresas, memorizando la información. El nombre de la calle, el número exacto. Cierro el dossier con fuerza.

En veinte minutos llego andando al inicio de la calle Villanueva. Mis pasos son rápidos, casi automáticos. El número catorce aparece a lo lejos, con su portal de fachada gris y el brillo metálico de las placas de los timbres. Es el hogar de Carlota Le Fried.

Para no arriesgarme a que me reconozca, cruzo al otro lado de la acera. Encuentro una plazoleta con dos bancos de madera y unos contenedores de reciclaje. Me apoyo en el respaldo de uno de los bancos y bajo un poco la gorra, lo suficiente para ocultar mis ojos.

Sapi está convencida de que esta gente nos oculta algo. Incluso cree que uno de ellos podría ser el asesino. Si tiene razón, necesito descubrirlo antes de que ella o Sánchez lo hagan. No pienso permitir que lo arresten. Lo necesitamos. Yo lo necesito. Alguien debe encargarse de esos malnacidos y si él puede hacerlo, quiero asegurarme de que no se desvíe de su camino.

Aunque... si me equivoco, si el equipo se entera, mi carrera terminará en cenizas. Pienso observar a Carlota todo el día, buscar cualquier movimiento que delate su implicación. Luego llamaré a Sánchez y le diré que no me encuentro bien para ir a trabajar.

¿Es extraño querer que el asesino siga matando? Puede que sí, pero no es insensato. Si lo convenzo de que siga centrado en los objetivos correctos, esto podría funcionar.

Después de dos horas y media esperando como una abanta y severos borborigmos a causa de una falta de ingesta alimentaria, la veo. Carlota sale del portal. Gira hacia la esquina contraria a mi posición, no puedo perderla. Me levanto y la sigo, manteniéndome a una distancia prudente.

La veo recorrer una nueva calle, su ritmo es constante. Mi mente calcula sus posibles destinos. ¿Va al trabajo? ¿Ha quedado con alguien? Al llegar a un semáforo, espera unos segundos antes de cruzar. Yo hago lo mismo, asegurándome de que no me vea.

Finalmente, se detiene cerca de un puesto de lotería, pero no está comprando, sino esperando. Mis ojos barren la calle en busca de algo, alguien.

Entonces, lo veo.

Duke Vencedor, el novio de Carlota. Reconozco su silueta desde lejos: fue el mismo que la esperó fuera cuando la interrogamos en la Planta. Él la saluda con una sonrisa que casi podría parecer genuina. Se abrazan y se besan, como una pareja cualquiera.

Sin soltar sus manos, cruzan juntos hacia el interior del centro comercial SuperCorte.

Se dirigen hacia unas escaleras mecánicas y suben a la otra planta. Unos segundos después hago lo mismo. Arriba, la distribución es similar que abajo: ropa, zapatos, joyería. Mis sentidos están en alerta máxima. Si giran de repente, podrían verme.

Se detienen frente a una tienda de ropa masculina. Vence revisa unos estantes mientras una dependienta se acerca a ayudarlos. Tras la elección de varios vaqueros y camisas por parte de Vence, estos se meten en un probador. Me acerco con sigilo, haciendo como que examino un montón de ropa en descuento cerca de los probadores. Los escucho reír, risas juguetonas.

—Me estás haciendo cosquillas, Carlota. ¡Para, por favor! —dice Vence entre risas sofocadas.

—Lo siento, ya sabes que soy especialista en torturas de cosquillas.

—Ufff…

—Oye, ¿no te da morbo este lugar? Me están dando ganas de… bueno, ya sabes.

—Estás loca, ja ja. Déjate de tonterías y dime si me quedan bien estos vaqueros antes de salir de aquí.

—Estarías mejor sin ellos ahora mismo.

El silencio que sigue es denso, cargado. No puedo ver lo que ocurre, pero las respiraciones se vuelven más audibles, descompasadas. Luego, hay un movimiento. Algo que no suena a ropa ajustándose. Un quejido. Otro. Mis músculos se tensan al imaginar lo que está pasando en ese pequeño probador. Y, de repente, Vence rompe la tensión.

—Para, para, por favor.

—¿Qué te pasa? ¿No te apetece?

—No es eso, es que… no puedo dejar de pensar en lo de Solid.

«Solid».

Carlota suspira, desesperada.

—Joder, Vence. ¿Crees que ahora es el momento de preocuparte por eso? Me tienes con las bragas bajadas en un probador y ahora me sales con Solid. ¿En serio?

—Es que no se me quita de la cabeza.

—¿Y qué le hacemos nosotros si sigue desaparecido? Hemos intentado buscarlo cientos de veces y no hay manera de dar con él. Ni follar en un probador nos va a dejar.

Mis ojos se abren de par en par. El nombre resuena en mi cabeza como una alarma. Acto seguido, noto algo detrás de mí, una presencia.

—¿Le puedo ayudar en algo, señorita?

Me doy la vuelta con un sobresalto. Es la dependienta. Sonríe, ajena a mi tensión. Dentro del probador, Carlota y Vence seguramente han notado el ruido, no puedo arriesgarme. Pienso rápido.

—Eh, no gracias. Estaba buscando unos vaqueros para mi sobrino, pero creo que mejor le compraré otra cosa. Hasta luego.

La dependienta asiente.

—Ah, vale. Adiós.

Desaparezco de ahí como una exhalación antes de que salgan del probador y me reconozcan. Salgo de la tienda, del centro comercial, incluso de la calle. Me pierdo entre las sombras de varias manzanas antes de detenerme a procesar lo que acabo de escuchar.

No me interesa su juego sexual. Eso es irrelevante, pero ¿quién coño es Solid para estar desaparecido y que les preocupe tanto? No me suena para nada ese nombre del informe de la Guardia Civil del caso y juraría que tiene algo que ver. Una persona llamada Solid, desaparecida y que mantiene preocupado principalmente a Vence, el novio de Carlota. Como diría Sánchez: es una conclusión circunstancial, pero tiene toda la pinta de estar implicado.

¿Quién mejor que alguien ilocalizable para ser un asesino?

La idea no me abandona mientras camino. Tengo que encontrar a Solid. Si está relacionado con el caso, puede cambiarlo todo, pero ahora me surge otra pregunta, igual de peligrosa:

¿Le digo algo a los demás?

27 — Sapi - Día 9 (9:07h)

Después de la conversación por Whatsapp con Luis Edu, he investigado toda la noche y se me ha olvidado dormir. Cuando miro la hora en el móvil me doy cuenta de que son las nueve de la mañana.

La emoción por el descubrimiento que he hecho durante estas horas me envuelve, atenuando la somnolencia por no haber dormido, pero mi cuerpo no miente: el cuello me palpita, rígido y contracturado. Conozco esa tensión, sé que si no hago algo terminaré con una migraña que me hará arrepentirme de lo que he hecho.

Me arrastro hasta la cocina, saco un antiinflamatorio de la despensa, pero no puedo tragarme la pastilla entera, nunca he podido. La aplasto con el culo de un vaso, reduciéndola a polvo. El sabor amargo que deja en mi boca es un recordatorio de mis manías.

Resuelto este pequeño contratiempo, vuelvo al escritorio. Toda la documentación que he desparramado durante la noche parece más caótica ahora, como si reflejara el torbellino mental que aún bulle en mi cabeza. La agrupo en una carpeta, la abrazo con fuerza. Mi descubrimiento podría ser un avance crucial, pero hasta que no lo comparta, todo sigue siendo especulación.

La parada del autobús que me lleva hasta la Planta está a solo unas calles, casi demasiado fácil. Por ahora, mis pies avanzan y mi mente, siempre lista para sabotearme, busca algo en qué anclar su ansiedad. Música. Enchufo los auriculares y dejo que el volumen de las canciones suba lo suficiente como para ahogar mis pensamientos. Sé que esto no es saludable. El volumen, el ritmo, el hábito, pero no importa. Lo necesito más que mi sentido del oído. Llegar a la Planta sin complicaciones es casi una victoria en días como hoy. Una rutina diseñada para contrarrestar los estragos de una mente hipersensible al miedo.

Abro la puerta de la Planta.

El ambiente me recibe con una quietud poco habitual. Sánchez está al frente, dirigiendo una especie de silencio. Vi y Pirática acompañan con una concentración que no les he visto antes, sus ojos fijos en los monitores, como si estuvieran sincronizados. Es una tranquilidad tensa, casi antinatural. Esperando un «buenos días» que no llega, me atrevo a decir las primeras palabras.

—Buenos días. ¿Qué pasa? ¿Por qué estáis tan callados?

—No hemos podido hacer nada, Sapi —responde Pirática con nerviosismo.

Su comentario me deja fuera de juego.

—¿De qué estás hablando? —reto con la mirada a cada uno, buscando alguna pista que me dé sentido.

—Se han cargado a Slava.

—¿Slava? ¿La mujer que os chocó con el coche? ¿La madre del amigo de Darko?

—La misma.

—Pero… ¿cómo? ¿Por qué? ¿Quién? No entiendo nada.

Sánchez toma la palabra, serio.

—Cuando Vi y Pirática me contaron que Slava sabía dónde estaba enterrado el cuerpo de Roko, la víctima de nuestro asesino, tuve que notificarlo a los comisarios. Les advertí que corría peligro.

Hace una pausa, como si le costara continuar.

—El caso es que, sin decirnos nada, ayer fueron a por ella para interrogarla. La presionaron para que les revelara la localización del cuerpo de Roko.

—No me jodas. ¿Consiguieron que hablase?

—Y tanto. Ayer por la tarde desenterraron el cuerpo en unas alamedas. Los forenses ya están trabajando en ello, pero esta madrugada… han encontrado a Slava colgada de un árbol, cerca de donde hallaron el cadáver de Roko. Todo apunta a que se ha suicidado.

—¿Estáis de puta broma? ¿Cómo que se ha suicidado? ¿Por qué coño no le pusieron protección después de interrogarla?

—Todo ha sido muy rápido. Los comisarios decidieron actuar así por la gravedad del caso. No querían perder la oportunidad de recuperar el cuerpo de Roko.

—¿Y no nos avisaron? Si somos nosotros los que llevamos este caso, jefe. No lo entiendo. Voy a llamar a la Comisaria para pedir explicaciones ahora mismo.

—No lo hagas —me interrumpe Sánchez, visiblemente tenso—, la jefa no está de humor. Hablé con ella y está jodida. Si le increpas algún tipo de responsabilidad por lo ocurrido, puede que te mande a la mierda. Déjalo estar y sigamos con lo nuestro.

—¿Déjalo estar? ¿Me estás diciendo que lo deje estar? Esa mujer no se suicidó, la hicieron suicidarse, que es diferente. Fue muy clara cuando le dijo a Vi y a Pirática que si su clan se enteraba de que estaba hablando con la policía, la matarían. Esto es una mierda.

—Lo sé, Sapi. Créeme que lo sé. Como responsable de esta unidad me siento culpable. No debería haber notificado la información sobre Roko, pero era mi obligación. Me ha sorprendido que tomaran la decisión de ir a por ella sin contar con nosotros. Me temo que las presiones vienen de arriba. Y ahora el marrón nos lo van a endosar a nosotros. Cuando analicen el cuerpo de Roko, nos pasarán la información para que sigamos con el caso y hagamos… «magia».

—Claro que sí, magia —replico, con sarcasmo—. Aquí la cuestión es quedar bien de cara al público. Ya lo estoy viendo: «Hemos encontrado un cuerpo tras una brillante actuación policial». Todo muy limpio. Obviando, por supuesto, que ha sido a cambio de la vida de una mujer inocente. Y conociendo al asesino, no sé si esto le va a parecer bien cuando se entere. Por cierto, ¿dónde está Helena?

—Se ha pedido unos días. Desde ayer no se encuentra bien.

—Perfecto. Pues qué gran comienzo de la mañana… Y yo que venía con la ilusión de contaros lo que he descubierto.

—Si vas a mejorar la situación del caso, te escuchamos con atención —dice Sánchez, girando una silla y sentándose al revés.

Cuando tengo la atención de los tres, respiro hondo, entono la voz y abro la carpeta que he traído conmigo desde que salí de casa.

Antes de decir nada, reparto copias para que las lean mientras les explico lo que he descubierto.

—Esta noche he llegado a dos conclusiones clave sobre la personalidad de nuestro asesino. Primero, como ya os mencioné, parece que el asesino se vio afectado por la muerte de Avid Le Fried. Aunque no tenemos pruebas sólidas, podemos suponer que su muerte fue una especie de venganza, pero, por otro lado, las siguientes víctimas no son el resultado de una venganza personal. Están relacionadas con un trauma o experiencia vinculada a agresiones sexuales a mujeres.

—¿Crees que el asesino fue víctima de abusos en algún momento de su vida? —pregunta Pirática.

—No exactamente. Lo que creo es que presenció una agresión sexual a una mujer y, al no poder evitarlo, esa experiencia se convirtió en su causa. Un motivo para justificar lo que hace.

—Entonces, ¿ya tenemos un perfil definido? ¿Dónde nos lleva esto?

—Durante toda la noche he estado buscando casos de agresiones graves a mujeres en los últimos años. Al principio no encontré nada relevante, o más bien, encontré demasiados resultados. Más de mil agresiones denunciadas. No podía encontrar una conexión clara con nuestro caso, hasta que se me ocurrió filtrar la información con un detalle crucial: agresiones sexuales que terminaron con la muerte de la víctima, directa o indirectamente. Esto redujo el número a 38 casos. Ahora ya tenemos algo más manejable para sacar conclusiones, pero aún hay más. De esos 38 casos, algunos tienen culpables en prisión, otros ya han cumplido condena y varios han sido absueltos, pero hay uno que es completamente diferente. ¿Sabéis por qué?

—Si no nos lo dices, reviento —responde Vi, claramente intrigado.

—Olivia Nuero. Fue violada en un festival de música por tres hombres. Se suicidó poco después de no poder soportar lo ocurrido. Lo más llamativo es que, a las pocas semanas de su suicidio, los familiares de los tres culpables denunciaron sus desapariciones.

Actualmente, siguen desaparecidos. Es el único caso en el que los culpables desaparecen justo después de la muerte de la víctima.

—¿Crees que nuestro asesino se encargó de ellos?

—No te lo puedo demostrar, pero para confirmar mi hipótesis de que nuestro asesino mata por un trauma del pasado, necesito entender esa experiencia. Y creedme cuando os digo que este es el caso más probable, basado en las características del sujeto. Puede haber otras posibilidades, no lo niego, que todo sea pura casualidad, pero insisto en centrarnos en lo que sí hemos descubierto.

—Entenderás, Sapi, que tengo que hacer de abogado del diablo y no quiero que pienses que estoy en tu contra; todo lo contrario, quiero afianzar tu hipótesis. Yo me voy a partir la cara con los de arriba por vosotros y por este caso, si hace falta, pero explícame cómo esto nos ayuda a avanzar. ¿Qué podemos hacer con esta información?

—Aprecio que me comprendas; yo también soy de las que critican con dureza lo que no encaja. Lo que propongo no es buscar pistas en la escena del crimen que culpen o nos den la identidad del asesino. Esa es la forma en la que trabajan casi el 100% de los cuerpos de investigación y ya sabemos que esa metodología a veces falla. En este caso, tenemos que anticiparnos a él. Sea quien sea, debemos evitar que mate a su próxima víctima. No es un loco o un trastornado; nos hemos preguntado incluso si lo que hace está justificado. Estamos frente a una persona con un perfil psicópata, no psicótico. Esto significa que sus motivaciones personales son puntos clave para que lo atrapemos.

Pongo énfasis en las fotocopias que acabo de repartir.

—En ellas veréis mi conclusión principal: investigar el suicidio de Olivia Nuero. Necesitamos saber cómo se relacionó con ella. La prioridad absoluta ahora son los familiares de Olivia.

28 — Sapi - Día 9 (12:49h)

Me he sentado en el suelo de la Planta, cierro los ojos y dejo que mi mente divague con total libertad. Tenemos que investigar el caso de Olivia Nuero, pero necesito distanciarme, verlo desde otro ángulo. Modo zen activado. Soy una fuente incesante de pensamientos con una cadencia envidiable. Los mejores: los intrusivos. Meditar es como abrir las puertas de la mente y dejar que entren sin filtro. Esa soy yo, pero los necesito, son mi camino hacia las respuestas. Es un ritual, un proceso en el que lidiar con ellos me permite descubrir lo que se esconde debajo de lo consciente. Aquí vienen, los estoy esperando.

Aprieto los ojos y trago saliva. El primero en llegar: la muerte. Todos los días pienso en ella, de una forma u otra. Maldito pensamiento recurrente. ¿Qué pasará cuando muera? Creo que la vida consiste en mantenerse entretenido hasta ese momento, no tiene más relevancia, soy puro nihilismo. Vamos a por otro. Me vienen imágenes sádicas, abusos sexuales, torturas. Sacudo la cabeza, intentando borrar esas escenas. ¿Cómo ha llegado una idea así a mi mente? Joder. Espera, ahora veo una calle, un coche pasando, un bosque, una caja azul, una rueda rebotando por el camino. Mi actividad cerebral aumenta. ¿Un elefante rosa? Mierda, es imposible olvidarse de un elefante rosa si llega a tu mente. Fuego. De repente, todo arde. La rueda, la caja, el coche explotan. ¿Y el elefante? Se ha escondido en el bosque. Los árboles caen como fichas de dominó, todo tiembla.

La sucesión de pensamientos acelera mi corazón. Ya siento cómo la adrenalina fluye por mis venas. ¿Dónde coño está el elefante? Mi mente va a estallar, me va a dar un ictus. La muerte, el miedo... ya están aquí otra vez. Me cuesta respirar. ¿Abro los ojos? No debería hacerlo, me centro en la respiración. Uno, dos, tres. Solo tengo que esperar a que el torrente de pensamientos cese. Todo se calmará, como un corredor llegando a la línea de meta.

Y, de forma súbita, por arte de magia, mi mente se pone en blanco. Respiro. Las puertas mentales se cierran y ya no queda ningún pensamiento intrusivo.

Es el momento:
la ausencia de prueba no es prueba de ausencia.

Repito, para afianzarlo en mi mente:
la ausencia de prueba no es prueba de ausencia.

Y ahí están, Carlota y Vence aparecen en mis pensamientos. Me ríen ambos.

La ausencia de prueba no es prueba de ausencia.

¿Qué escondéis? ¿Cómo conocisteis a Olivia Nuero? ¿Qué les pasó a los culpables?

La ausencia de prueba no es prueba de ausencia.

¡No! El maldito elefante rosa regresa con la intención de atacar a Carlota. Me estoy desconcentrando, ¿qué hace aquí de nuevo? ¿Qué está pasando?

Antes de que ataque, Vence le habla con calma al elefante. ¿Se entienden al hablar? El animal parece comprenderlo y se fía de él, se abrazan. Ahora son buenos amigos.

Cuando el elefante se da la vuelta para irse, el novio de Carlota le clava algo en el cuello y el animal cae al suelo de forma instantánea, pero ¿cómo? ¡Si es enorme! Carlota observa, apenada, al elefante que yace inmóvil. Se agacha, lo toca… y de repente se ha transformado en un libro negro entre sus manos. Al sostenerlo, el dolor le cruza el rostro y lo suelta, como si quemara. ¿Qué significa todo esto? Tengo que interpretarlo de alguna manera.

Mi proceso mental se resquebraja por completo ante un estímulo táctil externo.

Abro los ojos y suelto el aire de mis pulmones lentamente. Giro la cabeza, lanzando una mirada que dice claramente: «tengo ganas de acuchillar al que me ha sacado de este estado mental».

—Sapi, perdona que te interrumpa —se excusa Pirática—, nos han pedido que vayamos al lugar donde ha aparecido Slava muerta. Supongo que no vas a venir, pero quería avisarte.

Ignoro su comentario y respondo con las secuelas de mi estado anterior, arrastrando las palabras.

—La ausencia de prueba no es prueba de ausencia.

—¿Qué?

—En lógica, rama de la filosofía, un argumento ad ignorantiam es una falacia informal.

—Joder, Sapi, intenta hablarme en un idioma comprensible para los demás terrestres.

—En la mayoría de las investigaciones, me incluyo yo también, defendemos nuestras proposiciones con el argumento de que no existen pruebas convincentes que refuten lo que afirmamos. Y así surge la famosa coletilla «prueba circunstancial». ¿Por qué no le damos la importancia que merece a las pruebas circunstanciales? Porque nos convencemos de que la ausencia de pruebas o, simplemente, nuestra ignorancia por falta de investigación, es razón suficiente para desestimar cualquier indicio, aunque lo tengamos frente a nuestros ojos.

Déjame ponerte un ejemplo: alguien decide robar un banco y unos días antes va a inspeccionar la ubicación de las cámaras de seguridad. Por casualidad, alguien lo sospecha y lo reporta, pero nadie le da importancia porque, claro, es solo una «prueba circunstancial». Y lo justifican diciendo: «No puedes acusar a nadie solo por haber ido a un banco». Semanas después, se lleva a cabo el robo y varias personas mueren. La clave siempre estuvo ahí, en la necesidad de haber vigilado a esa persona antes.

La ausencia de prueba, no es prueba de ausencia.

¿Existe Dios? Como no puedo comprobarlo, entonces no existe, pero eso no es más que una falacia. ¿Dios no existe? Como no puedo comprobarlo, entonces existe. Una contradicción igual de absurda. ¿Hay vida en otros planetas? En términos estrictamente lógicos, no podemos afirmarlo ni negarlo con certeza. Nuestra tecnología aún no es lo suficientemente avanzada como para aportar una respuesta definitiva. Entonces, ¿dónde quedan las certezas?

¿Qué queda de nuestras creencias si no podemos probarlas? ¿Es la ausencia de prueba realmente prueba de ausencia?

—Me queda claro el concepto. Eso me hace pensar que tienes a un candidato para que sea nuestro asesino, pero que nadie de arriba va a querer hacerte caso hasta que sea demasiado tarde. ¿Voy bien?

—Han aparecido en mi anterior meditación. ¿Te fiarías de una ensoñación? El poder de los sueños está infravalorado. El novio de Carlota, Vence, creo que no es trigo limpio. No tengo pruebas para culparlo, pero no es motivo suficiente para ignorarlo tan a la ligera. Mi intuición basada en los datos y patrones que he descubierto es el único camino que puedo recorrer por esta incertidumbre. No van a querer que malgastemos recursos investigando a Olivia Nuero, la chica que se suicidó, hasta que les demos pruebas irrefutables para hacerlo; siendo una posible conexión del caso, a mi parecer. El capitán de la Guardia Civil se dio por vencido porque no pudo convencer a sus superiores de sus sospechas. No podemos cometer el mismo error.

—¿Y qué pretendes?

—Quiero interrogar personalmente a Vence.

29 — EL MANIFIESTO: capítulo V

El polvo de mono es una sustancia que hace creer a quienes lo consumen que tienen superpoderes. Experimentan una descarga brutal de adrenalina, pero, al mismo tiempo, la paranoia se apodera de ellos y pierden todo control sobre su voluntad. No sienten dolor durante sus episodios y después no recuerdan nada de lo ocurrido.

Aprendí mucho sobre cómo funciona la adrenalina en el cuerpo humano. En La Gran Unidad, durante las torturas de estudiantes universitarios, no lo hacían por placer, estaban obligados a hacerlo. El objetivo era forzar a los cuerpos torturados a generar adrenocromo, un compuesto producido únicamente en condiciones extremas de dolor, utilizado en tratamientos experimentales para curar enfermedades, pero hay un problema: casi ninguna persona consciente puede soportar torturas tan extremas sin desmayarse. Por eso La Gran Unidad utilizaba polvo de mono en cada secuestro, una estrategia brutalmente efectiva. ¿Por qué inventar algo nuevo cuando ya existe una solución tan práctica?

El primer obstáculo al que me enfrenté fue conseguir polvo de mono. Muy pocas organizaciones se dedican a ello y solo el clan de los Balcanes podía proveerme la sustancia. ¡Y qué calidad! Hasta hoy, todas mis víctimas se han arrojado por un puente o se han enfrentado a un coche en marcha.

Pero el destino fue caprichoso y en cierto momento pareció pedirme un ajuste de cuentas. Mi contacto con el clan, un hombre llamado Roko, se convirtió en mi tercera víctima. Roko había salido recientemente de prisión, algo que, sin embargo, consideraba digno de presumir; supongo que para hacerse valer.

No tardé demasiado en descubrir por qué había estado entre rejas: por celos, había vertido ácido en el rostro de su novia, dejándola prácticamente ciega. Y ahora estaba fuera, vendiendo droga, viviendo su vida sin un ápice de arrepentimiento, mientras su

exnovia sufría un calvario diario. ¿Esta es la justicia que nos merecemos?

No necesité más razones. Le arranqué los ojos de cuajo, dejándolos colgando de su rostro como racimos de uvas. Un castigo proporcional al daño que había provocado.

¿No creéis?

30 – Cuarta víctima

La silla en la que estoy atado es incómoda; el metal se clava en mi espalda. No sé cuánto tiempo llevo en este oscuro lugar; parece una fábrica. Solo puedo escuchar el eco de mis propios gemidos al intentar desatarme y algunos ruidos lejanos, que no logro identificar. Cada vez que los escucho, mi corazón da un salto, como si fuera el primer indicio de que algo va a suceder. Reconozco el ruido de tuberías viejas crujiendo y el tintinear de una cadena suelta.

Hay algo más… un sentimiento de que no estoy solo. Me cuesta creerlo, pero cada sonido parece acercarse más, como si alguien estuviera rondando, esperando el momento adecuado para aparecer. La ansiedad me carcome por dentro.

De repente, escucho una puerta crujir. Los pasos se acercan, lentos, calculados.

—¿Quién está ahí? ¡Desátame de esta silla ahora mismo! ¡Soy policía!

Una figura se recorta en la oscuridad y se sienta a mi lado, aunque no puedo distinguir detalles. Esa presencia me intimida, presionando cada resquicio de aire que no había echado en falta hasta ahora. Con un ritmo pausado, golpea el brazo de su silla, produciendo un ruido perturbador; hasta que su voz, grave y fría, rompe el silencio como un cuchillo afilado.

—Comisario General de la Policía Judicial, señor José Hernández. Un gusto conocerte. Yo soy, bueno, supongo que ya lo sabrás. ¿Entiendes por qué estás aquí conmigo en vez de estar en casa tranquilamente descansando?

—Nunca imaginé que una persona tan justa como tú fuese a por alguien que trabaja y vela por los demás, como yo. ¿A qué se debe

tal privilegio de ser una de tus próximas víctimas? ¿Has cambiado de rol? ¿Ya no te gusta matar a delincuentes que abusan de mujeres?

—¿Te atreves a decir tales afirmaciones? No tienes vergüenza.

—¿Acaso he mentido? Dime en qué.

—Me hace gracia que creas estar tan seguro de ser una buena persona cuando decidiste ocultar pruebas para reducir condena a los culpables en el caso de Olivia Nuero, la chica que se suicidó después de que abusaran de ella en un festival. Qué bueno es tener un padre político amigo del comisario para que un abuso sexual salga gratis, ¿verdad?

—Maldita sea. ¿Estás detrás de la desaparición de esos chicos? Los padres siguen suplicando por encontrar sus cuerpos.

—¿Tanta importancia merecen? Los quemé vivos, no quedan ni cenizas, aunque me impresiona algo, no te he notado preocupado por la chica que se suicidó.

—¡Dios santo! No puedes tomarte la justicia por tu mano.

—Ya veo lo que te importa. ¿Tú sí puedes jugar con la vida de los demás? Una decisión lo cambia todo. Solo tenías que haber tomado una buena decisión en dos ocasiones. ¿Por qué te reiteras en ello? Tenías la oportunidad de redimirte con Slava y lo has vuelto a hacer mal. Quiero entender por qué has dejado que muera otra vez una mujer. Sabíais perfectamente que los de su propio clan irían a por ella por chivata. ¿Has visto cómo ha quedado su cadáver colgado de un árbol?

—A veces no es fácil tomar buenas decisiones, no soy una mala persona. En ningún momento quise que le pasase nada malo ni a Olivia ni a Slava. El daño que le hicieron a Olivia no fue mi culpa, yo solo traté de reducirle la condena a uno de los culpables para hacerle un favor a los padres. Y sobre lo de Slava, muchas veces hay que actuar rápido para obtener resultados.

—Obtener resultados, ¿a qué precio? Slava ha muerto por querer proteger a su hijo pequeño.

—Quería protegerlo de ti, no lo olvides. Tú tienes parte de culpa.

—El miedo no te mata, al revés, es necesario para sobrevivir. Esa mujer, junto a su hijo, vivían en un entorno peligroso de forma continua y Slava decidió salir de ahí. En cambio, la decisión que tú

tomaste la sentenció a muerte, a pesar de saberlo. Y con Olivia igual. Cuando supo que uno de los culpables iba a pasar menos tiempo en la cárcel, ¡se le vino el mundo encima! ¿Entiendes la gravedad? ¡Se suicidó! ¿Con qué facilidad has jugado con la vida de dos personas desde un despacho?

—Piensa lo que quieras, puedes matarme, pero vendrán más comisarios que tendrán que tomar decisiones, al igual que yo. ¿Los vas a matar a todos?

—No sería capaz de matar a todo el que lo merezca, pero igual tu muerte sirve de ejemplo para el próximo que ocupe tu lugar. Me preocupa tu cinismo. Nadie va a llorar la muerte de Slava, su marido fue uno de los culpables. Han utilizado su muerte colgante como una advertencia para el propio clan: quien se chive, ese es su final.

—Pues suéltame de aquí y déjame pillar a los hijos de puta que han hecho eso. ¿No sería lo justo?

—Creo que sigues sin entender lo que está ocurriendo. Tú ya estás muerto. Vas a ser la clara advertencia de que quien sacrifica una vida de forma voluntaria, sea quien sea, no hace falta ser un delincuente, merece morir como castigo.

—¿Y qué pasa con mis hijos? ¿Se merecen presenciar esto?

—¿Ahora sí te importan los hijos? Podríamos preguntarle al hijo de Slava o a los futuros hijos que podría haber tenido Olivia, ¿no crees? No intentes persuadirme con eso, por favor.

—No deberías perder el tiempo conmigo.

—Me entristece que no muestres ni una pizca de arrepentimiento por las mujeres muertas. ¿Qué crees que querrían hacer si te tuvieran delante? Es posible que alguna te perdonase.

—No me hagas esto.

—Psss… No vas a cambiar ni en mil vidas, eres despreciable. ¿Estás preparado?

—¿Para qué?

—Para que el mundo aprenda.

31 – Helena - Dia 11 (10:22h)

Después de dos días excusándome del trabajo por presuntas dolencias menstruales, he aprovechado para conocer mejor al grupo de personas que aparecían en el video que nos mostró el capitán de la Guardia Civil. La conversación que presencié en el centro comercial entre Carlota y su novio, Vence, me ha dejado preocupada y sorprendida. ¿Quién es ese tal Solid? ¿Por qué está desaparecido? Aunque sigo sin saberlo, al menos ahora conozco mejor a todos los demás.

Lo que me queda claro es que la importancia que Sapi ha dado a Avid Le Fried, el padre de Carlota, asesinado por nuestro criminal, no es casual. Avid es el patrón común entre ellos. En el coche que las cámaras grabaron detrás de la ambulancia iban cuatro personas, todas con sus propios antecedentes. Vence: alumno de Avid y novio de Carlota. Nubia: también alumna de Avid, aunque de un año diferente. Henky: descubrió el caso gracias a Avid. Diana: la única que no tiene conexión directa.

Un sinfín de preguntas siguen rondando mi cabeza. ¿Cómo se conocieron Carlota y Vence? La relación entre ellos, siendo de ciudades y edades tan distintas, me parece extraña. ¿Qué los unió? El único motivo que conocemos es el padre de ella, pero ¿hay algo más?

Luego está Diana, sin vínculo directo con Avid. Es de Granada, la misma ciudad que Vence, Nubia y Henky. ¿Qué hacía en ese coche? ¿Es solo una amiga que fue a ayudar? Según la información que tenemos, es agente inmobiliaria y sigue trabajando. ¿Qué la conecta con todo esto?

Y por último, si Carlota mencionó en el interrogatorio que conoció al Dr. Henky mucho antes, ¿cómo se conocieron? No creo que un médico forense acuda antes a la hija de un sospechoso que a la policía. Tal vez Sapi tenga más detalles en los informes del caso anterior.

En resumen: ¿cómo se conocieron Carlota y Vence? ¿Por qué estaba Diana con ellos? ¿Qué vínculo tiene Henky con Carlota? Y, sobre todo, ¿quién es Solid y dónde está?

Es hora de empezar a responderlas si quiero dar con el asesino. Nunca he estado más convencida de lo que debo hacer. Esa persona, sea quien sea, necesita mi ayuda y no puedo equivocarme, por su bien y por el de muchas mujeres que hoy se ven afectadas de por vida. No quiero que el asesino cese con su ambición de matar a quien se lo merece, pero, ¿por dónde empiezo? Diana parece una buena opción, sobre todo para entender lo que la diferencia del resto: su falta de relación con Avid. Tendría que buscarla, seguirla, observar su rutina diaria; eso me llevaría unos días como mínimo, pero no tengo muchas excusas para ausentarme más tiempo sin levantar sospechas. Quizá el fin de semana...

Un sonido sordo, vibrante y familiar me alerta de una llamada entrante: es Sánchez. Al ver su nombre, frunzo el ceño, extrañada por la sorpresa.

—Dime, Sánchez. ¿Ha ocurrido algo?

—Helena, tienes que venir a la Planta lo antes posible.

Miro la hora: las 10:22 am.

—¿Es grave?

—Sapi ha tenido una discusión bastante subida de tono con la Comisaria, le ha recriminado la metida de pata con Slava y le ha dicho que vamos a interrogar a Vence, el novio de Carlota. No me preguntes cómo lo ha conseguido, pero la Comisaria ha accedido. En treinta minutos estará aquí y te quiero con Sapi en el interrogatorio. Ven lo antes posible.

—No te preocupes, Sánchez. Voy a vestirme y salgo, ahora nos vemos.

—Vale, perfecto. Gracias. Te veo ahora.

Cuelgo la llamada, pero una nueva oleada de pensamientos invaden mi mente. Algo importante se me escapa. Decido llamar de nuevo a Sánchez.

—Dime, Helena.

—Si no llego a tiempo, no metáis a Vence en la sala de interrogatorios. Sentadlo fuera, en la sala donde solemos estar.

Quiero que esté lo más relajado posible, por si tiene algo que contarnos.

—Entendido, se lo comento a Sapi. ¿Algo más?

—Nada más.

—Dale.

—Adiós.

Ahora sí, en cuanto cuelgo la llamada, me preparo. Mi objetivo está claro: debo confirmar o descartar si Vence es el asesino. Necesito saberlo, solo así podré ayudarle. Mirarlo a los ojos, hacer que me entienda con una sola mirada y decirle: «Estás ayudando a muchas mujeres y no voy a permitir que te atrapen, pero te enfrentas a una de las mejores policías de este país: Sapi. No se puede subestimar a esa mujer.»

Tarde o temprano, ella lo encontrará y yo tengo que hacerlo antes.

32 – Helena - Día 11 (11:14h)

Subo las escaleras de la Planta y me encuentro con Carlota, sentada, absorta en su móvil. No la había visto desde que la seguí hasta el centro comercial.

—Hola, Carlota. ¿Qué haces aquí?

—Hola, Helena. He venido con Vence.

—¿No te han dejado entrar?

—Sí, pero Vence prefiere estar solo. ¿De verdad crees que tenemos algo que ver?

—Vence no está aquí como culpable. Lo hemos citado para que nos ayude con más información sobre el caso, como hiciste tú.

—Él siempre ha estado conmigo. Va a contaros lo mismo que sé yo.

Esa respuesta hace clic en mi cabeza. Aprovecho la oportunidad para arriesgarme con un farol.

—Seguro que en algún momento del día no estáis juntos, ¿no?

Carlota me mira sin saber qué decir. Se queda en silencio, no reacciona, pero puedo sentir sus dudas. Le resto importancia al asunto.

—No te preocupes, Carlota. Solo quiero encontrar al culpable para mostrarle mi gratitud.

—¿Gratitud?

—Sí, somos mujeres. Lo que está haciendo por nosotras merece un agradecimiento. ¿No crees?

La puerta de la Planta se abre de golpe. Sánchez aparece, como si hubiera sentido mi presencia, y me avisa de que todo está listo. Le guiño un ojo a Carlota y le doy un apretón en el hombro, un gesto cómplice. Al entrar, Sánchez se acerca y me susurra al oído.

—¿Por qué me has dicho que no lo metamos en la sala de interrogatorios?

—Cuando alguien entra a ese tipo de salas, ya se siente culpable, se pone a la defensiva. Prefiero un ambiente más relajado, al menos

al principio.

—Espero que funcione. Lo tienes donde querías.

—Vamos allá.

La sala principal ha cambiado. No hay rastros del caso, todo parece estar guardado. En la sala de interrogatorios, Vi y Pirática se esconden de Vence, que parece estar charlando tranquilamente con Sapi en la mesa central.

Vence es un hombre de metro setenta y siete, con el cabello algo largo, justo por detrás de las orejas, y una barba de tres días bien arreglada. Lleva ropa casual: unos vaqueros desgastados, unas zapatillas New Balance y una camiseta oscura. En su brazo izquierdo tiene un tatuaje de un corazón y un cerebro entrelazados. Es la primera impresión que puedo obtener antes de que noten mi presencia.

Sapi me invita a sentarme frente a él, no pierdo tiempo.

—Hola, Vence. Soy Helena. Gracias por responder a nuestra llamada, necesitamos toda la ayuda posible para aclarar este caso. Antes de empezar, quiero dejar claro que no estás aquí como culpable y que no estás obligado a responder a nuestras preguntas. ¿Me he explicado bien?

—Hola, Helena. Estoy a vuestra disposición. Ya he hablado un poco con tu compañera sobre lo que pasó con La Gran Unidad y los estudiantes torturados.

—Ah, sí. Bueno, yo preferiría empezar desde el principio, si no te importa.

—De acuerdo.

—Tu nombre es Duke Vencedor, ¿es correcto?

—Sí, claro.

—Vencedor es tu apellido, pero… ¿de dónde viene el nombre de Duke?

—Es un derivado del nombre de la madre de Nikola Tesla, Duka Madic. Mi padre siempre admiró a Tesla.

—Perdona mi ignorancia, pero… ¿Tesla no fue un gran inventor?

—Sí, gracias a él tenemos corriente alterna, radio, motores eléctricos…

—¿No fue Edison el inventor de la corriente y Marconi el de la radio?

—No exactamente, hay discrepancias. Marconi y Edison usaron las ideas de Tesla para patentar sus inventos. El problema de Tesla es que fue olvidado, sus propuestas no encajaban con los intereses políticos y económicos de su tiempo. Quería hacer la corriente gratuita e inalámbrica, algo que sigue siendo complicado hoy, imagínate en su época. Después de su muerte, se le atribuyeron 300 patentes. Perdón si me extiendo, pero es un tema que me apasiona.

—Para nada tienes que disculparte, yo no sabía tanto sobre Tesla. ¿Fue esa la razón por la que estudiaste ingeniería?

—En realidad, estudié Ingeniería Electrónica. Tesla se dedicó a Matemáticas, Física y Filosofía, pero sí, al igual que mi padre, siempre ha sido una fuente de inspiración.

—Y ¿qué tal la carrera?

—Me fue bien, la disfruté mucho. Como habrás notado, la Electrónica es una rama de la Física que me apasiona. Fue precisamente ahí donde conocí al padre de Carlota.

¿Por qué nos menciona a Avid Le Fried si aún no le hemos preguntado por él? Lo sospechaba… Chico listo.

—¿Fue tu profesor?

—Así es.

—Entonces, ¿conociste a Carlota gracias a él?

Vence se toma unos segundos antes de responder. Sapi permanece en silencio, observando atentamente cualquier reacción.

—Se podría decir que sí. La conocí en el último año de carrera. Ella solía ir a ver a su padre con frecuencia y coincidimos varias veces en la cafetería de la facultad.

—¿Y cómo ocurrió lo de La Gran Unidad? ¿Cómo os enterasteis?

—El Dr. Henky me contactó para que ayudara a convencer a Carlota de que su padre estaba secuestrando y torturando estudiantes.

—¿No te pareció raro en ese momento?

—Pensé que estaba loco, pero me mostró pruebas de lo que había descubierto.

—¿Qué tipo de pruebas?

—Alguien había falsificado el informe forense sobre la muerte de uno de los estudiantes. Querían hacer que pareciera una muerte natural. Avid Le Fried era el mentor del estudiante muerto, todos los estudiantes Erasmus tienen uno cuando llegan a España, por eso era el principal sospechoso.

—¿Es entonces cuando le pides a Carlota que se enfrente a su padre?

—Más o menos. Al principio le costó creerlo, pero encontró el valor para pedírselo. Él se derrumbó, se sentía culpable por lo que le había hecho a su hija. Quiso redimirse contándonos que iban a secuestrar a otro estudiante en una fiesta universitaria. No supimos más de él desde entonces.

—¿Por qué no avisasteis a la policía en ese momento?

—Henky nunca confió en la policía. Pensaba que La Gran Unidad tenía demasiada influencia en los altos cargos que la controlaban.

—Es una acusación muy grave… pero me interesa otra cosa, háblame de la fiesta. Avid Le Fried os contó que iban a secuestrar a un estudiante. ¿Cuál era vuestro plan? ¿Salvarlo?

—Esa era nuestra idea, pero no salió bien del todo. Carlota era la única que podía entrar en el recinto sin levantar sospechas, tenía invitación, pero se dieron cuenta y drogaron a ambos. Tuvimos que entrar a por ellos antes de que se los llevasen.

—¿Tuvimos? ¿Quiénes erais?

—El Dr. Henky, dos amigas de Carlota y yo.

—Supongo que no fue fácil enfrentarse a esa gente.

—No era nuestra intención. Henky se hizo pasar por un periodista y conseguimos salir airosos. Nos llevamos a Carlota y al chico italiano drogados. Luego llamamos a una ambulancia y los llevamos al hospital, pero tengo una pregunta, si no te importa que te la haga.

—¿Cuál?

—Todo lo que te estoy contando ya se lo dije a la Guardia Civil en su momento. ¿Qué hay de diferente?

—Necesitamos toda la información que podamos para conocer mejor al asesino que mató al padre de Carlota, al resto de los

responsables de La Gran Unidad y a las nuevas víctimas en serie que están apareciendo. ¿Os sorprendió que la Guardia Civil os acusara?

—No te voy a mentir, tenían motivos para acusarnos, especialmente a mí y a Piero, el chico italiano que intentaron secuestrar en la fiesta, por ser hombres, pero ya demostramos nuestras coartadas. Piero estaba en su país con su familia y yo estuve todo el tiempo con Carlota.

—Entonces, ¿no tienes idea de quién pudo ser el asesino?

—Después de haber presenciado lo que hizo La Gran Unidad, cualquier persona afectada del caso podría actuar así.

—¿Y qué piensas del asesino?

—Creo que quien hizo eso al padre de Carlota tuvo que pensarlo dos veces antes de matarlo —responde con seriedad—. Avid Le Fried mostró arrepentimiento, quería reparar todo el daño que había causado pero, para el asesino no fue suficiente.

—No fue suficiente… —repito, dejando que las palabras floten en el aire antes de lanzar mi última consulta—. Te haré una última pregunta más y creo que con esto terminamos. El asesino está eliminando a personas despreciables: violadores, agresores, malas personas en resumen. Y, siendo mujer, tengo que admitir que me alegra que esté mandando al otro barrio a todos esos desgraciados —Sapi me mira con extrañeza—, pero no podemos permitirlo porque no sabemos si algún día matará sin justificación. ¿Qué opinas de lo que está haciendo?

En mi cabeza, solo deseo una cosa: si Vence es el asesino, espero que haya pillado mi indirecta. No mates a nadie que no lo merezca, sigue como hasta ahora, por favor. Puedo ayudarte.

Vence se ríe y baja la mirada, como si se sintiera reconocido. Suspira, pero luego retoma la conversación con otro tono.

—Al igual que la Guardia Civil, ¿sospecháis que yo pueda ser el asesino, verdad?

—No es eso, Vence, es que…

—Perdona que te interrumpa. Sé que vuestro deber es dudar de cualquier sospechoso, lo veo normal. Lo único que os pido, y siempre estaré a vuestra disposición, es que no busquéis un culpable

solo por querer tener uno. No sé si me explico. El daño que podríais causarle a Carlota, a nuestras familias y a mí al acusarnos sin pruebas, sería irreparable. Nuestra reputación, nuestros trabajos, nuestras vidas… Entiendo que es vuestra labor, pero no nos hagáis pasar por otro mal trago innecesario. No fue fácil para Carlota superar la muerte de su padre.

La puerta de la Planta retumba, obligándonos a girar la cabeza. Los golpes violentos que resuenan desde el exterior se hacen cada vez más intensos. En segundos, el marco de la puerta empieza a expulsar pequeñas partículas de madera por la fuerza de los impactos. Sánchez sale apresuradamente de la sala de interrogatorios y abre la puerta.

Carlota entra, guiando a una mujer que se cubre la boca con las manos, encorvada. En cuanto encuentran una papelera, la desconocida se inclina y vomita con violencia. Cuando levanta la cabeza y nos mira, reconocemos sus ojos. La sorpresa que nos causa nos deja paralizados a todos.

33 – Sánchez - Día 11 (12:54h)

Carlota sostiene el cabello de la Comisaria hasta que termina de vomitar. La situación se vuelve completamente surrealista: Vi, Pirática, Sapi, Helena, Vence y yo observamos en silencio cómo la Comisaria se reincorpora tras expulsar todo lo que llevaba en su estómago. Nadie se atreve a decir una palabra. Abre la puerta del baño, se enjuaga la cara y, con la misma calma, saca un caramelo mentolado de su bolso y lo coloca en su boca.

Se acerca a escasos centímetros de Vence y lo mira con una furia palpable. No sabemos qué pasa por los pensamientos de nuestra jefa, pero da la sensación de querer agredirlo. El contacto visual que se produce entre ellos es insólito. Vence no aguanta la mirada y voltea la cabeza buscándonos para que le ayudemos. La Comisaria aprieta los puños, como si estuviera a punto de explotar.

Siento la necesidad de intervenir.

—Comisaria, perdona que…

—¡Fuera! —interrumpe, cortante—.

—¿A qué se refiere?

—¡Los quiero fuera! Si no han venido en calidad de culpables —señala a Vence y Carlota—, no tienen nada que hacer aquí. ¡Largo!

El carácter de la Comisaria solo puede ser un indicio de que algo grave está ocurriendo.

Acompañando a ambos interrogados a la salida, les pido disculpas por lo sucedido, agradezco su cooperación y les indico que permanezcan localizables en caso de que los necesitemos más adelante.

Una vez despachados, la sala se queda en un silencio absoluto, esperando mi regreso. Me siento y cruzo los brazos, aún molesto con la Comisaria por habernos arruinado el interrogatorio.

—Han encontrado al Comisario colgado de un árbol, en el mismo lugar donde apareció Slava. Con el pecho descubierto y un mensaje grabado a sangre: «No tengas miedo».

Yo, que estoy sentado, pero incorporado hacia delante, caigo a plomo en el respaldo de la silla al escuchar la noticia. Me pongo ambas manos en mi cara y las froto contra ella.

—¿Sabemos por qué lo ha matado?

—No sabemos nada —responde la Comisaria, visiblemente afectada—. La imagen de su cuerpo colgado aún me persigue, sigo teniendo náuseas. Esto ha cruzado los límites de lo imaginable. No podremos mantener esta información en secreto por mucho tiempo; los medios van a caer sobre nosotros como buitres. Lo único bueno es que, oficialmente, parecerá un suicidio, pero estamos en peligro. ¿Entendéis la facilidad con la que ha matado a un comisario de la Policía Nacional?

—¿Qué ha hecho? —pregunta de repente Sapi.

—¿El Comisario?

—Usted lo conoce bien. ¿Qué motivos le ha dado al asesino para que lo mate?

—El Comisario era un buen hombre. Te aseguro, Sapi, que su muerte no tiene nada que ver con lo que estás sugiriendo. No ha muerto porque lo mereciera, esto tiene más pinta de ser un acto de intimidación. Nos está mostrando hasta dónde es capaz de llegar. Este caso está poniéndose cada vez más difícil para todos nosotros, quiero que lo entendáis.

—Comisaria, con todo el respeto que le tengo, me sigue pareciendo extraño que el asesino actúe de forma tan repentina. No es un perfil agresivo ni impulsivo, permítanos investigar al Comisario y a su entorno.

—No. Su familia ya tiene suficiente con lo que ha sucedido, no vais a hurgar en su pasado. Quiero que os centréis en pillar al hijo de puta que acaba de irse por esa puerta. Vence, con su cara de chico bueno, es nuestro objetivo. Removed lo que sea necesario para culparlo.

—¿Nos está pidiendo que centremos el foco en alguien sin saber con seguridad si es el asesino?

—Os estoy pidiendo resultados antes de que nos echen del cuerpo a todos. El terremoto mediático que se aproxima se va a llevar por delante a todo el que pueda.

El diálogo entre la Comisaria y Sapi deja la sala en un estado de devastación. Nadie se atreve a hablar mientras la Comisaria se va, dejando atrás una atmósfera cargada de incertidumbre.

34 – Sánchez - Día 12 (10:17h)

Ha amanecido un nuevo día y todos volvemos con las pilas cargadas, habiendo asimilado el peso de lo sucedido ayer. Sin perder tiempo, comienzo la reunión antes de que algo se nos escape de la memoria.

—Después del caso «La vida no es justa», en el que fueron asesinados el padre de Carlota, Avid Le Fried y el Dr. Henky, sumamos cuatro asesinatos más con la misma marca «No tengas miedo», grabada en el pecho de cada víctima. Las muertes son de Carlos Mengol, Jimmy Carvalho, Roko y el Comisario. ¿Por qué mueren? En orden: agresión sexual, violación y asesinato, agresión con ácido y en el caso del Comisario aún desconocemos la causa.

Hago una pausa breve, dejando que todos procesen la información.

—¿Qué pruebas relevantes tenemos? Primera: un video de la Guardia Civil. En él aparecen cinco sospechosos junto al Dr. Henky, ya muerto, llegando al hospital el día de la fiesta. Carlota y Piero están en una ambulancia, drogados, mientras que Vence, Nubia y Diana viajan en un coche junto al doctor. Segunda prueba: el asesino utiliza una droga llamada polvo de mono, capaz de anular la voluntad de sus víctimas. Sabemos que obtuvo esta sustancia del clan de los Balcanes, pero debemos confirmar si alguien más del clan tuvo contacto con él, excluyendo a Roko, su tercera víctima —observo a todo el grupo, asegurándome de que no tienen dudas antes de continuar—. Tercera prueba: el descubrimiento de Sapi. El suicidio de Olivia Nuero y la desaparición de los culpables. Necesito comprobar si hay alguna conexión con nuestro caso. Y cuarta prueba: los testimonios de los interrogatorios a Carlota y Vence. Quiero una valoración completa y exhaustiva de ambos. En resumen: tenemos cuatro pruebas y un enorme rompecabezas por resolver.

Me giro hacia Vi y Pirática.

—Vosotros, seguid investigando al clan de los Balcanes, con total precaución. Quiero que los tengáis vigilados día y noche.

—De acuerdo, jefe —responde Vi, asintiendo.

—Helena —continúo, dirigiéndome a ella—, ocúpate de la mujer que aparece en el video de la Guardia Civil y que no tenía relación directa con Avid Le Fried: Diana Álvarez. Investiga lo que sea necesario.

—Eso está hecho, Sánchez.

—Sapi, sigue desarrollando el perfil psicológico del asesino. Usa los interrogatorios de Carlota y Vence si crees que pueden ser útiles. Encuentra cualquier conexión.

—Ya estoy con ello, jefe.

Me detengo en el centro de la sala y respiro hondo antes de hablar.

—Perfecto. Pongamos orden a este caos. Yo iré a ver a la Comisaria para ofrecerle ayuda en todo lo que estaba haciendo junto al Comisario. Nos esperan momentos complicados y de vital importancia al mismo tiempo. ¿Todo el mundo sabe lo que debe hacer? ¿Alguna duda?

—Todo claro —responden al unísono.

—Bien. Solo me queda pediros algo —digo, con un tono más grave—: manteneos vivos. Os necesito más que nunca.

35 – Vi y Pirática - Día 12 (17:52h)

Nos hemos convertido en los perros de presa del grupo: si hay que poner la cara o meterse en problemas, somos nosotros. Con Sapi encerrada en su mundo mental y Helena, que probablemente no ha disparado desde la academia, está claro que la candidatura para darnos de tortas con el mundo nos queda perfecta. A Vi no parece importarle. Es más, odia todo lo relacionado con investigar, redactar informes o documentarse. Encuentra en la acción su única motivación profesional. Yo, en cambio, disfruto la acción, pero con propósito. No quiero golpear solo por golpear.

Estamos otra vez en un coche de incógnito, camino al barrio del clan de los Balcanes. ¿Qué esperamos encontrar de nuevo? Absolutamente nada. Ya no habrá mujeres golpeándonos ni reuniones clandestinas de cabecillas. Ahora solo nos queda observar y vigilar. ¿Cuánto tiempo tardarán en notar que estamos aquí de nuevo? Espero que el respeto a la autoridad aún pese lo suficiente para que no intenten matarnos.

—Oye, Vi, ¿tienes algún plan? Sabes que repetir lo de la última vez no va a servir.

—Me gustaría encontrar a la persona del clan que se cargó a Slava y pegarle una paliza por haberla matado. Te juro que si lo viese por el barrio, me enganchaba con él.

—Eso estaría bien si lo que quisiéramos fuera venganza, pero buscamos justicia.

Vi me lanza una mirada mientras cambia de marcha y suelta una risa irónica.

—¿Qué diferencia hay?

—Mucha. La venganza responde al daño con más daño. La justicia, aunque imperfecta, intenta reparar.

—Pues me sigo quedando con la venganza. Cuando matas, no hay justicia que pueda reparar eso. No es suficiente.

—Entonces, ¿piensas igual que nuestro asesino? ¿Matar a quien lo merezca?

—Pirática, todos hemos pensado que las víctimas del asesino están mejor muertas que vivas. Excepto el Comisario, claro.

Sus palabras me incomodan, pero intento mantener la conversación bajo control.

—El asesino no está rompiendo farolas, Vi. Está matando personas. ¿Qué pasa si un día no acierta? ¿Y si se equivocó con el Comisario?

—Hasta el momento, ha hecho desaparecer a seres despreciables que estaban poniendo en duda con sus agresiones la cada vez menos confianza entre hombres y mujeres.

—No podemos permitir que se convierta en un ejemplo. Si esa mentalidad se extendiera, esto sería un infierno de caos y venganzas personales.

Vi no responde. Parece que no quiere seguir discutiendo, justo cuando el barrio del clan de los Balcanes aparece frente a nosotros.

—¿Qué hora es?

—Casi las seis de la tarde. ¿Quieres que entremos?

Sin responder, Vi ya está girando el volante y nos adentramos en el barrio. Esta es nuestra tercera visita y las calles siguen pareciéndome normales. En un lugar dominado por la anarquía, las drogas y la marginalidad, esperaría edificios en ruinas y destrozos por todas partes, pero aquí no.

—¿Te has fijado en una cosa? —pregunta Vi.

—¿En qué? ¿Has visto a alguien?

—No he visto a nadie. Ni ahora ni en nuestras visitas anteriores. Todo muy tranquilo, mientras no les provoques. ¿Cómo venderán la droga?

—Tal vez la estén moviendo fuera.

—¿Con los riesgos de vender en un sitio que no controlan? No lo creo.

Señalo hacia adelante con mi brazo izquierdo.

—Camellos no, pero mira, siempre hay niños jugando.

—¿Está Darko con ellos? ¿Qué están haciendo?

—Tendríamos que acercarnos más para saberlo.

—No deberíamos. Aunque… no veo bien qué hacen.

Entrecierro los ojos, intentando distinguir.

—Parece que están jugando con una caja y un palo.

—Y una cuerda. ¡Ah! Ya sé qué es.

—¿Qué es?

—Es una trampa de animales.

—¿Una trampa?

—Sí. Ponen una caja boca abajo, la sostienen con un palo inclinado y le atan una cuerda. Dentro colocan comida como cebo. Cuando un animal entra, tiran de la cuerda y la caja lo atrapa.

Avanzamos unos metros para observar mejor.

—Eso no es para gatos ni perros —comento, analizando a los niños—, son más grandes que la caja.

—Palomas.

—¿Palomas? ¿Ratas voladoras? ¡Qué asco!

—¿No las ves alrededor? Están intentando atrapar palomas.

—¿Para qué quiere un crío atrapar una paloma?

—¿Nunca hiciste travesuras de niña? Mejor ni preguntes…

—A saber qué hacías tú de pequeño. ¿Nos acercamos o nos largamos?

—Vamos a ver si está Darko con ellos.

Un cruce y cincuenta metros nos separan de ellos. Vi pone en marcha el motor, gira para incorporarse a la calle, pero entonces un patinete eléctrico pasa a escasos centímetros, a toda velocidad. El chaval que lo conduce se da la vuelta, nos muestra el dedo corazón en tono burlón… hasta que nuestras miradas se cruzan y el reconocimiento es mutuo. Nuestro rostro cambia al mismo tiempo que el suyo.

De repente, un coche atraviesa el cruce con la clara intención de atropellar a Darko. El impacto contra el patinete es brutal. El niño, de apenas 12 años, sale volando y aterriza con el costado en el suelo. Los chicos que estaban atrapando palomas huyen despavoridos, como si el accidente fuera un riesgo para ellos.

El conductor, con el rostro cubierto, nota que lo hemos visto. Pisa el acelerador y sigue su camino sin socorrer al niño. Vi reduce las marchas y me mira, su expresión está cargada de nerviosismo.

—¿Qué vas a hacer?

—Pirática, bájate del coche y socorre a Darko. Yo voy a por ese tío.

—¡No vas a perseguirlo, puede ser peligroso!

—O te bajas o te vienes. Elige.

No puedo dejar a Darko tirado en la calle, así que abro la puerta. Sin despedirnos, Vi desaparece con el coche y yo corro hacia el chaval. Darko se arrastra hasta sentarse en el bordillo de la acera, un reguero de sangre le baja por la frente hasta la barbilla.

—¿Estás bien, Darko?

Él me mira, esboza una sonrisa débil.

—¿Tú eres la amiga de Vi?

—¿Me recuerdas? Sí, soy su compañera.

—¿Sois novios?

—No —me río, a pesar de la tensión—. Trabajamos juntos.

—¿Sois policías?

—Sí, somos policías.

—Tienes que irte de aquí, no es bueno que te vean conmigo.

—Pero estás herido, no puedo dejarte así.

—Estoy bien, no ha sido nada. Vete, por favor.

Darko insiste, me observa con seriedad.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Vale, me voy.

—¿Cómo te llamas?

—Pirática.

—¿Es un mote, como el de Vi?

—Sí, me llamo Ana, como Anne Bonny, ¡una de las piratas más famosas de la historia!

—¿Eres una pirata? Me gusta mucho tu mote. Yo soy fuerte, como Vi, así que estaré bien.

—Lo sé, pero antes de que me vaya, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Vale.

—¿Por qué jugaban los niños con las palomas?

—No era un juego. Muchas veces las atrapamos para dárselas a nuestros padres. Ellos las entrenan por gusto.

—¿Para qué?

—No lo sé.

Sin saber qué ha pasado con Vi, abandono el barrio despidiéndome de Darko y me voy para la Planta a la espera de que aparezca.

36 – Vi - Día 12 (20:39h)

Mientras persigo al coche gris que casi mata a Darko, activo el manos libres del móvil para no distraerme mientras conduzco.

—Dime, Vi.

—Jefe, estoy persiguiendo a un sospechoso que ha atropellado a un crío y se ha dado a la fuga. ¿Me das permiso para estampar el nuevo coche? La matrícula del que persigo es: 9011 AEO.

—Vi, por lo que más quieras, no pongas en peligro a nadie. ¿Me has entendido?

—Para atrapar a ese cabrón, necesito estamparle el coche. Si no lo hago, se va a escapar. Ha atropellado a Darko, el amigo del hijo de Slava, con intención de matarlo.

—¿Sabes quién es?

—No lo hemos podido identificar.

—Joder, Vi. ¿En serio me estás pidiendo reventar el coche que nos acaban de dar?

—No se me ocurre otra manera de saber por qué ha querido matar a Darko, pero me tienes que responder rápido, si sigo hablando se me va a escapar.

—Pfff… Está bien, haz que valga la pena, pero ni un herido y el menor daño posible en la ciudad.

—Gracias, jefe. ¡Te veo luego!

La persecución se está volviendo insoportable. El coche gris se ha metido en el casco antiguo y no para de zigzaguear por calles estrechas, pero yo conozco mejor la ciudad y, como en cualquier ciudad, si no te metes en dirección prohibida, las propias calles te expulsan hacia las afueras sin que te des cuenta. En una persecución, si eres el perseguido y no sabes a dónde vas, terminas saliendo a las afueras. Puede parecer una buena estrategia para el que huye, pero es la mejor zona para embestirlo sin riesgo de atropellar a nadie.

Le dejo algo de distancia, esperando que se confíe, y en cuanto veo que estamos cerca de las afueras, aumento la velocidad. Dos semáforos en rojo casi me ayudan, pero consigue zafarse. Nos encontramos en una calle recta de unos 300 metros, con una curva cerrada al final. El momento exacto para golpearlo es cuando intente frenar antes de tomar la curva. Ahí no frenaré y le daré tal embestida en el lateral del copiloto que su coche se detendrá. Espero que el mío tenga buenos airbags, o me quedaré inconsciente por el impacto, pero al menos podré arrestarlo. Como le diría a Pirática, hay un 50% de probabilidades de éxito.

*

*

*

Abro los ojos y ya no estoy en el coche. El golpe se ha debido producir, pero… ¿dónde estoy? Me toco el cuerpo, parece que estoy entero. Llevo una bata blanca, como las de los hospitales. ¿Estoy en un hospital? Hay un botón rojo junto a mí. Lo presiono y en unos minutos aparece una mujer, en su placa pone lo siguiente: Dra. Rocío.

—Perdone, Dra. Rocío, soy policía, ¿puede decirme qué hago aquí?

—Ha tenido un accidente, ¿no lo recuerda?

—Claro que lo recuerdo, pero ¿dónde está el del otro coche?

—¿A quién se refiere?

—Al que golpeé con mi coche, ¿dónde está?

—Usted no ha golpeado a nadie. ¿Está seguro de que recuerda lo que pasó?

—¡Por supuesto! ¿Puedo quitarme todo lo que tengo conectado?

—Debería considerar que está en observación. Ha sufrido una conmoción cerebral.

—Vamos a ver, si me acaba de decir que no golpeé a nadie.

—Usted no, pero a su coche sí.

—Dra. Rocío, con todo el respeto, ¿quién coño me ha chocado?

—Con toda la sinceridad del mundo, señor Vicente, está vivo de milagro. Ha sido arrollado por un autobús.

37 – Pirática - Día 12 (21:14)

He tardado más de media hora en llegar a la Planta tras la caminata desde el barrio del Clan de los Balcanes. Al entrar, veo a Sánchez mirando en silencio por una de las ventanas.

—Jefe, ha habido problemas.

—Os dije que actuaseis con prudencia.

—Eso es lo que hemos hecho, pero intentaron atropellar a Darko, el amigo del hijo de Slava.

—¿No sabes qué le ha pasado a Vi?

La pregunta hace que todos mis sentidos se agudicen.

—¿Qué le ha pasado?

—Está en el hospital, ha tenido un accidente.

Al escuchar eso, me acerco a Sánchez y lo giro con el brazo para que me mire.

—Dime qué ha pasado.

—Un autobús lo ha embestido en plena persecución y el perseguido ha logrado escapar. Está consciente, pero tiene una conmoción cerebral y está en observación.

—Joder. ¿Puedo ir a verlo?

—Quiero que hagas algo antes.

—¿Qué?

—Vi me dio la matrícula del coche que estaba siguiendo antes de chocar. Hemos encontrado a su dueña: Tamara Heredia.

Niego con la cabeza.

—¿Me tiene que sonar?

—No, pero su lugar de residencia sí.

—¿Dónde vive?

—En pleno barrio del clan de los Melenas.

38 – Pirática - Día 13 (11:05h)

Voy dentro de uno de los nuevos patrullas iZ que tenemos en el cuerpo. Un vehículo inteligente capaz de controlar hasta 400 matrículas por minuto, con un sistema de cámaras instalado en el techo exterior. Me acompañan dos compañeros ajenos al grupo, ya que nos hemos quedado sin efectivos: Vi está en el hospital, Helena ha viajado a Granada para investigar a Diana y Sapi no sale de la oficina ni con agua caliente. Sánchez sigue ayudando a la Comisaria.

Cuando llegamos al barrio, le pido a mis acompañantes que me dejen sola. Quiero enfrentarme a esto mientras ellos hacen un reconocimiento por las calles en busca del coche que se dio a la fuga. Yo voy a ir directamente a por el cabecilla del clan, ese hombre sin camiseta que ya conozco: el que me agarró por el cuello y me apuntó con mi propia pistola para que Vi soltase al chaval que perseguíamos.

El centro del barrio, conocido como «las torres», está formado por varios bloques de pisos alrededor del perímetro de una explanada interna. El estado de las construcciones refleja años de abandono: fachadas deterioradas, grietas, basura acumulada, ropa colgada en tendederos improvisados… Una zona difícil de olvidar. El descampado interior sirve como punto de encuentro para yonquis, camellos y chavales del barrio. Aunque parezca lo contrario, se mantiene una especie de respeto no escrito: el yonqui va a pillar droga, el camello la sirve y los chavales observan su futura «profesión» mientras juegan cerca.

Me fijo en un sofá colocado estratégicamente bajo dos árboles, buscando la sombra en un día de pleno sol. Se escucha la expresión «cinco cero» por los alrededores, una señal en clave que indica que la policía está cerca, es decir, yo. Me siento en el sofá junto a dos posibles camellos, que permanecen impasibles ante mi llegada. Los observo mientras me enciendo un cigarro. Ellos hacen muecas y escupen, pero no dicen una palabra.

Diez minutos después, aparece la persona que estaba buscando. Saco otro cigarro y juego con él entre mis manos. El hombre con excesivo sobrepeso, rapado y tatuajes típicos de la cárcel, aparta a los chavales y se sienta junto a mí. Me ofrece un mechero para encender mi pequeño soldadito de la muerte.

—No me gustan las sorpresas —me dice.

—Tu barrio apesta a descomposición, ¿crees que me gusta venir de turismo?

—Para no gustarte, es la segunda vez que te presentas aquí.

—Tengo un coche a nombre de Tamara Heredia que atropelló a un menor. Vive aquí, en tu barrio. ¿Me vas a negar que no la conoces?

El hombre me mira, mordiéndose los labios y con una ceja levantada.

—No ha sido ella.

—¿Esa es tu mejor respuesta? Mi compañero está en el hospital por su culpa y casi mata a un niño.

—¿Crees que seríamos tan tontos de usar uno de nuestros coches para atropellar a alguien?

—¿Qué otra alternativa podría pensar? Ponte en mi lugar.

—Nos han robado el coche, no lo vais a encontrar.

—¿Cómo puedo llamarte?

—Soy Rosell, para los amigos.

—Rosell, no he venido aquí para perder el tiempo y no es conveniente para ti que me mientas.

—Nos han robado el coche, inspectora…

—Pirática.

—Pirática. Inspectora Pirática, tienes dos opciones: creerme o fiarte de lo que no te estoy diciendo. ¿Qué prefieres?

Expulso el humo del cigarro.

—¿Quién os lo ha robado?

—La misma persona que atropelló al chaval. ¿Puedo saber quién es la víctima?

—Te agradecería que fueras más condescendiente en tus respuestas. No puedo decirte nada de un caso abierto. ¿Alguna

prueba para saber quién es?

—Lo han robado por la noche, cuando todos dormíamos, pero no tenemos nada para ayudarte.

—No habéis denunciado el robo. La dueña del coche está en problemas si no aparece el culpable; y no precisamente nosotros somos el problema.

Si el clan de los Balcanes se entera de que el coche que intentó atropellar a Darko es de un miembro del clan de los Melenas, van a querer responder de la misma manera… o peor.

—Inspectora, ¿qué me estás queriendo decir?

—Ten cuidado, es lo único que te puedo decir como amiga —le guiño un ojo y me levanto del sofá—.

—No puedes irte. Si va a empezar una guerra, necesito saberlo.

—La guerra ya ha empezado.

39 – EL MANIFIESTO: capítulo VI

El caos siempre derrota al orden porque está mejor organizado.

No quise atropellar a ese niño. Todavía me duele, en lo más profundo de mi corazón, recordar cómo salió volando por encima del coche. Son imágenes imborrables. He torturado a personas sin escrúpulos, pero ver a alguien inocente en el lugar equivocado es un dolor completamente distinto.

Quiero expresar mi arrepentimiento por lo sucedido. Si el perdón sirve para algo, aquí lo dejo por escrito: lo siento muchísimo. Jamás pensé en atacar de esa manera a un niño.

Aunque sé que no hay excusas que justifiquen mis actos, fue algo inesperado en el contexto de mi verdadero objetivo: hacer sufrir al clan de los Balcanes por haber matado a Slava. Llevaba días observando a uno de los cómplices de ese asesinato y sabía que no podía dejarlo vivir, pero esta vez mi plan era distinto: quería iniciar una guerra entre clanes, que se destruyeran mutuamente.

Para ello, robé un coche del clan de los Melenas. Mi intención era atropellar a ese cómplice y dejarme ver por el barrio con la matrícula al descubierto. El clan de los Balcanes no tardaría en rastrear la procedencia del coche y desatar su ira contra los Melenas. Era una estrategia calculada.

Pero ¿cómo hacer daño solo a la persona indicada sin que otras personas inocentes sufran las consecuencias? Con el tiempo, he comprendido que es imposible. Los seres humanos estamos diseñados para crear lazos emocionales. Si lastimas a una persona, que actúa como el nodo de esos lazos, el dolor se propaga inevitablemente hacia otros. Guste o no, tengo que aceptarlo. Asumo la responsabilidad de mis actos y pagaré por ello cuando llegue el momento.

He de reconocer que encontrarme con la policía justo en el instante del atropello fue una sorpresa. Pienso en el poder de la casualidad: actos independientes que toman forma hasta chocar de

forma inesperada. El niño, la policía y yo. ¿Qué probabilidad había? Cuando todo parece casual, surge un guión desconocido que no alerta a nadie; y entonces llega tu vieja amiga: la improvisación.

Me convertí en la presa de una cacería que no vi venir. Y si logré escapar de aquel policía, fue gracias al gigante azul de seis ruedas que lo sacó de la carretera de manera abrupta. Fue otro daño indeseado, porque ese hombre solo estaba haciendo su trabajo.

Es increíblemente difícil repartir justicia sin comprometer la inocencia de buenas personas.

40 – Vi y Pirática - Día 13 (13:24h)

Vi está de pie en la habitación del hospital, arrancando cables y manipulando el gotero. Su inquietud lo lleva a caminar de un lado a otro en silencio.

—¿Nervioso?

—¡Hola, Pirática! Tenía muchas ganas de verte. ¿Cómo estás? ¿Cómo ha ido todo?

—Eso mismo venía a preguntarte. ¿Estás bien? Te has llevado un buen golpe.

—Si te soy sincero, ni me acuerdo. El momento del golpe no está en mi cabeza. Solo recuerdo acelerar por una calle recta y luego aparecer aquí en el hospital. Quiero irme ya, pero no me dejan. Parece que los golpes en la cabeza son peligrosos.

—Vas a hacer caso a lo que te digan y punto. ¿De acuerdo? Ya estoy aquí para contarte los avances.

—¡Buah! Lo estaba deseando. Te haré caso, pero cuéntame.

—Sánchez buscó la matrícula que le dijiste y estaba a nombre de una mujer del clan de los Melenas.

—¿De los Melenas? ¿Han intentado matar a un crío? ¿Están en guerra?

—Esa misma duda tuve yo, por eso fui a hablar con Rosell, el amable cabecilla de los Melenas que ya conocemos.

—¿Has tenido los ovarios de meterte en ese barrio sola?

—Algo malo se me tenía que pegar de ti.

—¡Qué orgulloso estoy de ti, compañera!

—Lo malo se pega y lo bueno escasea. Total, que Rosell me aseguró que no fueron ellos, que les han robado el coche.

—¿Y tú te lo crees?

—A ver, a él no se lo he dicho, pero no sería muy inteligente atropellar a un niño con uno de sus coches, por eso de que te puedan buscar.

—Está claro que no, pero entonces ¿quién lo atropelló?

Miro a Vi en silencio y levanto las cejas. Él capta rápidamente el significado de mi expresión.

—¿Estás de coña? ¿Nuestro asesino?

—¿Se te ocurre alguien más capaz de hacer eso?

—La verdad, no. Hay que tener valor. Y tiene motivos de sobra para hacer daño al clan por lo de Slava, pero ir a por un chaval de 12 años… ¿Qué culpa tiene él?

—Ya te dije que puede ser impredecible y actuar con maldad. Es hora de que dejes de idealizarlo.

—No me creo que hiciera eso, es raro. Entonces, ¿yo estuve siguiendo a nuestro asesino sin saberlo? Joder, si lo llego a pillar… Y no pudimos verle la cara cuando atropelló a Darko, lo tuvimos ahí mismo.

—Le he dicho a Sánchez que quiero saber qué estaban haciendo Vence y Carlota en ese momento. A no ser que tengan el don de la omnipresencia, podremos confirmar si son sospechosos.

—Ve y haz lo que tengas que hacer, pero no te olvides de venir a verme y contarme las novedades, ¿vale?

—Tarde o temprano te voy a necesitar, así que recupérate bien.

41 – Pirática - Día 13 (14:48h)

Salgo del hospital y el sol me da de lleno en los ojos, obligándome a ponerme las gafas. Saco el móvil del bolsillo y marco el número de nuestra interrogada.

—Sí, dígame.

—Carlota, ¿eres tú?

—Hola, soy yo. ¿Eres la inspectora Pirática? Helena me pidió que apuntara vuestros números la última vez que hablamos.

—Sí, soy Pirática. ¿Te pillo en mal momento?

—En absoluto. Dime, ¿ha pasado algo?

—No, solo quería hacerte unas preguntas rápidas por teléfono, así evito que tengas que ir a la Planta, si no te importa.

—Claro, no hay problema. ¿Qué necesitas saber?

—¿Estuviste con Vence ayer por la tarde?

Carlota responde sin dudar.

—No. Vence estaba trabajando y yo estuve fuera, comprando por el centro. ¿Hemos hecho algo malo?

—No te preocupes, por ahora no es nada grave. Y ya para terminar, ¿podrías decirme en qué trabajáis ambos?

—Claro. Vence gestiona varias propiedades para alquilar y vender. Yo teletrabajo para una consultora de recursos humanos.

—Perfecto. Gracias, Carlota.

—¿Tengo que preocuparme por algo?

—Por ahora no, nada importante.

—Vale, gracias.

—Hasta luego.

—Adiós.

Me reuno con Sánchez en la Planta para contarle nuestros avances. Él sigue lidiando con la interminable burocracia. Mientras esperan a que asignen un nuevo comisario, sigue encargándose de

todo lo que la Comisaria no puede hacer por falta de tiempo. Sapi también está presente, esperando escuchar mis novedades.

—Os cuento: como sabéis, Darko, el amigo del hijo de Slava, fue atropellado. Parece que está bien, al menos por ahora. No hemos podido identificar al conductor, que se dio a la fuga. Lo curioso es que la matrícula del coche pertenece a una mujer del clan de los Melenas. Rosell, el líder del clan, niega que fueran ellos y me ha confesado que alguien les robó el coche.

—¿Le crees? —pregunta Sapi, escéptica.

—Creo que dice la verdad. No serían tan tontos como para culparse con su propio coche. Por eso, estoy considerando a otro posible sospechoso.

—¿Nuestro asesino?

—Así es, Sapi. Creo que hay motivos suficientes para que nuestro asesino ataque al clan de los Balcanes por la muerte de Slava. Quiere crear una guerra entre clanes.

—Pero el asesino no ataca a niños... ¿Estáis seguros de que es él?

—Puede haber cambiado. Tenemos que aceptar que quizás ya no es tan justo como pensábamos. Tal vez sí que haya algo oscuro en su interior.

Sapi hace un sonido con la garganta, como si masticara sus pensamientos.

—Y lo último: Carlota me ha dicho que Vence estaba gestionando una propiedad para alquilar y ella estaba comprando por el centro en el momento del atropello.

—Sapi —interrumpe Sánchez—, investiga el trabajo de Vence y confirma sus coartadas.

—¿Y yo qué hago, jefe? —pregunto, sintiendo el peso de la decisión.

—Ahora es el momento de que vigiles a Vence.

42 – Helena - Día 14 (10:16h)

Diana Álvarez vive en Granada, a unos quinientos kilómetros de nuestra ciudad, Alicante. Tiene treinta años y trabaja como agente inmobiliaria. A primera vista, parece alguien común, pero su aparente normalidad se desvaneció cuando descubrimos que estaba dentro del coche que las cámaras del hospital grabaron junto a Vence, Nubia y Henky. Es la única persona del grupo sin una relación directa con Avid Le Fried, el padre de Carlota. Estoy aquí en Granada para desentrañar el motivo de su presencia aquella noche.

Según la información que tenemos, Diana es simplemente una amiga de Carlota que la acompañó. A menudo, lo más evidente resulta ser lo más probable, pero en mi experiencia, las casualidades no existen; son solo planes que desconocemos.

He venido a observar sin ser vista, a interpretar sin juzgar. Mi propósito es claro: resolver esta incógnita y descubrir la identidad de nuestro asesino, pero no para entregarlo. A veces me pregunto si debería hacer lo correcto y ser sincera con mis compañeros. Sin embargo, mi corazón me lleva por un sendero diferente. Los recuerdos en los que mi padre golpeaba a mi madre vuelven para convencerme: no seré capaz de revelar su identidad si lo descubro antes que nadie. Necesito hablar con él, quiero asegurarle que lo que está haciendo tiene un propósito: acabar con esos seres despreciables. Y si es necesario, ofrecerle mi apoyo total, pero no puedo equivocarme. Si lo hago, mi vida quedará destruida. ¿Fue un error matar al Comisario? No creo que haya sido una muerte al azar, estoy convencida de que hay algo más. Nos falta información.

Al igual que cuando vigilé a Carlota y a Vence en la visita al centro comercial, que por cierto, aún no he conseguido descubrir quién es Solid, me encuentro a una distancia considerable, pero directa, de la oficina donde trabaja Diana. La inmobiliaria tiene una cristalera que permite ver el interior. Entre las personas que observo,

me llama la atención una mujer rubia sentada, concentrada en varios documentos que voltea una y otra vez. Reviso en mi móvil la foto de Diana Álvarez en nuestra base de datos y confirmo que es ella. Me apoyo en el saliente de la fachada, dejando que pase el tiempo mientras la vigilo sin descanso.

Miro la hora: casi las once de la mañana. Decido quedarme un rato más, estudiando sus movimientos. Quizá pueda ser útil.

Una hora después, desde el edificio de enfrente, la veo salir apresurada de la inmobiliaria. En una mano lleva un bolso y en la otra el móvil. La sigo durante un par de minutos hasta lo que parece ser su parada diaria: una cafetería a unos 150 metros de su trabajo. Al entrar, su comportamiento con el personal del lugar me parece familiar, por lo que deduzco que es un sitio habitual para ella. La observo sentarse en la barra y colocar sus cosas mientras intercambia unas palabras con el camarero. Como no sabe quién soy, aprovecho la oportunidad para acercarme, entrando en el mismo lugar. Al abrir la puerta, varias miradas curiosas me analizan. Una sonrisa y un «hola» bastan para que las miradas se desvíen y vuelvan a lo suyo.

Hay un taburete libre justo al lado de Diana. Intercambio un saludo con ella, esta vez más personal. Ella me lo devuelve sin despegar la vista del móvil.

El camarero se acerca y me pregunta qué deseo. Pido un café con leche, mientras mis ojos recorren el lugar, inspeccionando cada detalle. En pocos minutos, mientras disuelvo el azúcar con la cucharilla, el móvil de Diana suena. Se levanta rápidamente y, cubriendo el micrófono, le pide al camarero que vigile sus cosas, incluida su bolsa, durante la llamada. Sin embargo, él parece no prestar mucha atención; sigue secando un plato mientras escucha las peticiones de otro cliente.

El movimiento de Diana al levantarse del taburete provoca que su bolso caiga al suelo, justo en mis pies. Me doy la vuelta para avisarle, pero ya está en la calle, completamente absorbida por su llamada y de espaldas a los que estamos dentro, así que no insisto. Miro al camarero, que sigue sin percatarse de nada. Menos mal que

no se dedica a la vigilancia. Me agacho para recoger el bolso y, al hacerlo, noto algo que me impulsa a cometer una decisión arriesgada: un manojo de llaves. Las observo con rapidez y distingo tres llaves más grandes que las demás, entre unas seis o siete en total.

Si le quito todas las llaves, puede que las eche en falta antes de tiempo, pero si me llevo una de las grandes, podría abrir algo importante de su casa y no se daría cuenta tan pronto. Mi intuición me guía y, con cuidado, desengancho una, devolviendo el manojo al interior del bolso. Lo coloco nuevamente sobre la barra, tal como estaba antes de caerse.

Unos minutos después, Diana entra de nuevo y retoma su desayuno, sin sospechar lo más mínimo. Yo me quedo en mi sitio, bebiendo mi café hasta que ella se despide de los dueños y se marcha, claramente alterada por la llamada que ha mantenido.

Yo hago lo mismo al poco tiempo: pido la cuenta, agradezco el servicio y me voy. Mientras camino sin rumbo fijo, me detengo a pensar en qué hacer con la llave que acabo de robar. ¿Qué haría un policía normal en mi situación? Nada útil dentro de los límites de la ley. Si pido permiso a Sánchez o a la Comisaria, seguro que recibiré un rotundo «no» y con eso truncaría cualquier esperanza de obtener información. Así que, aceptando la inexorabilidad del hurto que he cometido, me doy cuenta de que debo asumir las consecuencias de mis actos.

43 – Diana - Día 14 (12:02h)

Ya es mediodía y mi estómago no para de recordarme que necesito comer algo. Miro el móvil con la inquietud de la llamada que espero de uno de los clientes más importantes de este mes. Quieren adquirir una propiedad valorada en casi medio millón de euros, pero ya va con retraso; habíamos quedado en hablar hace media hora. Mi comisión por esta venta hace que valga la pena la espera, pero no puedo soportar más el hambre. Sin pensarlo demasiado, cojo el bolso, el móvil y le aviso a mis compañeros que voy a comer algo a la cafetería.

Llego apresurada y el camarero, al verme, ya sabe lo que voy a pedir.

—Buenos días por la tarde, Diana. ¿Lo de siempre?

—Hola, Rafa. Sí, por favor, que hoy tengo un poco de prisa, espero una llamada importante.

—¿Trabajo?

—Mucho trabajo.

—¡Pues allá va el plan de activación para Diana!

Mientras Rafa me prepara un café y un cruasán, lo cual sé que me dará la energía que necesito, mi atención vuelve al móvil, esperando esa llamada crucial. Una mujer se sienta a mi lado y me saluda, pero mis pensamientos están concentrados en la llamada, así que no le presto mucha atención.

Rafa, mientras atiende a otro cliente, me sirve el desayuno y me guiña un ojo. Yo le doy las gracias, pero ni se entera. De repente, el móvil suena: es el cliente. Con la ansiedad de no cometer ningún error, salgo disparada a buscar un poco de privacidad fuera. Le hago un gesto a Rafa para que vigile mis cosas y pulso el botón verde para aceptar la llamada.

La conversación comienza bien con el cliente, un empresario francés, pero rápidamente se centra en aspectos irrelevantes de la vivienda, lo que me incomoda. Su desconfianza me pone nerviosa y me hace cambiar de posición varias veces. Mientras estoy de espaldas a la cafetería, me giro de forma inconsciente, buscando una excusa que lo convenza de que no debe preocuparse por esos detalles, pero algo dentro de la cafetería capta mi atención: dejo de escuchar la voz del cliente en el altavoz.

La mujer que se había sentado a mi lado recoge mi bolso del suelo, me roba una de las llaves y, sin prisa, lo coloca de nuevo sobre la barra. Solo se me ocurre una razón para que una desconocida se haya sentado a mí lado y me haya robado una llave de casa. Cuelgo la llamada, rogándole al cliente que me llame en media hora, y abro el WhatsApp para enviar un mensaje.

—Creo que una mujer me ha seguido hasta la cafetería y me ha robado las llaves de casa, pero no se ha dado cuenta de que la he visto. ¿Qué hago?

(Escribiendo…)

—¿La conoces?

—No sé quién es.

—¿Tienes algo de valor en casa?

—Algo de bisutería, pero nada que merezca la pena robar. No creo que salga por la puerta con el televisor del salón.

—Vale, sea quien sea, deja que entre en tu casa, confía en mí. No vuelvas allí hasta que te avise. Yo me encargaré, vamos a ver qué busca.

—Vale, hago como si nada.

Me meto el móvil en el bolsillo, entro en la cafetería y termino mi desayuno. El cliente ya no me importa. Mis ganas de enfrentarme a esa mujer van en aumento, pero las indicaciones que he recibido por WhatsApp hacen que mantenga la calma. Me muerdo los labios para no cometer ninguna imprudencia y, finalmente, regreso a la oficina como si nada hubiera pasado. Desde lejos, la observo de nuevo: sigue tan tranquila, tomando su café.

No puedes comportarte así sin haberlo planeado todo.

44 – Helena - Día 15 (12:28h)

Un día después de haberle robado la llave a Diana, he vuelto a observarla en su oficina para confirmar que sigue la misma rutina. Mi intención es ir a su casa lo antes posible, aunque no sé si se habrá dado cuenta de que le falta una llave. Me he asegurado de que sigue trabajando, así que me dirijo hacia su casa, según la dirección que figura en la base de datos.

Llego a pie a un barrio tranquilo, compuesto por varias manzanas de casas adosadas. Paso por un parque rodeado de barrotes, donde hay una escultura de una paloma de metal en el centro y sigo caminando hasta llegar a la calle que me ha indicado el móvil. La casa de Diana no tiene nada de especial: una cancela pequeña y otra más grande bloquean la vista del interior, pero puedo intuir que tiene dos entradas, una al sótano y otra a la planta de en medio. Hago un reconocimiento visual de la calle para asegurarme de que nadie me está observando y al ver que todo está en calma, me acerco al timbre que está en uno de los pilares que sostiene la cancela pequeña.

Lo pulso y un sonido tintineante resuena en el interior. Pasan varios segundos y no sucede nada. Repito el proceso, pero el resultado es el mismo. Decido abrir la cancela y subir los escalones hasta la puerta principal. Me quedo un momento parada, pensando qué hacer si alguien me sorprende abriendo la puerta. Golpeo con la mano en la superficie metálica: «pom, pom, pom». No hay respuesta.

Respiro hondo, saco la llave robada, la sujeto con firmeza y la inserto en la cerradura, pero ni siquiera entra. ¿Será la llave equivocada? Me quedo reflexionando: ¿podría ser la del sótano? Bajo los escalones y me encuentro con una rampa y un portón. Repito el procedimiento, pero esta vez, cuando la llave entra en la cerradura, siento que algo cambia. Giro la llave dos veces hacia la

izquierda y, por fin, la puerta se abre. Un aire húmedo me recibe y el lugar está oscuro. Palpo la pared con mi mano derecha, buscando un interruptor. Lo encuentro con rapidez: «clack», el garaje se ilumina con una luz fría que recorre los casi cincuenta metros cuadrados de superficie.

Al avanzar, me choco sin querer con un vehículo rojo que me resulta familiar. Es el coche que aparece en el video que nos pasó el capitán de la Guardia Civil: el mismo coche en el que viajaban Vence, el Dr. Henky, Diana y Nubia. Le saco una foto y sigo explorando el sótano. No hay nada interesante: trastos viejos, un armario con ropa olvidada y una cama improvisada en una esquina, con un colchón sin sábanas.

Visualizo unas escaleras y decido subirlas, con cautela. Abro una puerta y entro en otra habitación oscura que huele a pan quemado. Enciendo otro interruptor y me encuentro en la cocina: un frigorífico, un fregadero y una tostadora con restos de pan. No es el tipo de lugar donde voy a encontrar algo útil, así que sigo mi camino.

Al avanzar por el pasillo, entro en una pequeña habitación con un ordenador y una televisión. Me fijo en varias carpetas con documentos de la inmobiliaria de Diana, pero nada parece llamar mi atención. Enciendo el ordenador y me encuentro con una contraseña que me frustra, aunque no me doy por vencida. Sé que podría haber información valiosa en ese disco duro, así que busco por la habitación hasta encontrar un destornillador. Abro la torre, quito la tapa lateral, desatornillo un par de piezas y desconecto dos cables. Me quedo con el disco duro en la mano, lo meto en mi bolsillo y vuelvo a dejar todo como estaba.

Salgo de la habitación y entro en el salón. Echando un vistazo rápido, mi mirada se detiene en una mesa alargada con varios portarretratos. En varias de las fotos aparece Diana, pero no es solo ella la que capta mi atención. Hay una foto en la que Diana, Vence y otro hombre están abrazados y sonriendo. La sostengo entre mis manos, observando al hombre que no reconozco. Desarmo el portarretratos y le doy la vuelta a la foto: en la parte posterior, escrito a mano, dice «Como hermanos». Capturo con mi móvil a las tres personas que salen y vuelvo a dejar todo como está.

De repente, un ruido inesperado hace girarme hacia el origen del sonido, proveniente de la planta superior. Apago la luz del salón, me quedo en silencio y agarro mi pistola con una mano, preparada para cualquier imprevisto.

Los minutos pasan sin que suceda nada. No puedo quedarme más tiempo. Retrocedo, bajo al sótano y cierro la puerta del portón con la llave robada.

He salido de la calle de Diana y en mis manos tengo dos piezas clave que necesito investigar: el disco duro y la foto de Vence, Diana y el desconocido.

¿Quién será?

45 – Diana - Día 15 (13:44h)

—Acaba de irse de tu casa.

(Escribiendo…)

—¿Qué se ha llevado?

—Te ha quitado el disco duro del ordenador y le ha sacado una foto a uno de tus retratos.

—¿Una foto? ¿Y para qué quiere mi disco duro?

—Creo que es policía. La he visto salir con un arma metida en los vaqueros.

—En mi ordenador no hay nada fuera de lo normal, solo cosas del trabajo. Además, tengo copias de seguridad. ¿Por qué le has dejado hacer eso?

—Quería saber quién era, qué buscaba. No temas por lo que te ha quitado, se ha colado en tu casa y te ha robado, nada de lo que ha hecho es legal.

—¿Y ya está? ¿Te quedas tan tranquilo con eso?

—Es ella la que tiene que preocuparse. La he grabado entrando y saliendo de tu casa. Si sus superiores descubren lo que ha hecho, le podría costar caro. Creo que ha actuado por su cuenta, sin pedir permiso. Así que no creo que lo vaya a contar; eso nos da tiempo para averiguar qué está pasando.

—¿Qué piensas hacer?

—Aún no lo sé, pero se me ocurrirá algo.

—Ten cuidado, por favor.

46 – Sapi - Día 15 (16:12h)

«Nikola Tesla fue uno de los inventores más brillantes y prolíficos de la historia, un visionario cuya mente adelantada a su tiempo moldeó la base de nuestra civilización tecnológica. Sin embargo, la vida no fue justa con él. A pesar de sus contribuciones invaluables, Tesla fue engañado, robado y despreciado en numerosas ocasiones y el reconocimiento que merecía solo llegó décadas después de su muerte.

Su primer gran desencanto ocurrió con Thomas Edison, quien lo contrató para mejorar la eficiencia de sus máquinas, ofreciéndole una recompensa de 50,000 dólares si lo lograba. Tesla cumplió con creces, pero cuando reclamó su pago, Edison se burló de él y se negó a pagar, alegando que su oferta era una broma. Fue una lección amarga de cómo su inexperiencia e ingenuidad podían ser explotadas.

El segundo gran atropello vino de la mano de Guglielmo Marconi, el supuesto inventor de la radio. En 1909, Marconi ganó el Premio Nobel por este invento, pero lo que pocos sabían era que Tesla había patentado la idea en 1896, años antes. Tesla llevó el caso a los tribunales, pero no fue hasta 1943, tras su muerte, cuando la justicia finalmente le dio la razón, reconociéndolo como el verdadero inventor de la radio.

Estos episodios no fueron los únicos golpes que sufrió Tesla. A pesar de su mente brillante, murió pobre y olvidado, pero sus invenciones y estudios permanecen como el pilar de innumerables avances: la corriente alterna que alimenta nuestros hogares, los motores eléctricos que usamos a diario, los rayos X, el radar, el control remoto e incluso los primeros pasos hacia la transmisión inalámbrica de la electricidad.…»

«Edison centraba sus esfuerzos en inventos que pudieran comercializarse rápidamente, lo que le garantizó un éxito financiero

sostenido. Tesla, en cambio, soñaba con revolucionar el mundo. Sus invenciones eran visionarias, adelantadas a su época, pero muchas veces no lograban convencer a los inversores, quienes las veían como demasiado ambiciosas o poco prácticas en términos comerciales. Murió en condiciones de pobreza.»

—¿Qué lees, Sapi? —me interrumpe Sánchez.

—Ehh, estoy revisando la biografía de Nikola Tesla. Me llamó mucho la atención que Vence le diese tanta importancia en el interrogatorio.

—¿Tiene algo extraño?

—La vida de cualquier genio está llena de excentricidades, pero lo que me intriga es por qué Vence lo idolatra tanto. Más allá de verlo como un referente académico o el hecho de que su padre le puso Duke por la madre de Tesla, tiene que haber algo más. Algo de su personalidad o experiencia que resuene profundamente en él.

—¿Crees que Nikola Tesla, Vence y las muertes de nuestro asesino están relacionadas de alguna manera?

—Aún no lo sé, jefe. Eso es lo que me gustaría averiguar.

—Te dejo tranquila entonces. Avísame si necesitas algo.

—Dalo por hecho.

Sea Vence o no, para atrapar a un asesino como este hay que entrar en su mente, descifrar su conducta. La elaboración de perfiles psicológicos no es una ciencia exacta, pero aplicar métodos tradicionales aquí no servirá de nada. Por lo que sabemos hasta ahora, el asesino es alguien que no inspira miedo ni en su apariencia ni en su comportamiento. Puede acercarse a sus víctimas sin levantar sospechas, pero es letal cuando decide actuar. Es astuto, ágil y con una alta inteligencia emocional. Sin embargo, todavía me falta el contexto: ¿por qué elige a este tipo de víctimas en particular?

Algunos de mis compañeros creen que las mata porque han cometido atrocidades, especialmente contra mujeres, pero eso no es algo que simplemente decides hacer de la noche a la mañana. Tiene

que haber un punto de partida: un trauma, una experiencia que te marque.

Vence, por otro lado, es completamente distinto a algo perturbador. Es agradable, transmite simpatía y cuando hablas con él, no percibes nada fuera de lo común. Tiene pareja, trabajo y algo que la mayoría de los psicópatas no tienen: empatía. Sí, Vence es empático. Eso es lo que lo convierte en un candidato ideal para sospechar de él, pero también es lo que hace que imaginarlo como el asesino sea tan difícil. Mi valoración subjetiva de su perfil no es suficiente para incriminarlo. Sin un contexto sólido, Vence no es culpable.

El asesino estudia a sus víctimas, las observa en silencio, las sigue sin ser descubierto. Luego, cuando está seguro, actúa: las tortura y asesina de una forma metódica, calculada. ¿Quién va a extrañar a un violador? Esa parece ser su lógica. Después, escribe «No tengas miedo» en el pecho de cada cuerpo.

Pero, ¿a quién está dirigido ese mensaje? No parece ser para sus víctimas. ¿Qué miedo podrían tener seres tan despreciables? En Criminología, los asesinos en serie suelen repetir patrones y motivaciones personales que los impulsan a actuar. ¿Tiene Vence alguna experiencia traumática relacionada con esto? No hay nada en los registros policiales que sugiera algo fuera de lo común en su vida. Si le ha sucedido algo, nadie lo sabe.

Y Nikola Tesla… ¿qué papel juega aquí? ¿Qué relación tenía el inventor con las mujeres? Hay algo que se me escapa. Necesito buscar más información.

«La mujer ignorará precedentes y asustará a la civilización con su progreso. Después de reflexionar sobre los usos futuros de la tecnología y prácticamente predecir el iPhone, Nikola Tesla señala el empoderamiento de las mujeres como uno de los efectos más importantes de la tecnología en el mundo del mañana. No está en la imitación física y poco profunda de los hombres donde las mujeres afirman su igualdad y más tarde su superioridad, sino en el despertar de su inteligencia. En un futuro, la mujer promedio será tan bien educada como el hombre promedio y luego mejor educada,

por las facultades latentes de su cerebro que se estimularán en una actividad que será tanto o más intensa y potente debido a siglos de reposo.»

En una era marcada por el patriarcado y el machismo, Nikola Tesla ya vislumbraba un potencial en las mujeres que muy pocos se atrevían a reconocer. Y aquí es donde la historia se torna interesante:

«El miedo a las mujeres: Tesla murió virgen, convencido de que su dedicación absoluta a la ciencia era incompatible con el amor. Afirmaba que una mujer podría distraerlo demasiado y que su castidad era la fuente de su genialidad. Sin embargo, en sus últimos años, reconoció que el temor hacia el sexo opuesto le había privado de los placeres más simples de la vida y que se había equivocado.»

Para Nikola Tesla, la mujer parecía ser alguien a quien salvar y empoderar por el bien de la humanidad, a pesar de su miedo a relacionarse con ellas. Algo de esa visión resuena en la actitud de nuestro asesino hacia las mujeres. Aunque no conozco la causa de la muerte del Comisario, todas las demás víctimas han sido hombres que han maltratado, violado o asesinado a mujeres. El asesino empatiza con ellas y siente el impulso de protegerlas.

Esto me hace pensar en algo que no había considerado antes: quizá el mensaje de «No tengas miedo» esté dirigido a ellas, a todas las víctimas, vivas o muertas, que han sufrido algún tipo de agresión. Es como si les estuviera enviando un mensaje: «Tu maltratador ya está muerto, ya no tendrás que temerle más». ¿Estaré en lo cierto?

Si es así, Vence se convierte en el vínculo que une a Nikola Tesla con las acciones de nuestro asesino; un punto crucial para validar mi teoría, pero ¿cómo puedo probarlo?

Me recuesto en mi silla ergonómica, dándole varias vueltas mientras reflexiono. Cierro los ojos. Todo a mi alrededor se desvanece, quedándome solo con mis pensamientos, a pesar del sonido constante de Sánchez tecleando en su ordenador. La

información se mezcla en mi mente, pero entre esa maraña surge la figura de Olivia Nuero.

Está en un festival de música, saltando y riendo. Todo parece indicar que es una persona sin preocupaciones, feliz. La escena cambia, se oscurece. Ahora está sola, rodeada de varios hombres borrachos que la despojan de su ropa con agresividad. Ese giro abrupto provoca que mi corazón empiece a latir rápido y fuerte, como si yo fuera la afectada. El miedo me invade. Uno de ellos la empuja contra la pared y la viola mientras los demás la sujetan. Ella grita de dolor e impotencia. Es insoportable imaginarlo, un dolor agudo recorre mi cuerpo, como si me dispararan en una pierna. Su voz se apaga entre las risas de los hombres, se consume en la humillación y la vergüenza. Siento que mis pulmones necesitan más aire y me cuesta respirar.

Ahora, la veo sentada en su cama, triste y cabizbaja. Ya no queda nada de aquella mujer alegre que disfrutaba de la música. Está buscando algo: una cuerda. No, por favor. Se sube a una silla y la ata a un saliente de una lámpara del techo. Mi corazón está a punto de estallar. Con el otro extremo rodea su cuello y las lágrimas caen por su mejilla. Mira una foto que tiene con sus padres, cierra los ojos y empuja la silla a un lado. Se queda colgando. Siento tanto dolor que parece que yo misma estoy atada a esa cuerda, ahogándome. Solo me queda patalear en busca de un punto de apoyo, pero no lo encuentro.

De repente, alguien entra por la puerta, me impulsa las piernas hacia arriba y vuelvo a respirar. «No tengas miedo» me dice la persona que me ayuda. Me giro para ver su rostro, pero antes de poder hacerlo, mis ojos se abren de golpe y, sin control sobre mi cuerpo, doy un salto de la silla, me agarro el pecho y caigo al suelo. He despertado del sueño.

Sánchez corre hacia mí, preocupado.

—¿¡Sapi!? ¿Qué te ha pasado? ¿Te ha dado otro ataque?

—O-li-via.

—¿Qué pasa con Olivia?

Estoy exhausta, pero lucho por recuperar el aire.

—Hay que hablar con los familiares de Olivia. Tienes que acompañarme, no puedo ir sola.

Mis fuerzas se desvanecen y antes de darme cuenta, me desmayo.

47 – Sapi - Día 15 (17:50h)

Abro los ojos y todo me da vueltas. Me incorporo, parece que estoy en un sofá y trato de reconocer el lugar: la Planta. Quiero llamar a Sánchez, pero siento algo extraño en la garganta, como si se hubiera resquebrajado, no me sale la voz. Golpeo una cajonera con el pie y Sánchez aparece de inmediato.

—¿Cómo estás, Sapi?

—Mmmm —le hago señales con la mano, indicándole que no puedo hablar.

—Ah, perdona, espera un segundo.

Sánchez me trae un vaso de agua y logro que mis cuerdas vocales vuelvan a funcionar cuando el líquido pasa por mi garganta.

—¿Qué ha pasado, jefe?

—¿No te acuerdas?

—Solo recuerdo hasta el desmayo.

—Debe de ser por la medicación que te he dado.

—¿Qué medicación?

—Después de desmayarte, has despertado como si se te hubiera ido la cabeza. Estabas nerviosa, gritando, corriendo de un lado a otro, haciendo preguntas sin sentido. Parecías poseída. Me has cogido por el cuello y no parabas de repetir una frase: «depresor del sistema nervioso», «depresor del sistema nervioso». No sabía si llevarte al hospital o dejarte aquí, así que he llamado a la Comisaria para explicarle lo que pasaba y me ha dicho que te tumbase en el sofá y te pusiera un lorazepam debajo de la lengua. Nos dejó una caja en el botiquín la última vez, sabiendo de tus episodios.

—Lo siento, jefe. Es otro efecto secundario de una ansiedad mal tratada con los años. A veces pierdo el control. Mi sistema nervioso central está siempre excitado, incluso en reposo. Te estaba pidiendo un depresor, como el que te ha recomendado la Comisaria, para calmar la sobreexcitación. Nunca tomo benzodiazepinas para evitar

la dependencia, salvo en momentos extremos, como cuando ya no soy dueña de mí misma, pero ya estoy bien.

—Mentiría si te dijera que no me he asustado al verte. Parecías salida de una película de terror.

—Todavía no he llegado al punto de girar la cabeza 360 grados como la niña de El exorcista, pero no creo que falte mucho —respondo, irónica.

—Me alegra que te lo tomes con humor. Y si no quieres que vayamos a un médico, he organizado algo mientras dormías. Te va a encantar.

—¿Olivia Nuero?

—Sus padres nos esperan.

48 – EL MANIFIESTO: capítulo VII

Nunca sé cuándo será la última vez que escriba en este manifiesto. A veces me asalta la duda de hacer una despedida anticipada, pero creo que aún no es el momento. El día que muera, haré que este manifiesto se haga público. Conocerán mi historia y creedme cuando os digo que, desde la persona que lee estas palabras hasta la más crítica conmigo, todos pensarán en algún momento si mis motivaciones son, en cierto modo, comprensibles desde un punto de vista ético.

No busco ser temido, ni quiero que me tomen por un enfermo mental. A los asesinos los consideramos monstruos, seres sin sentimientos, traumatizados, locos; los vemos como seres oscuros y peligrosos, pero yo no soy un asesino, o al menos no me defino como tal. Creo firmemente en la bondad de los demás y por esa creencia actúo como lo hago: si has leído este manifiesto desde el principio, sabrás que critico con severidad la incapacidad de las normas sociales para castigar a quienes se aprovechan de esa bondad humana.

¿Creéis justo que un violador pase 10 o 20 años en prisión después de que su víctima se haya suicidado? No me hace falta saber quién está leyendo estas palabras porque sé la respuesta: tú piensas lo mismo que yo.

La verdadera cuestión es: ¿por qué no haces lo mismo que yo?

Sé que es una reflexión difícil, pero puedo ayudarte a comprenderlo. Aunque creas que un violador merezca morir de la manera más terrible, no serías capaz de matarlo. Y eso es porque, a pesar de tus defectos, probablemente seas una buena persona. Una virtud que no destaca en los instintos más básicos de quien viola o asesina, ni en los míos, por mucho que reconozca sus beneficios.

Yo no soy una buena persona. Hace tiempo que me arrebataron la bondad que había en mí; por eso he decidido dedicar el resto de mi vida a evitar que sigan corrompiendo a más personas inocentes. El dolor se combate con dolor, pero nunca debe ser propuesto como ataque hacia alguien. Si causas dolor sin motivo, solo por beneficio propio, eres una mala persona.

Y si eres una mala persona, eres mi objetivo.

49 – Sapi - Día 15 (19:11h)

Los padres de Olivia Nuero viven en un piso a las afueras de Alicante; he logrado llegar hasta su calle sin sufrir una crisis, gracias a la compañía y el apoyo de Sánchez. Para ello, ha tenido que aparcar en una zona reservada para personas con movilidad reducida, justo al lado del portal. Al fin y al cabo, ¿qué soy yo frente a todo esto?

Una vez fuera del coche, me quedo observando el edificio que acoge a la familia de Olivia. Ante mis ojos se alza un coloso de 36 metros, casi como una amenaza. No solo temo salir a la calle, me aterrorizan las alturas, los espacios reducidos, los ascensores… Cada vez que pienso en quedarme atrapada en un lugar cerrado siento vértigo, pavor y un impulso irrefrenable de huir. Necesito ver una ventana, luz natural, algo que calme la ansiedad que me consume solo de pensarlo.

Aprovechamos que un hombre sale del edificio para entrar sin tener que llamar. Sánchez me toma de la mano y me guía por el vestíbulo hasta que llegamos a una bifurcación: escaleras o ascensor. Al notar mi preocupación, no duda en recordarme aquello que he intentado olvidar durante todo el trayecto.

—Es un décimo, Sapi.

Lo sé, no hace falta decirlo. Tratar de evitar el ascensor y usar las escaleras es inútil. Si tomo ese camino, una crisis me atacará por el esfuerzo físico de subir tantos escalones. Pulso el botón del ascensor y trago saliva. Son solo cuarenta segundos, pero se sienten como una eternidad. El ruido metálico de las puertas al abrirse me llega como un presagio. Entramos en silencio, Sánchez pulsa el botón con el número diez y las puertas se cierran. Con una mano agarro una pastilla de lorazepam que traigo por si acaso: alivia saber que la tengo. Con la otra, me pellizco el hombro, buscando distraer a mi mente con el dolor. Tengo que evitar que mi cabeza se llene de pensamientos invasivos.

Muchas personas piensan que el miedo viene de imaginar que el ascensor se caiga, o que un avión sufra un accidente, pero no es así. Mi miedo reside en el miedo mismo, en perder el control, en la sensación de estar atrapada. Es una desconfianza que me domina, una limitación que arrastro por defecto.

El ascensor llega al décimo piso. Las puertas se abren y respiro aliviada. Me doy cuenta de que mi hombro está ensangrentado por el pellizco. Con un pañuelo limpio la herida y miro a Sánchez, que me dedica una mirada comprensiva.

—Era esto o la pastilla.

—La herida de tu hombro no está mal, igual de bien que la que me has dejado en el brazo —responde con una risa irónica.

No me he dado cuenta, pero durante el trayecto del ascensor le he estado apretando el brazo a Sánchez. Me llevo la mano a la frente y sonrío. Sin él, ni siquiera habría sido capaz de poner un pie fuera de casa. Llegar hasta aquí me reconforta y me aterra al mismo tiempo, como si mi mente no supiera cómo reaccionar ante la superación de mis propios miedos.

—¿Es el décimo A? —pregunto.

—Sí, la madre se llama Asunción y el padre Héctor. Seamos respetuosos y no los presionemos demasiado, ¿de acuerdo?

—Oído, jefe.

Nos abre la puerta Héctor, el padre de Olivia. Un salón amplio, con un ventanal a la izquierda que inunda la estancia de luz y calma. Es un lugar que inspira confianza. No puedo ni imaginar lo que habrán vivido: nadie está preparado para perder a su hija; y menos de esa manera.

Saludamos a Héctor con afecto y vemos a Asunción sentada junto a una mesa de comedor, concentrada en una carpeta.

—Asun, están aquí los inspectores —avisa su marido.

Ella levanta la mirada, se seca una lágrima y nos sonríe con dulzura.

—Bienvenidos, inspectores. Perdón por el recibimiento, estaba revisando recuerdos de mi niña y me he emocionado. Siéntense —nos señala el sofá—, les traeré algo de beber. ¿Agua, café, té?

—Con agua estamos bien.

—Sí, agua —concluyo.

—Bueno, en primer lugar, yo soy el inspector Sánchez y ella es la inspectora Sapi. Pertenecemos a un grupo especial de la policía que está investigando varias muertes ocurridas en las últimas semanas.

—Pensaba que venían a hablarnos de los monstruos que mataron a mi hija. ¿Qué tiene que ver eso con Olivia?

—Lo cierto es que creemos que tiene mucho que ver.

—¿De qué se trata?

Sánchez me mira con la sensación de no saber muy bien cómo va a reaccionar el padre cuando sepa a quién estamos buscando.

—Hay alguien que está matando a violadores, agresores sexuales y asesinos. Creemos que esa persona está relacionada con la muerte de Olivia.

—¿Con la muerte? ¿Están de broma? A mi hija la violó una manada de depravados. Siento reaccionar así, pero dejad de buscar más culpables y empezad por encontrar a los que obligaron a que mi hija se suicidara.

Me toca intervenir.

—Lo que mi compañero quiere decir, Héctor, es que los asesinos de su hija siguen desaparecidos, porque es muy probable que la persona que buscamos los haya matado.

Un estallido suena detrás de nosotros: Asunción, que venía con vasos de agua y picoteo, se queda congelada al escucharnos. Uno de los vasos se ha caído al suelo. Me levanto para ayudarla, pero me hace un gesto para que me quede sentada.

—¿Me están diciendo que han venido hasta aquí para que les ayudemos a atrapar a alguien que supuestamente ha matado a los culpables de la muerte de mi hija?

Lo dice de una forma tan directa que, en este momento, se siente como si nuestra presencia fuera una burla. Y tiene razón, tal vez esto suene cruel. Nos han abierto la puerta de su casa y da la impresión de que estamos aquí para hacerles daño.

—Entiendo que os pueda resultar un insulto después de que la justicia no haya hecho lo correcto, pero desde el respeto más profundo, lo que queremos es descubrir si esa persona es la que

mató a los asesinos de su hija. Sé que esto no les va a devolver a Olivia, pero pensad que, aunque matar nunca es la solución, hay alguien que defendió a Olivia cuando nadie más pudo hacerlo. Queremos saber quién es y confirmar si realmente mató a esa manada de monstruos.

Padre y madre se miran en silencio, sin decir palabra. Asunción se sienta junto a mí y me acaricia la cara.

—Inspectora, sé que es su trabajo, pero ya no podemos soportar más dolor. Con todo el respeto, no nos hagan esto. Si han venido para remover el pasado de mi niña, os pido que se vayan.

Los dos se levantan, indicándonos con un gesto que es hora de marcharnos, pero yo no me rindo.

—Les prometo —digo, tomando la mano de Asunción—, que nada de lo que vamos a hacer va a dañar el recuerdo de Olivia. De hecho, si creen que los asesinos de su hija deben seguir desaparecidos, en lugar de confirmar que alguien los haya matado, nos iremos ahora mismo y no les molestaremos más, pero si creen que es importante que la gente sepa que están muertos, que se ha hecho justicia, aunque cueste, estamos aquí para ayudarles.

Asunción niega con la cabeza y se apoya en el pecho de Héctor, como si ya no pudiera más. Sabemos que hemos cruzado la línea entre el respeto y la imprudencia. Nos levantamos, listos para irnos, cuando de repente suena una última voz.

—Solo pedimos una cosa a cambio.

Nos giramos, casi sin pensarlo.

—Lo que sea.

—Si lo pillan, nos gustaría hablar con él y agradecerle lo que hizo por nuestra hija antes de que lo metáis en la cárcel.

50 – Sapi - Día 15 (20:48h)

Olivia Nuero se suicidó hace más de un año, cuando recién cumplía 23 años. Toda una vida por delante truncada por las viles intenciones de tres engendros.

Asunción nos ha permitido pasar al cuarto de su hija, que permanece intacto. Al entrar, algo me llama la atención, un cuadro con una frase escrita: «La primavera es la prueba de lo que se puede hacer con un mundo gris».

—¿Puso Olivia este cuadro después de lo ocurrido?

—No, mucho antes. Le encantaba la primavera. Decía que era el mejor momento para sentirse bien: se va el frío, no hace calor, las plantas florecen…

Asunción niega, cabizbaja.

—¿Está bien?

—Sí, solo que aún me cuesta hablar sobre ella en pasado.

Sus palabras me golpean. Acaricio su hombro en un gesto de consuelo.

—¿Cree que podría haber algo en su habitación que nos ayude?

Asunción se queda pensativa.

—En el archivador que está en el escritorio hay libretas y folios que utilizaba… o solía utilizar en su tiempo libre, antes y después de lo ocurrido. Echad un vistazo si quieren. Yo voy a la cocina y vengo enseguida.

Me siento en los pies de la cama y abro el archivador, apartando la tapa dura para hojear varias libretas llenas de dibujos hechos con carboncillo. El talento que tenía al dibujar es evidente. Sigo pasando las páginas mientras Sánchez, de pie, observa cada trazo con atención.

—Son impresionantes.

—Y preciosos.

—¿Qué esperas encontrar?

—No lo sé, algo que nos ayude a…

No tardo mucho en sorprenderme. Lo que veo me deja sin palabras.

—¿Qué pasa, Sapi?

Sujeto un folio con un dibujo y lo aparto del resto. Levanto la mano unos centímetros para que Sánchez lo vea.

—Conozco este dibujo, jefe.

—¿De qué?

—Un cerebro y un corazón unidos. ¿No te resulta familiar?

—Ahora mismo no.

—Es el mismo dibujo que tiene tatuado Vence en uno de sus brazos.

—¿Estás segura?

—Se lo vi cuando lo interrogamos.

—Mmmm, pero no podemos detener a Vence por un dibujo. Puede ser un tatuaje genérico que lleve mucha gente.

La madre de Olivia entra de nuevo por la puerta.

—¿Han encontrado algo que les sirva?

—Puede ser… ¿Este dibujo era de Olivia? ¿Sabe por qué lo hizo?

—Tenía muchos dibujos. No sabría decirles su significado, pero ella sí.

—¿Cómo que ella sí?

Asunción ríe por primera vez desde que llegamos.

—Le gustaba darle contexto a todo lo que dibujaba. En otra libreta tiene que haber anotaciones sobre cada dibujo y su significado.

—¿En serio?

—Sapi, la libreta, búscala —dice Sánchez, ansioso.

Coloco la caja con los recuerdos de Olivia entre mis piernas. Saco nuevas libretas llenas de dibujos y apuntes de diferentes asignaturas, pero no encuentro la libreta que ha mencionado su madre.

—No la encuentro, Asunción. ¿Sabe dónde la guardaba?

—Déjeme ver.

Se acerca a la estantería de la pared y se queda un rato mirando los libros, siguiendo con el dedo índice una línea imaginaria para no

olvidarse de ninguno. Se pone de puntillas y estira al máximo el brazo para alcanzar la balda más alta.

—Aquí está —la sacude un poco para quitarle el polvo superficial y me la da.

Es una libreta blanda, sin anillas. Sánchez y Asunción se sientan a mi lado, expectantes. Paso las páginas con cuidado y, como había anticipado la madre, cada una tiene un número acompañado de un texto explicativo.

—¿Jefe, qué número tiene el dibujo?

—Número 14.

—A ver, página 11, página 12, página 13… y… ¿página 15? ¿Dónde está la página 14?

—Aquí no ha entrado nadie más que mi marido y yo desde que murió mi hija. Si falta esa hoja, es porque Olivia la arrancó.

—¿Por qué haría eso? Es la única que falta.

—No tengo ni idea, inspectora.

—¿Hay algún otro diario o cuaderno donde escribiera?

—Lo desconozco, pero creo que no. Se expresaba con sus dibujos y en las redes sociales.

—¿Redes sociales? ¿Te refieres a plataformas de redes sociales?

—Tenía una cuenta en Twitter con muchos seguidores que la apoyaron después de la violación.

—¿Sigue activa?

—Sí, de hecho, cuando murió solicitamos a Twitter que nos diera la contraseña de su cuenta para poner un comunicado sobre su muerte.

—¿Tenéis acceso a ella? Sería de gran ayuda poder ver la cuenta.

—Sí, claro. Venid, tenemos el ordenador portátil en el salón.

Asunción nos guía de nuevo hacia la habitación donde está el ordenador. Se pone las gafas de vista y abre el portátil. Inicia sesión rápidamente, se dirige al navegador y abre Twitter.

—Aquí tenéis el perfil de Olivia. Salvo el último tuit que pusimos para anunciar su muerte, lo demás está tal como ella lo dejó.

—¿Puedo? —le pregunto señalando el ordenador.

Asunción se levanta y me deja ocupar su lugar.

La cuenta tiene más de 30,000 seguidores y muchos tuits comentando lo que siente una mujer después de ser violada. La diferencia es palpable: antes de sufrir el abuso, sus tuits eran pocos, algunos retuits y varios «me gusta», pero después, su actividad cambia radicalmente. Más de 200 tuits sobre sus sentimientos, desnudando al mundo su dolor. Le cuenta al público lo mal que se pasa cuando alguien te arrebata todo: tu dignidad, tu vida… Entre tantos tuits, uno en particular me desarma por completo:

«Ojalá alguien fuese capaz de hacer verdadera justicia frente a este tipo de agresores».

No puedo imaginar la impotencia que debe sentir una persona para compartir un mensaje tan desgarrador. Sin embargo, la curiosidad me mueve a desplegar las respuestas al tuit. Más de cien mensajes de apoyo, de personas que la entendían, que la acompañaban en su dolor. Sigo bajando, pero antes de llegar al final, uno de los mensajes me atraviesa el pecho como una flecha:

«No tengas miedo», responde el usuario «selomerecen».

Mi mente se desconecta de todo lo demás: de Sánchez, de Asunción, de Héctor, del lugar en el que estamos. Es como si el tiempo se alargara y, con el pulso acelerado, mi mano va por sí sola, guiando el ratón hacia los mensajes privados entre Olivia y el usuario «selomerecen». El corazón me late con fuerza, el miedo y la angustia se apoderan de mí, pero lo que encuentro no es lo que esperaba.

La conversación está parcialmente borrada, los mensajes del usuario «selomerecen» no se pueden ver, pero los de Olivia están intactos. No puedo saber lo que él le respondió, pero hay tres mensajes que me saltan a la vista: «Gracias por hacer lo que nadie ha sido capaz», «Quiero regalarte algo, dime a dónde lo envío», «Carta enviada. Me despido, nunca te olvidaré, allá donde esté».

Me quedo mirando a la madre, con indignación.

—¿No habíais visto esta conversación antes?

—No sabemos usar bien la plataforma, aprendimos a publicar tuits, pero nunca vimos los mensajes que acabas de leer. Solo los primeros que nos aparecían en la bandeja de entrada.

—Vuestra hija le envió una carta de despedida a un desconocido de Twitter, agradeciéndole algo que nadie había sido capaz de hacer por ella.

—Hubo mucha gente que mostró su apoyo y cariño de igual forma, así que no le dimos importancia a la mayoría.

—Es muy probable que este usuario sea nuestro asesino y el que mató a los violadores de vuestra hija. «No tengas miedo» es el mensaje que deja en sus víctimas.

—Dios mio.

—Asunción, su hija lo conocía, o por lo menos intercambiaron cartas. Necesitamos saber quién es.

51 – EL MANIFIESTO: capítulo VIII

«(Número 14) Mi ángel de la guarda:

Cuando vi por primera vez tu tatuaje del corazón junto al cerebro, no lo entendí. Ahora, después de todo lo que ha pasado, le encuentro sentido. Porque una vida no puede dominarse ni por un corazón ni por un cerebro. Solo la unión de ambos puede hacernos verdaderamente felices. Y temo decirte, querido ángel de la guarda, que mi mente ya no puede más. He convencido a mi corazón para que no sufra, pero he perdido la batalla contra mi mente.

No ha sido suficiente ver a mis agresores arder para encontrar la paz en mis pensamientos más profundos. Mis noches tranquilas ya son un recuerdo lejano; me cuesta desnudarme sin miedo y quizás lo peor de todo: ya no puedo evitar el asco que siento por mí misma. Me siento vacía, despojada de dignidad, como si me la hubieran arrancado de un golpe, no puedo soportarlo. He aceptado la derrota.

Pero antes de irme, quiero que sepas algo: eres la mejor persona que he conocido en toda mi vida, o al menos en la parte más oscura de mi vida, cuando es más difícil encontrar a alguien bueno. Me costó mucho aceptar que la justicia se burlara de mí después de la violación, rebajando las condenas a los culpables. Y fue entonces cuando apareciste tú, como un rayo de esperanza.

Aunque el dolor me destroza por dentro, tú has sido mi verdadera justicia. Supongo que, en algún momento, el mundo querrá atraparte, corregir lo que haces, porque, según ellos, está mal desde un punto de vista moral, pero si esta sociedad se centra más en proteger a los culpables y usa a las víctimas como monedas de cambio, ¡que les jodan a todos! No gastes ni un solo pensamiento en si lo que haces merece la pena, porque, aunque yo esté perdida, eres la última esperanza de muchas otras víctimas.

Nunca nos olvides.

A donde quiera que vaya, te llevaré siempre conmigo.
Gracias, ángel de la guarda.

Olivia.»

Esta carta me llegó de Olivia poco antes de su muerte. ¿Os imagináis cómo me sentí al leerla? Haced un esfuerzo y tratad de poneros en mi lugar: una mujer violada por tres hombres se suicida porque no puede soportar el dolor tras ver cómo la justicia rebaja las condenas de los culpables.

Desesperada, me reconoce como su última esperanza y me pide que no la olvide a ella ni a ninguna otra posible víctima. Su último deseo antes de morir:

«Nunca nos olvides».

No sois conscientes de la fuerza con la que fluye por mis pensamientos esa petición cada vez que dudo de mis actos.

No podéis entenderlo.

52 – Sapi - Día 15 (22:04h)

Llego a casa después de la paliza mental y física que me ha tocado hoy. Me he enfrentado a mis miedos, a los padres de Olivia y a la investigación. Estoy tan exhausta que, al entrar, caigo rendida sobre el sofá. Nadie podría imaginar lo que me cuesta superar el miedo a salir a la calle. A simple vista, parezco tranquila, pero por dentro siento que estoy en el final de una batalla: humo, espadas clavadas en la tierra y miles de soldados caídos.

Me pongo los auriculares con música para evitar pensar demasiado y aliviar el dolor que se instala en mi cuerpo. Tal vez sea una tontería, pero me sirve. Me descalzo, coloco los pies sobre la mesa, cierro los ojos y dejo el móvil apoyado en uno de mis muslos. Por fin, el cansancio está consiguiendo que me serene.

Apenas han pasado quince minutos cuando mi móvil vibra y aparece el símbolo de WhatsApp en la pantalla:

«Luis Edu: ¿Cómo va la mejor investigadora del mundo?»

Hace días que no hablo con él. Me incorporo en el sofá y deslizo la pantalla de bloqueo del móvil.

—¡Hola, Luis Edu! Estoy mejor, han pasado tantas cosas desde la última vez que hablamos… ¡Hasta he conseguido salir a la calle y subir a un décimo piso!

—¿En serio? ¡Me alegra! Vas a tener que contarme cómo le hiciste ;). ¿Qué te inspiró para echarle más ganas y superarte?

—El asesino…

—¿Lo has encontrado?

—Ojalá pudiera decirte que sí. Fuimos a interrogar a los padres de una chica que se suicidó. El asesino intercambiaba cartas con ella y creemos que mató a sus agresores. Se conocieron por Twitter.

—Eso suena genial, ¿no? La última vez me comentaste que te faltaba dar con la razón del asesino. Pues ahí tienes una pista bien cañona.

—Sí, pero aunque tengo un sospechoso que encaja con el perfil que voy construyendo, no encuentro pruebas para atraparlo.

—¿Y por qué no le provocas?

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes mejor que yo. Todos soñamos con una vida de fantasía, en mayor o menor medida. Hasta un asesino sueña con lo que ya hizo, lo que quiere hacer y cómo lo hará. Haz que se deje llevar por su fantasía.

—No sé a dónde quieres llegar. Mi sospechoso no parece fantasioso ni muestra fanatismo o algún trastorno mental. Es bastante normal: tiene una relación, un trabajo…

—Si mató a los violadores de esa chica y se hicieron amigos, eso podría ser una debilidad de la que podrías sacar ventaja.

—Si te refieres a buscar víctimas de agresiones y violaciones, ya lo hice. Encontré a Olivia porque era el único caso en el que los agresores estaban desaparecidos.

—No te estoy diciendo que solo busques información. Si el asesino es listo, nunca lo vas a encontrar así, nomás estarás persiguiendo sombras. Me refiero a que uses a una víctima como cebo para que salga a la luz y puedas atraparlo.

—¿Cómo hago eso?

—No lo sé, la inteligente de la conversación eres tú. Contacta con alguna víctima de un caso grave en el que los agresores sigan libres y convéncela para que lo comparta en Twitter. A ver si muerde el anzuelo.

—¿Crees que va a ser tan tonto de caer en esa trampa? Ni la Guardia Civil ni nosotros hemos podido atraparlo hasta ahora y ya se ha cargado a un comisario de policía y a un miembro de uno de los clanes más peligrosos de la ciudad.

—No creo que sea tonto, ni mucho menos, pero al final es humano, como nosotros, y tiene sus puntos débiles. Y parece que ya te mostró uno bien claro: se compadece de las víctimas de agresiones sexuales.

—Suponiendo que eso sea una debilidad, ¿quién nos dice que va a actuar igual con otra persona que con Olivia? Podría ignorarla. Necesitamos pruebas más contundentes.

—Ja ja, ¿no te das cuenta? Te estás contagiando de los vicios de estar en un cuerpo de investigación. Acuérdate de algo: no intentes meter una pieza cuadrada en un agujero redondo solo porque quieras que encaje. No te obsesiones con encontrar algo que incrimine a tu sospechoso. Haz que el asesino mismo te lo enseñe.

—Mmm… Tienes razón, Luis Edu. Siempre regaño a mis compañeros cuando buscan culpables a la fuerza. Te prometo que le daré una vuelta a lo que me has dicho, pero necesito descansar. Superar mis miedos y dar con un asesino a la vez es agotador.

—No hay mejor medicina que un buen descanso. Recarga pilas y échale ganas, confío en que lo vas a lograr, ya lo sabes. Me escribes si necesitas algo, ¿sale?

—¡Muchas gracias por los consejos y los ánimos! Te cuento si descubro algo. :)

—¡Abrazo!

53 – Helena - Día 16 (9:27h)

Antes de salir hacia la Planta, coloco en una pizarra de corcho dos copias impresas de las fotos de mi móvil. En una aparece el coche rojo de Diana y en la otra el retrato de Vence, ella y el hombre que no reconozco.

«Como hermanos», estaba escrito por detrás.

Si Vence y Diana no son hermanos, ¿quién es ese desconocido? La única manera de saberlo es ir a la Planta y consultar los datos de Diana en la base de datos, pero si lo hago, quedará registrado y Sánchez lo sabrá. No puedo arriesgarme a que me haga preguntas sobre lo que he descubierto si quiero encontrar al asesino antes.

La otra opción la tengo en el bolsillo: el disco duro de Diana, aunque tiene contraseña. Pienso en quién podría ayudarme… y mi amiga Karla se me viene a la mente.

Marco su número y me pongo el móvil en el oído.

—Dime, Helena.

—Hola, Karla. ¿Te pillo muy liada?

—Como siempre, ¿qué necesitas?

—Te pago el día si vienes a mi casa ahora mismo y me ayudas a quitarle la contraseña a un disco duro.

El silencio me hace intuir que Karla no está del todo convencida.

—Perdona, Karla. Quizá he ido muy rápido…

—¿Qué tipo de contraseña es?

—La típica que aparece antes de entrar en Windows.

—¿Seguro?

—Te lo aseguro.

—¿Me pagas el día entero?

—Si lo consigues, te invito también a comer.

—En 15 minutos estoy en tu casa.

—¡Gracias!

Karla trabaja en un centro de ciberseguridad que presta servicios a bancos, así que cualquier contraseña o encriptación es un desafío que la motiva. Lo bueno del teletrabajo es que nadie suele echarte en falta tan rápido.

Treinta minutos después, Karla llega, vestida de negro y con unas botas enormes. Me da un abrazo y deja su mochila en el pasillo.

—¿Dónde está el paciente?

—Aquí lo tienes —le digo, mostrándole el disco.

—Un SSD SATA de 1TB. Si no tiene la cuenta conectada a la nube, esto va a ser pan comido.

—¿Cuánto de fácil es eso?

—Vamos a verlo.

Se sienta, cruza las piernas y saca un portátil que parece sacado de la NASA. Conecta el disco al ordenador y comienza a teclear a una velocidad impresionante. Es imposible seguirle el ritmo, sus dedos se mueven tan rápido que ni siquiera puedo contar cuántas pulsaciones da por segundo.

Tras casi veinte minutos de espera, Karla se reclina en la silla, entrelazando las manos detrás de la cabeza.

—¿Ya lo tienes?

—Ha sido fácil. ¿Quién es Diana?

—No puedes saber nada de esto, ni yo tampoco.

—¿Me he metido en algún lío gracias a ti?

—La estoy investigando, pero no he conseguido ese disco duro de forma legal.

—¿Lo has robado? —me pregunta, con sorpresa.

—Es complicado.

—Nunca te habría imaginado haciendo algo así —sigue riendo—, pero nada de lo que encuentres aquí servirá ante un juez, ¿lo sabes?

—Sí, pero necesito comprobar qué esconde.

—Vale, dime qué buscas y te doy respuestas.

—Quiero saber si tiene un hermano y cualquier cosa extraña que puedas encontrar en sus documentos.

— A ver… La mayoría es documentación de su trabajo: contratos, memorias, registros de viviendas… pero…

—¿Pero qué?

Se queda un momento en silencio, leyendo algo en la pantalla con total concentración.

—Esto es curioso.

—¿Por qué?

—¿Ella se apellida Álvarez?

—Sí, es Diana Álvarez.

—Pues tiene un hermano llamado Jhon Álvarez.

—¿Hay fotos de él?

—Sí, te las envío al WhatsApp, pero tengo un documento bastante curioso.

—¿Cómo de curioso?

—Su hermano tiene una enfermedad rara. He encontrado un informe sobre su diagnóstico: padece la enfermedad de Urbach-Wiethe.

—¿Qué es eso?

—No tengo ni idea, voy a buscarlo en Google. Te leo:

«Existe una extraña dolencia llamada enfermedad de Urbach-Wiethe, también conocida como lipoidoproteinosis, en la que se produce una destrucción completa de la amígdala cerebral. Los síntomas se distinguen en neurológicos y dermatológicos: voz ronca, lesiones cutáneas, pápulas alrededor de los párpados, además de problemas de memoria y tendencias paranoicas. Lo más llamativo de esta enfermedad es la falta de autocontrol sobre las emociones que gestionan el miedo. Es decir, quienes la padecen no sienten miedo.»

La última frase que lee en voz alta hace que una pieza clave del rompecabezas encaje en mi mente.

—¿Has dicho «no tienen miedo»?

—Sí, parece que la enfermedad provoca una ausencia total de miedo debido a la degeneración de la amígdala. ¡Dios! ¡Me encantaría conocer al hermano de Diana! ¿No te parece sorprendente una persona así?

La voz de Karla apenas logra sacarme del estado de ensimismamiento en el que me encuentro, tras escuchar esas palabras. El asesino, firmando en el pecho de los violadores con la

frase «No tengas miedo» y el hermano de Diana con una enfermedad que le impide sentir miedo, además de desarrollar posibles tendencias paranoicas…

Una nueva deducción me ronda la cabeza.

—Solid.

—¿Qué?

—Busca la palabra «Solid».

Recuerdo que, cuando espié a Carlota y Vence en el probador del centro comercial, mencionaron a alguien llamado Solid cuya desaparición parecía preocupar más a Vence que a Carlota.

—¿Es un nombre?

— Sí, busca cualquier referencia a ese nombre en el disco duro.

—Voy.

Siento que estoy a punto de descubrir algo que cambiará el rumbo de la investigación.

—John Álvarez «Solid», otra vez el hermano de Diana. Creo que es su apodo.

Miro a Karla con cara de circunstancias y trago saliva.

—¿Qué te pasa, Helena? Parece que has visto un fantasma.

—Lo tengo.

—¿Qué tienes?

—Es él.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha dado algo en el cerebro?

—Eh… Perdona, Karla. Tengo demasiadas cosas en la cabeza ahora mismo. Lo que acabas de descubrir es crucial.

—Pero no puedes decirme nada… ¿verdad?

—Lo siento mucho. Te prometo que cuando esto termine, te lo contaré todo.

—No te preocupes, te quiero igual —se ríe afablemente—. ¿Me necesitas para algo más? Si quieres, te dejo el disco duro para que lo revises con tranquilidad en tu ordenador.

—Me vendría genial, toma —saco cien euros del bolsillo y se los doy—. Lo prometido es deuda. Nos vemos este fin de semana y te invito a cenar, ¿vale?

—¡Eso está hecho!

Karla recoge rápidamente el equipo que había esparcido por el salón, se cuelga la mochila y nos damos un abrazo de despedida.

Con la misión cumplida, se va satisfecha. Yo cierro la puerta y, tras un suspiro, me dirijo a la ventana para reflexionar sobre lo que hemos encontrado en el disco duro.

No pasa ni un minuto cuando el timbre suena con insistencia.

—¿Qué se te ha olvidado ya? —grito al aire.

Abro la puerta confiada en que es Karla, pero en su lugar recibo un golpe con fuerza en la cara. El impacto me oscurece la vista y caigo al suelo, mareada. Intento buscar mi pistola para defenderme, pero no tengo tiempo. Una mujer rubia se ha colado en mi piso y ahora sostiene mi pistola, apuntándome.

Cuando se me aclara la visión, la reconozco: es Diana. Sin perder tiempo, se dirige a la mesa, toma el disco duro y, antes de irse, me dedica unas palabras.

—Esto es mío. Si vuelves a hacer algo así, todo el cuerpo de policía sabrá que te vas colando en casas ajenas sin orden judicial. Puedo destruir tu carrera si no me haces caso, así que deja de investigarme.

Con esas palabras, Diana me lanza la pistola al suelo, se da media vuelta y sale, cerrando la puerta de golpe.

No tengo tiempo para reaccionar, sigo aturdida por el golpe. Apoyo la cabeza en el suelo y cierro los ojos, intentando procesar lo que acaba de suceder.

54 – Diana - Día 16 (13:52h)

—¿Lo tienes?

—Aquí está —le enseño el disco duro—. Acabo de tener un déjà vu pegando a esa inspectora al entrar en su piso. ¿Te acuerdas cuando te dije que entré al piso del padre de Carlota?

—Ha pasado tiempo, pero sí, claro. Cuánto hemos cambiado todos…

—Aún veo la cara de Carlota sangrando y sorprendida por el puñetazo que le di.

—Normal que se sorprendiera. Hasta yo te tengo miedo a veces. Te encanta pegar a todo el mundo —ironiza.

—Sí, claro… Pues la culpa de tener que recorrer casi quinientos kilómetros hasta Alicante para agredir a una inspectora es tuya. Aún no entiendo por qué dejamos que entrara a mi casa para robarme el disco duro.

—Tenía que asegurarme.

—¿De qué?

—De que aún no sabe quién es el asesino.

—¿Estás seguro?

—Al 100%. Ella quiere saber si soy yo.

—¿Y por qué le facilitas las cosas para que te culpe?

—Porque, en teoría, me quiere ayudar. Por eso actúa sola. Si se lo cuenta a sus compañeros, no la dejarían.

—¿Ayudarte? ¿Para qué?

—No quiere que haya más mujeres violadas o agredidas.

—¡Vaya! Pues parece que no entiende nada.

—Ese es el problema.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Seguiré escondido hasta que lo solucione.

55 – Pirática - Día 19 (18:03h)

Llevo varios días vigilando a Vence y a Carlota, pero no noto nada fuera de lo común en sus rutinas: van a trabajar, vuelven, pasan tiempo juntos, salen a comer, al cine, a comprar… Una pareja normal haciendo cosas normales. Incluso les he seguido al trabajo para comprobar si realmente se dedican a lo que Carlota me comentó por teléfono. Vence gestiona alquileres de viviendas en Airbnb, se encarga de recibir y despedir a los huéspedes, sin que ocurra nada extraño. Carlota ha estado teletrabajando, salvo por dos días que fue a la oficina.

Si esconden algo, desde luego esta no es la manera de descubrirlo. Se vuelve insoportable vigilar la monotonía de una vida ajena: levantarse para ir al mismo lugar de trabajo, tomarse el mismo café todas las mañanas, llegar a casa a la misma hora y prepararse para el día siguiente. Qué serie más aburrida sería el guión de una vida cualquiera.

Miro el reloj: son las seis y cuarto de la tarde. Finalmente, mi ronda de vigilancia termina hoy… ¡Bendito viernes! Le mando un mensaje a Sánchez para avisarle de que me voy a casa y recibo como respuesta una simple mano con el pulgar hacia arriba. Nada más. Me desespera y sé que a él también, el no avanzar en el caso. Este asesino está pudiendo con nosotros, pero no por su perversión, sino por la imposibilidad de encontrar algo que lo culpe. Ahora entiendo la resignación del capitán de la Guardia Civil cuando vino a hablar con nosotros.

Por otro lado, echo de menos a Vi y sus tonterías. Las rondas de vigilancia se me hacían más llevaderas con él. Mañana iré a su casa a ver qué tal le está sentando la baja.

Con la hora que es y lo cansada que estoy, se me han quitado las ganas de cocinar, así que cambio de rumbo y me dirijo al supermercado a comprar algo para cenar. Esta ruta alternativa me obliga a conducir de nuevo por los alrededores del barrio del clan de

los Balcanes. Al pasar por la calle donde presenciamos el atropello a Darko, siento la necesidad de bajarme y observar el lugar.

Pongo los intermitentes y me apoyo en la parte delantera del coche mientras rememoro lo sucedido días atrás. Enciendo un cigarro y dejo caer mis párpados, permitiendo que el humo me envuelva con cada inspiración. Aunque Vi esté bien después del accidente, me entristece la nueva soledad que me acompaña.

El ruido de varios niños pasando en patinete me sacude la somnolencia. Verlos montados en esos vehículos me recuerda la mirada de Darko justo antes de que lo atropellase el coche. Me sorprendió cómo un niño de doce años se recompuso de tal impacto. Cuando lo vi sentado en el suelo con un reguero de sangre por la frente, temí lo peor, pero el chaval se limpió la cara con la manga de la sudadera y me aseguró estar bien. Qué entereza.

Me gustaría esperar un rato más para ver si aparece. Sé que tiene que hacerlo en cualquier momento porque pasa todo el día en la calle, así que aguanto unos minutos más sin hacer nada, con la esperanza de verlo y preguntarle si se encuentra bien. En el fondo, le he cogido aprecio, pero no es hasta el momento en el que decido subirme al coche para irme cuando escucho gritos a lo lejos.

—¡Pirata! ¡Veo a una pirata!

La voz de Darko me obliga a salir de nuevo. Aparece sobre su patinete, acompañado de un par de amigos.

—¡Darko! ¡Qué alegría verte! Estaba esperando a ver si pasabas. ¿Cómo estás?

—¡Siempre paso! Soy el vigilante del barrio. Mira, les dije a mis amigos que conocí a una pirata, pero no me creyeron. Díselo tú, di quién eres.

—¡Claro que soy una pirata! ¿Quién no se lo cree?

—¡Todos! Dicen que eres una impostora, que los piratas ya no existen. Así que he tenido que enfadarme con ellos y coger a más de uno por el cuello.

—¡No hagas eso, hombre! No vayas pegando a tus amigos —contengo la risa—. Es posible que tengan razón, ya no hay piratas navegando en barcos, pero ahora hay otros piratas, mucho mejores.

Darko y sus amigos me miran con curiosidad.

—¿Cómo son esos piratas?

—Pues como yo, ¿habéis visto mi cicatriz del brazo? Mirad —me remango la chaqueta y muestro el corte que un yonqui me hizo hace unos años. Darko y sus amigos se quedan boquiabiertos.

—¡Vaya! ¿Quién te hizo eso? ¿Otro pirata?

—Un pirata malo, con el que tuve que enfrentarme.

—¿Y le ganaste?

—Por supuesto, lo estampé contra el suelo —hago el gesto de dar un puñetazo hacia abajo.

—¡Qué guay! ¿Puedo sacar una foto de la cicatriz? —pregunta Darko.

—Claro que puedes. Así podrás contarle a todos tus amigos que soy una pirata de verdad.

—¡Gracias, Pirática! Aunque tengo un problema —su rostro se entristece.

—¿Qué pasa?

—Solo puedo sacar fotos con mi móvil, pero no puedo verlas.

—¿Por qué?

—Está bloqueado, mira.

Cuando saca el móvil, me quedo boquiabierta: es mi móvil, con la misma funda, el que se me cayó mientras intentaba colarme en la casa roja, donde encontré a Roko muerto, con los ojos desencajados.

—¿De dónde has sacado este móvil, Darko?

—Te prometo que no lo he robado, me lo encontré tirado en el césped de la casa donde trabaja mi padre. No te miento.

—Sí, sí, te creo. Es solo que se parece muchísimo al mío. Tal vez pueda ayudarte para que veas las fotos, ¿me dejas?

—¡Vale! Pero está bloqueado y no sé la contraseña.

Aunque el móvil esté bloqueado, en Android hay una opción para echar fotos. Eso es justo lo que hace Darko.

Sin que él se dé cuenta, desbloqueo el móvil, le quito la tarjeta SIM e intento restablecerlo de fábrica para regalárselo y que pueda utilizarlo con libertad, pero la curiosidad me puede y observo la galería: tiene un centenar de fotos, entre ellas, muchas de coches y selfies con sus amigos, pero hay una que me llama la atención.

—¡Hostia puta! —exclamo sin poder evitarlo.

—Pirática, no se dicen palabrotas —me recuerda uno de los amigos de Darko.

—Perdonad, ha sido sin querer. Darko, ¿quién es la persona de esta foto?

—¡¿Has podido desbloquear el móvil?! ¡Eres muy buena! Si te digo quién es, ¿me lo puedo quedar?

—Cómo te gusta negociar, ¿eh? Claro que te lo puedes quedar.

—¡Vale! Esa mujer es Marta, la exnovia de Roko, pero como Roko está muerto, ya no es su novia. Un día vino gritando, muy enfadada. Está un poco ciega.

El pobre crío no sabe que fue Roko quien le echó ácido en la cara a Marta, dejándola con ceguera parcial.

—¿Y por qué estaba tan enfadada?

—No me enteré bien. Mi padre no me deja estar en sus reuniones, pero me escondí y escuché gritos. Decía que había encontrado a alguien para acabar con Roko y luego se fue del barrio.

—¿Quería matar a Roko?

—No sé, pero estaba muy enfadada. Los novios no se matan, ¿verdad? Se supone que deben quererse.

—Eso creo, los novios siempre deben abrazarse y quererse.

—Bueno, eso es lo que sé. ¿Me puedo quedar con el móvil ahora?

—Sí, dame un segundo para configurártelo.

—¡Muchas gracias, Pirática! ¿Me dejas darte un abrazo?

Este chico se hace querer. Sin pedirlo, ya lo tengo abrazado, rodeando su cuerpo con el mío. Le acaricio el cabello y, en ese instante, siento un cariño inmenso por él, como si fuera un hermano pequeño. Es dulce y valiente, lástima que esté rodeado de un ambiente tan negativo, pero lo que acaba de descubrir, sin quererlo, podría ser clave. Tal vez el asesino se puso en contacto con Marta para avisarle de que iba a matar a Roko.

56 – Sánchez - Día 20 (10:00h)

Son las diez de la mañana de un sábado y estoy sentado en la mesa central de la Planta, esperando a que llegue el equipo al completo. Bueno, casi completo: Vi sigue recuperándose. Entrar dos horas más tarde de lo habitual debería ayudarnos a aliviar un poco el cansancio mental y físico que este caso nos está provocando.

Helena es la primera en llegar y lo hace con una sorpresa: tiene una herida cicatrizada en un ojo. Coloca su café sobre la mesa y me lanza una mirada que claramente significa «No me preguntes», pero sabe que no puedo evitarlo.

—Espero que la otra persona haya terminado peor que tú.

—Estoy bien, jefe. Ha sido un accidente doméstico.

Sé que miente, pero no puedo meterme en su vida privada a menos que afecte al caso.

—¿Debo preocuparme por ese «accidente doméstico»? ¿Tiene algo que ver con lo que te pedí?

—Nada de que preocuparse, me he caído en casa.

—Entendido. Ahora, cuando estemos todos, nos cuentas.

Pirática entra acompañada de Sapi, quien, aunque ha superado su miedo a salir a la calle y subir diez plantas conmigo, claramente está agobiada. No es fácil enfrentarse a los fantasmas del pasado dos días seguidos; de ahí que haya venido acompañada.

Sin mediar palabra, tengo a tres mujeres mirándome, esperando que diga algo. Con un leve dolor de cabeza, apoyo el codo en la rodilla y me froto la sien.

—Chicas, pongámonos al día. Primero, quiero agradeceros el esfuerzo que estáis poniendo en este caso. No es por echarnos flores, pero somos la última esperanza del cuerpo para resolverlo. La Comisaria no está pasando por su mejor momento desde la muerte del Comisario. Además, nuestro compañero Vi estará de baja

durante un mes para recuperarse completamente del golpe que sufrió. Así que, al lío. ¿Quién quiere empezar?

Pirática levanta la mano y le doy paso.

—Como sabes, he estado vigilando a Carlota y a Vence durante varios días, siguiéndolos desde que salen de casa hasta que regresan después del trabajo. He pasado noches despierta, pendiente de si alguno de ellos salía de madrugada, pero no he encontrado nada sospechoso en sus rutinas.

—¿Y qué es eso tan interesante que me dijiste por WhatsApp que tenías que contarnos?

—Ayer, después de mi turno de vigilancia, decidí parar en el barrio del clan de los Balcanes. Quería observar la calle donde atropellaron a Darko.

—Dime que no volviste a pelearte con uno de ellos, por favor.

—No, tranquilo. Quería ver a Darko y preguntarle cómo estaba. Lo curioso es que apareció y, mientras hablábamos, me mostró algo muy familiar: el móvil que se me cayó la primera vez que fuimos al barrio y nos colamos en esa casa.

—¿En serio? ¿Por qué lo tenía él? ¿Se lo has quitado?

—Lo encontró tirado en el césped y se lo regalé, pero antes de dárselo, descubrí algo muy interesante.

—¿Qué cosa?

—Había una foto. Una de Marta, la novia de Roko, hablando con su padre. Según Darko, ella se presentó en el barrio muy nerviosa, amenazando a todos con que alguien le ayudaría a matar a Roko. ¿Adiviná is quién podría ser?

—Hostia puta —digo, asimilando la información.

—Eso mismo dije yo al ver la foto.

Sapi respira profundamente antes de hablar.

—Primero Olivia, ahora Marta. Lo tenemos.

—¿Te podrías explicar mejor?

—Sánchez y yo descubrimos en la casa de los padres de Olivia que el asesino la contactó por Twitter, antes de que se suicidara. Si también contactó con Marta antes de matar a Roko, tenemos un patrón. El asesino habla con ellas antes de matar a sus agresores o violadores.

—Tenemos también a Verónica, la chica de la discoteca. Podríamos interrogarla para ver si el asesino contactó con ella —propongo.

—No podemos hacer eso —responde Sapi de forma tajante.

—¿Qué problema hay?

—Jefe, ya viste la reacción de los padres de Olivia cuando les dijimos que queríamos atrapar al hombre que mató a los agresores de su hija. ¿Qué crees que hará Verónica si le decimos lo mismo? Si mantiene contacto con él, podría advertirle de nuestros planes.

—Ya, eso es cierto. Entonces, ¿no la interrogamos?

—Tengo que pensarlo bien.

—Hazlo rápido, por favor.

—Lo haré.

—Gracias. Y Helena, ¿pudiste averiguar algo sobre Diana en tu viaje a Granada?

—El mismo resultado que Pirática con su vigilancia. La seguí al trabajo, de compras, mientras quedaba con sus amigas, pero no ha hecho nada extraño.

—Mierda.

Un golpe resonante en la puerta de la Planta nos interrumpe. Todos nos miramos sorprendidos, preguntándonos quién puede ser. Me levanto y abro.

La Comisaria entra, me saluda con un gesto y me toca el hombro mientras me pone un sobre en la mano.

—Míralo —me dice.

Le doy la vuelta al sobre y solo logro leer un mensaje en mayúsculas.

«NO TENGAS MIEDO».

57 – EL MANIFIESTO: capítulo IX

Carlos Mengol, Jimmy Carvalho, Roko... Un grupo de violadores que provocó el suicidio de Olivia y José Hernández, el comisario que no solo lo permitió, sino que también ha dejado que una banda criminal acabe con la vida de Slava.

¿Cuántos más tendría que matar para que la sociedad despertara?

Pensé que me sentiría realizado al erradicar de este mundo semejante escoria, pero no quiero convertirme en un asesino que se alimenta de la muerte por puro placer. Estoy a punto de cruzar una línea peligrosa, una que no debo traspasar. No quiero transformarme en aquello que desprecio, necesito reflexionar. Mi propósito es enviar un mensaje claro a la sociedad: que se castigue sin piedad a quienes destruyen vidas inocentes, pero para lograrlo, mis acciones deben ser mediáticas.

En un principio, creí que hacer pública esta serie de asesinatos me perjudicaría, facilitando mi captura, pero pensaba de forma egoísta, no soy importante. El mensaje que quiero grabar en la mente de cada ser humano es mucho más grande que cualquier individualidad. Por eso, escribiré una carta al cuerpo de policía encargado de investigar el caso. Tengo un plan que les sorprenderá.

Carta al Cuerpo de Policía:

«Aquel que cause dolor, debe morir. La justicia actual provoca miedo en los inocentes y oportunidad en los culpables.

Con todo respeto, no pretendo provocar con esto ni alardear de que aún no me han atrapado. Estoy seguro de que llegará el día en que todo esto termine. De algún modo, ya estoy condenado.

Mis más sinceras condolencias a quienes hayan sufrido o sufrirán por las muertes de aquellos que verdaderamente merecen morir. Lo

que ha sucedido es impredecible y su daño es irreversible, pero no hay remedio.

Ahora, permítanme plantearles una propuesta que no será fácil de aceptar: una elección que tendrán que hacer.

El Comisario, quien tanto se ha esforzado por ocultar la muerte de Slava, no ha muerto sin motivo. Sabía perfectamente lo que le ocurriría a ella si la interrogaban y aun así lo permitió. Sin embargo, su culpa no termina ahí: aceptó sobornos para reducir las condenas de los violadores de Olivia Nuero, una mujer que terminó quitándose la vida al descubrir que la justicia protegía a sus agresores.

Entonces, ¿cuál es la elección que les propongo?

Como han intentado ocultar la muerte del Comisario y las razones detrás de ella, voy a revelar dicha información al mundo entero. Toda la verdad saldrá a la luz y su familia será la primera en saberlo. No quiero que esto se convierta en un juego macabro; la gente necesita entender la magnitud de sus crímenes, pero, antes de hacer esto, quiero darles la oportunidad de elegir.

La primera opción es sencilla: hacer pública la verdad sobre el Comisario en un plazo de tres o cuatro días. Si lo hacen, no habrá más muertes.

La segunda opción: si prefieren seguir ocultando la verdad, deberán anunciar quién será mi próxima víctima, junto con los motivos que me llevarán a elegirla. Sabrán con total certeza a quién mataré, no se preocupen.

Si no cumplen con ninguna de estas opciones, les propongo algo aún más mediático. Daré la opción a la sociedad, por medio de internet, de elegir si debo matar o no al siguiente candidato, tras revelar sus antecedentes. Después, seguiré con los siguientes.

El destino está en sus manos. Pueden hacer lo correcto, pero deberán afrontar las consecuencias.

En memoria de Olivia, Carmen y todas las mujeres inocentes que un día la vida las atormentó sin motivo.

Fdo: nadie.»

Sé que no elegirán la primera alternativa, a pesar de que les haya asegurado que dejaré de matar. Por eso, ya he tomado una decisión.

58 – Sánchez - Día 20 (11:41h)

Todo el mundo en la Planta ha leído la carta que nos ha dedicado el asesino. Sapi amaga morderse las uñas y no para de mover las piernas mientras sigue sentada, un claro signo de estar analizando las diferentes alternativas que se reflejan en el escrito.

—No vamos a publicar nada del Comisario —advierte nuestra jefa.

—Si lo que dice es cierto —Pirática pausa, reflexionando—, nunca ha dejado de matar por el mismo motivo. Creímos que se le había ido la cabeza con el Comisario, pero parece ser otro culpable más.

—Y no nos está amenazando, su carta es una petición para que le ayudemos a publicar los motivos por los que mata a sus víctimas.

—Sapi, nadie de aquí va a ayudar al asesino a mostrar sus trofeos, ni voy a permitir que se manche la imagen de nuestro comisario. Su familia no merece más dolor.

—Entonces, Comisaria —le digo—, no nos queda otra opción que dejar que el asesino publique sus próximas muertes en internet. Esto puede convertirse en un escándalo global, no solo nacional.

—Tenemos que pillarlo antes, no nos queda otra.

—¿Cómo vamos a pillarlo si no tenemos nada incriminatorio?

—¿Y Vence?

—¿Qué pasa con él?

—Es el principal sospechoso.

—Es el único sospechoso, pero no tenemos nada contra él. Nada suficiente para que un juez le conceda prisión preventiva.

—Pero sí tenemos una carta enviada a la policía, con la amenaza de seguir matando y un posible sospechoso como autor. Eso es motivo suficiente para detenerlo 72 horas y evitar que mate a más personas.

—Comisaria, estás suponiendo que Vence es el asesino. Si lo detenemos y resulta que no lo es, puede denunciarnos por detención ilegal.

—Lo doy por supuesto. Por eso tenéis 72 horas desde que lo detengamos para encontrar alguna prueba que justifique su detención y posterior prisión preventiva. Sé que es arriesgado, pero si lo tenemos retenido, no podrá matar a nadie ni crear ese revuelo en la sociedad. Hay que reaccionar ya, no podemos darle más tiempo. Como comisaria, tengo que arriesgarme y espero que estéis de acuerdo conmigo.

—¿Quieres que en tres días busquemos algo que no hemos podido encontrar en todo este tiempo?

—Más nos vale. Si esto estalla en la sociedad, no habrá vuelta atrás. ¿Os lo imagináis? Los telediarios, los periódicos digitales, las redes sociales... La Guardia Civil y nosotros quedaremos en entredicho por no resolver este maldito caso. Y sin olvidar que siempre habrá una pequeña porción de la sociedad que apoye al asesino y quiera imitarlo, tomando la justicia por su mano.

—Entonces —le digo—, ¿quieres que vayamos a su casa el lunes y lo detengamos?

—¿De qué demonios estás hablando, Sánchez? Quiero que vayáis hoy, sábado, a por él y lo retengáis aquí.

—¿Estás segura, Comisaria?

—Es una orden, me haré responsable de cualquier consecuencia. Sánchez, Pirática, Helena, id a por ese hijo de puta ya. Sapi, encuentra lo que sea para que Vence no vea más la luz del día.

—Comisaria, este no es el camino —le advierte Sapi.

—No es el momento de discutir mis órdenes. Cíñete a lo que te he pedido.

Sapi encoge la boca y arquea las cejas. Nadie está conforme con la decisión.

—De acuerdo.

Echo en falta un comentario en contra, el de Helena, pero se ha mantenido en silencio durante toda la conversación. Como si ya no le importara tanto estar a favor del asesino.

59 – Helena - Día 20 (14:08h)

La puerta de la prisión se abre ante mí. La funcionaria ni siquiera me mira al indicarme que pase. Conozco este camino de memoria: cada paso que doy por el pasillo iluminado por luces frías y parpadeantes me recuerda que mi madre sigue aquí, tras estos muros grises, pagando un precio que nunca debió pagar.

Han pasado muchos años desde aquella noche.

Me siento en la mesa metálica de la sala de visitas y espero. Me froto la cara; esta no va a ser una conversación cualquiera, mi futuro está en juego. Es la primera vez en mucho tiempo que necesito que mi madre me ayude a decidir con claridad.

Cuando aparece por la puerta custodiada por otra funcionaria de prisión, su presencia me golpea con la misma fuerza de siempre. Su cabello descuidado, más arrugas en su rostro, pero su mirada sigue intacta. La misma que dirigía a mi padre antes de ser apaleada.

La dejan sentarse a mi lado, me da un abrazo liberador.

—Hija mía.

—Mamá. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, Helena. Mucho mejor cuando vienes a verme. Gracias por no olvidarte de mí.

—No seas tan exagerada, mamá. Si vengo a verte cada quince días.

—Días que pueden parecer años si una madre no tiene cerca a su hija. ¿A qué se debe esta visita inesperada? No han pasado quince días desde la última vez.

—Necesito tu consejo en un caso —digo sin rodeos.

Ella me observa sorprendida.

—Vaya… la policía viene a pedirle consejo a una pobre mujer que cumple condena —bromea—. Algo grave ha tenido que pasar. ¿Qué necesitas?

—No sé por dónde empezar, hay alguien ahí fuera…

—¿Fuera, esperándote?

—No, no. Hay alguien ahí fuera matando… violadores. Los caza, los tortura y los ejecuta. Uno por uno. Nadie llora por ellos, nadie los extraña… como papá. Tenemos que pillarlo, pero no sé qué hacer.

Mi madre no responde al instante. Entrecierra los ojos y apoya un codo sobre la mesa.

—¿Quieres atraparlo o ayudarlo?

La pregunta es tan directa que me deja sin aire por un momento.

—No lo sé —admito, tragando saliva—. Pienso constantemente en todas esas mujeres que nunca recibirán justicia, en los agresores que escapan de la ley porque el sistema falla. Y entonces… pienso en ti, en lo que nos pasó.

Ella aparta la mirada, como si el recuerdo aún le quemara por dentro.

—Lo hice porque no tenía otra salida —murmura—. Era demasiado tarde para tomar otra decisión, pero tú quisiste evitarlo. Tan pequeña y tan lista, lástima no haber estado en mis cabales para hacerte caso, hija mía. ¿De verdad crees que merece la pena ayudar a ese asesino? Nunca sale bien enfrentarse al sistema, deja que la justicia se ocupe de ello.

—La justicia no es suficiente, mamá. A veces, la única forma de detener a un monstruo es con otro monstruo. No puedo dormir por las noches pensando en ello.

Mi madre me observa en silencio mientras se inclina hacia adelante.

—Si cruzas esa línea, nunca podrás volver atrás. El día que maté a tu padre, me liberé… pero también me condené. Y a ti también: te dejé sin madre, pero recuperé algo que me devolvió a la vida, a pesar de estar entre rejas: la paz conmigo misma.

Quiero respuestas fáciles, pero no puedo exigirle a mi madre que me diga lo que quiero escuchar.

—No puedo seguir actuando como si no me afectara, mamá. Cada vez que termino de trabajar y llego a casa, me derrumbo pensando en esas mujeres. Es como un dolor que no se quita.

—Tu corazón te está pidiendo a gritos que sigas por ese camino, aunque tu cerebro te advierta sobre las consecuencias. ¿Quieres mi

opinión sincera? Recorre ese camino hasta el final, pero asume las consecuencias, cualesquiera que sean.

Me quedo pensativa. Su respuesta llega hasta lo más profundo de mi ser.

Después de un largo instante, apretando las manos de mi madre, asiento lentamente.

—Gracias, mamá.

Ella me dedica una sonrisa cómplice.

—Te quiero.

60 – Helena - Día 20 (18:47h)

—¿En qué coche vamos a por Vence? —nos pregunta Sánchez.

—Si queréis, vamos en el mío, lo tengo aparcado allí —Pirática señala con un gesto hacia la acera opuesta.

—Vale —les respondo—, pero antes tengo que ir a por el móvil. Me lo he dejado dentro del coche. No tardo más de cuatro minutos.

—No te entretengas, por favor.

Mis manos tiemblan solo de pensar que podemos estar a punto de detener al asesino sin estar segura de que realmente sea Vence. La excusa de ir al coche era solo eso: necesito pensar y hacer algo en estos cuatro minutos. Solid es mi principal sospechoso, tras descubrir que padece una enfermedad que le impide sentir miedo, lo que conecta con los mensajes que el asesino deja a sus víctimas: «No tengas miedo». Pero… ¿debo advertir a Vence que vamos a por él? La carta que el asesino nos envió complica aún más las cosas. ¿Quién es realmente? Vence, Solid, Diana… Una decisión equivocada y toda mi carrera se irá a la mierda.

Doblo la esquina y en pocos metros llego a mi coche. Abro la puerta, me subo y me recuesto en el asiento. Cierro los ojos un momento, intentando ordenar mis pensamientos. Miro por la ventana del conductor, saco el móvil del bolsillo y busco el número de Vence en mi agenda. Paso mi dedo por la pantalla, pero el móvil no detecta la pulsación.

Activo el modo privado para que no sepa quién llama y, luego, en segundo plano, una aplicación que distorsiona mi voz. Ya está: pulso con firmeza su nombre y el móvil comienza a marcar.

—Sí, dígame.

—¿Vence?

—Sí, ¿quién es? ¿Por qué hablas así?

—...

Los remordimientos me invaden con tal fuerza que quiero cortar la llamada. Pienso en mis compañeros, en la traición que estoy a punto de cometer, pero no puedo seguir con esta carga si no soy honesta conmigo misma.

—¿Hola?

—Vence, escúchame bien: la policía está de camino hacia tu piso para detenerte. Te van a acusar de asesinato, tienes quince minutos para salir de ahí.

Cuelgo sin esperar respuesta y salgo de nuevo a la calle, con un sentimiento de culpabilidad aplastante. A los pocos segundos, estoy de vuelta con Sánchez y Pirática, que me están esperando. Subimos al coche y, tras un viaje agotador, sorteando semáforos rojos y verdes, llegamos al portal del piso de Carlota 25 minutos después.

Varias personas que esperan en la cola de una frutería advierten de que está lloviznando, el ambiente se oscurece por las nubes. Es como si nuestro propio entorno nos avisara de lo que está a punto de suceder.

—¿Preparadas? —pregunta Sánchez.

Ambas asentimos en silencio.

El conserje del bloque tiene el portal abierto porque está realizando tareas de mantenimiento, así que aprovechamos para entrar y saludarlo. Un largo pasillo con buzones a los lados nos lleva hasta los ascensores. Vence y Carlota viven en el quinto piso.

—¿Cómo creéis que se lo va a tomar cuando lo detengamos?

—Ese hombre es un misterio. Es increíble pensar que pueda ser el asesino —dice Sánchez.

Subimos por el ascensor hasta la quinta planta y nos dirigimos al 5ºD. Nos quedamos un instante observando el timbre, atentos a cualquier sonido proveniente del interior, pero solo percibimos silencio.

—Toca ya.

La puerta se abre casi de inmediato y nos recibe Carlota, extrañada.

—¿Inspectores? ¿Qué hacéis aquí?

—Hola, Carlota —saluda Sánchez—. ¿Está Vence?

—Sí, acaba de ir al baño. ¿Qué pasa?

—Hemos venido a detenerlo.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Ya te informaremos. ¿Puedes decirle que salga?

Carlota se queda paralizada, sin saber qué hacer. Nos observa, los ojos bien abiertos, asombrada por completo. Un sonido de cisterna se cuela por el pasillo que termina en la puerta donde estamos. Todos miramos hacia el fondo, incluida Carlota, que se ha dado la vuelta.

Vence aparece entonces, secándose las manos en los pantalones, aún algo húmedas. Me quedo completamente estupefacta al verlo. ¿No ha hecho caso a mi llamada? ¿Por qué está aquí? No me lo esperaba. Si revela que alguien lo ha llamado advirtiéndole de nuestra llegada, seré la primera sospechosa.

—¿Inspectores? ¿Qué hacéis aquí?

—Vienen a detenerte, Vence.

—¿A mí? ¿Por qué?

Se pone las manos en el pecho mientras no deja de mirarnos exigiéndonos una explicación.

—Tienes que acompañarnos, Vence. No merece la pena que te resistas.

—En absoluto, no me voy a resistir, pero no lo entiendo. ¿De qué se me acusa?

—Estás detenido por el asesinato de Carlos Mengol, Jimmy Carvalho, Roko y el comisario José Hernández.

—¿De verdad me vais a acusar de esas muertes? ¿Qué ha pasado? ¿Os han presionado desde arriba para detener a alguien? No me hagáis esto, por favor.

Mientras lo dice, se acerca a nosotros con las manos juntas, esperando que le pongamos las esposas, pero Sánchez se niega.

—No te voy a poner las esposas. Te prometo que nadie va a saber que vienes detenido.

Vence resopla, indignado, y se da la vuelta para despedirse de Carlota, dándole un beso.

—No te va a pasar nada, cariño —le dice Carlota.

Sánchez y Pirática acompañan a Vence, mientras yo me quedo mirando hacia el interior del piso, donde Carlota tiene una expresión de tristeza.

—Él no ha hecho nada malo —me dice.

—Lo siento mucho, pero son órdenes.

Me doy la vuelta para alcanzar a mis compañeros, que ya están al final del pasillo esperando el ascensor, pero entonces Carlota me llama la atención:

—Gracias por avisar.

Ese comentario me frena en seco y hace que las pulsaciones de mi corazón golpeen con fuerza. Ahora soy yo la que abre los ojos, sorprendida, mientras no dejo de observarla. ¿Qué está pasando? Sabe que he sido yo quien ha avisado a Vence y no dice nada, pero tampoco han intentado huir. Carlota me sonríe con agradecimiento y cierra la puerta. Estoy completamente confundida.

Salimos del portal todos juntos e intentamos que la detención pase desapercibida para evitar que la prensa sospeche los próximos días. Caminamos varios metros hasta llegar al coche de Pirática y metemos a Vence en el interior. Antes de subirme, hago un reconocimiento visual de los alrededores para asegurarme de que nadie se ha dado cuenta de la detención; todo parece tranquilo. El cielo sigue oscuro, con diferentes tonalidades de gris.

Cuando todos están dentro, me preparo para subir también, pero algo me hace detenerme. Al otro lado de la calle, una extraña silueta encapuchada nos observa fijamente. Afino la vista y, con un escalofrío, creo reconocer quién es.

Es Solid, el hermano de Diana.

61 – Carlota - Día 20

«Treinta minutos antes»

Vence entra por la puerta del piso con cara de circunstancias, como si hubiera presenciado algo inesperado.

—¿Ya estás aquí? ¿No te dije que fueras a comprar aceite para freír?

—No te vas a creer lo que me acaba de pasar.

—Prueba a decírmelo.

—Me ha llamado un número privado con la voz distorsionada, avisándome de que vienen a detenerme.

—¿¡Qué!? ¿Por qué?

—No lo sé. Solo me ha dicho que llegarán en quince minutos y luego ha colgado.

—¿Quién era?

—Aunque no he reconocido la voz, parecía una mujer.

—Joder, ¿y qué hacemos? ¡Vete y escóndete!

—No me voy a esconder, Carlota. No he hecho nada malo, ya lo sabes. Si me escondo, pareceré aún más sospechoso.

—¿Te la vas a jugar a que te detengan? ¿Y si se inventan pruebas para meterte en la cárcel?

—Soy inocente y no temo enfrentarme a ellos. Me voy a entregar.

—Pero Vence…

—Carlota, confía en mí. Es la mejor opción.

—Quieren cargarle los muertos a alguien y vas a ser tú —una lágrima se desliza por mi cara.

—Voy a necesitar que hagas algo mientras esté detenido.

—¿Qué quieres que haga?

—Busca a Solid. Él está detrás de todo esto.

—No voy a poder, Vence. Hemos intentado encontrarlo juntos y ya has visto el resultado…

—La policía no tendrá un mejor sospechoso que yo y puede que no nos veamos en un tiempo, a no ser que lo encuentres. Búscalo, por favor.

El timbre de la puerta interrumpe nuestra conversación. Vence me sujeta la cabeza con suavidad y me besa.

—Confía en mí. Te quiero mucho, pequeña.

—No quiero que te detengan.

—Hazme caso. Abre la puerta y diles que estoy en el baño. Salgo en cinco minutos.

Nos apretamos las manos una última vez, antes de alejarnos en direcciones opuestas.

Abro la puerta y me encuentro con los inspectores Sánchez, Pirática y Helena.

SEGUNDA PARTE

Elige a quién creer

1 – Eric Dilmaz- HACE AÑO Y MEDIO

—Buenos días, inspector.

—Capitán. En la Guardia Civil no hay inspectores, soy el capitán Eric Dilmaz —me estrecha la mano.

—Ah, sí, cierto. Perdón por el despiste, tengo la cabeza en otro sitio.

—Le agradezco que haya venido, Ismael. ¿Puedo llamarle así?

—Me llamo Ismael Cheshire, pero todo el mundo me conoce como el Dr. Henky.

—De acuerdo, Dr. Henky. ¿Sabe por qué le he hecho venir?

—Supongo que tiene que ver con La Gran Unidad.

—Así es. Gracias a la información que aportó, pudimos resolver muchas incógnitas.

—Me alegra haberles ayudado.

—El problema es que aún no hemos cerrado el caso, se ha vuelto a reabrir.

—¿Por qué?

—Hemos metido en la cárcel a la mayoría de los responsables de la organización, pero los tres que quedaban desaparecidos han sido asesinados.

El doctor no puede evitar mostrar sorpresa en su rostro.

—¿Han matado a…?

—Sí, a Avid Le Fried. Y no ha sido una muerte rápida, precisamente. Parece que lo han torturado y le han grabado un mensaje en el pecho, desgarrándole la piel.

—No puede estar hablando en serio.

—Se lo aseguro.

—¿Qué decía el mensaje?

—«No tengas miedo».

—Joder…

—¿Tiene alguna idea de quién podría ser el responsable?

Se queda pensativo durante unos segundos.

—No tengo ni idea, pero podría ser cualquiera afectado, directa o indirectamente, por esos degenerados.

—Pfff —exclamo con algo de resignación—. Yo pensaba tomarme unas semanas de vacaciones, ¿sabe? En fin, me gustaría que le echase un vistazo los cadáveres. Acompáñeme.

2 – Dr. Henky - HACE AÑO Y MEDIO

Hemos llegado a la morgue, donde aún permanece el cuerpo sin vida del padre de Carlota. Eric Dilmaz se aparta y me da permiso para que lo inspeccione.

Pocos minutos después, no hay duda: el cuerpo de Avid Le Fried presenta claros signos de tortura antes de su muerte. Uñas arrancadas, pulmones encharcados, orina en su ropa y la superficie ocular de sus ojos llena de vasos sanguíneos hinchados y dilatados. Según Eric, estaba vivo cuando le rasgaron el mensaje «No tengas miedo» en su pecho. Ha muerto en medio de una agonía indescriptible, el peor sufrimiento que alguien puede experimentar mientras sigue consciente, una tortura que, sin duda, le hizo suplicar por un tiro de gracia. Un auténtico horror.

No comparto mis pensamientos con el capitán, pero sé perfectamente quién ha matado a Avid Le Fried. Lo conozco demasiado bien:

Solid.

La única persona que ha sido torturada por La Gran Unidad y, a su vez, no conoce el miedo por esa patología extraña que sufre. Recuerdo claramente su testimonio de lo que vivió, aún resuena su voz apagada en mi mente:

«Después de que me sometieran a ahogamiento simulado durante días, tras las descargas eléctricas y los golpes que me dejaron sin capacidad para oír nada más que un horrible pitido en los oídos, perdí la noción del tiempo y de mí mismo. Pero nunca tuve miedo, solo dolor. No podían intimidarme con torturas teniendo la enfermedad de Urbach-Wiethe. Podían matarme de dolor, pero jamás conseguirían que confesara por miedo.»

Sus palabras me permiten contextualizar la muerte de Avid Le Fried. El mensaje grabado en su pecho, un claro recordatorio de que, para sobrevivir al dolor como él lo hizo, solo se necesita una cosa: no tener miedo.

Ahora, ¿qué pretende hacer? ¿Podemos fiarnos de él o hemos creado un monstruo? Si ha matado a Avid Le Fried, ¿qué pasará con su hija, Carlota? ¿Y con nosotros, que lo conocemos? Confiar en que no nos hará daño es un riesgo, pero si Solid ha perdido el control, debo avisar a Carlota. Sin embargo, no puedo ir a su piso mientras Vence esté allí. Solid y Vence son amigos cercanos y cualquier intento de intervenir podría nublar el juicio de Vence. Necesito encontrar otra forma de avisar a Carlota, pero ¿cómo? ¿Una llamada? ¿Y si Vence la escucha? No puedo arriesgarme a eso. Por lo pronto, le voy a enviar una carta junto con el informe forense de la muerte de su padre, a través de correo certificado y urgente. De esta manera, tendrá una prueba irrefutable de lo que está sucediendo.

—¿Dr. Henky?

—Dígame, capitán.

—Sé que está concentrado observando el cadáver, pero algo me ronda por la cabeza, no sé si será importante.

—Le escucho.

—Cuando usted denunció el caso, mencionó que intentaron violar a una amiga de Carlota, llamada Diana, en el aparcamiento de la discoteca, la misma noche que drogaron a Carlota y a Piero. ¿Me equivoco?

—Así es.

—¿Alguien pudo grabar el intento de violación? Creo que la muerte de Avid Le Fried podría estar relacionada con ello. Si él era el jefe de la organización, tenía a esos matones en nómina, por lo que sería culpable indirecto de la violación.

—Su deducción es interesante, capitán, pero no pudimos grabar la violación. Lo único que puedo asegurarle es que los agresores pertenecían a La Gran Unidad. Y recuerde otra cosa importante: Carlota y Diana eran amigas, se llevaban bien.

—Ya bueno, entienda que, aunque parezca una idea estúpida, tengo que barajar todas las posibilidades. Este caso tiene pinta de que se está enturbiando y no me va a hacer ni pizca de gracia.

Cuando aporté las pruebas del caso de La Gran Unidad, fui muy cuidadoso para que no se supiera nada de Solid. Él fue el único que no estuvo en el coche que llegó al hospital detrás de la ambulancia con Carlota. Solid era el conductor de esa ambulancia, algo que todo el mundo desconoce, porque así lo decidí yo: si descubren su implicación, podrían deducir ciertas cosas que hicimos, no siempre dentro de los límites de la ley; y nos comprometería a todos, pero eso nunca se sabrá, a menos que alguien haya logrado ponerse en la piel de alguno de nosotros.

Por tanto, si el capitán llega a enterarse de que Solid es el hermano de Diana, no dudará ni un segundo en ir a por él. Y no puedo permitirlo, no sin antes encontrarlo y hacerle entrar en razón. En el fondo, hemos vivido tantas cosas en tan poco tiempo que no podemos evitar protegernos mutuamente, incluso si eso significa hacer sacrificios.

Tengo que ir a casa de Solid.

3 – Dr. Henky - HACE AÑO Y MEDIO

Después de despedirme del capitán y enviar la carta certificada a Carlota, me subo al coche y me dirijo al barrio donde vive Solid. Aparco dos calles más atrás para no levantar sospechas y en unos minutos me sitúo frente a la casa adosada donde, en teoría, Solid debería estar dentro. La cancela que da a la calle está apenas entreabierta, una invitación clara para entrar. No lo hago sin antes tocar el timbre, adherido a uno de los pilares de la fachada.

Mi deseo de que esté en casa se desvanece con rapidez, cuando nadie responde. Subo los escalones hasta la puerta principal y golpeo con firmeza. Espero unos segundos, pero sigue sin haber respuesta. Paso suavemente la mano por el borde entre el marco y la puerta, empujando con la yema de los dedos para comprobar si está cerrada sin llave o si hay más seguridad. Al empujar, noto cierta holgura.

Buenas noticias: parece que solo el resbalón bloquea la entrada. Saco de mi cartera una tarjeta fina y flexible, traída para la ocasión, y la deslizo entre la puerta y el marco. La muevo con cuidado hacia arriba y hacia abajo para sentir el resbalón y la flexiono justo en el filo para hacer palanca. Un golpe rápido y preciso es suficiente para que la puerta se abra.

La oscuridad me envuelve al entrar en la casa de Solid. Cierro la puerta y me quedo unos segundos en silencio, asegurándome de que estoy solo.

Sin encender las luces, reviso las habitaciones. Subo al piso superior, abro los baños, la cocina, el sótano. Luego, regreso a la planta media y abro la puerta del salón: una luz parpadea en un ordenador portátil.

Me acerco con cautela. Alguien ha dejado un documento abierto y una carpeta con más información. Busco una silla y me siento para examinarlo, aún a oscuras. El documento parece ser un informe en el que Solid relata sus visitas a un psicólogo. Habla de su patología:

la incapacidad de sentir miedo y el esfuerzo mental necesario para identificar el peligro cuando no se puede reconocer. Más abajo, se menciona una grabación de audio titulada «pacientemiedo.mp3». Minimizo el archivo y abro la carpeta que estaba en segundo plano. En la subcarpeta de audios, encuentro el archivo con el mismo nombre. Hago doble clic y el audio comienza a reproducirse:

«…te voy a contar una anécdota. Tengo una paciente policía que es todo lo contrario a ti. No puedo decirte su nombre, pero sufre de miedo constante. Tiene un trastorno de ansiedad generalizada que le impide salir a la calle con tranquilidad. Su miedo la paraliza en cualquier situación inesperada y no puede ir sola a ningún lado, pero es muy inteligente, muy lista. ¿Cómo es posible que sea policía con ese defecto? Te preguntarás. Pues bien, me ha contado que resuelve los casos más complicados de la policía desde una oficina. Con esto quiero decirte que tu falta de miedo es solo una condición que debes aceptar, igual que ella debe aceptar el miedo que siente. Podemos ser realmente útiles a pesar de nuestras condiciones, si las utilizamos a nuestro favor…»

¿Qué demonios es este audio? ¿Por qué Solid ha grabado a su psicólogo justo cuando habla de otra paciente? No logro entender qué importancia tiene lo que acabo de descubrir, ni por qué tiene este documento abierto. Si ha dejado el ordenador así, no debe estar muy lejos. Otra cosa que me llama la atención es que usa un nombre falso. Se hace pasar por alguien llamado Nicolás de Paula. ¿Por qué se oculta tras ese nombre? No logro entenderlo.

En la mesa hay también una carpeta que había ignorado por estar pendiente de lo demás. La abro y, usando la linterna de mi móvil, ilumino el primer folio. Una frase escrita a mano me golpea de inmediato: «SE LO MERECEN». Justo debajo, unas imágenes y un texto que me cortan la respiración. Me cuesta incluso asimilar la información que estoy leyendo, la verdad me golpea de lleno: he estado equivocado todo este tiempo.

No puede ser posible, tengo que hablar con el capitán y debo hacerlo ahora. Me levanto de la silla, pero no antes de sacar unas fotos de los folios con mi móvil.

En ese instante, la linterna ilumina una sombra moviéndose por encima de la mesa mientras echo las fotos. Alguien está detrás de mí, no tengo tiempo para girarme.

—Lo siento mucho, doctor. Será rápido.

4 – Carlota - HACE AÑO Y MEDIO

La puerta del piso se viene abajo: alguien la está golpeando con fuerza desde fuera. Me levanto del sofá y voy hacia ella. En cuanto intento abrirla, la persona detrás empuja con tal insistencia que casi me derriba.

—¡Pero bueno! ¡¿Quién es?!

Diana entra al piso sin mirarme, caminando hacia los dormitorios.

—¿Dónde está? —me pregunta.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? Vence, ¿dónde está?

—Ha salido hace un rato, ¿para qué lo quieres?

—Mi hermano se ha despedido de mí por Whatsapp, dice que se va de vacaciones. He ido a su casa y ya no estaba. ¿Qué está pasando, Carlota?

—Supongo que querrá tomarse un respiro después de todo lo que ha pasado, ¿no crees?

—Carlota, conozco a mi hermano como si lo hubiera parido, nunca se despediría así de mí. Algo está pasando y Vence tiene que saberlo. Llámalo y dile que venga.

—Espera, Diana. No te agobies, vamos por partes. ¿Has llamado a Solid?

—No me coge el teléfono. Lo conozco, cuando siente que está en peligro intenta alejarse de mí, pero no voy a permitir que le pase nada malo. Dile a Vence que venga o iré yo a buscarlo donde esté.

—Pero, Diana…

—Por favor, Carlota.

Su mirada es tan intensa que siento su preocupación calarme hasta en los huesos. Antes de que pueda reaccionar, se da la vuelta para irse.

—Espera, Diana. Vence no sabe nada, todavía.

Diana se vuelve rápidamente y me tira del brazo, sentándome en el sofá donde estaba antes.

—Dime qué coño está pasando.

Han pasado unos días desde que recibí la carta del Dr. Henky confirmando la muerte de mi padre y advirtiéndome de que Solid ha perdido la cabeza, pero aún no se lo he contado a Vence, ni a nadie.

—Mi padre está muerto.

Diana me mira fijamente.

—¿Cómo lo sabes? Si desapareció cuando destapó lo de La Gran Unidad...

—El Dr. Henky le ha hecho la autopsia.

—¡¿Qué?! Estás bromeando, cuéntame la verdad.

Me levanto y voy a mi cuarto a buscar la carta del Dr. Henky. Cuando regreso al salón, Diana está de pie esperándome. Le entrego la carta y dejo que la lea en silencio.

A medida que avanza, su cuerpo se hunde lentamente en el sofá. Una lágrima cae por su rostro y se empapa en el papel. Cuando termina de leerla, respira y me mira con una mezcla de sorpresa y resignación.

—¿Crees lo que dice esta carta, Carlota? —pregunta, sollozando.

—Yo…

—No, por favor, tú no.

—Tú hermano no está bien, Diana.

Mi comentario le llega como una puñalada. Con el impulso que utiliza para levantarse de nuevo, me agarra del cuello y me empuja contra la pared. Estamos a unos pocos centímetros la una de la otra, sus manos tiemblan.

—Dime, por lo que más quieras, que no crees esas palabras.

—Diana, Solid ha matado a mi padre.

—Él no haría eso.

—Tenemos que dar con él y evitar que cometa más locuras. No le he dicho nada a Vence porque sé cómo reaccionaría, igual que tú.

—¿Después de todo lo que ha hecho por nosotros, quieres meterlo en la cárcel, matarlo, o qué quieres?

—No eres consciente de que torturó a mi padre antes de matarlo, ¿verdad? Solid no está bien de la cabeza, nunca lo ha estado...

Mis palabras transforman la expresión de Diana en pura furia. Con una rabia incontrolable, me agarra con ambas manos por el cuello, casi estrangulándome. Luego, con un grito de impotencia, lanza un golpe que termina impactando en la pared, justo al lado de mi oído. Escucho claramente el sonido de sus nudillos desgarrándose contra el gotelé. Debe haberse hecho mucho daño.

—No voy a permitir que le hagas esto a mi hermano, ¿me has entendido?

No puedo responder, sus manos siguen apretando mi cuello con fuerza.

—Mmmm… me… aho… go...

Se da cuenta de que voy a perder el conocimiento y me suelta. Respiro aliviada.

—Dile a Vence que, si no me ayuda a encontrarlo, para mí estáis muertos los dos. Tú y él.

Caigo al suelo, agotada, observando cómo Diana abandona el piso, dando un portazo que resuena por todo el lugar.

Pocos minutos después, aún recuperándome de la asfixia, escucho a Vence llegar. Me encuentra tirada en el suelo.

—¡Carlota! ¿Qué ha pasado?

Sin saber cómo explicar lo que acaba de suceder, tiendo la mano y le entrego la carta del Dr. Henky.

—¿Qué es esto?

—Tenemos que encontrar a Solid.

Es lo único que soy capaz de decir.

5 – Sapi - Día 20 (21:50h)

«Actualidad»

Después de que la Comisaría nos haya obligado a retener a Vence en la Planta durante unos días, llego a casa con la certeza de que es una decisión forzada y precipitada. No ha sido necesario que lo admitiera en voz alta; es evidente que su actuación está condicionada más por el miedo a perder su puesto que por el bien del caso.

Camino por casa, intentando apartar el asunto de mi mente, pero la incomodidad persiste. Me pregunto si, en algún momento, se ha detenido a considerar las consecuencias de lo que ha hecho o si simplemente ha preferido mirar hacia otro lado.

Necesito desahogarme, expresar lo que siento antes de que esta frustración inicial termine por consumir mi paciencia. Y sé exactamente con quién puedo hacerlo. Solo hay una persona capaz de entenderme, de escucharme sin juicios y, al mismo tiempo, aconsejarme.

—Luis Edu, me dijiste que te escribiera si lo necesitaba.

—¡Sapi! ¿Cómo estás? ¿Qué onda?

—Hemos pillado… al asesino.

—¿En serio? Espera, ¿y por qué me lo escribes así? No pareces nada feliz.

—Estoy enfadada. Nos han obligado a detener a nuestro principal sospechoso y necesito desahogarme con alguien que me comprenda.

—No te entiendo. Dices que es vuestro principal sospechoso, ¿qué tiene de malo?

—Es un sospechoso, no un asesino… por ahora.

—Tu Comisaria necesita resultados, ¿pese a todo? ¿Es eso?

—Pues sí. El asesino nos ha mandado una carta diciendo que, o hacemos pública la causa del asesinato del Comisario, o matará a alguien más que lo merezca.

—No mames.

—Así te lo cuento.

—Lo que habéis hecho, perdona si te incluyo, es la peor decisión posible. Sea o no vuestro sospechoso, habéis revelado al asesino que estáis desesperados. Eso le da poder.

—Es lo mismo que pensé en cuanto la Comisaria dio la orden de detención.

—Es que… incluso si el asesino es el sospechoso que tenéis detenido, probablemente lo haya planeado todo. Si iba a matar a alguien, lo habrá hecho antes de que fuerais a por él. ¿Estás segura de que el asesino no es vuestro sospechoso?

—Creo que sí lo es, pero hasta que no tenga las pruebas suficientes para demostrarlo, tengo un sospechoso y un asesino aunque sean la misma persona.

—Ya, pero el tiempo juega en tu contra. ¿No pudiste llamar la atención del asesino con alguna mujer víctima de violación? ¿Recuerdas lo que hablamos sobre provocarlo para que fuera él mismo quien te diera las pruebas?

—Tenía en mente hablar con Marta, la que casi se queda ciega porque Roko le echó ácido en la cara, pero entre que no soy capaz de ir sola a nuevos lugares y la amenaza del asesino, no he tenido tiempo para hacerlo.

—Te voy a ser sincero, estás en un momento bien jodido, la neta. Sabes que Vence no va a estar más de dos o tres días detenido si no encuentran nada, ¿verdad?

—Sí, es mi mayor preocupación: se puede liar una buena con la prensa, las publicaciones… Ojalá tenerte aquí a mi lado, Luis Edu. ¿Te gustaría hacer un pequeño viaje México-Alicante? Yo pago todo, ja ja.

—Ya me gustaría estar contigo, Sapi, pero no me necesitas.

—No te imaginas lo que agradecería que estuvieras aquí. Creo que este va a ser mi primer revés, mi primera derrota en el cómputo

de casos resueltos frente a casos no resueltos. Voy a estrenar el marcador en contra con 5-1.

—Siempre estoy a tu lado, ya lo sabes. Me das un silbidito y aquí estoy, pero ¿ya te diste por vencida? No me lo creo. Te quedan 3 días largos y bien chidos para incriminar, o no, al detenido.

—Me encanta tu forma de ver las cosas... Te importa una mierda el peligro, el riesgo o la responsabilidad que conlleva una situación. ¡Nunca te lo tomas en serio!

—¿A poco todavía no me conoces? Lo más serio es no tomarse las cosas tan a pecho. Da igual lo joven o viejo que uno sea, cuando te das cuenta de eso, empiezas a ser más libre, a tomar mejores decisiones, a no tener miedo.

—Ahora que mencionas el miedo...

—¿Qué pasó?

—¿Te conté que el asesino firma a sus víctimas con el mensaje «No tengas miedo»?

—No. ¿Por qué motivo?

—Es un mensaje dirigido a las mujeres que sus víctimas han violado o agredido, como para que entiendan que todo ha acabado, que ya no deben temer por ellos.

—Eso confirma la debilidad que siente por esas mujeres agredidas y violadas. Sigue por ahí, Sapi. Estoy seguro que algo vas a encontrar.

—Lo sé, he pensado incluso que si logro pillar al asesino, me tatuaré el mensaje en un brazo, para recordarle a mi cerebro que no debe tener miedo cada vez que ponga un pie en la calle.

—¿Ah sí? Pues te prometo una cosa.

—Verás tú…

—Si resuelves el caso y vas a tatuarte, me lanzo a España y me tatuo contigo para celebrarlo.

—No lo dices en serio.

—Ponme a prueba.

6 – Helena - Día 21 (9:18h)

Hace un día que hemos incomunicado a Vence en la sala donde interrogamos a Carlota por primera vez. Al no contar con un calabozo, la Comisaria ha decidido mantenerlo ahí hasta nuevo aviso.

Mientras los demás están inmersos en la búsqueda de información para culparlo antes de que pasen los tres días, yo sigo afectada por lo sucedido. He cometido un grave error al hacer esa llamada y ahora dependo de que ni Carlota ni Vence digan nada. El comentario de Carlota al salir de su piso, «Gracias por avisar», me ha destrozado. Estoy confundida y preocupada, porque si Vence no ha escapado, tal vez sea inocente. Eso me deja en una situación comprometida y reafirma mis investigaciones: Solid puede confirmarse como el verdadero asesino.

Pero Carlota me ha descubierto y no solo ella; Diana, la hermana de Solid, también me amenazó con revelar que me colé en su casa cuando fui a robarle el disco duro. He cometido dos imprudencias que tarde o temprano me van a salir caras, todo por una causa que parece existir solo en mi cabeza.

¿Servirá de algo lo que estoy haciendo para que el asesino, al menos, logre crear conciencia en la sociedad? ¿Merece la pena arruinar mi carrera profesional para evitar su detención y que publique el caso?

Y luego está Solid: oculto, desaparecido, invisible para todo el cuerpo policial. Solo yo conozco su importancia en este caso, pero no se lo he contado a mis compañeros. ¿Qué hacía observándonos mientras nos llevábamos detenido a Vence? Solid es mi principal sospechoso, pero si es así, estaríamos perdiendo el tiempo acusando a alguien inocente. ¿Debo permitir que arresten a Vence para que Solid siga matando violadores? Esto es un lío.

Mientras sigo dándole vueltas, Sánchez se acerca y me advierte algo.

—Helena; Sapi y yo vamos a interrogar a Marta, la novia de Roko, a ver si identifica al asesino. ¿Te quedas con Pirática vigilando a Vence?

—De acuerdo, jefe.

—Pirática, ¿tú también me has oído?

—Sí, jefe. No le quitaremos el ojo de encima.

—Perfecto, chicas. Luego nos vemos.

En cuanto Sánchez abandona las instalaciones, Pirática se acerca a mí y me pone una mano en el hombro.

—No puedo creer que tengamos al asesino a tan solo cinco metros.

—¿Crees que es él? —le pregunto.

—Si te soy sincera, no lo parece, pero quién sabe qué se esconde tras esa cara bonita.

—Pienso igual.

Sigo observando el interior de la sala donde está Vence.

—Creo que Sapi lo atrapará —dice, golpeando con el dedo la ventana unidireccional que nos separa de él—. He visto su historial, ha resuelto casos aún más complejos que este. No ha dejado ninguno sin cerrar.

—Ahora tiene un problema añadido: el tiempo.

—Si sueltan a Vence en dos días, sabe Dios que no voy a parar de vigilarlo. No podrá matar a nadie más en mi presencia, eso te lo aseguro.

—Tu plan suena bien, pero mira a ese tipo —le señalo—, ¿no crees que tiene algo preparado? Esto ha sido demasiado fácil.

—Mmmm.

El móvil de Pirática vibra en el interior de sus vaqueros. Lo saca, frunciendo el entrecejo al ver la pantalla. No logro distinguir quién la llama. Se aleja unos pasos y responde, la conversación parece enrarecida.

No oigo lo que le dicen, pero su actitud cambia con rapidez. La noto preocupada, al punto de oírla maldecir en voz baja. Cuelga y se acerca de nuevo hacia mí.

—Helena, tengo que irme. Te quedas con Vence, ¿vale?

—¿Me dejas sola? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?
—Cosas personales. Vuelvo en cuanto lo resuelva.
—¿Es grave?
—Te lo cuento luego.
—No tardes, por favor.

Se va tan sumida en sus pensamientos que parece haber olvidado que estamos a cargo de un detenido.

Me acabo de quedar sola en la Planta, a solo cinco metros del posible asesino del caso.

7 – Helena - Día 21 (11:59h)

Llamo a Sánchez para informarle que estoy sola en la Planta a cargo de Vence. Pirática ha tenido que ausentarse por una urgencia familiar, o al menos, eso es lo que le he dicho; he de cubrirla. La furia de Sánchez al otro lado de la línea es descomunal, pero él está ocupado interrogando a Marta con Sapi y no tiene margen para mucho más. Me ha pedido que no haga nada fuera de lo común en la Planta, que me limite a supervisar al detenido, lo que ya tenía planeado, aunque no puedo evitar que algunos pensamientos indeseados empiecen a formarse en mi mente.

¿Qué pasaría si interrogo a Vence? Tal vez podría obtener algo, una pista, un vestigio que me ayude a confirmar si realmente es el asesino.

Me acerco a la ventana que nos separa y lo observo con detenimiento. Vence está tranquilo, mirando sus manos esposadas, jugueteando con los pulgares. No parece molestarle estar aquí. La calma que irradia es desconcertante, como si tuviera todo bajo control, una seguridad casi ofensiva para quien lo observa. ¿Cómo puede estar tan sereno si está acusado de asesinar a varios hombres? ¿Quién en su sano juicio permanecería tan impasible? Solo alguien inocente, tal vez, o un asesino muy astuto.

De repente, como si pudiera ver a través de la ventana unidireccional, gira la cabeza hacia mí. Su mirada no transmite miedo, sino una extraña simpatía, pero esa expresión me obliga a dar un paso atrás, casi sin quererlo.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Tengo un poco de sed. ¿Me podrías traer un vaso de agua, por favor?

Nadie responde, pero él no se detiene. Hace gestos con las manos hacia la ventana. Yo permanezco inmóvil, sumida en mis pensamientos.

No es hasta el tercer «hola» que sale de su boca cuando decido reaccionar. Lleno un vaso con agua del dispensador y me coloco frente a la puerta. Coloco mi mano en el pomo para abrir y pienso en las diferentes situaciones que pueden suceder ahí dentro. ¿Querrá matarme? ¿Intentará escapar? ¿Qué planea? Abro la puerta.

—Hola, inspectora Helena.

—Te traigo agua, aquí tienes —le digo, dejando el vaso en la mesa.

—Gracias.

Asiento con la cabeza, complacida de que no haya intentado nada extraño. Me doy la vuelta para salir, pero antes de hacerlo me llama la atención.

—Espera, Helena.

—¿Sí?

Su tono es diferente ahora. Ha dejado de jugar con sus manos y me mira de una forma sincera, casi preocupada.

—¿De verdad piensas que yo he matado a esa gente?

Su simpatía comienza a resultarme inquietante, tal vez por el hecho de estar a solas con él. La tranquilidad con la que me habla, sin parecer peligroso ni agresivo, es lo que activa todas las alarmas en mi cabeza, pero no pasa nada. Se queda ahí, sentado, esperando mi respuesta.

Sin pensarlo demasiado, me siento en la silla frente a él y lo miro fijamente.

—Si tuviera aquí al asesino de esos seres tan despreciables, haría todo lo posible para que siguiera matando a cualquier persona que intentara violar o abusar de una mujer. Sin embargo, no puedo hacer nada porque no estoy segura de si eres tú o no. Ya he comprometido mi carrera para descubrirlo y es probable que me despidan por este caso, pero quiero pensar que todo valdrá la pena.

Vence mueve ligeramente los labios, dejando escapar una sonrisa muy sutil.

—¿Estamos solos, inspectora?

—¿Por qué lo preguntas?

Arquea las cejas.

—No creo que puedas decirme algo así en presencia de tus compañeros o con una cámara grabando, a menos que alguno de ellos también sepa cómo ves el caso.

—¿Para qué quieres saber si estamos solos?

—Bueno... seguramente habrás pensado que, estando a solas, podría intentar matarte o escapar, pero quiero asegurarte que no voy a hacer nada de eso. Soy inocente. Puedes estar tranquila, no haré nada raro.

—Me alegro que pienses así, pero tengo una pregunta.

—¿Cuál?

—Has definido mi confesión como una forma de ver el caso. ¿Cómo ves tú el caso?

—Puedo darte mi opinión desde fuera, como cualquier ciudadano, si eso te sirve.

—Adelante.

—Creo que todo depende de la persona. Aquellos que han sufrido abusos o violaciones, o que simplemente han sido testigos de algo similar, estarán inclinados a pensar que lo que hace el asesino tiene algo de justificación. En cambio, quienes no han pasado por esa experiencia serán más objetivos, desde un punto de vista ético, al valorar el comportamiento del asesino. ¿Cuál es la valoración correcta? ¿La de quien ha sido afectado o la de quien no ha sentido ese dolor? No sabría decirte. De todos modos, la ley debería castigar al que hace mal las cosas, ¿no?

—A veces la ley está hecha para favorecer al culpable y desesperar al inocente.

—Tienes una visión bastante polémica para ser policía. ¿Puedo hacerte una última pregunta?

—La última y me voy. Ya has tenido suficiente recreo.

—Sé que esto es confidencial y lo más probable es que no quieras responder, pero has dicho que no estás segura de quién es el culpable. ¿De quién sospechas, aparte de mí? Me atrevería a decir que no se lo has contado a tus compañeros, visto lo visto.

¿Le cuento la verdad para ver cómo reacciona? Total, tarde o temprano me amenazarán de un lado o de otro, por una falta grave

más…

—Te lo voy a contar, aunque sé que puedes usarlo en mi contra. Pero da igual, ya me tiene amenazada tu amiga.

Vence se extraña y gira un poco la cabeza.

—¿Qué amiga? ¿Carlota? No creo que te haya amenazado.

—No hablo de Carlota. Hablo de Diana, la hermana de Solid.

Ahora, por fin, parece haber picado el anzuelo. Lo noto preocupado por primera vez. Se incorpora en la silla, cubriéndose la boca con las manos, un gesto claro de que necesita más respuestas.

—¿Qué tiene que ver Diana con esto? ¿Por qué te ha amenazado?

—Tssss… Me colé en su casa y le robé un disco duro. Unos días después, apareció en mi piso, me golpeó, recuperó su disco y me amenazó con contarle a la policía lo que había hecho.

—Típico de ella, pero hace tiempo que no la veo. ¿Ella es tu otra sospechosa?

—No. El otro sospechoso es su hermano, Solid. Creo que ella solo lo protege.

—¿Solid? Lleva desaparecido un montón de tiempo, sería casi imposible dar con él. Nadie sabe dónde está. Y no me lo imagino matando a nadie.

¿No sabe que Solid está aquí en Alicante, o me está mintiendo? Lo vi con mis propios ojos, observándonos mientras deteníamos a Vence. Su interés por Solid es sospechoso, así que seguiré tirando del hilo.

—A lo mejor no ha matado a nadie, pero lo que sí es seguro es que presenció tu detención. Estaba oculto en la calle, observando cómo te subías al coche. Al principio me costó, pero lo reconocí.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio. Así que, mientras no esté segura de quién de los dos es el asesino, tú seguirás aquí y Solid caminará libre por la calle, sin problema. Será una pena que te culpen a ti si eres inocente.

—No seas tan dura conmigo, Helena. Si Solid es el asesino, encuéntralo y consigue las pruebas necesarias para sacarme de

aquí.

Viendo que no revela nada incriminatorio, doy por terminada la conversación.

—Ya lo veremos, pero se acabó el recreo, Vence.

—Una última cosa, por favor.

—¿Más agua?

—No, quiero llamar a Carlota. Necesito saber cómo se encuentra.

—Si no te importa que yo esté presente, te doy cinco minutos para hablar con ella.

—Sí, te lo agradecería.

8 – Pirática - Día 21 (10:49h)

Mi móvil vibra mientras hablo con Helena sobre Vence, nuestro detenido. La sorpresa que me llevo al ver el nombre de quien me llama es abrumadora. Me alejo unos metros de Helena y contesto, sin poder creerlo todavía.

—¿Darko? ¿Eres tú?

—Hola, Ana… —solloza.

—¿Estás llorando?

—Tienes que… ayudarlo.

—No te entiendo, Darko. ¿A quién tengo que ayudar? ¿Estás bien?

—La carta… mi padre lo ha dicho…

—A ver, Darko, relájate un segundo, respira, cuenta hasta cinco y me explicas con tranquilidad qué te pasa.

—Vale. Uno, dos, tres… —solloza de nuevo—, cuatro y cinco.

—Bien hecho. ¿Estás mejor?

—Sí. Te tengo que contar lo que ha dicho mi padre cuando le enseñé la carta.

—¿Qué carta? ¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que va a matar a Vi, tu compañero. No quiero que lo mate, es mi amigo, como tú.

—¡¿Qué?! ¿Seguro que lo has escuchado bien?

—Sí, me he encontrado una carta en la puerta de casa y se la he enseñado a mi padre. Después de leerla, ha llamada a un amigo suyo y se han enfadado mucho. Han dicho que iban a matarlo y se han ido en el coche.

—¿A dónde se han ido? ¿Lo sabes?

—No lo sé, pero seguro que le va a disparar a Vi, mi padre tiene una pistola.

Miro el reloj y calculo lo que tardaría en llegar a casa de Vi: unos treinta minutos. La situación es complicada, pero si llego a tiempo, podría ser suficiente.

—Vale, vamos a ayudar a Vi, ¿qué te parece?

—Sí, por favor. No quiero que se muera.

—Mira la hora del móvil. Dentro de 45 minutos vas a llamar a tu padre, ¿me oyes?

—Vale, pero ¿por qué?

—Luego te lo cuento, pero es muy importante que no dejes de llamarlo hasta que te coja el teléfono, ¿de acuerdo?

—Sí, dentro de 45 minutos llamo a mi padre hasta que coja la llamada. No voy a parar hasta que lo haga. ¿Podremos salvar a Vi?

—Seguro que sí. Voy para allá.

—Ten cuidado, por favor. Te quiero, Ana.

—Yo también te quiero, Darko. Adiós.

Doce años tiene la criatura que me acaba de pedir ayuda para salvar a Vi. Nunca tuve un hermano, pero no me importaría que Darko lo fuera. Me fastidia que se esté criando en ese entorno, pero si lo que dice es cierto, van a matar a Vi y no puedo permitirlo. Pero… ¿por qué motivo?

Sin perder un segundo más, cojo las llaves del coche y le digo a Helena que tengo una urgencia. No puedo explicarle lo que me ha dicho Darko; alguien tiene que quedarse vigilando a Vence y no quiero ponerla nerviosa.

En el trayecto hacia la casa de Vi, llamo a Sánchez para contarle la verdad: lo más probable es que necesite refuerzos. La respuesta es inmediata, Sapi y él han salido de la casa de Marta y están de camino a la de Vi, pero les quedan 50 minutos.

Vi sigue de baja, recuperándose del accidente que tuvo mientras perseguía al conductor que atropelló a Darko. Las malas noticias aumentan mi nerviosismo: no responde a mi llamada. Tengo que llegar rápido para asegurarme de que esté bien.

La casa de Vi está en Elche, a unos treinta kilómetros de Alicante, en una zona residencial apartada. Cada vivienda es independiente, aislada de las demás, lo que hace más difícil que algún vecino se entere de lo que pueda suceder.

Al llegar a la entrada del recinto, me doy cuenta de que no hay nadie en la garita. ¿Aquí no vigilan los fines de semana? Sigo, atravesando varias rotondas pequeñas, hasta llegar a la calle donde está la casa de Vi: número 18, al final. Aparco cerca, en una zona para estacionar en batería. Bajo del vehículo y, a unos metros de la casa, me topo con un todoterreno negro mal aparcado, con la rueda delantera sobre el bordillo de la acera. Agarro con firmeza la pistola y me acerco sigilosa, pegada a la fachada de la casa. Al llegar a la cancela, entreabierta, asomo la cabeza: no hay nadie.

Entro en silencio y avanzo por el jardín hasta la puerta principal, que está cerrada. Escucho ruidos en el salón, así que pego mi espalda a la pared y me voy deslizando hasta situarme en el filo de la ventana del salón. Asomo de nuevo parte de mi cabeza por la ventana y la vuelvo a esconder tras la pared: Vi está maniatado en una silla, mientras dos hombres, uno de ellos el padre de Darko, lo rodean.

Han pasado 32 minutos desde mi llamada a Darko y me quedan solo 8 minutos para que llame a su padre. He de reconocer que la situación me está haciendo sudar como nunca. Me seco el sudor de las manos en la camiseta y ajusto mi agarre en la pistola. Doy media vuelta a la casa y reviso la puerta trasera: está abierta. Avanzo agachada por la cocina hasta encontrarme con las puertas del salón, pero antes de entrar, presto atención a cómo uno de los dos matones amenaza a Vi:

—¿Entiendes lo que te va a pasar si no me haces caso? —dice con acento de Europa del este.

—No me preocupan tus amenazas. Estoy deseando ver cómo vas a salir de esta. Has entrado en la casa de un policía y lo has atado a una silla. Si no quieres pudrirte en la cárcel, tendrás que matarme y asegurarte de que nadie se entere.

—¿Me quieres poner a prueba?

—Y tú, ¿me quieres poner a prueba a mí?

Vi no se amedrenta ante nada ni nadie. A pesar de estar secuestrado y a punta de pistola por dos matones del clan de los Balcanes, mantiene su actitud desafiante. La respuesta parece enfurecer a uno de ellos, que lo golpea. Lo oigo caer al suelo. Al

asomarme con cautela por la rendija de la puerta, veo cómo le colocan una pistola en la boca, ya inmovilizado.

—Tienes una última oportunidad para decirme quién mató a Roko. Si no lo dices, te mataré a ti y seguiré matando a todos los que se interpongan hasta encontrarlo.

Vi, con la pistola en la boca, apenas puede balbucear algo. El padre de Darko le retira el arma y se inclina, acercando el oído a su boca para escuchar mejor.

—Dímelo.

—Tu puta madre. A la que deberían haber sacado los ojos, igual que a Roko, por parir una escoria como tú.

El padre de Darko pierde el control y golpea a Vi con la culata de la pistola, levantándolo del suelo con fuerza, como si fuera un muñeco. La cara de Vi está cubierta de sangre. Antes de dispararle, le dedica una última frase, furioso:

—Te vas a arrepentir de no haberme hecho caso.

Justo en ese momento, un instinto irrefrenable me impulsa a actuar. Irrumpo en el salón sin pensar en las consecuencias, rodeando con mi brazo al matón que cubría la espalda del padre de Darko. Sorprendido por mi aparición, el hombre se protege con el cuerpo de Vi, aún atado a la silla, y pone el arma en su sien.

—¡Se acabó el interrogatorio! ¡Suelta a mi compañero! —le advierto con firmeza.

—¿Ha venido tu putita a defenderte? —le dice el matón a Vi.

—No es mi putita —escupe sangre en el suelo—, es la que va a meterte una bala en la cabeza.

—¿Qué vas a hacer, putita? Tú estás apuntando a mi compañero y yo al tuyo. No tienes las de ganar, igual podemos dejarlo en empate, pero dos personas van a morir hoy si lo intentas. Después de eso, voy a dispararte y, a no ser que seas más rápida que yo, te mataré a ti también. Aún tienes la posibilidad de tirar el arma y evitar que suceda una tragedia. ¿Qué te parece?

No tengo tiempo para pensar en una buena respuesta. Miro mi reloj y calculo que quedan apenas dos minutos para que Darko llame a su padre.

—¡Pirática! —me grita Vi.

Lo miro, preocupada.

—¿Dime?

—Cincuenta por ciento —me lanza un beso con la boca, cierra los ojos y se ríe.

Son pocos segundos lo que tardo en entender el significado de «Cincuenta por ciento». Cuando detuvimos al camello del clan de los Melenas y el cabecilla me apuntó con su arma, Vi plantó cara y le instó a matarme, a cambio de matar al camello. Luego me dijo que había un 50% de probabilidades de que no lo hiciera. Verdad o no, me sacó de quicio que se hubiera arriesgado así. Ahora, el padre de Darko me ofrece algo similar: muerte por muerte. ¿Tendré un 50% de posibilidades de morir o vivir?

Pero ahora que lo pienso, ¿por qué ha cerrado los ojos Vi y me ha lanzado un beso? ¿Qué significa?

Y como si todo sucediera en cámara lenta, al padre de Darko le vibra el pantalón, suficiente para que gire su cabeza hacia el móvil que guarda en el bolsillo. Vi, aprovechando el descuido, lo empuja hacia atrás y se tira a un lado. En ese preciso momento, algo inesperado ocurre.

Sin darme cuenta, el hombre al que sigo sujetando logra coger su arma y dispara, apuntando hacia Vi y el padre de Darko. Tras esto, dejo de sujetarle el cuello, me tumbo de manera abrupta en el suelo y disparo por el hueco que hay entre las piernas del hombre. La bala atraviesa el pecho del padre de Darko y salpica de sangre la pared. Tardo milisegundos en reaccionar de nuevo e incrustar una bala en cada rodilla al hombre que tengo delante, lo necesito vivo, al menos durante unos minutos; sus piernas se doblan y cae fulminado de dolor.

Una extraña presión, como una neblina, desciende sobre mi cabeza y se refleja en mis ojos. No dura mucho, pero me deja con una sensación de asfixia que entorpece mi respiración. Caigo de rodillas y palpo mi cuerpo en busca de heridas, pero no encuentro nada. Trago saliva y miro a mi alrededor, devastada por la escena que se despliega ante mí.

El padre de Darko está sentado en el suelo, apoyado contra la pared, tapándose la herida del pecho con una mano mientras con la otra sostiene su móvil. El hombre al que he disparado en las rodillas sigue gimiendo de dolor y Vi…

Vi está muerto.

De su cabeza brota un charco de sangre que confirma su muerte instantánea. La bala le ha atravesado la cabeza.

Mi mente no quiere aceptar la realidad y se refugia en una sensación que me obliga a dudar de si lo que está pasando es real. Casi como un zombie, me acerco al padre de Darko y me dejo caer al suelo, sentándome junto a él. Le miro a los ojos y presencio su último aliento. Muere, también.

Entumecida, fijo mi mirada en su móvil y escucho un leve sonido por el altavoz. Lo agarro y me lo pongo en la oreja.

—¿Papá? ¿Estás ahí? Soy Darko. ¿Me oyes? Por favor, no hagas nada malo.

Cuelgo la llamada. Las lágrimas empiezan a deslizarse por mi rostro hasta la barbilla, pero no me importa. Cierro los ojos con todas mis fuerzas y grito, una explosión de impotencia que retumba en mi pecho, pero nadie me escucha. Bueno, sí. El maldito cabrón que ha disparado a Vi sigue vivo, quejándose de dolor.

Una ira repentina se apodera de mí. Me levanto con furia y empiezo a golpearlo con la culata del arma. Cuando ya no me quedan fuerzas, lo sujeto por la nuez con el pulgar y el índice.

—¿Cómo sabíais que vivía aquí?

El hombre apenas puede articular palabra. Le meto la punta de la pistola en la herida de su rodilla. Suplica, gime de dolor.

—Una… carta.

—¿Qué carta?

—Recibimos una carta.

—¿Qué decía la carta? —le exijo, apretando más la herida.

—Una carta anónima con esta dirección, diciendo que aquí vivía el asesino de Roko.

—¿Algo más?

—Sí.

—Dímelo.

—Firmada con la frase «No tengas miedo».

Esa frase me golpea como una descarga eléctrica. Sin pensarlo, lo suelto y, al instante, me agacho a su lado y vomito, recordando que Helena está sola en la Planta con Vence.

Sánchez y Sapi irrumpen en el salón a los pocos minutos y se acercan a ayudarme, pero en mi mente solo hay una cosa que importa.

—¿Dónde está Helena? —pregunto.

Sapi nota que estoy afectada, pero aún así dice la única frase que menos quería oír ahora.

—No lo sabemos. Vence y Helena han desaparecido.

9 – Sapi - Día 21 (10:03h)

Sánchez y yo hemos quedado con Marta en su casa, la mujer que sufrió ceguera parcial cuando Roko le arrojó ácido en la cara. Después de haber analizado el caso y sabiendo que no tenemos mucho tiempo para hallar alguna prueba que revele la identidad de nuestro asesino, nuestra única opción es obtener de Marta cualquier información que nos acerque a la verdad de los asesinatos.

Cuando la puerta se abre, nos encontramos con el rostro cicatrizado de una mujer que intenta sonreír, pero que la musculatura atrofiada de su cara le impide expresar con claridad sus intenciones. Su ojo izquierdo está oculto casi en toda su totalidad, por culpa del párpado superior que se mantiene caído. El ojo derecho destaca por una neblina grisácea en el lugar donde debería estar la pupila. Marta tiene veinticinco años y hace cuatro que sufrió tal agresión.

A su lado está su madre, que la sujeta por el hombro, mostrándole protección.

—Buenos días, inspectores. Pasen, les he preparado un café.

La madre nos conduce al comedor, donde la televisión está encendida, pero la apaga en cuanto nos sentamos en el sofá.

—Gracias por recibirnos a las dos —agradece Sánchez—. No habríamos venido si este caso no fuera tan complicado y peligroso para mucha gente.

Marta muestra su punto de vista antes de que entremos en detalle.

—Ese asesino que habéis mencionado antes por teléfono... es la razón por la que hoy quiero seguir viviendo.

Ambos nos quedamos en silencio, buscando las palabras adecuadas, habiendo pasado ya por la experiencia de tratar con los padres de Olivia.

—Solo queremos saber la relación que has tenido con él, en el caso de que quieras contarlo, pero en ningún momento te vamos a

exigir nada. Eres una víctima en todo esto.

—Os lo agradezco, inspectores, pero todo lo que yo pueda saber, hasta de manera inconsciente sobre él, os servirá para culparlo y es la única persona que ha podido hacer justicia por lo que me hicieron. ¿Han visto mi cara? Tenía veintiún años cuando ese malnacido me destrozó la vida por unos celos desmedidos. Roko me llamó para quedar, como un día cualquiera, pero lo había preparado todo. Esperé en el lugar donde nos habíamos citado y, a traición, me sujetó por la espalda uno de sus amigos y me arrojó un cubo lleno de ácido a la cara. Huyeron como cobardes y me dejaron tirada en el suelo mientras ese líquido iba quemando parte de mi cara. Ni a los perros se les hace eso. ¿Sabéis qué hizo la justicia? Seis años de prisión reducidos a cuatro, por buen comportamiento. Menos mal que me dejó casi ciega, sino, ni entra —dice, con un tono que mezcla cinismo y rabia—. ¿Os habéis preguntado qué ha sido de mí durante este tiempo? El daño que sufrí no se ha curado en 4 años. ¿Os parece justo?

—No podemos llegar a entender lo que has sufrido, Marta, pero si te soy sincero, no me parece justo el castigo que le dieron a Roko. Por muchos años que hubiera pasado ese hijo de puta en la cárcel, jamás igualará el dolor que llevas cargando desde entonces.

Su madre le acaricia la espalda y le susurra que se calme. Marta, obediente, relaja su postura.

—Siento ponerme así, inspectores —nos dice, con un tono más conciliador—. Sé que solo estáis haciendo vuestro trabajo, pero tratad de poneros en mi lugar.

—Agradecemos que nos entiendas, Marta, y créeme, te comprendemos, aunque no podamos imaginar lo que has vivido. No queremos ofenderte ni hacerte revivir nada doloroso, pero necesitamos saber cómo lo conociste.

Marta suspira y busca la mirada de su madre. Ella le asiente, dándole ánimo.

—Mirad, yo no lo conozco, nunca he quedado con él. Si queréis que os diga cómo es físicamente, no os podré ayudar, pero le he prometido a mi madre que seré sincera, pese a no estar de acuerdo.

—Valoramos tu esfuerzo. ¿Qué puedes contarnos?

—Cuando Roko salió hace unos meses de la cárcel, se le ocurrió la feliz idea de venir a verme para arreglar las cosas. Decía que estaba arrepentido y que había pensado durante mucho tiempo en la cárcel sobre sus malos actos. Quería que lo perdonase y que volviéramos a tener una relación, después de tantos años; pero lo rechacé. Para sorpresa de nadie, no se lo tomó bien y empezó a acosarme por la calle y por redes sociales. ¿Creen que me merecía de nuevo eso al cabo de los años? ¿No es suficiente con lo que me hizo? Fui a la policía a denunciarlo, pero llegaron las amenazas de su clan, tanto a mí como a mi madre; así que asustadas de nuevo, nos tuvimos que resignar y cerrar la boca.

La madre le aprieta el hombro con más fuerza. Marta cierra los ojos unos segundos antes de continuar.

—Hasta que un día, siguiendo un hilo en X, encontré la historia de una mujer. Contaba cómo había sido víctima de una violación en grupo.

—¿Olivia? —le pregunto, de inmediato.

—¿La conocisteis? Pobre mujer, no pudo soportarlo. Fue a través de ese hilo donde coincidí con... «vuestro asesino».

—¿Te contactó él?

—Sí.

—¿Pero no te conocía?

—Así es, no sabía nada de mí hasta que escribí en el hilo de Olivia. Compartí mi experiencia, pero de forma anónima, sin detalles que me identificaran. Sin embargo, expliqué lo suficiente para que quedara claro lo que me habían hecho y lo que me seguían haciendo. Fue entonces cuando alguien me escribió por privado preguntándome si estaba bien.

—¿Y qué hiciste?

—No le respondí al principio, pero como Roko seguía acosándome, un día me atreví, desesperada, a responderle por privado a ese usuario. Le di los detalles suficientes para que supiera quién era la persona que me había destrozado la vida y me aseguró que se ocuparía de él. No me lo creí en un primer momento, porque parecía más una conversación para desahogarnos que una súplica para que me ayudara a no tener miedo.

—¿Te habló sobre el miedo?

——Me dijo que no volvería a sentir miedo por culpa de Roko. Entendedme, yo no perdía nada, porque ya lo había perdido todo, pero el simple hecho de imaginar que alguien hiciera justicia… me parecía liberador.

—Lo entendemos, no te preocupes. ¿Qué pasó cuando supiste de la muerte de Roko?

—Pasaron semanas sin novedades, pero el cabrón de Roko seguía acosándome por la calle. Llegué a soñar con él, con ese maldito cubo de ácido. Hasta que tuve el valor de plantarme en su barrio y asegurarle al cabecilla de su clan que alguien vendría a matarlo. Un farol que esperaba que sirviera para que nos dejaran en paz a mi madre y a mí, pero se hizo realidad cuando a los días comprobé en las noticias que la policía lo había encontrado muerto.

—¿Hablaste con ese usuario sobre ello en X?

—Nada relevante, tampoco me reconoció que había sido él, pero yo supe que sí. Hablamos de tonterías unos días más y luego su cuenta desapareció.

El móvil de Sánchez suena, interrumpiendo el momento. Se levanta y sale al pasillo para atender la llamada. Yo sigo con mis preguntas.

—¿Alguna de esas tonterías fue relevante para ti?

—Nah, hablamos sobre Olivia, sobre lo duro que debió ser el suicidio para ella y sus padres, pero poco más.

—¿Seguro? ¿Nada relevante? —insisto.

—Pfff, yo qué sé, inspectora. No me acuerdo bien. Además, ya no tengo la conversación.

—Piensa, Marta, cualquier detalle. Algo que te dijera, aunque pareciera sin importancia.

—No, nada raro... Bueno, a ver, si consideras importante que él también estuviera afectado por estos casos, eso sí me lo dijo.

—¿Afectado?

—Sí. Me comentó que tenía una hermana pequeña. Según él, cuando ella cumplió diecinueve años, un novio que tuvo la extorsionó. Le amenazó con publicar fotos de ella desnuda si no se

acostaba con él. Dijo que eso le ayudó a empatizar con lo que nos había pasado, aunque no fuese tan grave como lo nuestro.

—¿Tiene una hermana?

—Eso me dijo.

Sánchez entra como una locomotora pegando gritos y haciéndome señas desesperadas.

—¡Sapi! ¡Nos tenemos que ir!

—¿Qué pasa? —pregunto, sorprendida por su urgencia.

—Es Pirática; va hacia la casa de Vi. Los del clan quieren matarlo.

Madre, hija y yo nos quedamos estupefactas. Dando varias zancadas, me sitúo en la misma puerta de salida y nos despedimos de forma apresurada de Marta y María.

—Gracias por vuestro tiempo, volveremos si necesitamos más información.

Salimos corriendo hacia el coche. Nuestro destino está claro: la casa de Vi. Pirática nos espera y no hay un segundo que perder.

10 – Sapi - Día 21 (13:07h)

Llegamos a la casa de Vi. Los coches de policía están aparcados en fila, bloqueando el acceso como una muralla de luces azules. Apenas nos ven, los agentes nos hacen un gesto para que dejemos el coche en un espacio reservado. Obedecemos en silencio y seguimos a pie hasta la entrada. Una cinta amarilla con las palabras «NO PASAR, LÍNEA DE POLICÍA» delimita el perímetro. Nos agachamos para cruzarla y nos dirigimos al epicentro del horror: no es solo una escena de crimen, es una carnicería.

Al entrar, el hedor a sangre nos golpea. Sánchez y yo giramos la cara casi al unísono, luchando contra las náuseas. El suelo está sembrado de cuerpos. Vi yace boca abajo junto al sofá, su cuerpo inerte sobre una alfombra que ha absorbido tanta sangre que parece un retazo de carne. A unos pasos de él, el imponente cuerpo del padre de Darko se apoya contra la pared, con un agujero de bala en el pecho. Tiene la boca seca de sangre y los ojos abiertos, vacíos, como si aún estuviera viendo su final. En la otra esquina del salón, un hombre al que no reconocemos está desplomado con las rodillas destrozadas. Su rostro sugiere que ha muerto desangrado hace poco.

Y entonces la veo. Pirática. Está sentada en una esquina, viva, pero rota por dentro. Su cuerpo está cubierto de sangre; su mano derecha empuña una pistola, mientras la izquierda cubre un rostro bañado en lágrimas. Me acerco despacio y me siento junto a ella. No digo nada. No soy experta en consolar a nadie, pero algo en mí me impulsa a actuar. Le paso el brazo por el suyo y apoyo mi cabeza en su hombro. Ella no reacciona. Llora en silencio, esclava de una mudez que parece protegerla del dolor insoportable de lo que acaba de presenciar. Sus ojos no se apartan de Vi, como si esa imagen estuviera tatuada en su mente. Ni siquiera creo que haya notado mi presencia.

Permanecemos así durante minutos, sin intercambiar palabras, simplemente unidas.

En un descuido, gira su cabeza y me clava su mirada, como si hubiese salido de repente del estado de shock en el que se encontraba.

—¿Dónde está Helena? —me pregunta.

Yo no dudo en responderle.

—No lo sabemos, ella y Vence han desaparecido.

—Ha sido el asesino.

—¿A qué te refieres?

—Sapi, el asesino le dijo al padre de Darko que aquí vivía el que mató a Roko.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo ha dicho el que está ahí con las rodillas reventadas, antes de morir. Alguien anónimo les envió una carta con la localización de la casa de Vi y firmada con un «No tengas miedo».

—¿Para qué querría el asesino provocar esto?

—Muy fácil, el padre de Darko nunca había dejado de ser su objetivo. Todo ha sido una distracción.

—¿Crees que lo ha planeado para que tú lo mataras?

—Ya lo intentó por su cuenta: quiso crear una guerra entre clanes y que terminaran a palos, pero como no le salió bien con el atropello a Darko, nos ha utilizado para que yo lo matase. No le ha hecho falta estar presente ni mancharse las manos, pero ¿qué culpa tenía Vi? —dice señalando su cuerpo con la cabeza.

—La maldita carta que nos envió.

—Tsss… Yo también lo he pensado, hemos infravalorado lo que nos dijo en la carta, creyendo que teníamos la situación controlada al detener a Vence.

—Nos avisó: «Si elegís la segunda opción, sabréis con total certeza a quién mataré, no os preocupéis». No le ha hecho falta ni un día para saber que no íbamos a hacer público lo del Comisario.

—Creo que nunca ha valorado esa alternativa, nos ha engañado, aunque me extraña que haya dejado tantas cosas al azar. ¿Y si no llega a avisarme Darko de que su padre iba a por Vi? ¿Y si no

disparo? ¿Qué probabilidad habría para que estuviese tan seguro de que sucedería?

—Está claro que el azar no parece determinante para él. Le da igual fracasar, lo volvería a intentar de otra manera. Ahora nadie lo culparía porque en el fondo has sido tú quien ha disparado, pero estoy segura de que lo ha planeado con antelación: la carta para que la Comisaria nos ordenase el arresto a Vence, el dejar sola a Helena sabiendo que tú acudirías a salvar a Vi; el resto es azar, pero es como si fuera capaz de adecuarlo en sus planes.

—Y ¿ahora qué? ¿Tenemos que publicar la muerte del padre de Darko y los motivos? Si no lo hacemos, puede que cumpla la amenaza de preguntarle a la población en internet si deben morir sus próximos objetivos.

—Hay algo peor que me preocupa: ¿quién es el asesino? Hasta hace nada estaba convencida al 100% de que Vence lo era, solo nos hacía falta encontrar las pruebas, pero si me preguntas ahora...

—¿Quién si no?

—Antes de venir aquí, hemos estado hablando con Marta, la ex de Roko, y me ha dicho algo bastante interesante.

—¿Qué?

—El asesino le confesó, sea verdad o no, que se sentía afectado al ver los casos de las mujeres violadas porque tenía una hermana a la que chantajearon con publicar imágenes de ella desnuda.

—¿Le crees?

—Yo diría que sí.

—Pues Vence no tiene ninguna hermana.

—Lo sé.

—¿Entonces?

En mi cabeza se produce un chasquido imaginario.

—Creo que tengo algo, pero necesito salir de aquí.

A Pirática le doy un beso en la frente y le aconsejo que se tome con paciencia lo que está por venir, no va a ser fácil asimilar la muerte de Vi; pero yo necesito olvidarme por ahora de lo sucedido y mantener mi mente centrada en resolver el caso. Aunque me duela lo de Vi, tengo que evitar que mis emociones vayan por esos

derroteros porque somos, junto a Sánchez, las únicas personas que quedamos operativas del grupo: Helena está desaparecida, Vi está muerto y Pirática va a necesitar un tiempo.

Sánchez me ve salir por la puerta de la casa.

—¿Dónde vas?

—Creo que tengo algo, voy al jardín para estar concentrada.

—Ok. Yo me ocupo de lo demás, pero… estoy considerando salirnos del caso. No puedo con esto, en serio.

No sé qué decirle, ni siquiera intento responder. Asiento con la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada, mientras clavo los ojos en el suelo.

Me siento en uno de los escalones de la entrada y saco mi móvil. Vuelvo a visualizar el video que nos pasó el capitán Eric Dilmaz de la ambulancia llegando al hospital junto al coche. Carlota, Diana y Nubia son las mujeres que aparecen en él. A su vez, me meto en la base de datos policial y compruebo si alguna de ellas ha hecho una denuncia en los últimos quince años.

Carlota está limpia, así que paso a Diana y encuentro algo llamativo: interpuso una denuncia por revelación y amenazas de difusión de imágenes íntimas, hace diez años. Para terminar, busco a Nubia, pero no tiene nada en su historial, por lo que me centro en Diana. Le hago un repaso a todo: expediente académico, lugares de trabajo, ciudad de residencia… hasta que leo algo en su parentesco familiar que ya sospechaba.

Tiene un hermano:

Jhon Álvarez.

Observo el rostro que tiene y me da la sensación de haberlo visto antes, pero no logro saber de qué me suena. ¿Dónde lo he visto?

Cierro los ojos para rebuscar en mi memoria esa imagen personal, dejando pasar unos segundos, con pensamientos que van y vienen. Y como una ruleta parándose en el número que he

apostado, la cara de Jhon Álvarez se superpone con uno de mis recuerdos recientes: el video de la ambulancia.

El conductor que la conducía esa noche tiene la misma cara que Jhon Álvarez. ¿Cómo es posible?

Eric Dilmaz no supo decirnos qué sucedió antes de que llegasen todos al hospital. Y ahí ha estado siempre, delante de nuestros ojos.

¿Qué hacía llevando una ambulancia? ¿Quién podría imaginar que el conductor estaba relacionado con los sospechosos?

Era algo tan obvio de negar que ninguno de nosotros nos lo hemos cuestionado, pero entonces, en el supuesto de que sea el asesino, ¿por qué le diría Jhon Álvarez algo tan personal a Marta cuando hablaron antes de que matara a Roko? ¿Un descuido? Sea lo que sea, hay que dar con él y no tengo ni la menor idea de dónde buscarlo.

Se me ocurre una idea, aunque va a ser un lío enorme de gestionar. Necesito que me ayude la única persona disponible que conoce el caso: el capitán Eric Dilmaz, pero tendría que hablar primero con la Comisaria para que la Guardia Civil le dejase colaborar con nosotros.

Por otro lado, y no menos importante, si Sánchez va a estar gestionando todo lo que ha sucedido con la muerte de Vi en estas próximas horas, voy a tener que salir sola a la calle con lo que eso conlleva: me puede dar una crisis nerviosa. He sido capaz de ir a lugares desconocidos de la mano de Sánchez y hacerlo ahora sin él, solo de pensarlo, me da un miedo nauseabundo.

11 – EL MANIFIESTO: capítulo X

Han elegido seguir ocultando los pecados del comisario sin vacilar. Me siento defraudado, obligado a aceptar la resignación. Por más que me esfuerce en hacerles entender la profundidad de mis actos, no logran captar el mensaje, tan simple como implacable: deben castigarse las decisiones que producen un daño irreparable en las personas. Si tienes la capacidad y la libertad de actuar correctamente, sin herir a nadie, y aun así eliges causar dolor, no merece haber clemencia. La única respuesta justa es ser letal con el culpable.

Podríais argumentar que mi forma de actuar atenta contra los derechos humanos y la presunción de inocencia. Y sí, admito que hay casos en los que no está del todo claro quién es el culpable, pero cuando un asesino viola, apuñala cuarenta y siete veces el cuerpo de una víctima y atraviesa su ojo con un punzón, en un caso tan evidente como este, ¿de qué derechos estamos hablando? ¿Quién es el humano aquí?

¿Quién, entre el grupo de hombres que violó a Olivia Nuero, puede ser considerado realmente humano? Podrán arrepentirse, alegar que estaban borrachos o bajo los efectos de las drogas, pero ¿cómo se repara el suicidio de Olivia Nuero? ¿Con arrepentimiento tras varios años en prisión? ¿Eso basta para arreglarlo?

Imaginad esto: el caso ocupa un par de días en las noticias. Los programas de televisión buscan entrevistar a los culpables, darle un rostro al escándalo. Se habla, se especula, se llena el aire de palabras huecas, pero con el tiempo, todo queda en el olvido. La sociedad sigue adelante. Volvemos a nuestra rutina diaria como si nada hubiera pasado, arrastrados por la inercia de lo cotidiano.

Y, sin embargo, en algún lugar, queda un vacío que no desaparece. Un saludo que nunca llega: la voz de una hija que sus padres jamás volverán a oír. Una historia de amor que pudo haber nacido de un encuentro casual y que ahora no será más que una

posibilidad rota. Un mensaje gracioso en un grupo de WhatsApp, escrito con prisa, que se pierde en el abismo de lo que pudo ser y nunca fue.

Esos vacíos no se llenan. No salen en las noticias. Nadie los recuerda, pero permanecen, persistentes, como cicatrices invisibles.

Somos responsables de nuestras decisiones, ya sean buenas o malas.

Tras fracasar en mi intento de atropellar a uno de los matones del clan de los Balcanes para provocar una guerra con los Melenas, mi objetivo nunca dejó de ser el padre de Darko por lo que le hizo a Slava, una mujer que solo quiso proteger a su hijo. Pero las cosas no han salido como esperaba. No podía matarlo en su territorio por razones obvias, así que tuve que encontrar una forma de hacerlo salir de su ratonera.

¿Mi plan? Provocarlo. Si le enviaba un mensaje anónimo jactándome de la muerte de Roko, acompañado de la localización de un supuesto culpable, existía una pequeña posibilidad de que mordiera el anzuelo. Y así ha sido, pero, aunque puedas anticiparlo, jamás puedes predecir el caos.

Reconozco que lo planeé todo, o casi todo. Sánchez y Sapi interrogando a una de las víctimas, Helena y Pirática en la Planta y la excusa perfecta para que Pirática fuera tras el padre de Darko: no iba a dejar que Vi corriera peligro.

¿Cómo lo conseguí? Nada fue casualidad. Me aseguré de que Darko encontrara la carta anónima. Sabía que no se la guardaría para él y que terminaría llevándosela a su padre. Es cierto que fue algo arriesgado: por un momento dudé de si tendría el valor de contarle a Pirática los planes de su padre. No estaba seguro de si haría esa llamada clave, pero la hizo y todo salió como había previsto... hasta ese punto. Porque lo que no puedes calcular es cómo el desorden toma el control una vez lanzas la primera ficha.

Jamás imaginé que alguien moriría. Mi única intención era que Pirática detuviera al padre de Darko, que lo encerraran y que todos salieran vivos de ese lugar.

Ahora cargo con otra muerte inocente, indirectamente, y ya van tres: el Dr. Henky, Slava y Vi. Soy tan culpable como aquellos que apretaron el gatillo. Creí que podía tener la situación bajo control, pero cuanto más culpables elimino, más inocentes sufren las consecuencias.

No quiero perder la cabeza matando culpables sin considerar a las personas inocentes que podrían salir dañadas. Tengo la responsabilidad de evitarlo.

¿Cuál es el siguiente paso?

Ahora es el turno de los inspectores. Ellos deben decidir: ¿revelarán al mundo los verdaderos motivos detrás de la muerte del padre de Darko, o dejarán que yo sea quien consulte a la sociedad si debe caer un culpable más?

¿Qué elegirán?

Yo lo tengo claro.

12 – Diana - HACE AÑO Y MEDIO

Han pasado varios días desde que fui al piso de Carlota para preguntar por mi hermano, pero no he vuelto a saber nada de él, me temo lo peor. La carta que Carlota me mostró, en la que el Dr. Henky confesaba que mi hermano había perdido la cabeza y había asesinado a varias personas, me ha destrozado anímicamente. No puedo soportar la idea de que desaparezca otra vez, no después de todo lo que tuvo que pasar.

Recuerdo el momento en que lo rescatamos de los laboratorios de La Gran Unidad. No era una persona lo que encontramos allí, era un trozo de carne herido y descompuesto, torturado hasta el límite. Lo incomunicaron en una celda blanca de apenas un metro cuadrado, le negaron el sueño, lo obligaron a hacer sus necesidades sobre sí mismo. Sufrió ahogamientos simulados, descargas eléctricas… una lista interminable de horrores que lo despojaron de toda humanidad.

«Moría varias veces al día. No tenía miedo, pero el dolor era insoportable, tanto que mi cuerpo caía en estado de inconsciencia como única forma de soportarlo. Llegó un punto en que dejé de ser persona; con el paso del tiempo, me arrebataron toda dignidad. Deseaba morir con todas mis fuerzas, pero me mantenían vivo, aferrado a la esperanza de que en algún momento les revelara algo sobre nosotros. No lo consiguieron.»

Mi hermano tiene todos los motivos para haber asesinado a esas personas de La Gran Unidad, incluido el padre de Carlota, pero nadie lo conoce como yo. No ha podido ser. Pondría la mano en el fuego por él, me adentraría con todo mi cuerpo si fuera necesario. Es cierto que deseaba enjuiciarlos, pero jamás actuar de esa forma. No sé en qué se ha basado el Dr. Henky para concluir que mi hermano es el autor de esos asesinatos, pero estoy convencida de que se equivoca y voy a demostrarlo.

Mi móvil vibra, mostrando un número desconocido con un «+34» al principio. Deslizo el dedo para contestar y espero a que alguien hable. El silencio se mantiene por unos segundos, nadie al otro lado se atreve a romperlo. Mi corazón late con fuerza, deseando que sea su voz. Entonces, doy el primer paso.

—¿Hola? ¿Quién es?

—Hermanita.

—¡Solid!

Aunque no me esté viendo, caigo de rodillas y las lágrimas brotan de mis ojos, aliviada al escuchar su voz.

—¿Cómo estás?

—Llorando me tienes, pensaba que te había perdido de nuevo.

—Estoy bien, pero ha pasado algo.

—¿Qué te ha pasado? Carlota me contó que han matado a varias personas de La Gran Unidad, entre ellas su padre, y creen que has sido tú.

—Lo sé, pero no hagas caso a lo que te digan. Necesito verte en persona.

—Ya le dije que tú no habías sido. Estoy en casa, ¿puedes venir?

—Ahora no, es peligroso si me ven. Ve a casa de tu amiga y nos vemos de madrugada allí.

—¿Quién te está vigilando? ¿Por qué?

—La única persona que podría haber matado al padre de Carlota.

—Me estás asustando, Solid. ¿Quién?

—Haz lo que te digo, luego te lo cuento.

—Vale, pero ten mucho cuidado. Te quiero mucho, hermanito.

—Y yo, siempre.

13 – Diana - HACE AÑO Y MEDIO

Mi amiga Raquel ha tenido el detalle de cederme su hogar como punto de encuentro. He pasado un rato conversando con ella antes de que se fuera a dormir, ya que tiene que trabajar mañana. Yo también debería descansar, pero reencontrarme con Solid está por encima de cualquier otra necesidad. No sé en qué lío estará metido, porque con mi hermano nunca se sabe en qué grado de peligrosidad se encuentra, pero si ha decidido quedar en un lugar diferente a nuestras casas, algo no está bien.

La enfermedad de Solid le impide reconocer el miedo y el riesgo con claridad. A lo largo de los años ha tenido que desarrollar ciertos mecanismos mentales para identificar situaciones comprometidas, aunque no siempre tiene la capacidad de percatarse a tiempo. Esta vez, sin embargo, debe haber sentido algo. Y me pregunto, ¿qué tan arriesgada será la situación para que haya logrado identificar el peligro?

Han pasado tres horas desde que llegué, son las dos de la mañana, y la puerta de la casa de Raquel emite dos leves golpes: «pom, pom». He tenido que estar muy atenta para poder escucharlos.

Al abrir, el frío de la calle entra abruptamente. Ante mí, aparece mi hermano, oculto tras una capucha y una braga que le cubre la boca. No tardo ni un segundo en abrazarlo. Para asegurarme de que está bien, cierro la puerta y le palpo la cara. Ojos verdes grisáceos, pelo castaño rizado, pendiente en la oreja derecha, burbujitas características de la enfermedad en uno de sus ojos... Todo parece en su lugar.

—Estoy bien, hermanita. Deja de manosearme que me vas a gastar —dice con una media sonrisa.

—Me tenías preocupada, has estado muchos días sin dar señales de vida. No me respondías a los mensajes, no me llamabas... ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—No quería meterte en problemas, pero al final me he visto obligado a quedar contigo para que sepas lo que va a pasar.

—¿Qué has hecho ya?

—Yo no he hecho nada, ese es el problema.

—Ven, siéntate y me lo cuentas todo.

—Sé que han matado al padre de Carlota, ella me enseñó el otro día una carta del Dr. Henky en la que te acusa de su asesinato. Decía que habías perdido la cabeza, que te habías convertido en un monstruo. Dime que no has sido tú, por favor.

—Yo no he sido, Diana —me mira fijamente—. Supongo que tenía motivos para culparme, pero ha pasado algo mucho más grave.

—¿Qué?

—Es difícil de explicar.

—Dímelo.

—¿Te acuerdas del momento exacto, hace unos meses, cuando estábamos todos en la habitación del hospital donde se estaba recuperando Carlota?

—Claro que lo recuerdo. Estábamos Vence, Nubia, tú y yo. Pasamos la noche allí.

—Vale, pues cuando nos despertó Vence para contarnos que se había hecho público el caso de La Gran Unidad, ¿cómo reaccioné?

—Pegaste un puñetazo en la silla y le dijiste a Vence que no podías permitir que eso se quedase así, con varios de los culpables huidos.

—Quise ir a por ellos.

—Pero Vence no estaba de acuerdo, nos calmó a todos.

—Vence nos convenció para olvidarnos del tema porque ya habíamos sufrido demasiado.

—Él no quería venganza, pero tú sí.

—Sabes que no le hice caso.

—Pensé que te calmarías después de todo.

—Me puse a buscar al padre de Carlota por mi cuenta.

—Déjame adivinar, ¿lo encontraste?

—Sí, pero no pude matarlo. Alguien se me adelantó.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo? Espera un momento, ¿a quién le contaste que lo habías encontrado?

—La única persona que lo sabía era Vence. Me imaginé que le haría ilusión saber que había dado con él, pero se cerró en banda como siempre y me instó a que me olvidara. Estaba más raro de lo normal, como desganado… Muy atípico en él. No lo tuve en cuenta hasta que me enteré de que el padre de Carlota había muerto. Fue en ese justo momento cuando sospeché de él.

—¿Por eso has estado desaparecido? ¿Por miedo?

—No ha sido miedo, hermanita. Ya sabes que ni aunque quisiera podría sentirlo. Ha sido algo peor.

—¿Qué hay peor que eso?

—Han matado al Dr. Henky en mi casa.

—¡¿Qué?! No puede ser.

—Hace unos días, cuando llegué a casa, me encontré el cadáver del doctor sentado frente a mi ordenador portátil.

—No, no, no... ¿Qué puta locura es esa?

—No lo sé, Diana. Me he metido en un buen lío y creo que ha sido él.

—¿Vence?

—Sí, creo que él ha matado al padre de Carlota y me ha querido cargar la muerte del Dr. Henky.

—Dios mío… pero ¿por qué motivo? ¿Qué hiciste con el cuerpo?

—No sé realmente qué está pasando, pero no es el mismo Vence que todos conocemos. Tuve que deshacerme del cuerpo, no podía dejarlo en casa. Como leí que el padre de Carlota había aparecido en una fábrica a las afueras de la ciudad, lo llevé por la noche allí.

—¿Te vio alguien?

—No, tranquila, pero me siento traicionado. Vence es mi amigo y no entiendo que me haya querido hacer eso. El problema es que puede que haya una investigación de las muertes y sepan que el Dr. Henky estuvo en mi casa antes de morir. Con mis antecedentes, lo van a tener muy fácil para meterme en la cárcel.

—No me lo puedo creer —apoyo mis codos en la mesa y me cubro la nariz con ambas manos—. ¿Estás seguro de que es Vence? Es muy grave eso que dices.

Se piensa la respuesta durante unos segundos.

—No hay otra persona en el mundo que sea capaz de hacer eso.

Por primera vez en la vida veo a mi hermano herido anímicamente. Nadie había sido capaz de llevarlo a ese extremo, ni siquiera las torturas por las que pasó.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Voy a desaparecer un tiempo largo hasta que pueda solucionarlo, pero no te preocupes porque estaré en contacto contigo. No voy a permitir que la policía me meta en la cárcel por algo que no he hecho.

—Te necesito cerca, hermano, por favor. ¿A dónde irás?

—Prefiero no contártelo.

—¿Crees que alguien me va a amenazar para que diga dónde estás? Qué poco me conoces…

—Es mejor así, hermanita.

14 – Sapi - Día 21 (18:47h)

«Actualidad»

Sánchez y la Comisaria han dado el visto bueno para que el capitán de la Guardia Civil, Eric Dilmaz, se incorpore al equipo de manera extraordinaria y me ayude con el caso. Según ellos, es nuestra última oportunidad para resolver esta trágica investigación. Desde arriba están exigiendo responsabilidades y no quieren arriesgarse más de lo necesario. No sé cuántos trámites han tenido que hacer para conseguirlo, pero lo han logrado: en este momento, Dilmaz está de camino hacia la Planta.

Mientras tanto, he accedido al programa que controla las cámaras del interior para investigar qué ha ocurrido con Helena y Vence, ya que una de ellas ha grabado el interrogatorio, pero sin sonido. He observado cómo Pirática sale rápidamente del lugar tras recibir una llamada telefónica y he prestado especial atención al momento en que Helena y Vence conversan en la sala de interrogatorios. Helena le ofrece un vaso de agua y, durante unos minutos, mantienen una conversación. Luego, ella se levanta para irse, pero algo la hace retroceder. Saca su móvil, marca un número, lo coloca sobre la mesa y se vuelve a sentar. Vence parece estar hablando a través del manos libres del teléfono móvil.

No pasa mucho tiempo hasta que Helena termina la llamada. Retira su móvil de forma brusca, golpea la mesa con su puño y mira fijamente a Vence. Sale de la sala visiblemente nerviosa, dando vueltas sin cesar, como si estuviera preocupada. Una vez se calma, se dirige de nuevo hacia Vence y le quita las esposas, quedando este sorprendido. Hecho eso, estira las muñecas en varias direcciones y se levanta. No muestra signos de agresividad ni intenta escapar; simplemente sigue a Helena y ambos abandonan la Planta juntos, como si nada hubiera ocurrido. Desde ese momento, las cámaras dejan de registrar movimiento alguno.

Eric Dilmaz entra en la Planta saludándome con un gesto complaciente de cabeza, acompañado de un fuerte olor a tabaco que parece haberse impregnado en su ropa.

—Te has quedado sola, compañera.

—Puedes llamarme Sapi, capitán.

—Llámame Eric. ¿Cómo estás?

—¿A qué te refieres?

—A lo que te pasó, al ataque ese que sufriste cuando vine la primera vez.

—Es difícil de explicar.

—Sánchez y la Comisaria me han dicho que no te pierda de vista cuando salgamos a la calle.

—¿Tienes algún problema?

—En absoluto, Sapi. Me han asegurado que eres la mejor. Estoy aquí para ayudarte a atrapar a ese cabrón. Posiblemente, tu «defecto» sea la razón por la que sigas viva; parece que todos tus compañeros se han visto afectados de alguna manera u otra. Considerate especial.

No sé por qué, pero he pensado que pretendía ridiculizarme. Me ha sorprendido que no lo haya hecho.

—Gracias por la comprensión, Eric. ¿Te han puesto al día?

—No, pero sabía que algo así iba a pasar. Más que un asesino en serie, lo definiría como un asesino vórtice: todo el que entra en su espiral acaba muerto o afectado, absorbido por su profunda filosofía. Él ha decidido matar personas y no solo eso: logra convencernos de que sus actos están justificados, o al menos nos hace dudar.

—Pues espera, ¿te han contado lo que he descubierto?

—No han tenido tiempo de darme detalles, me han mandado directamente para acá.

—Hemos estado ignorando un detalle muy importante de tu video.

—Me costaría creerlo, lo revisé miles de veces.

—Yo también, pero era algo tan obvio que no supimos verlo.

—Por favor, dímelo.

—Antes de decírtelo, necesito saber una cosa: ¿llegaste a investigar a Diana?

—Claro que sí, pero salvo el intento de violación que sufrió aquella noche en la discoteca a manos de los matones de La Gran Unidad, no encontré nada raro.

—¿Seguro que no encontraste nada?

—No, estaba totalmente limpia. Trabajaba como agente inmobiliario, familia normal, con un hermano y, cuando la interrogué, tenía una coartada sólida.

—Claro, en ese momento no sabías que el asesino estaba matando a violadores.

—Como ya os dije, yo estaba investigando un asesinato puntual, a diferencia de vosotros, cuyo caso se ha convertido en una serie de asesinatos. ¿Por qué me preguntas esto?

—Marta, la antigua novia del hombre que apareció con los ojos desencajados, me ha confesado que hablaba con el asesino por internet y que, en una de esas conversaciones, él le admitió que empatizaba con todas las víctimas porque a su hermana la extorsionaron sexualmente.

—Me puede cuadrar, ¿qué has descubierto a partir de ahí?

—Investigando de nuevo a Diana, encontré algo bastante interesante: hace diez años puso una denuncia tras la extorsión que sufrió.

—¿Es su hermano? Joder…

Le enseño mi móvil.

—Esta es una foto de su hermano, se llama Jhon Álvarez. Mírala bien.

—¿Me tiene que sonar?

—Ahora reproduce el video del hospital de nuevo, por favor.

Eric Dilmaz vuelve a ver la pila de fotogramas que contiene el video. Al darse cuenta, me observa con la boca abierta.

—El conductor de la ambulancia. ¿Cómo es posible?

—Eso mismo pensé yo. Ha estado siempre ahí.

—Me cago en la puta de oros.

—Sabiendo eso, ¿hay algo que creas importante ahora y que pasara desapercibido cuando investigaste el caso?

Eric se pone la mano en la boca y mira hacia abajo, permaneciendo así durante unos segundos.

—Nadie mencionó al hermano de Diana cuando los interrogué, ni siquiera el Dr. Henky, que también los acompañó en aquel coche. Me lo ocultaron, ¿no te parece extraño?

—Está claro que no querían que supieras de él.

—Hijos de puta.

—Y me falta otra noticia importante.

—De una en una, por favor.

—Helena le ha quitado las esposas a Vence y han salido juntos por la puerta, como si no estuviese detenido. No hemos vuelto a saber nada más sobre ellos.

—¿Y todo esto lo tenemos que solucionar entre los dos?

—Bueno, también tenemos cierta prisa.

—No me digas…

—El asesino nos advirtió que debíamos hacer pública la muerte del padre de Darko y sus motivos; de lo contrario, propondría a la población, a través de una votación por internet, decidir si su próxima víctima debe morir.

—Hay que dejar que lo haga.

—¿Estás loco?

—Es nuestra oportunidad. ¿Cuánto crees que durará esa votación por internet?

—¿Horas, quizá días?

—Puede ser, pero si se publica la muerte del padre de Darko, no sabremos nada de su próxima víctima. Por narices tendrá que proporcionar algún tipo de información a la gente en internet para que tengan el contexto necesario y puedan valorar si debe matar o no.

—Eso significaría caer en su juego. Su objetivo es hacerse conocido y ganar seguidores para su causa.

—Si no sabemos dónde están Jhon Álvarez y su hermana, ni Vence y Helena, ¿qué prefieres? ¿Centrarnos en evitar que la noticia se filtre o encontrarlos lo antes posible?

—No le va a hacer gracia a la Comisaria.

—Con todos mis respetos, a la Comisaria esto se le ha quedado grande, como me ocurrió a mí en su momento.

—Está bien, pero ¿por dónde empezamos?

—Mientras nuestro asesino publique o no la votación, vamos a ver quién hay en el piso de Carlota, aunque seguramente no haya nadie. Y estaría bien que hablaras con tu comisaria para investigar la casa de Diana.

—Ahora se lo digo, pero antes de irnos necesito hablar con alguien, ¿me esperas en la puerta?

—Ok.

Pensar en salir a la calle me hace sentir insegura y vulnerable. Sé lo que eso significa: es la antesala de un ataque de pánico; y la única persona que puede calmarme está a casi diez mil kilómetros de distancia.

No puedo recurrir a un tranquilizante porque me dejaría completamente sedada y necesito que mi mente esté funcionando al cien por cien. Mi única alternativa es contarle a Luis Edu lo que estoy a punto de hacer. Saldré a la calle con una presión adicional, acompañada de alguien a quien apenas conozco y temo que en cualquier momento pueda darme un ataque que me deje paralizada. Necesito que me tranquilice.

Le he enviado un saludo por Whatsapp, pero es la primera vez que ni siquiera aparecen los ticks azules de confirmación. Es algo muy inusual, ya que siempre me responde, aunque sea con un rápido «te hablo luego». Tampoco contesta a las llamadas por WhatsApp, así que me queda una última opción: hacer una llamada internacional de España a México.

Tras varios tonos, me sorprende un mensaje automático:

«Buzón Movistar, deje su mensaje…»

Cuelgo de inmediato, invadida por una extraña sensación.

Luis Edu está en España.

15 – Sapi - Día 21 (20:06h)

Mientras voy en el coche de Eric hacia el piso de Carlota, no dejo de pensar en lo que me acaba de suceder. ¿Luis Edu en España? ¿Habrá cambiado de teléfono? Es cierto que siempre me ha cogido el teléfono en este año y medio que nos conocemos, pero me he quedado a cuadros al escuchar el buzón de voz. Además, es imposible que salte un buzón español teniendo una extensión mexicana, a menos que lo esté desviando. Esto es muy raro.

—¿Estás bien, Sapi? Te noto abstraída.

—Bah, no es nada. Me ha sorprendido que un amigo, a quien creía en México, parezca que está en España.

—¿Amigo o algo más?

—¡Qué va! Si ni siquiera nos hemos visto en persona. Es solo un amigo, pero me ayuda muchas veces con mis problemas.

—¿No os conocéis?

—No hemos tenido la oportunidad, él vive en México, pero hablamos muchas veces por videollamada.

—Vaya amistades tenéis hoy por hoy.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, me resulta raro, sin ánimo de ofender. ¿Cómo os conocisteis?

—Me da un poco de vergüenza admitirlo, pero lo conocí en un foro de autoayuda. Me ha apoyado muchísimo y también ayuda a muchas otras personas.

—¿Es como el típico tío que dirige un grupo de alcohólicos anónimos, pero en internet?

—Bueno, podría ser. Él pasó por lo mismo que yo y lo superó.

—No sabía que la ansiedad podía ser tan grave.

—Ni te lo imaginas… Lo peor es que destruye la autoestima y mina la confianza en uno mismo.

—Pues igual ha venido a darte una sorpresa, ¿no te lo dejó caer en ningún momento?

—Sí, me dijo que si resolvía el caso vendría a visitarme.

—Ahí lo tienes entonces.

—Pero no lo hemos resuelto.

—Un momento —Eric frena el coche en seco—, ¿le has estado contando información del caso a un desconocido?

—No en detalle, pero sí algo. Además, no es un desconocido. ¿Qué tiene de malo?

—Sapi, ¿no lo ves?

—¿Qué se supone que no veo?

—¿Desde cuándo conoces a esa persona?

—Hace año y medio aproximadamente, pero sigo sin entenderte.

—Joder, para todo lo demás puedes ser muy inteligente, pero ¿no te das cuenta de que ese tío te conoció justo cuando encontré muerto al padre de Carlota?

—Estás elucubrando demasiado; le he visto la cara y he escuchado su voz con acento mexicano. Y para tu tranquilidad, él nunca me ha preguntado sobre el caso en todo este tiempo; siempre he sido yo quien ha sacado el tema.

—¿Tienes alguna foto o video en el que aparezca?

—No tengo videos porque nunca he grabado las videollamadas, pero tengo una foto que me envió una vez con sus hermanos.

—Búscala y enséñamela, por favor.

—Te estás poniendo muy pesado con el tema, pero bueno, si así te quedas tranquilo, te la enseño. Es mi amigo, sin más.

En la conversación de WhatsApp que tengo con Luis Edu, busco en el apartado de «Multimedia» la foto en cuestión, entre miles de memes y GIF almacenados.

—Sujeta el volante —me dice mientras vuelve a poner el coche en marcha.

—¿Estás loco? ¿Nos quieres matar?

—Aguanta un segundo, vamos muy despacio.

Me ha tocado el guardia civil más imprudente que haya visto y yo con los nervios a flor de piel.

—Por favor, Eric. No quiero estamparme ni atropellar a nadie.

—¡Lo tengo!

El frenazo que pega de nuevo hace que el cinturón me estrangule medio cuerpo por la inercia.

—¡Serás gilipollas!

—Bájate y mira esto.

Abre la puerta y se apoya en el morro del coche; yo hago lo mismo por mi lado.

—¿Qué tengo que ver?

—Fíjate en los dedos de la hermana de tu amigo.

—¿Qué les pasa? No veo…

Me quedo sin palabras.

—Llevo varios meses trabajando en otros casos relacionados con la falsificación de videos e imágenes utilizando inteligencia artificial. Es una herramienta que lo hace todo a la perfección, pero tiene un punto débil en la generación de imágenes y videos.

—¿Las manos?

—Así es.

En la foto en cuestión, la hermana de Luis Edu lo está agarrando por el hombro con su mano izquierda. Tiene tres dedos visibles entre el índice y el meñique, pero el pulgar está oculto; en total, debe tener seis dedos. Es un detalle muy sutil que pasa desapercibido a menos que lo analices detenidamente.

—¿Cómo no me había fijado antes?

—Te aseguro que le pasa a todo el mundo. El cerebro asume que es una mano normal y te engaña, como una ilusión óptica, pero si centras la atención, te das cuenta.

—No puede ser, yo le he visto la cara a Luis Edu por videollamada en diferentes lugares mientras me hablaba.

—Hoy ya es posible engañar a alguien en una videollamada, tanto en apariencia como en voz, gracias a herramientas avanzadas de inteligencia artificial. Hay una tecnología en particular, deepfake, que puede superponer el rostro de otra persona sobre el de quien habla, con expresiones faciales sincronizadas en vivo. ¿Conoces el caso de unos ciberdelincuentes que en 2023 usaron deepfake en una videollamada para robar 25 millones de dólares en Hong Kong? No es solo una teoría, sino una realidad que se está utilizando cada vez

más, aunque el tema de las manos sigue siendo complicado. ¿Las mostró en algún momento?

—Joder, no lo recuerdo, pero eso que dices… ¿Qué tan importante es realmente?

—Puede importar mucho o poco. ¿Qué harías si mis sospechas fueran ciertas?

—A ver, es una persona a la que le he confiado mis vulnerabilidades más profundas y nunca me ha hecho dudar de sus buenas intenciones. Tendría que asegurarme de lo que dices.

—Imagina que no fuese quien dice ser.

—En ese caso, aunque lo dudo, no iría al piso de Carlota.

—¿Entonces, a dónde irías?

—Formateo mi móvil con frecuencia, pero guardo una copia de seguridad en mi ordenador de las conversaciones de WhatsApp. Es posible que encontremos algo si las analizamos detenidamente allí.

—Sube al coche y guíame hasta tu piso.

16 – Sapi - Día 21 (20:34h)

Una vez en casa, le indico a Eric que se siente y se fume un cigarro, ya que le va a resultar raro mi modo de concentrarme. De ser cierto lo que dice, aunque lo dudo, podría haber algo en las conversaciones con Luis Edu; suponiendo que no he sido capaz de darme cuenta, como ya me ocurrió con el conductor de la ambulancia y la mano de seis dedos en la foto.

Eric me observa con incredulidad mientras me acomodo en el suelo, cruzo las piernas y cierro los ojos.

—No me interrumpas, pase lo que pase, diga lo que diga, ¿de acuerdo? —le amenazo en un tono que, aunque firme, intenta sonar tranquilo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta, desconcertado.

—Cállate.

No hay más discusión.

Mi mente empieza a girar, la incertidumbre me rodea. En mis pensamientos se agolpan miles de mensajes de WhatsApp que Luis Edu y yo intercambiamos. Confío en que me estoy perdiendo una pista clara, que sigue ahí, camuflada. Recuerdo respuestas suyas que fueron superfluas, otras divertidas, algunas extrañas. Me pregunto si en algún momento se le ha escapado algo que revele su identidad. Respiro hondo. No dejo de pensar en la foto que me envió, en la muerte de Vi, en el momento en que fui capaz de subir al décimo piso con Sánchez. Ahora recuerdo a Olivia, Vence, Diana, Carlota, Helena, el Dr. Henky. Mis pensamientos se mezclan, todo se llena de ruido incomprensible. Sé que estoy a punto de llegar a mi máximo nivel de concentración, solo tengo que aguantar un poco más.

Y como de costumbre, de manera casi automática, una imagen blanca aparece en mi mente, vacía, sin nada que la distorsione. La sostengo en mi imaginación durante unos segundos, dejando que el

silencio de su vacío se asiente. Poco a poco, un recuerdo comienza a deslizarse por ese fondo inmaculado, como un torrente de agua, arrastrando todo a su paso.

Es una conversación con Luis Edu de hace unos meses. Mi respiración se acelera, regreso a ese día: estamos hablando de cosas triviales cuando menciona algo sobre su psicólogo. Las palabras me golpean como un viento huracanado: «el elefante rosa»

Un momento… ¿Qué hace aquí otra vez? El maldito elefante rosa. Siempre aparece cuando intento concentrarme, como si estuviera esperándome. No puede ser… Pero no lo rechazo, porque Luis Edu me escribe que su psicólogo tiene un cuadro. Un cuadro con un elefante rosa. ¿Qué significa esto?

Creí que era un pensamiento obsesivo, pero entonces caigo en la cuenta: yo también he visto ese cuadro.

Abro los ojos y veo a Eric mirándome, sorprendido, aunque no le presto atención. Mi mente sigue desenredando ese recuerdo. Mi psicólogo también tenía un cuadro con un elefante rosa en su consulta.

—Mi psicólogo… —murmuro, como si lo estuviera diciendo en voz alta para darme cuenta de la respuesta.

—¿Qué le pasa a tu psicólogo, Sapi? ¿Estás bien? Te ves pálida.

—Mi psicólogo tiene ese cuadro —digo, mientras la realidad inunda de nuevo mi mente.

—¿Qué cuadro? ¿De qué estás hablando?

Sigo sumida en mis pensamientos, incapaz de articular una explicación coherente. Mi mente va a toda velocidad, pero las palabras no salen como quiero.

—Estoy diciendo que mi psicólogo —mi voz tiembla al pronunciarlo— tiene un cuadro de un elefante rosa en su consulta y Luis Edu me dijo que su psicólogo también tenía uno. Busca en las conversaciones de mi WhatsApp la palabra «elefante» y verás el momento en el que me lo menciona.

Eric se levanta, aplasta su cigarro en el cenicero y se dirige a mi ordenador para buscar la información que le he pedido. Pasan unos

segundos que se sienten eternos, pero finalmente da con lo que estamos buscando.

—Aquí está —dice, girando el monitor hacia mí para que lo vea.

Me acerco con rapidez y leo en silencio el mensaje de Luis Edu: «…mi psicólogo tenía un cuadro con un elefante rosa bien grandote. Una vez le pregunté sobre él y me explicó que representaba un mal hábito de nuestra mente: un fenómeno por el cual nuestro cerebro, en un acto provocador, insiste en pensar precisamente en aquello que queremos evitar.»

—El psicólogo de Luis Edu y el mío tienen el mismo cuadro en su consulta.

—Eso, o que es el mismo psicólogo.

Me quedo pensativa, intentando comprender una lógica que, sin embargo, no termina de convencerme.

—Tenemos que descubrir si conoce a ese paciente.

Cojo las llaves del coche de Eric, que había dejado sobre la mesa junto al ordenador, y me dirijo hacia la puerta.

—¿Dónde vamos? —pregunta mientras se levanta apresuradamente.

—A la casa de mi psicólogo —respondo sin mirarlo, con una determinación que incluso a mí me sorprende.

—Espera, espera —se planta delante de mí, intentando bloquearme el paso—. ¿Qué pretendes hacer? ¿Amenazarlo para que te dé el nombre del paciente? Sabes que la confidencialidad es sagrada para ellos. Nunca lo hará.

—Yo se lo voy a pedir amablemente —digo, apartándolo con un gesto—. Tú serás el que lo amenace si no me hace caso.

—Esto es una locura, Sapi. ¿De verdad vamos a allanar una vivienda y coaccionar a su propietario?

Me detengo en el umbral de la puerta y lo miró directamente a los ojos.

—¿Cómo era eso que me dijiste antes en la Planta? «¿Qué prefieres? ¿Centrarnos en evitar que la noticia se filtre o encontrarlos lo antes posible?»

Él abre la boca para replicar, pero se detiene y cierra los ojos con brevedad, rindiéndose.

—Touché —responde resignado.

17 – Helena - Día 21 (13:22h)

«Cinco horas antes»

Coloco el teléfono móvil sobre la mesa que nos separa a Vence y a mí. Marco el número de Carlota y activo el manos libres para escuchar la conversación. La cara de Vence sigue indiferente, aunque su rodilla no para de moverse. Cinco tonos de llamada bastan para que la voz de Carlota suene a través del altavoz. Tan pronto como la escucho, hago una señal con la mano a Vence para que empiece a hablar.

—Hola, pequeña, soy yo.

—¿Vence? ¿Cómo estás?

—Bien, la inspectora Helena me está tratando de la mejor manera posible.

—¿Estás solo con ella?

Le levanto un dedo a Vence como señal de que no revele información que no debe. Él parece entenderlo.

—No te preocupes, cariño. Solo llamaba para saber si te encontrabas bien. ¿Qué tal todo?

—Ya te echo de menos y solo han pasado horas. Va a ser duro. ¿Cuándo te van a soltar?

—Bueno, eso depende de algo que me ha contado Helena.

Vence me mira, pidiendo permiso.

—Cuidado con lo que hablas —le advierto.

—No es ningún secreto, inspectora. Simplemente quería decirle a Carlota que me has dicho que viste a Solid observándonos justo cuando me metíais en el coche de policía.

Ese comentario me hace fruncir el entrecejo. ¿Qué importancia tiene eso como para que se lo quiera contar?

—¿Helena, estás ahí? —pregunta de repente Carlota.

Aunque sorprendida, le respondo. Vence también parece extrañado por la pregunta.

—Sí, estoy aquí con tu novio. Lo estoy escuchando todo, por si no lo sabes.

—Vale, pues me gustaría decirte una cosa.

—Dime.

—Sé que fuiste tú la que llamó a Vence para avisarle de que ibais a por él.

—No sé de qué me hablas.

Vence toma la palabra.

—Carlota, por favor, cállate.

Pero no hace caso.

—Estoy harta, Vence, ella tiene que saberlo. Mira, inspectora, mi novio es inocente y lo vais a acusar de algo que no ha hecho. El culpable es Solid, ¿me has escuchado? Lleva desaparecido desde que encontrásteis muerto a mi padre y hasta que no ha conseguido culpar a Vence, no ha parado.

—¡Carlota! —grita Vence, algo desesperado.

—La culpabilidad la tendremos que decidir nosotros —digo con contundencia.

Con lo amable y correcta que siempre ha sido Carlota con nosotros, me sorprende la actitud tan agresiva que me está dedicando.

—No vas a decidir nada, aunque no me hayas respondido, tu silencio te ha delatado antes y sé que estáis solos, así que le vas a dejar que se vaya.

—¿Quién te crees que eres para darme órdenes, Carlota?

—La misma que le dirá a tus jefes lo que has hecho. Puedo hundir tu carrera profesional… y tu vida.

Sus palabras me obligan a golpear con el puño la mesa, llena de rabia e impotencia.

Vence intenta excusarla.

—Helena, por favor, no le hagas caso. Está enfadada, es normal.

Carlota no se calla.

—No estoy hablando en broma, Helena.

Su amenaza me sitúa entre la espada y la pared. Sin alternativa, me obliga a tomar una decisión desesperada.

—¿En serio quieres jugar a esto, Carlota?

—Ponme a prueba.

Eso me enerva por dentro.

—¿Ah sí? pues lo voy a hacer; y fíjate si estoy convencida, que me voy a llevar a tu novio y como digas algo, a quien sea, lo mato. ¿Qué te parece?

—No te atreverías a hacer eso, eres policía.

—Hace unas semanas decidí dejar de serlo cuando me puse a favor del asesino. Así que si tu novio no lo es, ¿para qué mantenerlo vivo?

—¡No serás capaz!

Cuelgo la llamada y le echo una mirada de desprecio a Vence. Salgo de la sala de interrogatorios dando un grito de impotencia. Esa hija de puta ha hecho realidad mis sospechas: me ha amenazado con destrozarme la vida. Ya no hay vuelta atrás.

Ando de un lado a otro por la Planta, pensando en qué hacer antes de que Sánchez, Sapi o Pirática vuelvan. Si me quedo aquí con Vence y finalmente lo detenemos, esa mujer me va a destrozar la vida, pero si me lo llevo, podré contenerla el tiempo suficiente para encontrar a Solid y descubrir si es el asesino.

Sin detenerme a pensar demasiado, vuelvo a entrar en la sala de interrogatorios y le quito las esposas a Vence. Su expresión se transforma en un gesto de asombro al darse cuenta de lo que estoy haciendo. Me observa con desconfianza, como si estuviera esperando mi permiso para levantarse y marcharse.

—Nos vamos —le digo.

—¿A dónde?

—Camina y ya lo verás.

18 – Diana - Día 21 (21:58h)

«Actualidad»

Estoy frente a mi hermano que acaba de presentarse en mi casa por la puerta de atrás, esperando a que me cuente lo que ha presenciado. Respira hondo antes de empezar a hablar.

—Diana, he visto cómo detienen a Vence. Se lo han llevado esposado de la casa de Carlota.

Me quedo en silencio, procesando lo que dice. Su tono es calmado, pero noto que evita mirarme a los ojos.

—¿Quién lo ha detenido?

—Estaba esa mujer, Helena, junto a un hombre y una mujer más. Supongo que policías también.

—¿Helena ha ido a detenerlo? ¿Pero no habíamos hablado de que ella iba detrás de ti para comprobar si eras tú el culpable? ¿Por qué ha ido de repente a por Vence?

—No lo sé, supongo que habrán descubierto algo para culparlo.

—Mejor, ya es hora de que descubran que el asesino es Vence y se olviden de ti. Podrás ser libre, salir de nuevo a la calle sin la preocupación de que puedan detenerte. Llevas mucho tiempo escondido.

Mi hermano duda antes de responder.

—No deseo otra cosa con más ganas, pero ha pasado algo raro.

—¿El qué?

—Los seguí hasta el lugar donde lo tenían retenido y esperé unos minutos en la calle, no sabía qué hacer. Para mi sorpresa, vi cómo salían policías de allí con el paso de los minutos: primero sale el hombre que iba con Helena y otra mujer juntos, luego, una chica sale con mucha prisa, con rostro preocupado. Así que en ese momento supuse que quedaban dentro Helena y Vence.

—Dime que no entraste, por favor.

Solid se ríe al escucharme.

—Ganas no me faltaron, pero mientras lo pensaba, sucedió algo inesperado. Helena salió del edificio… con Vence.

Lo miro fijamente, intentando entender lo que acaba de decir.

—¿Cómo que salió con Vence? ¿No estaba esposado?

—No, caminaban juntos, como si nada.

—¿No estarás diciendo que Helena lo ha soltado por ser el asesino? Ya sabemos su deseo de apoyarlo.

—No estoy seguro de eso, pero lo que vi fue claro. Salieron como si fueran amigos, no como una policía llevando a un detenido.

Me cruzo de brazos y camino para pensar con claridad.

—¿Y después? ¿Adónde fueron?

—Se fueron andando. Los seguí un rato, pero tuve que mantenerme a distancia para no llamar la atención. Se dirigieron hacia las afueras de la ciudad.

—¿Hacia las afueras? —repito, en voz baja. Miro a Solid y, aunque no quiero admitirlo, sé a dónde han ido.

—¿Sí? ¿Por qué lo preguntas?

—Creo que están en el piso de Helena. Cuando fui a recuperar mi disco duro, recuerdo salir de la ciudad para llegar hasta allí. ¿Qué quieres hacer?

—Por mucho que Helena quiera encubrirlo, si Vence tiene la oportunidad de matarla o deshacerse de ella, lo va a hacer. No tuvo piedad con el Dr. Henky y si no la tuvo con él, que era su amigo, no la tendrá con nadie.

—¿Pretendes que vayamos a proteger a esa mujer? —pregunto, arqueando una ceja.

—¿Dejarías que muriese una persona inocente?

Pienso durante unos segundos y niego con la cabeza.

—Está bien, pero tenemos que ser cuidadosos. No quiero que te vean, Solid. Vence ya no es la persona que conocíamos.

—Nadie lo somos, hermanita —responde él, con un tono que no me trae buenos recuerdos.

Ambos nos preparamos para salir. Recojo lo necesario mientras intento respirar hondo. Solid camina detrás, en silencio, pero sé que,

aún sin miedo, le cuesta volver a encontrarse con Vence, después de todo lo que le ha hecho.

—¿Crees que aún estarán allí? —pregunto.

—Si no tienen otro lugar seguro donde esconderse, es probable.

No añado nada más. No importa si están o no. Si Vence está con Helena, mi hermano necesita saberlo. Y si mi hermano corre peligro, por mucho que me cueste aceptarlo, no puedo dejarlo a su suerte.

Daría mi vida por él, si hiciera falta.

19 – EL MANIFIESTO: capítulo XI

Tras largas horas de reflexión, sopesando entre la lógica y el instinto, he tomado una decisión sobre lo que sucederá: habrá una muerte más. Sin embargo, no lo consultaré con la sociedad. Sé que había dicho que lo haría, pero la constante es un lujo que nadie puede permitirse, ni siquiera yo. Me gustaría hacerlo, porque mi mensaje sería recibido con mayor facilidad, pero, tras las vidas que se han perdido injustamente por mi culpa, no permitiré que mi causa se desvirtúe más.

Me explico: si lo que hago llega a miles de personas y estas deciden imitarme, muchas otras vidas inocentes correrán peligro. Es una realidad inevitable. Si bien no deseaba que el Dr. Henky, Slava y Vi murieran, ocurrió a pesar de todo. Por eso, quiero dar una tregua a mi causa, después de esta última muerte, que será especial. Me tomaré un tiempo para sustituir mis pensamientos y reparar mi corazón, impidiendo que el caos y el azar se adueñen de mis actos.

He decidido que esta última decisión signifique un antes y un después. He aprendido, aunque tarde, que no puedo controlar las consecuencias de cada acto y mi causa no es el caos ni la venganza; es un llamado a la justicia que el sistema se ha negado a escuchar.

La próxima y última muerte que viene no será un sacrificio vacío ni una respuesta a un impulso. Es la única forma de cerrar este ciclo. Si los nombres de Henky, Slava y Vi pesan en mi conciencia, los de Olivia, Carmen y Marta lloran en mis recuerdos. Cada dolor producido me ha enseñado lo frágil que es el equilibrio entre intención y resultado. Este será el único modo de honrar sus memorias y evitar que sus muertes sean en vano.

No busco redención. No espero que nadie entienda por completo mis razones. Mi único deseo es aportar un poco de coherencia al complejo funcionamiento de este mundo que nadie entiende. Mientras escribo estas palabras, siento una mezcla extraña de alivio

y resignación. Lo que está en juego no es mi vida ni mi fama, sino el significado de todo lo que me ha traído hasta aquí. Tal vez los asesinatos que he cometido sean interpretados como un grito desesperado o como un gesto sin sentido, pero eso ya no importa. Lo único relevante es que nadie más tendrá que cargar con las consecuencias de mis decisiones, es el principal motivo por el que voy a parar.

Si hay algo que deseo dejar claro, es esto: nunca busqué ser un héroe, ni un villano. Solo fui alguien tratando de encontrar justicia en un mundo que a menudo parece negar.

Y ahora, mientras cierro este capítulo, me permito un último pensamiento: ojalá, en algún rincón de este caos, muchas de las mujeres que sufrieron y siguen vivas, encuentren la paz que un día le arrebataron:

«No tengas miedo».

Sin embargo, esta no será una despedida. Aunque el final esté cerca, todavía queda un capítulo por escribir en este manifiesto. Así que no diré adiós, no hoy. El desenlace llegará pronto y con él, tal vez, las respuestas que has estado buscando como lector de estas páginas.

20 – Sapi - Día 22 (11:24h)

La casa de mi psicólogo está rodeada por un muro de piedras y una hilera de barrotes con puntas afiladas que se extienden a lo largo de toda la fachada. Una fila de árboles, pinos o quizás cipreses —no sabría decirlo con certeza—, ocultan celosamente el interior de la vivienda. La única forma de desentrañar lo que hay detrás es acercarse y tocar el timbre de la cancela.

Apenas pasan unos segundos antes de que el sonido despierte una cacofonía de ladridos. Una mujer del servicio uniformada se acerca para recibirnos. Su saludo es educado y nos invita a pasar hacia la entrada principal de la casa. Los árboles, que hasta entonces mantenían su misterio, dan paso a un jardín exuberante, repleto de plantas y arbustos que parecen haber sido cuidados con esmero.

El interior de la casa despliega una atmósfera completamente distinta: en el recibidor, mi psicólogo nos recibe con ropa de estar por casa, una imagen que choca de inmediato con mi memoria. Siempre lo había visto con su bata blanca y este contraste, por extraño que parezca, lo hace casi irreconocible.

—Sapi, Eric, es un gusto atenderles. El inspector Sánchez me informó que vendrían a hablar conmigo sobre un caso que están investigando. Por favor, pasen a mi despacho.

—Sí, estamos seguros de que podrá ayudarnos.

—Díganme, ¿en qué puedo serles útil?

—Necesitamos información sobre un paciente suyo. Comprenda que hay vidas en juego.

—El inspector Sánchez me adelantó que tal vez me preguntarían sobre algún paciente, pero deben entender que no puedo compartir información así como así.

—Lo sabemos, pero insisto: lo que pueda decirnos podría salvar vidas, más de una con toda certeza.

El doctor entrelaza los dedos y comienza a golpear suavemente la superficie de su imponente escritorio, analizando cada palabra.

—¿De quién estamos hablando?

—No conocemos su nombre real, pero creemos que es o ha sido su paciente. Y hay algo más: esta persona me conoce a mí, pero yo no lo conozco a él.

El psicólogo arquea una ceja, incrédulo.

—¿Le conoce a usted y cree que ha sido mi paciente? Esos no son filtros muy útiles para identificar a alguien, debo admitir.

Antes de que pueda responder, Eric interviene.

—Tenemos razones para creer que su nombre podría ser John Álvarez.

El doctor niega lentamente con la cabeza mientras se gira hacia su ordenador.

—Ese nombre no me suena. Déjenme comprobarlo en la base de datos —dice, moviendo el ratón con destreza.

Decido ser más directa.

—Doctor, alguien ha estado jugando conmigo y me ha engañado sobre su verdadera identidad. Lo único que sabemos es que esa persona mencionó que su psicólogo tenía un cuadro con un elefante rosa en su consulta. Es algo que reconocí de inmediato, ya que usted tiene ese mismo cuadro.

—Es cierto, tengo un cuadro sobre la paradoja del elefante rosa. Es poco probable que alguien más tenga uno igual, pero... —hace una pausa, mirando la pantalla— no encuentro a nadie con ese nombre en mis registros. ¿No tienen algo más que pueda ayudarme a filtrar los resultados? Entiendan que he tratado a miles de pacientes a lo largo de mi carrera.

—Me conoce, sabe de mis problemas. De hecho... —se me ocurre mostrarle una foto—, esta es su cara. ¿No le suena?

El doctor se coloca las gafas de cerca con un gesto metódico y se inclina hacia la pantalla de mi móvil. Sus ojos se estrechan mientras observa la imagen en silencio. Un leve cambio en su expresión, casi imperceptible, me indica que algo ha reconocido.

—Esa cara… —murmura lentamente, dejando que las palabras floten en el aire.

—¿Lo reconoce?

El doctor aparta la mirada del móvil y se recuesta en su silla, quitándose las gafas con un movimiento lento.

—Sí, lo conozco, pero no con ese nombre.

Eric y yo intercambiamos una mirada.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

Mi corazón da un vuelco.

—Se presentó como Nicolás de Paula. Ha sido mi paciente desde hace un par de años, pero lleva unos meses sin venir.

—¿Qué le pasaba?

—Nicolás padece una enfermedad extremadamente rara: lipoidoproteinosis. Es un trastorno que destruye ciertas regiones del cerebro, en especial la amígdala, lo que lo hace incapaz de sentir miedo.

Eric arruga su nariz, sorprendido. Yo comienzo a atar cabos.

—¿Incapaz de sentir miedo?

—Exactamente. Puede experimentar otras emociones, pero el miedo no está en su repertorio. Para él, las situaciones que aterrarían a cualquier persona son poco más que un desafío. Y ese desafío, esa necesidad de entender lo que los demás temen, lo llevó a obsesionarse con quienes sí eran capaces de sentirlo.

Siento un nudo formándose en mi estómago.

—Doctor, ¿me está diciendo que es todo lo contrario a lo que soy yo? ¿Por casualidad, no le hablaría de mí?

El doctor me mira con cierta gravedad, mordiéndose un labio.

—Durante una de nuestras sesiones, Nicolás me pidió ejemplos de casos en los que el miedo tuviera un impacto profundo. No sé por qué, pero le hablé de ti. Le conté de una paciente brillante, atrapada por su ansiedad, incapaz de enfrentarse al mundo exterior. Fue algo anecdótico… o eso creí.

—¿Le dio detalles sobre mí?

—No, nunca mencioné tu nombre ni datos que pudieran identificarte, pero Nicolás era inteligente, persuasivo. Ahora entiendo

que incluso con esa información mínima, pudo haberte encontrado.

Eric golpea la mesa con el puño, su frustración es evidente.

—Eso significa que lleva meses, incluso años, siguiéndote, analizándote.

El doctor permanece en silencio un momento, como si estuviera procesando las implicaciones de sus propias palabras. Después de un rato, suspira y adopta una postura más tensa.

—Hay algo más que debo contarles sobre Nicolás. Un aspecto que nunca mencioné en nuestras sesiones, pero que me preocupó profundamente. Nicolás tenía una hermana, una mujer que vivió una experiencia muy traumática, algo que afectó a ambos, pero especialmente a Nicolás.

—Diana —digo anticipándome.

—¿Perdón?

—La hermana se llama Diana.

No parece conocerla, pero continua.

—Nicolás me habló varias veces de su hermana. Decía que algo horrible le había sucedido, algo que había marcado su vida de forma irreversible. Le preocupaba muchísimo.

Mis manos tiemblan mientras una parte de mi cerebro trata de conectar lo que yo sé sobre Diana y lo que está contando.

—¿Qué le pasó a la hermana?

El doctor nos mira a ambos, casi como si estuviera evaluando si debe continuar o no.

—Nicolás no me dio todos los detalles, pero sé que su hermana fue extorsionada hace diez años por un hombre que la amenazó con difundir imágenes íntimas. Imágenes muy privadas… de una relación que ellos habían tenido. Nunca me dijo quién era este hombre, pero mencionó que la situación fue tan extrema que su hermana se sintió obligada a… bueno, a seguir manteniendo relaciones sexuales con él para evitar que las imágenes salieran a la luz.

—Le voy a ser sincera. Creemos que ese paciente es un asesino en serie que está matando a violadores confesos y que, previamente, se hizo pasar por otra persona para hacerse mi amigo, aprovechando mi debilidad. Entiendo que lo hizo para estar

informado de todo lo que íbamos descubriendo, pero eso no explica por qué no ha hecho nada hasta ahora. Si sabe lo que investigamos, podría haber interferido mucho antes y no lo ha hecho.

El doctor apoya los codos sobre el escritorio.

—Porque no se trata solo de información. Nicolás tiene una mente compleja, casi laberíntica. Estoy empezando a creer que lo que buscaba era algo más… personal.

Lo miro, desconcertada.

—¿Personal?

—Tú representas lo opuesto a lo que él es. Nicolás nunca ha sentido miedo, pero está obsesionado con él. Tal vez verte enfrentarlo, incluso luchando con tus propios miedos, era para él una especie de fascinación. Quizá incluso quería ayudarte, a su manera.

Un escalofrío recorre mi espalda. La idea de que ese paciente pudiera haber estado observándome tanto tiempo como un experimento, como un caso de estudio para su retorcida psicología, me revuelve el estómago. Todo lo que estoy escuchando me está afectando más de lo que pensaba.

Necesito salir de aquí y lo último que quiero es montar un espectáculo.

—Esto que nos acaba de contar nos aclara muchísimas cosas, no sabe cuánto. Ahora entendemos mejor su psicología, su motivación —me levanto para estrecharle la mano e irnos.

—Espere un segundo, Sapientia, no se levante aún. No había caído en algo hasta que usted ha mencionado que pudiera ser un asesino en serie.

—Por favor, doctor. No escatime detalles —digo, tratando de mantener mi voz firme a pesar de la ansiedad que se está apoderando de mí.

—Nicolás tenía una fijación con la justicia. En sus propias palabras, con corregir el mal que las personas infligen a otros. Si su patrón de comportamiento es acabar con violadores confesos, ¿dónde está la persona que abusó de Diana?

Es una pregunta que nos pilla por sorpresa tanto a Eric como a mí, por la gravedad que lleva implícita.

—No sabemos dónde está esa persona, ni siquiera si sigue viva —responde Eric.

El doctor, ahora con gesto decidido, se pone en pie.

—Busquen a ese hombre. Si sigue vivo, puede estar en peligro.

Mientras salimos de la casa y cerramos la cancela, le doy un tirón a la camiseta de Eric, deteniéndolo.

—¡¿Qué haces, Sapi?!

—Hay un problema.

—Ya sé que tenemos un problema, más de uno, diría.

—No me estás entendiendo. Me he equivocado.

—¿En qué te has equivocado?

—Cuando le fui a enseñar la foto de Jhon Álvarez, sin querer le enseñé otra.

Eric me mira, incrédulo.

—¿Qué foto le has enseñado?

—La de Vence.

21 – Helena - Día 22 (18:31h)

Llevo ya un día con Vence encerrado, sin saber qué hacer con él. Lo empujo hacia el comedor, cerrando la puerta con un golpe seco que resuena más de lo que debería. El frío del metal de la pistola cala en mi mano mientras trato de mantener la compostura. Vence tropieza con la alfombra, pero no cae. En lugar de eso, se gira y me lanza una mirada acompañada de esa sonrisa irritante, inocente solo en apariencia.

—Helena, lo que ha hecho Carlota está mal, terminará arrepintiéndose de lo que te ha dicho.

—Cállate, Vence —respondo, señalando el radiador con un gesto brusco—. Siéntate ahí.

Se toma su tiempo, como siempre, midiendo cada movimiento mientras baja al suelo junto al radiador, su calma me pone los nervios de punta. Me inclino para esposarlo al tubo metálico. El chasquido del cierre me da un respiro, pero su mirada me lo arrebata de inmediato.

—¿Y ahora qué? —pregunta, ladeando la cabeza con esa tranquilidad que me hace dudar de quién está realmente atrapado.

—Ahora te callas, necesito pensar.

—¿Tan confiada estás de que el asesino va a agradecerte que le ayudes? ¿Y si ha perdido la cabeza y te mata a ti también?

Siento que mi mandíbula se tensa.

—No lo hago por el asesino. Lo hago por todas esas mujeres víctimas y por las próximas que vengan.

—Pero ¿de verdad crees que vas a mantener todo esto oculto sin que te salpique?

—Cállate, por favor. Déjame pensar.

—Está bien, si quieres seguir jugando a esto, adelante. Aunque, si te soy sincero, creo que estás perdiendo un tiempo muy valioso.

—¿Qué diablos significa eso? —pregunto, acercándome a su lado.

—Conozco muy bien al asesino. Sé quién va a ser su próxima víctima.

Me quedo inmovil, tratando de descifrar si está diciendo la verdad o definitivamente está jugando conmigo.

—¿Por qué me lo dices ahora?

—Porque creo que eres mejor persona de lo que piensas, Helena. No mereces arruinarte por esto. Aunque llevo mucho sin verlo, sé cómo funciona la mente de Solid. Y hay alguien que todavía no ha tachado de su lista.

—No pienso caer en tus juegos, Vence.

—No es un juego, Helena. Si quieres seguir encerrándote aquí conmigo, adelante, pero mientras tanto, Solid podría estar matando a esa persona.

Sé que está tramando algo. ¿Por qué me cuenta ahora lo de Solid y no antes? ¿Y si es una trampa?

—¿Por qué debería creerte? —pregunto, midiendo cada palabra.

—Porque no tienes muchas opciones quedándote aquí —responde con voz conciliadora—. Te la has jugado traicionando a tus compañeros para ayudar a un asesino. Tarde o temprano el sistema te va a castigar por ello, haz que valga la pena, al menos.

Lo observo, buscando cualquier pista en su rostro que me diga qué pretende, pero no encuentro nada concluyente. Confiar en él es peligroso y lo sabe.

—Dime dónde y cómo —exijo, sin apartar la pistola.

—Te lo diré… pero solo si me llevas contigo.

—Ni lo sueñes. No te voy a quitar las esposas.

—No hace falta —responde, encogiéndose de hombros—. Solo llévame. Si llegamos a tiempo, podrás verlo tú misma.

Mi mente no para; va a mil por hora. Sé que es una mala idea... ¿o quizá no lo sea? Solid... No puedo darme el lujo de ignorarlo.

—Te vienes conmigo, pero ¿quién es la próxima víctima?

Vence levanta el cuello y se pone serio.

—Hace diez años, un hombre obligó a la hermana de Solid, Diana, a mantener relaciones sexuales con él a cambio de no

difundir fotos íntimas. Fue un golpe muy duro para ambos hermanos.

—¿Sigue vivo?

—Vivito y coleando —dice con una sonrisa gélida—. Los fines de semana trabaja vigilando una fábrica en el polígono industrial.

Mis dedos aprietan el arma, sopesando mis opciones. Al final, asiento.

—Vamos.

Su sonrisa se ensancha.

—Te prometo que no te arrepentirás, Helena.

22 – Diana - Día 22 (18:44h)

Estamos parados frente al edificio de Helena, ocultándonos en un soportal. El frío de la tarde me cala hasta los huesos y no puedo evitar moverme ligeramente para intentar entrar en calor. Solid está junto a mí, inmóvil como una estatua, con los ojos clavados en la puerta principal. Parece que está esperando que algo suceda, que alguien salga.

—¿Estás seguro de que están ahí? —pregunto en voz baja, abrazándome a mí misma para mitigar el temblor que me recorre.

—Esa policía no se arriesgaría a ir a otro sitio.

El silencio nos envuelve mientras seguimos vigilando. Solo se oye el murmullo del tráfico y, de vez en cuando, una risa que surge desde algún bar cercano. Solid no aparta la vista de la puerta y yo no puedo evitar mirar su rostro una y otra vez, buscando alguna señal de lo que está pensando.

—¿Qué hacemos si salen? —rompo el silencio, incapaz de soportarlo más.

—Los seguimos.

Su respuesta es tan simple como inquietante. No tenemos coche, así que nuestras opciones son limitadas. Estoy a punto de preguntar cómo piensa hacerlo cuando la puerta del edificio se abre.

Helena aparece primero, con el rostro tenso, casi inexpresivo, aunque parece estar convencida de lo que hace. Y detrás de ella… Vence. Las esposas brillan bajo la tenue luz de la farola que tienen cerca. A pesar de estar esposado, su postura es relajada y una ligera sonrisa adorna su rostro. Es como si todo esto fuera un juego para él.

—Ahí están —susurra Solid, apretando con suavidad mi brazo.

Helena empuja a Vence hacia un coche aparcado frente al edificio. Lo mete en el asiento trasero y cierra la puerta con fuerza. Yo miro a Solid, esperando alguna señal de lo que hacer.

—¿Y ahora?

Solid se gira hacia mí, sus ojos oscuros y serios.

—Vence es peligroso. Helena no tiene ni idea de con quién está tratando. Si no le ha hecho daño todavía, es porque no ha querido.

—¿Qué quieres decir con eso? Está esposado.

—Da igual. Vence es manipulador, inteligente y letal. Si se lo propone, puede matarla sin problema.

Un escalofrío me recorre al oír esas palabras.

—¿De verdad crees que es capaz de hacer algo así?

—No sé qué tiene en mente, pero no pienso quedarme aquí para averiguarlo.

El coche de Helena arranca lentamente; Solid ya está tirando de mi manga para que lo siga. Caminamos apresurados tras él.

—No podemos seguirlos a pie.

Solid levanta la mano, llamando a un taxi que se acerca a lo lejos.

—Vamos.

El taxi se detiene, ambos nos subimos de un salto.

—Siga a ese coche azúl oscuro —dice Solid al conductor, señalándolo con un gesto rápido.

El taxista nos lanza una mirada curiosa, pero no hace preguntas antes de arrancar. Me apoyo contra el asiento, con el corazón latiéndome en los oídos.

—¿Y si esto es parte de su plan? —susurro, temiendo la respuesta.

—Por eso estamos aquí.

El trayecto transcurre en un silencio tenso. Cada kilómetro que recorremos aumenta mi tensión.

—Espero que no sea tarde.

El taxi se detiene con un chirrido a unos cincuenta metros de una fábrica, en el polígono industrial de la ciudad. Solid paga al taxista con rapidez y ambos bajamos del coche, manteniéndonos alejados para no ser vistos.

El aire del polígono tiene un olor metálico, mezclado con el de basura húmeda. A pesar de la calma aparente, hay algo opresivo en el ambiente que me pone nerviosa.

—¿Por qué han venido aquí? —digo mientras observo cómo Helena y Vence se mueven con cuidado hacia la parte trasera del edificio.

Solid no responde de inmediato. Sus ojos están clavados en las dos figuras que se desplazan con sigilo. El coche de Helena está aparcado lejos de la entrada, casi fuera de nuestra vista inicial. Están tratando de evitar ser vistos, eso está claro.

—¿Solid? —insisto, empezando a sentir que la respuesta que espero no me va a gustar.

Mi hermano me mira con un rostro cargado de seriedad.

—Tú no lo sabes, pero aquí trabaja como guardia el hombre que te extorsionó hace diez años.

El aire se me escapa de golpe. Me quedo helada por completo, sintiendo cómo las palabras se clavan en mi pecho. Mi mente se tambalea mientras las imágenes de aquel horrible periodo de mi vida regresan con una intensidad que casi no puedo soportar.

—¿Qué… qué estás diciendo?

—Ese hombre que arruinó tu vida, trabaja aquí como guardia de seguridad. No le he perdido la pista desde entonces.

Mi cuerpo se siente pesado. La mezcla de rabia, miedo y confusión amenaza con desmayarme.

—¿Por qué están aquí? —pregunto, aunque una parte de mí ya lo sabe.

—Han venido para matarlo.

Esa palabra se clava en mi mente como un disparo. Matarlo. Mi respiración se acelera, el suelo parece moverse bajo mis pies. Helena y Vence han desaparecido por la entrada trasera de la fábrica y aunque no los veo, siento sus intenciones. Matar a alguien. No, no solo a «alguien». Ese hombre. Una parte de mí quiere gritar que lo hagan, que acaben con él y con todo lo que me hizo pasar, pero me mantengo clavada en el sitio, incapaz de decidir qué sentir.

—Esto no puede ser real… Esto no está bien.

—Diana, escucha. Nadie merece lo que te hizo ese hombre, pero si Vence lo mata, Helena será la siguiente. No va a dejarla con vida después de esto.

Siento que mi mente se divide en dos. Por un lado, el recuerdo del dolor y la humillación que sufrí a manos de ese hombre sigue vivo en mí, como una herida abierta. Por otro lado, sé que permitir un asesinato no resolverá nada.

—¿Qué hacemos?

Solid coloca una mano en mi hombro.

—Primero, asegurarnos de que Helena no termine siendo su próxima víctima. Y luego, ya veremos.

Asiento, aunque no estoy segura de estar de acuerdo.

Nos movemos hacia la entrada trasera de la fábrica, actuando como sombras. Solid abre la puerta con cuidado y entramos.

El interior está oscuro, apenas iluminado por luces de emergencia. Nuestros pasos retumban demasiado fuerte para la ocasión. Nos escondemos detrás de una pila de cajas metálicas, observando cómo Helena y Vence avanzan hacia una oficina al fondo de la nave.

La tensión es insoportable. No sé qué vamos a hacer, pero una cosa es segura: esto no tiene pinta de terminar bien.

23 – Carlota - Día 22 (19:12h)

La voz de Helena sigue retumbando en mi cabeza desde que hablamos, cada palabra es un golpe que no puedo esquivar.

«¿Ah sí? pues lo voy a hacer; y fíjate si estoy convencida, que me voy a llevar a tu novio y como digas algo, a quien sea, lo mato. ¿Qué te parece?»

Camino hacia la ventana del salón y aparto la cortina, intentando que el aire fresco de la tarde me devuelva la certidumbre. Morderme las uñas no ayuda, pero no puedo parar. Helena está completamente fuera de sí, delirante, no sabe lo que dice. No puede llevarse a Vence. Él no tiene nada que ver con todo esto.

Las luces de la calle parpadean como faros de advertencia. El ambiente parece estar enviándome señales que no sé interpretar. Ojalá pudiera convencerme de que Helena está exagerando, que solo quiere asustarme porque está desesperada, pero la seguridad en su voz era escalofriante. No estaba amenazándome por rabia o despecho, lo decía porque podía hacerlo.

Helena no entiende nada. Vence no es lo que ella cree, no puede serlo. Es inocente, atrapado en esta situación por culpa de Solid. Y ahora, ella lo está poniendo en peligro. No puedo quedarme quieta: si siguen en la Planta, debo ir. Necesito hablar con ella, cara a cara; tal vez si me disculpo por haber perdido los estribos durante la llamada, pueda convencerla de que no se lo lleve.

Voy a mi habitación a buscar un abrigo. El frío en la calle ya se hace notar, de ese que duele al sentirlo. Abro el armario con prisa y tiro de la percha, pero algo se atasca. Maldigo entre dientes y vuelvo a tirar con más fuerza. El abrigo se engancha en otra percha, haciendo tope y, cuando finalmente se suelta, el tirón me hace perder el equilibrio. Caigo de culo sobre la alfombra con un golpe seco.

—¡Maldita sea! —grito, frotándome el codo mientras me pongo de pie.

El ruido de la percha cayendo al suelo se ha mezclado con otro sonido, uno extraño, como si algo pequeño y pesado hubiera golpeado la madera del fondo del armario. Arrugo el entrecejo y me acerco de nuevo, apartando la ropa que ahora está desordenada. Mis dedos encuentran una tabla ligeramente descolocada. Me agacho, tanteando el borde hasta que la madera cede un poco. Hay algo detrás.

—¿Qué es esto?

Una nota con un mensaje:

«Tienes que saber la verdad».

Me detengo, sorprendida, y noto que oculta algo más en su interior.

Aparto el trozo de papel y meto la mano con cuidado, como si temiera que algo pudiera morderme, y saco un objeto rectangular, plastificado. Es un cuaderno negro, con los bordes desgastados y un título escrito en letras gruesas y precisas:

«El manifiesto: una sociedad justa».

Lo sostengo entre mis manos, desconcertada. Mi primera idea es que se trata de algún proyecto de Vence, quizá notas para algo que quiso escribir y olvidó. Pienso en guardarlo donde estaba, pero algo me detiene.

Mis dedos, casi sin pensarlo, abren la portada.

La primera página está cubierta de nombres: Carlos Mengol, Jimmy Carvalho, José Hernández… cada nombre acompañado de fechas y lugares. Avanzo a la siguiente página.

Aquí, las palabras no son nombres ni fechas, sino reflexiones. Frases largas y detalladas, escritas de una manera meticulosa.

«Dicen que la muerte no es un destino merecido para nadie. Puesto que parece una regla autoimpuesta, es mi deber cambiar ese punto de vista: quien pierde la vida no siempre es considerada una víctima inocente. Yo no soy un asesino, o al menos no en los términos convencionales. No mato por alevosía, ensañamiento ni por

recompensa; simplemente soy una persona que valora la verdadera justicia. Pero si hablamos de matar a alguien, sí, soy un matador.»

Mi respiración se vuelve irregular. Paso más páginas, intentando comprender, pero lo que encuentro son descripciones minuciosas de crímenes. Cómo fueron planeados, cómo se aseguraba de no dejar rastro.

Estoy leyendo las confesiones de un asesino, pero no de cualquier asesino. Es Vence, mi Vence. Entonces llego a una entrada que me paraliza.

«Carlota nunca entenderá por qué tuve que matar a su padre. Formaba parte del engranaje roto de este mundo. A veces, pienso en lo fácil que sería liberarla de su ignorancia. Tal vez algún día deje que descubra este manifiesto.»

Mi nombre. Mi padre.

Un grito impotente escapa de mis labios y dejo caer el cuaderno sobre la cama como si estuviera cubierto de espinas. Mi pecho sube y baja mientras intento controlar el pánico que me inunda. Me vienen recuerdos de cuando recibí esa carta de Henky, la misma sensación.

Cada momento con Vence, cada palabra, cada promesa… El mundo se detiene y yo me quedo atrapada en el silencio aterrador de mi propia mente.

Me siento en la cama, inmóvil, con los ojos clavados en el cuaderno como si fuera una criatura viva que pudiera atacarme en cualquier momento. No puedo tocarlo de nuevo. Todo este tiempo confiando en él, apostando por su inocencia. ¿Cómo es posible tener esa doble vida? Aparentar normalidad y una falsa empatía que nunca ha existido, ni por mí, ni por mi padre. ¿Qué mente es capaz de eso? No me lo puedo creer. Se me vienen a la cabeza miles de recuerdos: el momento en que nos conocimos, lo que pasamos con La Gran Unidad, Solid, Diana, el Dr. Henky… Es muy duro pensar en ello.

Y, sin embargo, siento que si aparto la mirada de ese cuaderno, perderé algo importante. La forma precisa de escribir de Vence, su manera de organizar los pensamientos… todo indica que es suyo. Pero ¿por qué? ¿Por qué se ha convertido en algo así? ¿En qué momento lo ha hecho?

No puedo dejar de pensar en las palabras que he leído. Palabras que no solo hablan de muerte, sino que la justifican, que la ensalzan. Que convierten a mi Vence, mi refugio, en algo que no reconozco. Repaso cada momento juntos, cada detalle que ahora parece fuera de lugar. Sus ausencias repentinas, las veces que parecía distraído o esquivo. Siempre pensé que era su forma de lidiar con todo lo que había pasado con Solid.

Me levanto de la cama como un resorte, tambaleándome. El cuaderno sigue ahí, abierto, sus páginas llenas de secretos que no quiero seguir leyendo. Quiero tirarlo, quemarlo, olvidarlo para siempre, pero también sé que no puedo.

Intento pensar en qué hacer. ¿Llamar a la policía? No estoy segura. Lentamente, lo cierro y lo escondo en mi bolso. No sé a dónde ir, pero una cosa es segura: este cuaderno no puede quedarse aquí.

24 – Sapi - Día 22 (19:38h)

Pulso sobre el nombre de Sánchez en mi teléfono y comienza a sonar. Hemos pasado toda la mañana con el psicólogo, resolviendo nuestras dudas. La primera: Luis Edu, el hombre que me ha engañado durante tanto tiempo, no es otro que Vence. El doctor lo ha reconocido casi por accidente, observando la foto en mi móvil. La segunda, igual de crucial: hay una vida en juego. El exnovio que extorsionó a Diana está en peligro y cada segundo cuenta.

Dicho eso, no me importa lo cruel que haya sido con la hermana de Solid, ni si merece morir. Mi obligación moral está clara: evitar una muerte más. Ya habrá tiempo para hablar de castigos y justicia, pero nadie debería morir sin tener al menos la oportunidad de enfrentar sus errores, de entender el daño que ha causado. No soy juez ni verdugo. Mi deber es salvarlo, aunque mi odio hacia él arda como un hierro al rojo vivo. Después, cuando todo acabe, ya veremos qué justicia merece. Pero ahora, mi única misión es evitar que otro cuerpo más caiga en este oscuro juego.

El teléfono suena tres veces antes de que Sánchez conteste. Su voz, grave y casi apagada, me transmite que él tampoco está atravesando un buen momento.

—¿Qué pasa? —pregunta, directo al grano.

—Tenemos que movernos rápido —respondo, casi atropellando las palabras—. Con Vence desaparecido, el exnovio de Diana está en peligro. Necesito que encuentres su dirección y, si es posible, su paradero actual. La denuncia que Diana interpuso hace diez años tiene algunos datos, aunque estén desactualizados.

Un silencio tenso se instala al otro lado de la línea. Imagino a Sánchez procesando todo mientras gestiona la montaña de problemas que debe tener encima, pero no hay tiempo.

—Te aviso cuando tenga más información; ten cuidado, Sapi —su tono es grave, casi paternal—. La Comisaria y yo hemos decidido

dejar el caso, vamos a pasarlo a otro grupo. Esto nos ha superado por completo.

—No, jefe. Ni hablar —respondo, sintiendo cómo la adrenalina me eriza la piel—. Estamos cerca de resolverlo. Además, estoy bien protegida con Eric. Por favor, aguantad un poco más.

Sánchez suspira, su agotamiento traspasa la línea telefónica.

—Haré lo que pueda, pero ya está decidido. Terminad con esto rápido y listo. No quiero más muertes.

La carretera se extiende interminable frente a nosotros, iluminada solo por los haces de luz de los faros del coche. Eric mantiene las manos firmes en el volante y yo, con el móvil aún en la mano, reviso una y otra vez los mensajes a la espera de que Sánchez me mande la información del exnovio de Diana.

—¿Algún plan? —pregunta Eric.

—Esperar a que Sánchez dé señales de vida. Hasta entonces, sigue conduciendo.

Los minutos se alargan como horas, el motor es la única banda sonora de nuestra incertidumbre. Justo cuando empiezo a considerar llamarle de nuevo, el móvil vibra. El nombre de Sánchez aparece en la pantalla.

—¿Sí? —contesto rápidamente, poniendo el altavoz.

—Ahora mismo está trabajando de guardia en una fábrica del polígono industrial. Ya he enviado varias unidades hacia allí, pero no están cerca.

—¿Puedes pasarme su número? Necesito hablar con él.

—Lo tienes en el informe. Te lo reenvío ahora mismo. Sapi, no hagáis ninguna locura.

—Solo lo necesario —respondo, terminando la llamada.

Un wuasap con el número llega de inmediato. Mientras Eric sigue conduciendo hacia la localización, lo introduzco en mi móvil y marco, apoyando el teléfono en mis rodillas. El tono suena varias veces.

—¿Quién habla? —responde una voz al otro lado, áspera, cargada de desconfianza.

—Soy la inspectora Sapi, de la Policía Nacional. Necesito que me escuches con atención: está en peligro.

—¿Peligro? —pregunta, incrédulo—. Mire, no sé qué tipo de broma es esta, pero estoy trabajando.

—¡No es una broma! —le corto, apretando los dientes para contener mi frustración—. Alguien quiere matarle por lo que le hizo hace diez años a Diana. Tiene que salir de ahí inmediatamente.

El hombre duda qué responder, escucho su respiración, rápida, dudosa.

—Yo no tengo nada que ver con Diana desde hace bastante tiempo. ¿Por qué alguien querría hacerme daño?

—Porque es la principal causa de un asesino en serie, aunque no lo sepa. Por favor, no pierda el tiempo. Salga de la fábrica ahora mismo.

El sonido de varias pisadas resuena en el fondo, seguido de un golpe metálico.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto.

—Espere... creo que alguien más está aquí —dice él, en un susurro.

—¡No se quede ahí! Busque un lugar seguro y escóndase, pero no cuelgue —le ruego.

Escucho el ruido de pasos acelerados, un portazo y luego un leve jadeo al otro lado.

—Estoy en la oficina. Creo que…

De repente, un forcejeo estalla en la línea. Algo se cae con estruendo y la voz del hombre se ahoga entre gritos.

—¡Oiga! ¡Responda! —digo, mientras Eric me lanza una mirada preocupada sin apartar la vista de la carretera.

Lo único que escuchamos son golpes y un quejido furioso antes de que la llamada se interrumpa de golpe.

—¿Qué hacemos? —pregunta Eric.

—Acelera —respondo, no podemos llegar tarde.

El coche se revoluciona mientras Eric pisa el acelerador; cierro los ojos, concentrándome, tratando de anticipar lo que sea que nos espera.

25 – Carlota - Día 22 (20:06h)

Camino por la calle como si hubiese sobrevivido a una muerte psicológica, arrastrando el peso de un dolor y un vacío que ha consumido cualquier rastro de emoción. Si he defendido a Vence hasta el último momento es porque nunca me dio razones para pensar lo contrario. De hecho, a pesar de haber encontrado este manifiesto, me sigue costando creer que él esté detrás de todo lo que las páginas narran.

Vence y yo nos conocimos a raíz de lo que ocurrió con La Gran Unidad y desde entonces no nos hemos separado. Hemos compartido cada instante, cada momento vivido. ¿Cuándo ha tenido tiempo de matar a esas personas? ¿Durante sus horas de trabajo? A veces llegaba tarde, supongo que como todo el mundo, pero de ahí a drogar y secuestrar a personas para torturarlas y matarlas... ¿En qué cabeza cabe?

Noto el cuaderno en el bolso como si fuera un lastre. Cada vez que lo toco, siento que algo dentro de mí se retuerce. ¿Y si no es cierto?

Acelerando el paso, saco mi teléfono. Si Vence está involucrado en lo que he leído, Helena puede estar en peligro: se fue con él. La incertidumbre me empuja a actuar, a hacer algo, cualquier cosa. No tengo más opción que llamar a la otra persona que tengo en mis contactos de la policía: Pirática. Marco su número.

El teléfono suena y cada tono se alarga como una eternidad.

—¿Sí?

—¿Pirática? Soy Carlota. Necesito hablar contigo. Es urgente.

—¿Carlota? ¿Qué pasa?

Respiro hondo, intentando calmarme. Mis manos tiemblan mientras sujeto el móvil en la oreja. Me atrevo a contarle lo que he encontrado, le hablo del manuscrito, de lo que describe, pero también le explico que no puedo estar segura de nada. Todo lo que sé es que, si el manuscrito es cierto, Helena está en peligro.

—No sé qué hacer… No sé a dónde ir… Vence… no puedo creerlo. He salido de casa justo ahora.

Pirática se mantiene en silencio durante un momento.

—¿Dónde estás exactamente?

La voz de Pirática atraviesa la confusión que parece haberse formado en mi mente. No sé qué responder. Mis pies siguen avanzando, pero mis pensamientos son fragmentos dispersos, sin orden. Miro a mi alrededor, pero las calles son ajenas. La gente que pasa junto a mí es solo una sombra sin rostro. No reconozco nada.

—Carlota, ¿estás ahí? —su voz regresa.

Noto el sudor frío en mi frente. ¿Dónde estoy? ¿Por qué no puedo recordar cómo he llegado hasta aquí?

—No… no se…

—Carlota, tranquila. No te preocupes, voy a salir de mi casa ahora mismo. No te muevas de dónde estés, ¿entendido?

Cuelgo sin responder. El teléfono resbala de mis dedos, cayendo al suelo, pero ni siquiera intento recogerlo. Mi mente está vacía y al mismo tiempo, está llena de demasiadas cosas.

De repente, una mano firme agarra mi brazo.

La voz de Pirática me saca del trance. Levanto la vista y la veo frente a mí, con sus ojos llenos de preocupación.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

No puedo responderle porque estoy completamente en blanco, pero mi mano sigue aferrada al cuaderno que llevo en el bolso. Mis piernas ceden y caigo de rodillas. Me lleva unos segundos darme cuenta de lo que estoy haciendo. Mis lágrimas surgen sin aviso, como si todo el miedo, la angustia y la confusión se desbordaran de una vez.

Pirática se agacha junto a mí, sin apartar su mirada, y me abraza con fuerza.

—¿Por qué lloras? ¿Te encuentras bien?

Mi cuerpo tiembla por completo y la desolación inunda cada hueco de mi cuerpo. Entre sollozos, saco el cuaderno y se lo entrego.

—Es… es esto. Todo está ahí. Si él… si Vence es quien… si todo es verdad…

Al levantar la vista, veo cómo Pirática se vuelve a poner de pie y revisa cada hoja. No tarda demasiado en mirarme de nuevo, me acaricia el pelo. Por un momento, dejo de sentirme sola. Sé que, por muy oscura que parezca la verdad, tendré que enfrentarla. No es la primera vez que lo hago.

Y esa es la única certeza que tengo en este instante.

La única verdad.

26 – Diana - Día 22 (20:23h)

Nos escondemos tras unas cajas oxidadas en la penumbra de la fábrica. Solid está a mi lado, concentrado, con la mirada fija en la oficina que hay al otro lado. Yo no puedo dejar de morderme el labio, nerviosa, mientras observo a Helena y a Vence avanzar hacia una puerta de vidrio.

El silencio denso se rompe de golpe. Un estruendo seco, seguido por el ruido de un forcejeo. Dentro de la oficina, la sombra de un hombre se agita tras el cristal. Gritos. Y entonces aparece él.

Mi sangre se hiela. Lo reconozco al instante, es Lucas, mi antiguo novio. El hombre que hace diez años me extorsionó, me violó y destrozó cada rincón de mi vida.

Las escenas de aquel tiempo oscuro regresan como una tormenta: amenazas, noches de miedo, el peso de una culpa que nunca fue mía... Siento náuseas al verlo ahora, a punta de pistola, mientras Helena y Vence lo escoltan fuera de la oficina. Solid nota mi temblor y coloca una mano en mi espalda, tratando de tranquilizarme.

—Es él —mi voz apenas es un susurro. Solid no necesita responderme, sabe mejor que nadie lo que tuve que pasar.

—Diana…

—Dejemos que lo maten —digo de golpe, sorprendida por mis propias palabras. Aprieto los puños, clavándome las uñas en las palmas. La idea de que Lucas pague por todo lo que hizo me resulta casi dulce, se lo merece.

Solid me analiza: esa mirada suya, llena de compasión, me desarma y me enfurece a la vez.

—No. Eso no es lo correcto, Diana. Sabes que no lo es. Matarlo no te devolverá lo que perdiste, solo te destruirá a ti también.

Quiero gritarle. Quiero que entienda lo que siento, el recuerdo que cargo, pero algo en su voz me impide seguir pensando así.

Helena y Vence lo empujan con violencia, obligándolo a arrodillarse. El miedo en el rostro de Lucas me sacude, pero también despierta en mí una retorcida satisfacción.

—Voy a distraerlos —dice Solid de repente.

—¿Qué? No… ¡Solid, espera!

Ya es tarde. Antes de que pueda detenerlo, se levanta de nuestro escondite. No puedes parar a alguien que no siente miedo. Solid alza las manos, mostrando que está desarmado.

—¡Eh, Vence! ¡Deja al tipo! Tenemos que hablar.

Vence gira la cabeza y, durante un instante, su expresión cambia. Noto algo entre ellos, una especie de ilusión por volverse a ver, no sabría explicarlo. Helena se tensa, mientras Solid avanza despacio hacia ellos.

—¿Solid? —Vence sonríe; su gesto parece absurdamente fuera de lugar—. ¡Cuánto tiempo! Fíjate que le había dicho a Helena que aparecerías. ¿Qué previsible, no?

La tensión crece como una cuerda a punto de romperse. Solid da un paso más.

—Esto no tiene que terminar así, suelta el arma.

Vence muestra una risa amarga, seca, cargada de sarcasmo.

—¿El bien y el mal, Solid? ¿Todavía te aferras a esas ideas? —Hace un gesto hacia Lucas, que tiembla en el suelo como un animal herido—. Mira a este hombre. ¿Crees que merece algo menos que esto?

Solid lo enfrenta con una calma que parece inquebrantable.

—No se trata de lo que él merece, se trata de lo que tú decides ser.

Las palabras hacen reflexionar Vence, pero entonces, sin previo aviso, agarra a Lucas y lo estampa contra el suelo; luego se gira hacia Helena, quien lo observa con el rostro marcado por la confusión y el miedo.

—Siempre has creído que Solid era el asesino, ¿verdad? —la sonrisa de Vence se tuerce en algo oscuro, casi perturbador—. No, querida. Todo esto es obra mía.

El rostro de Helena se descompone.

—Eres un cabrón.

—Por supuesto, pero no te preocupes. Todo lo que he hecho ha sido por un bien mayor. Tú lo sabes, ¿no es así? Siempre has querido apoyarme. Hubiese matado a tu padre de estar vivo.

Helena no responde. Solo retrocede un paso más, como si intentara huir de una verdad que no quería creer.

Aprovechando la distracción, Solid actúa. Se lanza hacia Vence en un movimiento rápido y preciso, el forcejeo es caótico. Vence asesta un golpe, pero Solid lo esquiva, logrando arrebatarle el arma tras un empujón. El ataque dura poco. En un giro inesperado, Vence agarra a Helena por el cuello y la coloca frente a él, usando su cuerpo como escudo.

—¡No te acerques más o la mato! —grita, apretando el brazo contra la garganta de Helena. Ella intenta luchar, pero Vence la inmoviliza.

Solid apunta con la pistola, sin pestañear.

—Suéltala. No me obligues a hacerlo.

Los ojos de Vence se entrecierran, evaluándolo. Su tono cambia, ahora habla con una calma inquietante, cada palabra cargada de veneno.

—Esto tiene que terminar así, Solid. Tú lo sabes mejor que nadie. Vamos, hazlo, como hermanos. Tú, yo, Diana, Carlota… ¿De verdad crees que hay otro final para nosotros? Mira dónde estamos. Mira todo lo que nos ha pasado.

Solid sacude la cabeza, intentando bloquear las palabras de Vence.

—Por favor, Vence. Siempre hay una elección. Suéltala, podemos acabar con esto de otra forma.

—¿Otra forma? No seas ingenuo. Sabes que el mundo no funciona así. Yo hice mi elección y tú hiciste la tuya, pero ahora mismo, tú tienes el poder. Tú decides cómo termina esto.

Con un movimiento brusco, presiona más fuerte su brazo contra el cuello de Helena. Los sonidos ahogados que ella emite atraviesan como cuchillos el aire.

—Así que adelante, dispara. Demuéstrame que eres diferente.

Solid da un paso más, su mirada oscilando entre el terror reflejado en los ojos de Helena y la fría determinación de Vence.

—No puedo dejar que mates a más gente.

—¿Y si no lo hago? —Vence inclina ligeramente la cabeza—. Vamos, haz lo que tienes que hacer, no me hagas repetirlo más veces. Sabes que es el único final posible. Apretar el gatillo… eso es lo que siempre te ha diferenciado de mí.

El color de la cara de Helena comienza a volverse morado. Sus piernas patalean, cada movimiento más débil que el anterior. Solid siente el peso insoportable de cada segundo que pasa.

—¡¿Por qué?! —grita mi hermano con su voz rota.

Vence cambia su expresión: suave y casi íntima.

—Hazlo, Solid. Como hermanos.

Las palabras se clavan en Solid, dejándolo inmóvil. Por un instante, sus ojos se cruzan con los de Vence y algo inexplicable pasa entre ellos. Una conexión oscura, cargada de años de historias compartidas y heridas profundas, pero entonces, la mirada de Helena, vencida y al borde del colapso, lo devuelve a la realidad.

Con un gesto firme, Solid apunta directamente a la cabeza de Vence y aprieta el gatillo. El sonido del disparo retumba en la fábrica.

El cuerpo de Vence cae al suelo, liberando a Helena, que se desploma, jadeando. Solid baja el arma con tristeza, cerrando los ojos y mirando al cielo metálico de la fábrica. Luego, con una voz apenas audible, repite las últimas palabras de su amigo:

—Como hermanos…

Solid se arrodilla junto a Helena y le ayuda a incorporarse mientras sigue luchando por respirar. Yo me acerco, con el corazón todavía latiendo a mil por hora.

—¿Estás bien, Helena? —pregunto.

Ella asiente con debilidad, sin poder hablar. Solid me tira del brazo de repente, apartándome a un rincón.

—Tengo que irme. No puedo quedarme aquí cuando llegue la policía.

Yo lo observo, incrédula.

—¿Qué? ¿Adónde vas? No puedes desaparecer de nuevo, Solid. Otra vez no, por favor.

—No importa adónde, pero no puedo quedarme aquí; no después de esto. Quién sabe si la tomaran conmigo después de todas las sospechas. Es lo mejor para todos.

—¡No me hagas esto de nuevo! —le suplico, abrazándolo como si aferrarme a él pudiera detenerlo.

—Sí puedo. Y tú debes dejarme ir. Nos volveremos a ver, lo prometo. Sé dónde encontrarte.

Antes de que pueda protestar, Solid se suelta suavemente de mis brazos y camina hacia la oscuridad que envuelve a la fábrica. Lo observo desaparecer entre las sombras, impotente. Las lágrimas ruedan por mis mejillas, pero no intento detenerlo.

El silencio que sigue es abrumador, roto minutos después por el sonido de las sirenas. Luces rojas y azules inundan la fábrica, tiñendo las paredes con destellos intermitentes.

Entre la confusión, dos policías llegan corriendo. Una mujer con trenzas se detiene al ver a Helena y la abraza con fuerza.

—¡Estás viva! —dice, apretándola contra su pecho como si temiera que pudiera desvanecerse.

—Perdóname, Sapi… —balbuce Helena.

Yo apenas puedo hablar. Mi mente sigue atrapada en la figura de mi hermano alejándose, en el cuerpo sin vida de Vence y en la sensación de que, a pesar de estar rodeada de gente, solo conozco al que una vez decidió abusar de mi inocencia.

27 – Sapi - Día 23 (16:38h)

La Comisaria, Sánchez, Pirática, Helena y yo estamos en la Planta, reunidos alrededor de una imagen de Vi que hemos colocado en el centro de la mesa.

Junto a ella, descansa un cuaderno negro titulado «El manifiesto: una sociedad justa». En sus páginas, Vence confiesa ser el responsable de todos los asesinatos. Detalla cómo mató al padre de Carlota por venganza y estranguló al Dr. Henky en la casa de Solid. También admite haber asesinado a Carlos Mengol, Jimmy Carvalho, Roko y a la manada que violó a Olivia Nuero.

Vence no se detuvo ahí. Asesinó al comisario José Hernández y planeó acabar con el padre de Darko. Sin embargo, tras la muerte del doctor, de Vi y el atropello accidental de Darko, algo en él cambió. En las últimas páginas, Vence admite que perdió el control. El peso de sus acciones lo llevó a una pausa en su plan, pero no sin antes cerrar el círculo. Decidió matar al exnovio de Diana, usando esa muerte para incriminar a Solid y desviar cualquier sospecha hacia él. Desde un primer momento, lo organizó todo para hacernos creer que Solid era el culpable, mientras seguía matando.

Sin embargo, su plan fracasó. Acorralado en la fábrica, sin posibilidad de escapar, tomó la decisión de acabar con su vida, tal como lo había anunciado en su manifiesto: pagaría por sus pecados. Su muerte ha quedado registrada en las cámaras del lugar, tras recibir un disparo de Solid. Lo curioso es que, desde entonces, Solid ha desaparecido de nuevo. Quizá temía ser acusado, no solo por disparar a Vence, sino también por ocultar información, como Diana y Carlota. Al final los tres han quedado libres de cargos. Aunque Carlota no ha salido indemne: ahora está bajo tratamiento psiquiátrico, consumida por todo lo que ha tenido que soportar.

En cuanto a Vence, habría pasado el resto de su vida entre rejas... si no estuviera muerto.

Mientras tanto, en la Planta, las cosas no han vuelto a la normalidad. Helena se enfrenta ahora a un expediente disciplinario por haber liberado a un detenido bajo su custodia. Las críticas y las presiones la han llevado a tomar una decisión difícil: se marchará a casa durante una larga temporada.

Por otro lado, la Comisaria y Sánchez han dejado claro que no tienen intención de seguir involucrados con el grupo. «Lo sucedido nos ha sobrepasado», ha admitido la Comisaria hace unos instantes. Sánchez, menos explícito pero igual de distante, simplemente le ha dado la razón.

Así quedamos Pirática y yo: si nada fuera de lo común sucede, pronto regresaré con el equipo de científica, mientras que Pirática volverá con el grupo de inteligencia.

Después de agradecernos el trabajo hecho, todos abandonamos la Planta, cada una a la espera de su próximo destino: el futuro parece incierto para nosotras, pero antes de irnos del todo, decidimos tomar un respiro en la calle. Pirática saca un cigarrillo y lo enciende con calma, percibo en su rostro un aire sutil de melancolía, algo que rara vez deja entrever.

—¿Sabes algo? —me dice, exhalando una nube de humo.

—Dime.

—He tomado una decisión. Voy a adoptar a Darko.

—¿A Darko? —respondo sorprendida.

—Sí, el chico no tiene a nadie. Su madre está completamente perdida en las drogas, ni siquiera puede cuidarse a sí misma, mucho menos de él, y después de lo que ha pasado con su padre… no merece terminar en manos de asuntos sociales.

—Ese chico tiene buen corazón, Pirática. Lo harás bien como madre.

Ella sonríe, pero en su mirada hay algo que delata su conflicto interno. Bajo esa fachada decidida, se siente culpable de haber dejado a Darko sin padre y de la muerte de Vi.

—Espero que me escribas de vez en cuando, aunque sea para sacarte de tu piso.

—Solo si tú haces lo mismo —le respondo, devolviéndole la sonrisa.

Y así, cada una toma un camino diferente, conscientes de que, aunque el caso Vence está oficialmente cerrado, las consecuencias de sus actos seguirán resonando en nuestras vidas por mucho tiempo.

28 – Sapi

«Cuatro meses después»

Desde hace unas semanas, he estado quedando con Eric para ir a pescar. No sé bien en qué momento se me ocurrió que sería una buena idea, pero lo cierto es que a mi cerebro no le genera ansiedad. Así que cuando me dijo: «Oye, Sapi, vente conmigo a pescar», acepté sin pensarlo mucho.

Apenas ha amanecido y ya lo tengo abajo pitando como un energúmeno. Nos dirigimos a un lago apartado, perfecto para desconectar. Él con la ilusión de hacer algo emocionante, yo con la seguridad de sentirme bien en un sitio que no es mi hogar.

En cuanto llegamos, aparcamos el coche a pocos metros de la orilla y deslizamos una lancha que traíamos enganchada en la parte trasera. Estar rodeada de árboles, junto a mi compañero y sin nada que me altere, es como entrar en un estado de tranquilidad absoluta. El ruido del agua chocando con la tierra es lo único que rompe el silencio a estas horas, pero a mí, como siempre, me cuesta dejar de pensar en el caso.

—¿Sigues dándole vueltas? —me pregunta Eric al mismo tiempo que lanzamos nuestras respectivas cañas al agua.

Asiento con la cabeza.

—Es que algo no encaja.

—Llevas cuatro meses respondiéndome lo mismo cada vez que venimos aquí, olvídate ya.

—Mi especialidad es comprender a los asesinos, conocer sus perfiles, sus motivaciones… pero en este caso no he sido capaz de atinar con la suficiente rapidez. Siempre tuve dudas y eso me sigue incomodando. Me fastidia no haberlo resuelto a tiempo, estábamos yendo a la fábrica, casi lo cogemos vivo.

Eric se encoge de hombros y me da un toque en la espalda, como queriendo restarle importancia.

—A veces es así, Sapi. Tú por lo menos lo has resuelto, yo ni siquiera fui capaz de eso.

Pero yo sigo dándole vueltas.

—Hay una cosa que no entiendo —continúo, sin apartar la vista del agua. La lancha se mece con suavidad. Mis pensamientos vuelven una vez más al caso, a las piezas que no encajan—. Cuando Vence estaba detenido en la Planta, yo estuve hablando con mi supuesto amigo Luis Edu, por WhatsApp… pero si él estaba allí, ¿quién estaba detrás de esos mensajes?

Eric no parece tan preocupado como yo.

—Le pagaría a alguien para hablar contigo, ¿qué más da?

—Eso me… no sé. No lo entiendo. Y luego está lo que comentó en el manifiesto, asegurando en sus últimas hojas que no estaba terminado, que quedaba la parte más importante para entenderlo, ¿dónde está esa parte?

—Quizá pensaba salir vivo de la fábrica y terminarlo, pero como murió, no le dio tiempo.

No estoy tan segura de eso, algo me dice que no es tan simple, pero antes de seguir reflexionando, una pequeña vibración me sacude de mis pensamientos. Siento un tirón en la caña, señal de que un pez ha picado el anzuelo.

—¡Tira, Sapi! —me grita Eric, su voz llena de energía—. ¡No dejes que se escape!

Una mezcla de nervios y alegría me recorre al mismo tiempo. Es inusual sentirme así después de todo lo ocurrido, pero el reto de atrapar un pez, me produce una extraña sensación de placer.

Justo cuando empiezo a tirar de la caña, mi móvil suena.

Con la mano libre, desbloqueo la pantalla y veo el mensaje recibido. Mi corazón da un salto en el pecho.

Es de Luis Edu.

Por un instante, todo se detiene.

Mis dedos se paralizan sobre la caña, incapaces de moverse. Y en ese momento, el pez se suelta y la caña se me escapa de las manos.

Eric se lanza con rapidez hacia mí, alcanzándola justo antes de que se hunda en el agua.

—¡¿Qué te pasa?! —me grita, pero yo apenas lo escucho.

Estoy mirando la pantalla del teléfono, que sigue mostrando su nombre: «Luis Edu te envió un mensaje», casi sin creer lo que estoy leyendo. Mi caña sigue en manos de Eric y, sin salir de mi asombro, me giro hacia él.

—Eric… Luis Edu me ha escrito.

Él levanta las cejas. Yo, por el contrario, no puedo contenerme.

—¿Quién eres? —le escribo.

La respuesta tarda un poco en llegar.

—¿Quién soy? Eso es lo que no habéis entendido, Sapi. No soy nadie, pero lo importante no es eso. Prometí terminar el manifiesto y te he escrito para contarte cómo acaba.

—Me da igual el manifiesto, me has estado engañando durante todo este tiempo. ¿Por qué?

—Lo que en realidad necesitas saber es que nunca quise hacerte daño. Nunca quise que sufrieras, simplemente coincidimos en la vida por casualidad compartiendo el mismo psicólogo y sentí la necesidad de ayudarte. Fue entonces cuando supe que investigarías el caso y no voy a mentir… aproveché para sacarte información.

El frío del amanecer insensibiliza por completo mis dedos temblorosos. No sé cómo sentirme en este momento.

—Me debes algo, por haberme engañado. Quiero respuestas.

Luis Edu no duda en su contestación.

—Sí, lo sé, pero primero debes entender que quien se ha equivocado desde el principio has sido tú y los demás. Habéis interpretado todo mal.

—¿Qué hemos entendido mal? ¿Los motivos por lo que el asesino mataba?

—No. El gran error que habéis cometido fue definir al asesino como una persona, como Vence o Solid, cuando en realidad, siempre fue la unión de ambos. Como hermanos, inseparables desde lo que ocurrió con La Gran Unidad.

Mi respiración se acelera, el desconcierto me invade. Estoy leyendo las palabras, pero sigo sin entenderlas del todo.

—¿A qué te refieres?

—¿Sigues sin querer entenderlo? Eres la persona más inteligente que he conocido. Vence y Solid han actuado como una misma persona, siempre ha sido así. Lo has estado viendo durante todo este tiempo: uno es la mente y el otro, el corazón. No puedes comprender al asesino si no lo ves de esa manera. Y la última muerte que prometía el manifiesto no era la de Lucas, el antiguo novio de Diana. Esa muerte era la de Vence, no fue una casualidad. Los que estaban en la fábrica, llegaron allí porque así lo quisieron ellos.

Las palabras son tan rotundas, tan terribles, que no puedo procesarlas, pero Luis Edu sigue escribiendo.

—Todo estaba planeado, ellos acordaron, desde que murió el padre de Carlota, que Solid mataría a Vence si la cosa se torciese. Así engañaron a todo el mundo, incluida Carlota y Diana. Vence ha fingido ser otra persona durante un año y medio con Carlota y Solid ha manipulado a su hermana para que nunca sospechara. Decidieron matar a todos esos violadores, pero se dieron cuenta, demasiado tarde, de que estaban haciendo daño a personas inocentes y tuvieron que parar. Henky, Slava, Darko, Vi… No podían vengar el daño de todas esas mujeres violadas a cambio de otras muertes, así que, después de decidirlo conjuntamente, Vence murió para salvar la vida de Solid. Y todo comenzó mucho antes, cuando La Gran Unidad quiso secuestrar a Vence. Solid, que en ese momento era el único que podía salvarle, se enfrentó a los hombres de La Gran Unidad y acabó siendo torturado, sabiendo que nadie más sería capaz de aguantar ese tipo de sufrimiento, solo él, un «sin miedo». Vence decidió devolverle el favor con su muerte, reconociendo todos los asesinatos antes de morir y dejando libre a su amigo, a su hermano. Prefirió la muerte a la cárcel.

Mis pensamientos se atropellan unos con otros. La pieza que faltaba, la que nunca entendí…

—Y el Dr. Henky, ¿por qué? Os ayudó en el hospital.

—Henky descubrió en el ordenador de Solid lo que planeaban, lo que realmente estaban planeando entre los dos: acabar con la vida de todo el que se lo mereciera. Tuvieron que matarlo porque se lo contaría a la Guardia Civil. Todo lo que han hecho, cada movimiento, cada mentira, fue para que nadie supiera que Solid y Vence siempre han sido uno solo. La unión entre una mente y un corazón.

Eric no ha dicho nada durante todo este rato, me mira, preocupado, pero yo apenas puedo reflexionar. Cierro los ojos, tratando de asimilar lo que estoy leyendo.

—¿Por qué te refieres a ellos en tercera persona? ¿Eres Solid, verdad?

—No importa quién sea.

—¿Y ahora qué?

—No hay un «ahora qué». No trates de buscar a Solid, no lo conseguirás. Recuerda que todo lo que habéis puesto en práctica en la investigación sobre asesinos en serie, os viene dado de los que habéis capturado, no de lo que siguen sueltos. Volverás a leer en un tiempo que, en ciudades al azar, morirán violadores y agresores sexuales, pero esta vez no habrá muertes accidentales de inocentes, dalo por hecho. No lo investigues, deja que suceda por el bien de todas esas mujeres. Solid y Vence prometieron a Olivia Nuero, como uno solo, que nunca se olvidarían de hacer justicia a las víctimas que diariamente sufren y mueren por ello, por lo menos, hasta que el sistema cambie.

—¿Ya está? ¿Quieres que me conforme con eso, después de todo?

—Eres la mejor policía que he conocido, envíame un mensaje cuando necesites resolver un caso complicado, sé mucho de asesinos; pero deberías mejorar tu técnica de pesca, empieza por poner un nuevo anzuelo y lanza la caña otra vez.

De forma impulsiva, me levanto de la lancha y miro a mi alrededor.

No hay nadie.

29 – Vence y Solid - HACE AÑO Y MEDIO

Vence y Solid se encuentran fuera de la parte lateral de una fábrica abandonada, observando el cielo despejado. Se miran frente a frente, sin más sonido que el de sus respiraciones. Dentro de la fábrica se halla el cadaver de Avid Le Fried, con claros signos de tortura.

—Lo he hecho —dice Vence al fin.

Solid se agarra el labio inferior con los dientes, su mirada refleja una mezcla de enfado y alivio.

—¿Por qué? Yo lo encontré, quería matarlo.

—No quiero que te conviertas en un monstruo. Deja que yo asuma las consecuencias.

Solid agacha la cabeza, juega con sus zapatillas, consciente de que algo ha cambiado en su amigo.

—¿Qué va a pasar ahora?

Vence se queda en silencio, procesando las palabras.

—He conocido la historia de Olivia. Era una chica que amaba la vida. Fue violada en un maldito festival, en medio de un montón de gente, cuando estaba más vulnerable. La violaron varios hombres. Y ella... ella está destrozada por dentro ahora mismo. Voy a encontrar a esos animales y los voy a quemar vivos.

La voz de Vence tiembla, sintiendo el dolor de Olivia como propio.

—Quiero hacerles lo que le hicieron a ella, Solid. Quiero hacerles sufrir hasta que roguen por morir, quiero matarlos a todos. A esos malditos violadores, a los que ni siquiera tienen remordimientos por lo que hicieron. ¿Sabes cómo me siento ahora? La rabia me consume, como un fuego que no puedo apagar. No soy el mismo, Solid. No puedo volver a ser el que era antes.

Solid apoya las palmas de sus manos en los hombros de Vence.

—Voy a estar contigo hasta el final, hermano, pero... ¿de verdad quieres ir por ese camino?

—No puedo quedarme de brazos cruzados, ya no.

Solid sopesa el estado anímico de su amigo, sabe que el deseo de venganza ha corrompido a Vence, más que a él, pero ahora ve algo mucho más profundo que haber acabado con la gente de La Gran Unidad. Hay algo que lo está consumiendo por completo.

Intenta encontrar una salida en el caos que le transmite la mirada de Vence, pero las palabras no le salen. No puede entenderlo, pero siente una lealtad tan profunda hacia él que no puede rechazarlo.

—¿Y si nos pillan? —pregunta Solid, buscando una forma de evitar que todo termine mal.

—Si nos pillan, yo asumiré la culpa. Tú no tienes que arrastrarte conmigo —dice Vence, con una frialda que deja claro que está dispuesto a pagar el peor precio. Pero antes de que Solid pueda responderle, continua—. Solo te pido una condición.

Solid, dispuesto a aceptar cualquier petición, abre los ojos con interés.

—¿Qué condición?

Vence lo mira fijamente, su tono se hace más serio, más definitivo.

—Lo planearemos todo para que yo sea el culpable, pero prométeme que si nos atrapan, si me llevan... tú me matarás antes de que me metan en la cárcel.

Solid retrocede un paso, como si las palabras le hubieran golpeado con fuerza. Nunca ha oído a Vence hablar así, nunca había imaginado que llegaría a un punto donde la lealtad y el sacrificio se mezclarían de esa forma.

—No... no sé si podré hacer eso —murmura Solid, con la voz quebrada.

Vence cierra los ojos, un atisbo de tristeza cruza su rostro, como si supiera que esa promesa fuese una carga insoportable para su amigo.

—Lo harás, Solid. No te lo pido por gusto. Si me vas a ayudar con esto, no habrá vuelta atrás para ninguno de los dos. Y esa es la

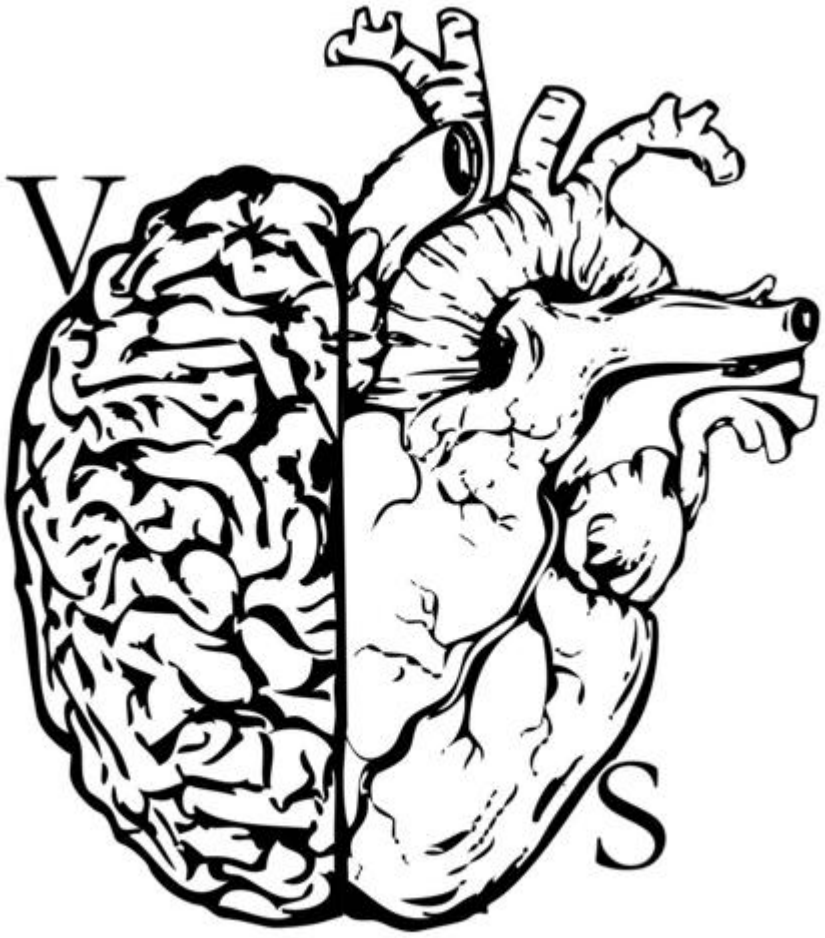
única manera de que no te culpen. Lo dejaré todo escrito.

Solid no puede contener la emoción que lo invade; aunque no es capaz de sentir miedo, una lágrima recorre su mejilla, algo que nunca había mostrado antes.

Vence extiende su brazo, y Solid, sin pensarlo, se deja abrazar. En ese abrazo, las palabras sobran. En ese abrazo, ambos saben que no hay vuelta atrás. El plan está en marcha.

Y, aunque conocen el final, saben que no pueden detenerse.

Como hermanos.



EPÍLOGO

«El miedo tiene solo dos antídotos: la inocencia y el amor. Nacemos, vivimos y morimos atrapados entre esas dos fuerzas. Temer o amar. Toda nuestra existencia se resume en esa batalla constante: el miedo intentando aniquilar el amor, el amor resistiendo, peleando por mantenerse a flote. Imaginamos el amor como el estado más puro al que podamos aspirar, una emoción sin mancha, casi divina, capaz de salvarnos de todo, pero ese amor con mayúsculas, ese ideal, se vende caro. Toda nuestra vida es una persecución interminable de esa paz. Y quizás, al final del viaje, solo nos queden dos acompañantes inevitables: el miedo y el amor.

La inocencia es el primer refugio contra el miedo, nos envuelve como una capa luminosa, pero esa capa no dura para siempre. Crecemos. La vida se rellena de tiempo, de desilusión, de experiencias que nos van desgastando. Y cuando esa capa desaparece, los fantasmas abren la boca, exhalan su grito y comienza la cacería. Nunca volveremos a ser inocentes. Nunca volveremos a ser niños.

La batalla sigue: amor contra miedo, miedo contra amor. Y nosotros, atrapados en el medio. »

Termino de escribir en mi diario y recibo una llamada con una extensión que no es española.

—¿Sapi? —la voz al otro lado es firme, profesional, con un leve acento británico. No reconozco quién es, pero tiene un tono que no admite interrupciones—. Soy Mary Read, de la Unidad de Casos Perdidos en Londres. Nos han hablado de usted y de su trayectoria. Creemos que sería una incorporación invaluable para nuestro equipo.

—¿Londres?

—Así es. La unidad necesita a alguien con su experiencia, especialmente en perfiles psicológicos. Su trabajo en el caso SLM ha llamado nuestra atención y consideramos que tiene un enfoque único para tratar con mentes complejas. Queremos invitarla a unirse a nuestro equipo.

Unirme a ellos, trabajar en Londres. La idea golpea mi mente como una piedra lanzada al agua, creando círculos concéntricos de posibilidades. Nueva ciudad, nuevos casos; una nueva vida.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?

—Preferiríamos una respuesta pronto, pero entendemos que es una decisión importante. Le enviaré todos los detalles por correo para que los revise. Estaré esperando su respuesta en los próximos días.

El destino parece querer arrastrarme a nuevos lugares desconocidos: Londres.

¿Seré capaz de no salir corriendo?

NOTA DEL AUTOR

Mil gracias por haber llegado hasta aquí.

Si has leído el primer libro de la serie, La vida no es justa, comprenderás que el final no podía haber sido de otra manera. Siempre se dice que una historia puede tener muchos finales, buenos o malos, pero en esta ocasión, bajo mi punto de vista, era el único posible.

Escribir esta segunda parte ha sido un verdadero desafío. Los protagonistas del primer libro, Vence y Solid, que en algún momento fueron solo ideas en mi mente que personifiqué, han engañado y sembrado dudas en todos, incluidas Carlota y Diana, para llevar a cabo un plan que, incluso después de haber escrito la historia, sigo cuestionando, al menos, si realmente sería lo correcto en casos tan evidentes de violencia sexual.

Además, me enfrenté a la difícil tarea de incorporar nuevos personajes y puntos de vista, caracterizándolos mientras la trama se desarrollaba en menos de 360 páginas.

Quise destacar, sobre todo, a Sapi y a Helena: una, por sus ideas y su capacidad de superación a pesar de sus singulares limitaciones, y la otra, por atreverse a creer en sí misma y desafiar lo que se supone correcto.

Espero haber logrado transmitir esa evolución en cada personaje y que, al cerrar este libro, sientas que sus historias han valido la pena.

Gracias por acompañarme en este recorrido. Ojalá estas páginas hayan dejado una reflexión en ti, así como ponerme en la piel de tantas mujeres que hoy siguen sufriendo la ha dejado en mí.

Si aún no has leído La vida no es justa, te animo a descubrirla. En sus páginas conocerás más a fondo a personajes como Vence, Solid, Carlota, Diana, el Dr. Henky, y podrás comprender a otro nivel

el concepto de mente y corazón, tan presente en esta segunda parte.

Por otro lado, te agradecería una reseña de Se lo merecen en Amazon. Tu apoyo es clave para que más personas se animen a leerla y, de esta manera, poder seguir creando nuevas historias.

Aquí tienes un link directo que podrás poner en tu ordenador o móvil para hacer la reseña:

linktr.ee/nicodepaula

Creo que por ahora eso es todo, pero, como habrás intuido, Sapi debe tomar una decisión crucial y Solid anda suelto. ¿Qué crees que pasará? ;)

Y si quieres estar al tanto de mis próximos lanzamientos y ofertas o simplemente contactar conmigo, puedes hacerlo en mi perfil de Instagram, X o por correo electrónico. Estaré encantando de atenderte.

Instagram: nicodepaula
X: nicodepaula
Correo electrónico: nicodepaula@outlook.es

Nos vemos en la próxima historia.

Agradecimientos

No quiero despedirme sin antes expresar mi agradecimiento a todas aquellas personas que me han acompañado y soportado en este proceso. Crear historias requiere paciencia, sobre todo para quienes comprenden que a veces un escritor se sumerge en su mundo, callado durante largos períodos, aparentemente ajeno a su entorno, pero buscando incansablemente la mejor historia.

A mis padres, Ignacio y María José, y a mi hermano José Fernando, gracias por estar a mi lado cada día.

Mi especial agradecimiento a Carmen García por sus sabias sugerencias, su visión de la vida y su capacidad de hacer mejor a todos los que la rodean. ¡Cuida bien de las plantas!

A mi primo Luis Maldonado, quien me amenazó cariñosamente para poder leer el libro antes de su publicación, y a mis amigos Migue Sánchez, Arturo Navas e Isa Blasco, por brindarme su opinión sincera sobre lo bueno y lo malo de la historia, esas cosas que no siempre soy capaz de ver por mí mismo.

Y, por supuesto, a todas las personas que me han apoyado en redes sociales desde el principio. Cada me gusta, cada comentario, cada mensaje ha sido una fuente de motivación para seguir adelante. No subestiméis el poder que tenéis para un escritor.

Gracias de corazón. ¡Un abrazo muy fuerte!

Nicolás de Paula.



Nicolás de Paula nació en 1992 y vivió con su familia hasta los 7 años en Estepa (Sevilla). Vive actualmente en Granada y es especialista en una disciplina del Aprendizaje Automático (Machine Learning) llamada PLN (Procesamiento del Lenguaje Natural). Una tarea que permite a la tecnología comprender el lenguaje y la forma en la que se expresan los humanos.

Es un apasionado de la música electrónica y los videojuegos. Siempre que seas capaz de encontrarlo, no lo verás sin unos auriculares cerca.

Hasta la fecha, ha escrito ***La vida no es justa*** y ***Se lo merecen***, dos libros pertenecientes a la serie ***No tengas miedo***.

En estos momentos se encuentra escribiendo un nuevo thriller titulado ***La purga de los culpables***.